

ARCHIVOS

de historia del movimiento obrero y la izquierda

Buenos Aires - Año V - Nº 9 - Septiembre de 2016

Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda es una publicación científica de historia social, política, cultural e intelectual, que tiene como objetivo impulsar la investigación, la revisión y la actualización del conocimiento sobre el movimiento obrero y la izquierda, tanto a nivel nacional como internacional.

Archivos está abierta a aportes científico-académicos de autores de distintas disciplinas sociales, tanto desde una perspectiva marxista como desde otros enfoques que contribuyan a dicho propósito.

Es una publicación semestral, con doble referato externo y anónimo. Las colaboraciones deben ser originales y no estar sometidas simultáneamente a evaluación en ninguna otra publicación. Los artículos firmados no expresan necesariamente la opinión del Comité Editor.

Los resúmenes de los artículos, en castellano y en inglés, se encuentran al final de cada texto.

Archivos es una publicación del Centro de Estudios Históricos de los Trabajadores y las Izquierdas (CEHTI).

La revista se encuentra indexada en el Catálogo de **Latindex** (Sistema Regional de Información en Línea para Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal) y en **Clase** (Citas Latinoamericanas en Ciencias Sociales y Humanidades, de la UNAM). También es miembro de **Latinoamericana** (Asociación de revistas académicas de humanidades y ciencias sociales).

Correo postal: Rodríguez Peña 336, 6º 65 (C1020ADH) CABA - Argentina

En Internet: www.archivosrevista.com.ar

Correo electrónico: archivosrevistadehistoria@gmail.com

Facebook: RevistaArchivos • Twitter: @ArchivosRevista

Facebook CEHTI: Centro de Estudios Históricos de los Trabajadores y las Izquierdas

Impreso en Gráfica San Martín - Buenos Aires, Argentina

Diseño de tapa: Fernando Lendoiro

Director y Editor Responsable

Hernán Camarero (Universidad de Buenos Aires - Conicet)

Secretarios de Redacción

Diego Ceruso (Universidad de Buenos Aires - Conicet)

Hernán Díaz (Universidad de Buenos Aires)

Comité Editor

Cristian Aquino

Universidad de Buenos Aires

Alejandro Belkin

Universidad de Buenos Aires

Hernán Camarero

Universidad de Buenos Aires - Conicet

Laura Caruso

Universidad de Buenos Aires - Conicet

Universidad Nacional de San Martín

Natalia Casola

Universidad de Buenos Aires - Conicet

Diego Ceruso

Universidad de Buenos Aires - Conicet

Hernán Díaz

Universidad de Buenos Aires

Martín Mangiantini

ISP Joaquín V. González - UBA - Conicet

Antonio Oliva

Universidad Nacional de Rosario

Leandro Molinaro

Universidad de Buenos Aires

Lucas Poy

Universidad de Buenos Aires - Conicet

Alicia Rojo

Universidad de Buenos Aires

Ludmila Scheinkman

Universidad de Buenos Aires - Conicet

Gabriela Scodeller

Universidad de Buenos Aires - Conicet

Paula Varela

Universidad de Buenos Aires - Conicet

Consejo Asesor

- **Marcel van der Linden** (IISH, Amsterdam) • **Bernhard H. Bayerlein** (Ruhr-University Bochum. *The International Newsletter of Communist Studies*, Alemania)
- **Ricardo Melgar Bao** (INAH, México) • **Daniel James** (Indiana University, Estados Unidos) • **Carlos Herrera** (Université de Cergy-Pontoise, Francia) • **Claudio H.M. Batalha** (Centro de História Social da Cultura, Unicamp, Brasil) • **Reiner Tosstorff** (Johannes Gutenberg. Universität Mainz, Alemania) • **David Mayer** (IISH, Amsterdam) • **Massimo Modonesi** (Universidad Nacional Autónoma de México) • **Sebastian Budgen** (*Historical Materialism*, Inglaterra) • **Rodolfo Porrini** (Universidad de la República, Uruguay) • **Olga Ulianova** (USACH. Revista *Izquierdas*, Chile) • **Victor Jelfets** (Universidad Estatal de San Petersburgo, Rusia)
- **Immanuel Ness** (City University of New York, EE.UU.) • **Gilles Candar** (Société d'Études Jaurésiennes, Francia) • **Nicolás Iñigo Carrera** (UBA-Conicet. PIMSA)
- **Pablo Pozzi** (UBA) • **Eduardo Grüner** (UBA) • **Omar Acha** (UBA-Conicet)
- **Alejandro Schneider** (UBA, UN La Plata) • **Agustín Santella** (UBA-Conicet)

Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda
Buenos Aires - Año V - N° 9 - Septiembre de 2016

Índice

Presentación 5

Dossier:

“Lucha armada en los años 60 y 70: nuevo enfoques y perspectivas desde un marco latinoamericano”

Presentación del dossier
por *Gabriel Rot y Martín Mangiantini* 9

La lucha armada latinoamericana en perspectiva (1959-1996)
por *Eduardo Rey Tristán y Verónica Oikión Solano* 13

Un balance de los estudios sobre las
Organizaciones Político-Militares argentinas
por *Gabriel Rot* 33

Poder Obrero y el FAS: los orígenes frentistas de OCPO
por *Federico Cormick* 55

Del “Che” a Perón: en torno a la “peronización”
de las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR)
por *Carlos Ignacio Custer* 77

Conflicto obrero y acción guerrillera. La huelga en Mercedes Benz
en 1975 y el secuestro de un nazi
por *Mariano Casco Peebles y María Agustina Leunda* 97

Artículos

- El subdesarrollo en los marxistas clásicos
por *Claudio Katz* 119
- Resistencia obrera y violencia patronal en el “Uruguay feliz”
de los años 50: la huelga en Ferrosphalt
por *Pablo Ferreira* 139

Perfiles

- Juan Carlos Marín (1930-2014).
La sociología de combate en la Argentina
por *Agustín Santella y Ana Villar* 159

Crítica de libros

- Argentinos, judíos y camaradas tras la utopía socialista*
(de Nerina Visacovsky), por *Javier Díaz* 177
- Outlaws of the Atlantic. Sailor, Pirates, and Motley Crews
in the Age of Sail* (de Marcus Rediker), por *Lucas Poy* 179
- Soviets en Buenos Aires. La izquierda de la Argentina ante
la revolución en Rusia* (de Roberto Pittaluga), por *Cristian Aquino* 182
- Bolchevique de salón. Vida de Félix J. Weil, el fundador argentino
de la Escuela de Frankfurt* (de Mario Rapoport),
por *Hernán Camarero* 184
- Instrucciones para los autores** 189

Presentación

El campo de estudios sobre los orígenes y el desarrollo de la lucha armada y las organizaciones político-militares en la Argentina a partir de la década de 1960 fue uno de los más dinámicos en los últimos años en los múltiples terrenos de la investigación académica, la producción ensayística y los relatos periodísticos. *Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda* no podía quedar al margen del escrutinio de los debates, nuevos aportes y desafíos que este espacio de elaboración está planteando. Lo hacemos en este número de manera global, ofreciendo un dossier coordinado por Gabriel Rot y Martín Mangiantini, que introduce perspectivas diversas: revisiones historiográficas en clave nacional y latinoamericana, debates y polémicas con ciertas visiones establecidas, análisis del vínculo entre lucha armada y movimiento social, en especial, con respecto a los trabajadores. En cierto sentido, estas discusiones conectan con lo escogido para nuestra tradicional sección Perfiles, en esta oportunidad dedicada a la trayectoria y la obra de Juan Carlos Marín, aquí referenciado como expresión de una “sociología de combate” que indagó en las luchas sociales y los “hechos armados” en el país del último medio siglo. La sección de artículos libres brinda un texto acerca de un caso representativo de resistencia obrera en el Uruguay de los años 50, mientras que Claudio Katz plantea un examen sobre el subdesarrollo en los marxistas clásicos a partir de la revisión de las obras de Lenin, Rosa Luxemburg y Trotsky.

Este número aparece en el quinto año de existencia de *Archivos*, cuando ya comenzó a recorrer su camino el Centro de Estudios Históricos de los Trabajadores y las Izquierdas (CEHTI). Un emprendimiento autónomo y plural, estructurado como una asociación civil, que construirá su recorrido sustentado en la acción voluntaria de sus iniciales integrantes y de todos los que quieran sumarse, sobre la base de prácticas colectivas de funcionamiento. Antes que el aislamiento autorreferencial, el centro promoverá la colaboración y el diálogo fructífero con otros espacios de producción intelectual y cultural. Inaugurado en julio de este año, en

sus primeros dos meses de labor fue definiendo y poniendo en práctica algunas de las iniciativas que se había propuesto.

En su oficina ubicada en la zona céntrica de Buenos Aires comenzaron a funcionar algunos equipos de discusión o investigación sobre aspectos de la historia del movimiento obrero y las izquierdas de la Argentina. Al mismo tiempo, se concretaron o están en vías de hacerlo una decena de conferencias, charlas y mesas-debate sobre un abanico amplio y heterogéneo de problemas históricos y del análisis social, político, intelectual y cultural asociados a las izquierdas y el mundo de los trabajadores en el país y el mundo. Allí distintos expositores abordaron, entre otros asuntos, las relaciones entre el socialismo y el movimiento sindical en la Argentina (Carlos Herrera, Hernán Camarero y Ricardo Martínez Mazzola), los itinerarios político-intelectuales de Oscar Terán y Beatriz Sarlo (Omar Acha), el balance y las perspectivas del gobierno del MAS y Evo Morales en Bolivia (Alejandro Schneider), la dinámica del movimiento estudiantil argentino entre 1955-1976 (Juan Califa y Mariano Millán), la figura de la feminista Herminia Brumana (Mabel Bellucci) y las expresiones de izquierda en el asociacionismo judío inmigrante de Buenos Aires (Nerina Visacovsky y Javier Díaz). Especialmente significativas fueron las dos conferencias que, invitado por el CEHTI, dictó el historiador Bernhard Bayerlein en el Museo Roca y en la propia sede del Centro a comienzos de agosto: “Revoluciones fallidas como experiencias traumáticas. Del octubre alemán de 1923 hasta la catástrofe global de 1933” y “Una relación sui generis: la IC y los Partidos Comunistas en los años 30”.

En perspectiva, el CEHTI se propone diseñar distintos talleres y seminarios de especialización, organizar cursos de formación docente y seguir preparando variadas actividades de discusión y divulgación. Su agenda puede consultarse en Facebook y demás redes sociales. Asimismo, está conformando una biblioteca/hemeroteca, a partir de las donaciones de sus miembros, colegas investigadores, colectivos socio-culturales y editoriales. Invitamos a todos nuestros lectores e interesados en colaborar con esta tarea, a sumarse a las actividades del CEHTI y asociarse a éste, con el fin de contribuir a su sostenimiento y expansión, junto a la revista *Archivos*.

DOSSIER:

**Lucha armada en los
años 60 y 70: nuevos enfoques
y perspectivas desde un marco
latinoamericano**

Presentación del Dossier

Desde la finalización de la dictadura cívico-militar iniciada en 1976, se experimentó en la Argentina un notorio interés por el estudio y la reflexión alrededor de la violencia política revolucionaria desarrollada durante sus años preexistentes. La lucha armada como estrategia y el derrotero de aquellas organizaciones simultáneamente políticas y militares (OPM) se transformaron en temáticas abordadas cada vez con mayor frecuencia. Estos tópicos concitaron un atractivo no sólo historiográfico sino también por parte de otras disciplinas, como la sociología, la antropología y las ciencias políticas, a la vez que compartieron el escenario con una importante variedad de intervenciones entre las que destacan las memorias testimoniales y los abordajes periodísticos.

En los inicios de un nuevo orden institucional en los albores de los años 80, de la mano de autores como Carlos Brocato o Pablo Giussani, entre otros, se destacó una producción crítica (en algunos casos auto-crítica dada su trayectoria política) de aquellas experiencias, caracterizadas como foquistas y vanguardistas. El mesianismo de las OPM, su ponderación del coraje por sobre la política, la existencia de una derrota moral y, sobre todo, la problemática del militarismo fueron algunas de las conceptualizaciones imperantes en este tipo de análisis. Paulatinamente, y como contracara, aparecieron diversas historias testimoniales que, legitimando el derrotero de estas estructuras, se convirtieron en un insumo alternativo para el conocimiento de estas experiencias.

Con mayor diversidad de fuentes documentales, excediendo lo testimonial, comenzó a ganar terreno el abordaje historiográfico profesional. Aún con herramientas metodológicas luego perfeccionadas, los trabajos de Richard Gillespie sobre la organización Montoneros y de Pablo Pozzi sobre el PRT-ERP, junto a la paulatina aparición de otras investigaciones, dieron cuenta de un quiebre en la construcción del relato histórico.

Sin embargo, será la crisis política y social que estalló en el año 2001 uno de los factores que determine una clara línea divisoria en lo relativo a

las preocupaciones historiográficas antes vigentes. La revalorización por la radicalización de los años 60 y 70, con la emergencia de nuevos actores políticos y sociales que, bajo diversas premisas teórico-conceptuales, pugnaron por un cambio social, redundaron en el deseo de un mayor conocimiento sobre un período también convulsionado que posibilitaba, a su vez, una mejor comprensión del presente. Así, se multiplicaron los estudios sobre las OPM incluyendo trabajos académicos en el ámbito universitario, mesas temáticas particulares en diversas jornadas, publicación de revistas especializadas y dedicadas exclusivamente a tales tópicos, entre otros ejemplos.

En este marco, la historia de las OPM comenzaron a ser abordadas desde diversas perspectivas e intereses: los estudios de género que ponderaron la reflexión sobre el papel de las mujeres, los trabajos en clave regional (que tomaron experiencias geográficamente específicas de las diversas organizaciones) o los análisis discursivos que indagaron prioritariamente sobre las subjetividades y los aspectos identitarios de estas estructuras. Ahora bien, este vasto campo se vio acompañado, simultáneamente, por una abundante producción de tipo ensayística y periodística que, muchas veces en clave laudatoria y con escaso bagaje documental, logró una difusión masiva. Ello se vio complementado, durante los años kirchneristas, por la construcción de un forzado imaginario que pretendió anclar su propia experiencia al pasado militante setentista.

Sin embargo, la proliferación y el crecimiento cuantitativo de producciones referidas a estos tópicos no supuso que el campo historiográfico sobre la lucha armada en los años 60 y 70 esté al margen de la necesidad de un profundo desarrollo de sus temáticas. En relación con ello, es notorio aún el desnivel existente entre la producción sobre Montoneros y el PRT-ERP con respecto a las restantes OPM. Si bien esto recae en una lógica cuantitativa por tratarse de las organizaciones con mayor militancia, y por lo tanto con un reservorio de fuentes documentales más amplio, no es menos cierto que otras estructuras, también de alcance nacional, tuvieron desarrollos de importancia.

De igual manera, la abundancia de estudios que primaron el análisis discursivo de las organizaciones, no elimina la necesidad de profundización de aquellos debates teórico-conceptuales que, alrededor de la lucha armada y la violencia política como estrategia revolucionaria, se produjeron dentro de las OPM, o bien entre ellas. Al mismo tiempo, y en consonancia con esta problemática, no es menor el enorme campo de discusión que desató en estas agrupaciones la significación del peronismo y su retorno al poder en los años 70.

Seguramente, una de las tareas pendientes más relevantes sea profundizar la inserción que las OPM forjaron en una clase obrera a la que

pretendían dirigir e influir. Ninguna de las organizaciones existentes actuó en un vacío y todas ellas, en mayor o menor medida, se nutrieron de diversos componentes de un proletariado radicalizado. Indagar sobre el accionar de las estructuras político-militares en los organismos sindicales de base, su participación en conflictos específicos o los mecanismos para forjar una influencia en los ámbitos fabriles, son algunas de las temáticas que aguardan ser abordadas. De igual modo, resulta llamativa la ausencia de producciones sistemáticas que den cuenta de la relación y estrategias de inserción de las OPM en el movimiento estudiantil en particular y en la juventud en general (más teniendo en cuenta que se trató de un sujeto de relevancia para el crecimiento de estas estructuras). Es en relación con estos vacíos que resulta una tarea esencial una sistemática profundización de los diversos frentes de masas que las organizaciones pretendieron desarrollar.

En el presente dossier, se optó por un conjunto de trabajos seleccionados con objetivos diversos. Por un lado, se presentan dos artículos de corte historiográfico que, respectivamente, se proponen analizar críticamente la amplia producción existente sobre la lucha armada y el papel de las OPM. Eduardo Rey Tristán y Verónica Oikión Solano presentan un minucioso balance en perspectiva latinoamericana sobre la amplia bibliografía existente alrededor de la problemática en torno a la lucha armada desde la Revolución Cubana hasta la actualidad. Por su parte, Gabriel Rot hace lo propio para referirse al amplio universo historiográfico presente en la Argentina y a las diversas líneas de análisis que imperaron en las últimas décadas dando cuenta, a su vez, de los alcances y perspectivas existentes en este campo. La lectura conjunta de ambos trabajos se convierte en un relevante insumo para dar cuenta de cuál es el estado de avance del campo historiográfico latinoamericano y argentino sobre estas temáticas, cuáles fueron las líneas de análisis centrales hasta el momento y qué aspectos resultan factibles y necesarios de profundizar.

En otro orden, los artículos de Federico Cormick y Carlos Ignacio Custer brindan al dossier la posibilidad de indagar sobre el derrotero de dos organizaciones político-militares escasamente estudiadas como lo fueron, respectivamente, la Organización Comunista Poder Obrero (OCPO) y las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR). Estos artículos permiten visualizar las variantes y los matices (teórico-ideológicos y metodológicos) que existieron en el amplio universo de las organizaciones armadas presentes en el período más allá de las dos estructuras mayoritarias ampliamente estudiadas. Simultáneamente, ambos trabajos posibilitan también una mejor comprensión del clima de ideas dentro de una coyuntura en la que diversas corrientes y dirigentes experimentaron un proceso de deriva ideológica del marxismo hacia el peronismo con

el objeto de una fusión teórica de ambos bagajes (como pretendieron las FAR), o bien, de intento de acercamiento a la militancia peronista en la búsqueda de su radicalización y giro a la izquierda (como es el caso del OCPO).

En otro orden, el artículo de Cormick conlleva el valor agregado de indagar sobre la participación de una OPM en un espacio de coordinación de diversas estructuras políticas, organismos sindicales de base y personalidades como lo fue el Frente Antiimperialista y por el Socialismo (FAS), lo que permite romper con los estudios de diversas estructuras político-militares que se limitan a análisis de las propias organizaciones desanclados de la coyuntura política y del movimiento social existente. En una línea similar, el artículo de Mariano Casco Peebles y María Agustina Leunda tiene la importancia de abordar una experiencia concreta de inserción de las OPM en el mundo fabril, particularmente, en el marco de un conflicto obrero como lo fue la huelga de la planta de Mercedes Benz en 1975. Se trata de un estudio de caso en el que los autores polemizan con aquellas teorías que sostienen que el papel de las organizaciones armadas se producía al margen, o incluso era nocivo, a las acciones de masas existentes.

En definitiva, este dossier pretende ser un aporte al campo de estudio sobre las OPM y la lucha armada en los años 60 y 70 desde miradas que no prioricen el debate sobre la violencia política, ya sea desde una crítica moral o impugnatoria, o bien, desde las reivindicaciones heroicas de las diversas experiencias, sino que avance en los estudios sistemáticos y fundados, anclados en el contexto social y en la coyuntura política, preguntándose, a su vez, de qué modo y en qué medida estas estructuras se vincularon a la lucha de clases y aportaron (o no) a su desarrollo.

Gabriel Rot y Martín Mangiantini

La lucha armada latinoamericana en perspectiva (1959-1996)

Eduardo Rey Tristán y Verónica Oikión Solano

Universidad de Santiago de Compostela, España – El Colegio de Michoacán, México
eduardo.rey@usc.es – voikions@gmail.com

El presente artículo revisa el perfil de la historiografía de las luchas revolucionarias latinoamericanas contemporáneas con perspectiva regional. La mera enunciación de la propuesta parece provocar estupor a quien vaya a leerla. Desde 1959 –año del triunfo de la Revolución cubana y punto de partida de este artículo– y hasta hoy se han publicado más de tres mil trabajos sobre la cuestión entre monografías, memorias, entrevistas, testimonios, artículos académicos o actas de congresos, sin contar diferentes formatos de difusión general. La cifra, si bien recoge lo principal de esa producción, es una estimación conservadora, resultado de un trabajo que ha incluido la producción para cada país y la región (Rey, Oikión y Cortina, 2014).

Nuestro objetivo es explicar cómo ha sido esa producción, cuáles son sus rasgos generales más sobresalientes y qué ha aportado y de qué ha carecido. No entramos en detalles y análisis de obras, puesto que la envergadura de la propuesta, el volumen de trabajos y el amplio espectro geográfico abarcado no lo permiten más allá de referencias puntuales. Además, nos interesan los itinerarios y las interpretaciones globales a través de las cuales construir marcos explicativos para esa producción, de modo que podamos identificar momentos, tendencias y corrientes en el interés por la temática; sin descartar a futuro profundizar en el análisis de cada caso por país en particular, cuestión por lo demás relevante para retroalimentar analíticamente nuestra perspectiva regional latinoamericana.

El artículo se estructura en tres partes. La primera reflexiona sobre el objeto de estudio para delimitarlo, dada su complejidad y a la vez por los debates que suscita definir a qué nos referimos cuando hablamos de luchas revolucionarias o de violencia política desde fines de los años 50. Las dos siguientes trazan el perfil de la producción objeto

de estudio atendiendo, por una parte, a una interpretación global de su evolución –tendencias, volumen y objetos de interés acerca de la temática a lo largo del período, incidiendo en lo general más allá de las singularidades de cada caso–; y por otra, a la dimensión regional, esto es, a los estudios que superan el ámbito nacional y abarcan dos o más procesos o tienen vocación latinoamericana, dado que son, en nuestra opinión, la perspectiva de mayor interés a futuro.

Nuestro objeto de estudio

¿Qué entendemos por luchas revolucionarias latinoamericanas contemporáneas? ¿Cuál es el objeto central de nuestro análisis? En este trabajo nos referiremos a aquellos procesos de lucha político-social que se dieron en América Latina a partir de 1959 y hasta los años 90 y cuyo objetivo fue un cambio radical de sus sociedades, una revolución en sentido socialista. Esto implica, por una parte, tomar como punto de partida el triunfo de la Revolución cubana el 1 de enero de 1959, aunque no ella misma. El proyecto del que partió ésta en 1953-1956 no fue exactamente el concretado tras su victoria, como reconoció el propio Che Guevara (2007: 2). Las luchas revolucionarias subsiguientes fueron producto tanto del factor movilizador de aquella revolución triunfante como del ejemplo teórico-práctico proporcionado por ella desde sus primeros momentos.¹

Por otra parte, esta misma definición delimita el período de análisis hasta los años 90 y el cierre de los conflictos de aquel ciclo con la firma de los últimos acuerdos de paz en Centroamérica (El Salvador en 1992 y Guatemala en 1996). Cabría objetar la cuestión peruana o la colombiana, extendidas ambas temporalmente y hasta la actualidad en el segundo caso. No entramos en este debate por cuestión de espacio, pero entendemos que las lógicas que prolongaron esos conflictos fueron más allá de sus motivaciones de partida, en relación con circunstancias locales. Igualmente, no consideramos experiencias surgidas en los 90, como el movimiento neozapatista, dado que no compartieron el criterio de partida –un cambio radical de sus sociedades en sentido socialista–, al igual que muchas otras movilizaciones ocurridas en la región desde los 90, cuyas motivaciones se ciñeron a cuestiones locales y a demandas específicas.

La segunda limitación, por tanto, es de metodología, llevándonos a un terreno complejo y a debates aún no solventados. No siempre el ele-

1. Acerca de las lecturas del proceso revolucionario realizadas por sus líderes desde 1959, en relación con el modelo guerrillero difundido a partir de entonces, véase Lamberg (1979) y Child (1995).

mento definidor de una propuesta de aspiración socialista fue la lucha armada –véase el caso de la Unidad Popular allendista como principal referencia–, ni todos los que la practicaron tuvieron siempre aquellos objetivos. Para representar esto último sirven dos ejemplos en el inicio y en el final del ciclo que proponemos: en 1959 una columna que contó con la participación de Pedro Joaquín Chamorro incursionó en Nicaragua desafiando el régimen somocista. La fórmula escogida fue la clásica e insurreccional heredada de los repertorios de acción, y experimentada tanto en Nicaragua como en otros países (Paraguay o Dominicana de modo coetáneo, por ejemplo) con los mismos resultados negativos. Fue al fin y al cabo la fórmula cubana en 1956 con la singularidad isleña del caso. Por tanto, es claro que no es el repertorio utilizado lo que debe marcar las definiciones que tomemos, sino el carácter político ideológico del proyecto que las respalda. Al final del ciclo el neozapatismo irrumpió con despliegue discursivo en la opinión pública con una propuesta posmoderna (Cedillo, 2008: 90), lo que nos remitía simbólicamente a las luchas guerrilleras previas; pero los objetivos trazados y el carácter de aquel desafío difieren notoriamente por su distanciamiento en relación con las propuestas maximalistas, de transformación radical, socialista, de la etapa anterior.

En este trabajo nos referiremos a las propuestas enmarcadas en la tercera oleada de violencia política internacional (Rapoport, 2004, 2016), cuyo detonante fue la Revolución cubana, y que concluyó en los 90 con el punto final a las experiencias que aún abanderaban el perfil antes trazado sin que hubiesen aparecido otras nuevas que defendiesen una propuesta similar. Ello no significa que hayan desaparecido insurgencias socio-políticas en la región, o que las que se dan no hayan bebido del ciclo anterior; solamente que corresponden a otro planteamiento y a otra coyuntura histórica. La definición en estos términos del objeto es clave para delimitarlo y analizarlo. De otro modo no sería abarcable epistemológicamente y por tanto no podríamos ofrecer un análisis certero y con conclusiones de interés para el lector.

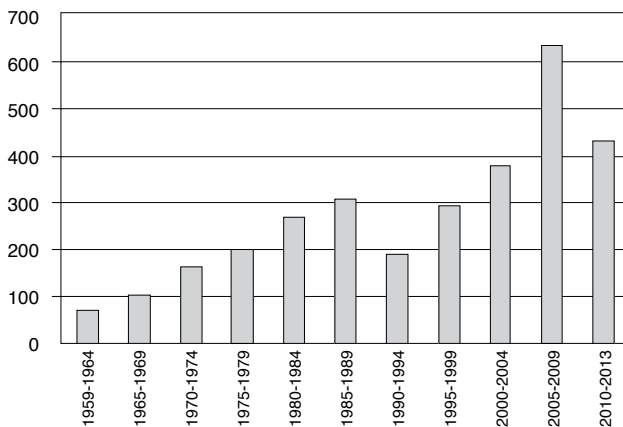
La producción: perfiles, características y evolución

La producción acerca de las organizaciones político militares (OPM) latinoamericanas es abundante. Los más de tres mil títulos registrados en *El estudio de las luchas revolucionarias en América Latina (1959-1996). Repertorio Bibliográfico* (Rey, Oikión y Cortina, 2014) son constancia de ello. Pero a su vez es una producción poco compacta, fragmentada, transitoria, inacabada y con una fuerte dimensión nacional, (Oikión, 2014: 446). Una producción “en construcción”, con diversidades y desequilibrios notorios en función de los casos (OPM), países, coyunturas,

enfoques y contenidos. Tiene un perfil estrechamente vinculado a la dimensión nacional, siendo escasos tanto los estudios comparados entre OPM como aquéllos que apuntan hacia lo global y lo regional del proceso latinoamericano. Y aun atendiendo a la dimensión nacional, encontramos que prima el caso y no perspectivas más amplias que nos ofrezcan visiones de las izquierdas, su evolución, su rol, a partir del análisis de las diferentes OPM que las protagonizaron en cada país.

Este perfil y desequilibrios en la producción en torno al tema tienen relación con el proceso de construcción desde el inicio de la oleada, en 1959. El interés por la trama fue creciente desde entonces (Gráfica 1). Primero, porque la historiografía nació con el triunfo de la Revolución cubana, detonante del ciclo, y no cesó desde entonces y hasta la actualidad; segundo, porque se incrementó con un crecimiento sostenido, con pocos altibajos. Ambas circunstancias responden al interés de una temática que a medida que avanzaban los 60 se convirtió en central en los conflictos socio-políticos de muchos países, que hizo destacar a la región en el contexto internacional, y que sumaba casos en la medida que aparecían nuevos grupos en diferentes países. Su eventual desaparición no implicó necesariamente la pérdida de interés en ellos; al contrario, más bien supuso la publicación de trabajos sobre aquellas experiencias, mientras que el constante crecimiento de OPM de la oleada despertaba preguntas relativas a su carácter a escala regional.

**Gráfica 1. Evolución de la producción por lustros
(Rey, Oikión y Cortina, 2014)**



La gráfica 1 refleja la evolución creciente de la producción en torno al tema: constante en su crecimiento hasta el primer lustro de los 90,

con un breve retroceso entonces, y un incremento sustancial desde fines de esa década hasta la actualidad.² La lectura de esa evolución y de sus alteraciones en diferentes momentos permite comprender la evolución global de los productos y sus hitos significativos. La combinaremos con nuestra interpretación del perfil de esa producción a partir de los estudios específicos ya realizados (Oikión, Rey y López, 2014; Rey, Oikión y Cortina, 2014).

El interés por los movimientos armados en la región tuvo un crecimiento diferenciado si atendemos a los materiales que buscaron satisfacerlo. Inicialmente se trató sobre todo de medios de comunicación en función de su papel informativo y formativo de una opinión pública. Cuba fue el detonante y la primera experiencia que destapó el interés público e incidió en la construcción de un modelo comunicativo en relación con los casos que nos ocupan (Calvo, 2014). Durante los 60 aparecieron proyectos en diferentes países, reflejados en el protagonismo adquirido por publicaciones periódicas, con un perfil de debate político vinculado a la nueva izquierda (*Punto Final* o *New Left Review*, entre otras). Desde entonces hubo una producción específica que buscó explicar la aparición y el desarrollo de muchas OPM a lo largo y ancho del continente (Guatemala, México, Perú, Uruguay, Venezuela). Las obras periodísticas, testimoniales y ensayísticas ofrecieron respuestas al interés por los sucesos insurreccionales y las experiencias coetáneas.

Este perfil periodístico y testimonial de la producción, con apoyo de lo ensayístico, fue dominante en líneas generales hasta los 80, como respuesta más inmediata al surgimiento, evolución y, según los casos, declive de las OPM. A partir de esa década se advierte un cambio de ciclo. Por una parte, la oleada pierde fuerza, patente en el hecho de que muchas organizaciones fueron desarticuladas, y el ritmo de aparición de otras nuevas era claramente decreciente.³ Por otra, la apertura democrática iniciada en el Cono Sur a mediados de los 80 puso fin a las involuciones anteriores; y al tiempo que cerraba el ciclo de movilización revolucionaria, daba pie a una nueva fase en la producción caracterizada por la recuperación tanto de testimonios como de memorias. Éstas,

2. Los datos utilizados están actualizados hasta finales de 2013. Los de 2014, dada la tendencia, casi equipararían las dos últimas barras y no alterarían nuestra interpretación.

3. Como ha señalado Rapoport (2004), las oleadas de violencia política se mantienen en la medida que son capaces de generar nuevas organizaciones que enarbolan la defensa de sus objetivos y características fundamentales. Lo crucial no es la longevidad de las organizaciones, sino su reemplazo, reflejo de la fuerza movilizadora continuada de sus ideas.

sumadas a trabajos periodísticos y algunos ensayos de interés, fueron características del auge editorial hasta 1990.⁴

La producción, con un crecimiento constante, sufrió una caída en los primeros años 90. Hasta ese momento no había picos de decrecimiento, pero sí a la inversa, explicados puntualmente por el auge e interés despertado por algunas OPM –caso de los Tupamaros uruguayos, sobre los que se publicaron una decena de títulos entre 1970 y 1972– o por procesos triunfantes –caso del Frente Sandinista de Liberación Nacional (1979), que generó una abundante historiografía a lo largo de los 80 y hasta la pérdida del poder de los sandinistas–. A este último acontecimiento, que significó un descenso en la producción sobre Nicaragua, podemos sumar el declive del interés por las luchas de los 60 y 70 en el Cono Sur, protagonistas en la segunda mitad de los 80. Con la nueva década, una vez saciado el interés por la etapa anterior gracias a la previa producción testimonial y memorial, el interés se orientó más a la consolidación democrática.

México es otro ejemplo de cómo, a partir de la represión focalizada en los grupos armados y de la aplicación de la reforma política de 1977 que conllevó la amnistía, se fue suprimiendo, aunque no exterminando totalmente, el accionar de las OPM a lo largo de los años 80 y esto se refleja en la baja de la producción testimonial durante esa década. No fue sino hasta la segunda mitad de los 90 que el estado latente de la guerrilla abrió de nuevo su recurrencia, y aunado a factores de cierta apertura democrática inyectó bríos a la producción historiográfica.

Por último, los conflictos cerrados en los 90 en Centroamérica –El Salvador y Guatemala– tuvieron fórmulas de resolución y transición (con protagonismo de acuerdos de paz firmados por las antiguas organizaciones) que no motivaron una mirada acerca de las trayectorias militantes y sus luchas. Posiblemente por las continuidades del proceso y por los intereses de los actores –más preocupados en su inserción político-partidaria que en su pasado militante– la producción en los 90 fue limitada, y no despegó, tanto en lo testimonial y memorial como en lo académico, hasta una década más tarde (Martín y Sprenkels, 2014).

Durante la segunda mitad de los 90 de modo tímido, y abiertamente desde el cambio de siglo, la producción en torno a la temática vive un auge creciente respecto a la etapa anterior.⁵ Ese “boom” ya no está vinculado a un perfil testimonial, memorial, periodístico o ensayístico,

4. Dado que no es posible citar la amplia producción de esta fase, y cualquier selección sería arbitraria, remitimos al citado *Repertorio bibliográfico* (Rey, Oikión y Cortina, 2014) para la consulta de la producción, así como de aquella a la que se refieren los siguientes párrafos y siempre que no se citen trabajos específicos en función de la narrativa propuesta.

5. El *Repertorio bibliográfico* muestra que para algo más de 3.000 títulos en todo el

como en épocas anteriores. Sin que desaparezca la producción en estos términos, el mayor volumen es realizado por historiadores y otros científicos sociales.

No cabe duda que influye el fin de la oleada. Y no porque la violencia política deje de ser protagonista, aunque sí en su formulación de herencia sesentista. Se trata de la representación del cambio generacional. Rapoport, al teorizar acerca de la finalización de las oleadas de violencia, advierte de su perfil generacional; es decir, que aquello que moviliza a una generación –la lectura del mundo realizada en función de sus circunstancias, ideología y época– probablemente no movilizará a la siguiente, cuyo universo inevitablemente habrá sufrido transformaciones y por tanto generará sus propias lecturas, formas de militancia y objetivos de lucha, así como proyectos de resolución a futuro.

Y al igual que las oleadas tienen un carácter generacional y a partir de algún momento pierden capacidad para reproducirse, entendemos que el interés por su conocimiento, tiene también un perfil similar. Es en cierto modo la generación de los nietos, o quizás los hijos según las casuísticas, los países y la distancia no tanto temporal como generacional con los hechos, la que en América Latina busque, por medio de investigaciones académicas –pero no solo–, el conocimiento de un pasado que va más allá de la militancia y sus secuelas, la memoria y el testimonio. Una fórmula, en definitiva, de transitar por un modelo de recuperación de la memoria diverso y a través de otras formulaciones y metodologías.⁶

Las inquietudes de una nueva generación no vinculada con los acontecimientos, la participación de militantes reconvertidos académicamente, o trabajando desde perspectivas analíticas que superan lo memorial o testimonial,⁷ el interés de académicos externos a la región y a los hechos, entre otros factores, son relevantes en las nuevas investigaciones en torno a las experiencias revolucionarias entre los 60 y los 90, y hacen que las cifras de producción despeguen notoriamente desde el cambio de siglo. Prevalece la producción académica y analítica en diversas modalidades y con diferentes enfoques, perdiendo notoriedad la producción anterior: testimonial, memorial, ensayística y periodística.

período, más de 1.700 se editaron después de 1995, frente a 1.250 en la etapa anterior (Rey, Oikión y Cortina, 2014).

6. El silencio y el olvido son utilizados por regímenes autoritarios y dictatoriales para edificar narrativas oficiales que desvanecen los periodos de lucha armada, y con ello se difumina y se encubre la represión y el terror al que fueron sometidos militantes y comunidades enteras. A la fecha, en América Latina, se promueven luchas memorísticas contrahegemónicas en resistencia para dar voz y rostro a las víctimas de crímenes de lesa humanidad en contextos de justicia transicional.

7. Ejemplos son los trabajos de Juárez (2014), Condés Lara (2007-2009) o Castañeda (2006).

En cuanto a ésta última, sin duda la relevancia de la izquierda en el presente siglo –en la cual juegan un papel protagónico entre otros antiguos militantes de organizaciones armadas, caso de José Mujica, Dilma Rousseff o Salvador Sánchez Cerén– mantiene un interés editorial en torno a sus historias de vida y, por extensión, a las de otros destacados miembros de las OPM.⁸ También hubo un incremento en la opinión pública por indagar acerca de temáticas manifiestamente dejadas al olvido.

La dimensión latinoamericana

La producción en torno a la dimensión regional latinoamericana es minoritaria tanto en términos absolutos como en relación con los estudios ceñidos al ámbito nacional. En el global de datos incorporados al *Repertorio bibliográfico* que nos sirve de referencia, sólo localizamos medio centenar de títulos, y únicamente la mitad son relevantes.

A pesar de ello, es importante dedicar un espacio a su visibilidad y análisis por su importancia intrínseca para comprender la producción sobre las luchas en América Latina desde 1959. Primero, porque esta dimensión es clave para la comprensión de los procesos nacionales y de los casos particulares, e implica el reconocimiento de que estos últimos no son experiencias aisladas, sino parte de una oleada de movilización que tuvo su inicio y su final, así como características mínimas compartidas por todas las OPM encuadrables en ella; y segundo, porque es una de las líneas de trabajo más promisorias, tanto por el vacío existente ante lo limitado de la producción comparada, como porque el extenso desarrollo de estudios de caso nacionales ya nos permite profundizar en aspectos más amplios contando con una importante masa crítica de información, análisis y testimonios. Cabría añadir que el desarrollo de las ciencias sociales y los estudios históricos en la región en los últimos años, y su creciente diálogo, permiten incorporar herramientas teóricas y analíticas innovadoras a futuro.

En cuanto a contenidos, esta producción muestra dos tendencias: una de carácter cuantitativo, representada por obras que en realidad acumulan casos o información sobre experiencias nacionales; otra de mayor interés cualitativo, aquellos trabajos con un ejercicio realmente comparado y que proponen una reflexión sobre las luchas revoluciona-

8. Memorias personales, vía entrevista o similares, las tenemos por ejemplo en Uruguay con José Mujica (Campodónico, 1999) o en El Salvador con Sánchez Cerén (Sánchez, 2008). Sin olvidar a las mujeres como un contingente importante en la configuración de las guerrillas, cuyo estudio está cobrando mayor relieve, reflejado en la publicación de memorias y testimonios, ejemplo Aguilar Terrés (2014), lo que repercute favorablemente para revertir su repetida invisibilidad de género.

rias en la región, ya sea través de dos casos o bien con mayor diversidad buscando elementos interpretativos más amplios.

Conocimiento por acumulación de casos

Este perfil se explica, tanto en su carácter interno como en la limitada atención recibida en general, por el corsé de lo nacional a lo largo de las últimas décadas, tanto en la temática que nos ocupa como en general en la historiografía latinoamericana. La necesidad de conocimiento básico de los casos que forman parte del conjunto fue condición indispensable para el salto a comparaciones e interpretaciones de mayor amplitud. Por lo que este perfil no se plantea como un demérito sino como una constatación. Y por ello, habiendo avanzado en aquella dimensión, el reto de esta producción a futuro es el salto a la explicación regional y comparada, y el conocimiento del proceso global como la inserción de los casos específicos en el marco de la oleada.

El interés por la comprensión regional de las insurgencias, más allá de las especificidades nacionales, fue temprano. Desde fines de los 60 diferentes autores destacaron el hecho de que ninguno de los casos de la década era único, sino que todos se insertaban en una dinámica regional –y por tanto con elementos compartidos– que merecía ser atendida. No se avanzó en una definición conceptual para proponer una idea específica de ciclo, pero la idea se intuía en el planteamiento de trabajos que desde fines de los 60 difundieron la idea de “la guerrilla latinoamericana”, percepción nítida del carácter regional de la cuestión (Deas, 1968; Petras, 1968; Mercier, 1969; Debray, 1975; Lamberg, 1979).

Este tipo de trabajos no sólo fue en su momento la primera ventana para acercarse a la cuestión de modo amplio, sino que por muchos años fue casi el único que aportó posibilidades de contextualización más allá de los casos de tono particular. Estas obras, en general, partían de la generalización de la “guerrilla” como arma de lucha política en América Latina desde 1959. Su propuesta pasaba por la explicación, más o menos detallada, de los diversos casos desarrollados hasta el momento. Su principal propósito fue informar, de ahí su estructura de acumulación de datos, y sólo en segundo lugar plantear objetivos analíticos, forzosamente generales aun dada la perspectiva temporal.

Su escritura se hizo desde distintas posiciones, académicas a veces, de proximidad ideológica o política en otras. Y su perspectiva tuvo variantes: ya fuese que interpretasen las insurrecciones en el marco histórico latinoamericano; o bien las relacionasen con procesos de violencia política de la época, algo propio de la visión anglosajona, más vinculada con el conocimiento (y en ocasiones el combate) de las modalidades de violencia política (generalizadas bajo la etiqueta de “terrorismo”) que

con la comprensión de su papel en las sociedades latinoamericanas del momento.

Entre las primeras destacan los trabajos de Mercier Vega (1969) y de Lamberg (1979). Ambos siguieron estructuras de análisis y contenidos similares, pero con diferentes casos: Guatemala, Venezuela, Colombia, Perú, Bolivia, Brasil, Paraguay y Argentina, el primero; y únicamente los cinco primeros el segundo; además, incluyeron documentación de los grupos, siendo ésta la base principal del trabajo de Mercier. Lamberg aporta, en cambio, un análisis sociológico más elaborado, y reflexiones de mayor calado, siendo aun a día de hoy un trabajo relevante.

Un esquema similar tuvieron las obras de Petras (1968), Gott (1971) o Schump (1971). Petras inauguró el tema en la ciencia social norteamericana, analizando los casos de Venezuela, Colombia, Guatemala y Perú en un volumen colectivo que abordaba la región a partir de visiones cercanas a la izquierda y de simpatía hacia su objeto de estudio. Defendió una explicación estructural de la emergencia revolucionaria en la región, restando importancia a la idea central en la izquierda de la época respecto al rol jugado por la influencia cubana. En esta perspectiva coinciden los trabajos de Gott y Schump. La diferencia es que el primero se dedicó en exclusiva a la guerrilla rural, analizando los que consideró focos más relevantes de la década (Guatemala, Venezuela, Colombia, Perú y Bolivia), mientras que el segundo incorporó las experiencias urbanas brasileña y uruguaya. Gott fue uno de los analistas anglosajones mejor informado sobre las experiencias guerrilleras de la época. Y más allá de que su trabajo muestra franca simpatía hacia los movimientos armados, ofrece reflexiones acertadas sobre el carácter, motivaciones y fracasos de aquellos levantamientos, y sobre las teorías y coyunturas que dieron pie a su desarrollo.

Desde un punto de vista ideológico afin, las dos obras más relevantes son la recopilación encabezada por Bambirra (1972) y los dos tomos de análisis realizados por Debray (1975). La primera coordinó una antología con científicos, políticos y periodistas afines a la temática, con el fin de contribuir al conocimiento y la discusión de los movimientos de los 60: Guatemala, Venezuela, Perú, Uruguay, Brasil y Colombia. Sus enfoques fueron relativamente divergentes en la medida en que unos se orientaron a cuestiones estructurales de la violencia, y otros al relato de las insurrecciones abordadas.

El trabajo de Debray constituyó un hito en la época. Su reflexión en torno al modelo propuesto una década atrás, su aplicación y los resultados obtenidos, fue una autocrítica a su praxis previa, así como a sus vaivenes en la apreciación inicial, intermedia y final acerca de cuestiones como la insurgencia urbana en el Cono Sur. En *La crítica de las armas* (I) revisó conceptos, ideas, limitaciones y debilidades del

modelo; en *Las pruebas del fuego* (II) hizo balance de las experiencias venezolana, uruguaya y guatemalteca, no como simple narración de sus hechos sino como un análisis de sus logros y derrotas a la luz de la teoría guerrillera y de su aplicación por parte de cada uno de los actores en esos países. Su obra es atípica en la producción del período, pero no en mayor medida que lo era su autor por el rol desempeñado en la movilización revolucionaria en la década anterior.

El tipo de obras más o menos generales, de escaso alcance analítico pero rico en información de casos, fue propia de la producción de los 60 y 70. El declive en la movilización revolucionaria en parte del continente desde los 80, así como la pérdida de interés de las ciencias sociales anglosajonas en relación con los argumentos que las habían impulsado hasta esos momentos, parecen haber sido clave para comprender por qué hasta los 90 no se encuentran otras recopilaciones similares. Pero para entonces el volumen analizado se había enriquecido y se aportaban clasificaciones detalladas y con mayor cantidad de información empírica. Destaca el trabajo de Pereyra (1994), una exhaustiva recopilación organizada por períodos y países que aspira a compendiar brevemente todas las experiencias existentes, dedicando sólo un tratamiento algo más exhaustivo a aquellos casos más importantes. Su mérito fue la actualización de informaciones sobre la mayoría de los proyectos surgidos, independientemente de su capacidad y duración, y la recopilación en un volumen, aunque fuese a modo de inventario, de toda esa información.

La perspectiva anglosajona se vinculó, aunque no exclusivamente, a un enfoque donde el principal interés fue el estudio de las formulaciones de la violencia política, y no estrictamente a las luchas revolucionarias latinoamericanas.⁹ La América Latina de los 70 era un estudio de caso más en el marco de los análisis relacionados con las investigaciones sobre terrorismo internacional –sin debatir, por lo general, en torno a las diferencias entre las formas de violencia política representadas por aquél y las experiencias guerrilleras–.

Este enfoque y su elemento motivacional fueron la gran diferencia con la producción citada, puesto que seguían el modelo de acumulación de casos nacionales, aunque prestando también atención a las experiencias urbanas. La mayor parte de las obras no incluyeron trabajo de campo propio, sino que partieron de la bibliografía existente,

9. Radu y Tismaneanu (1990) resumirán más adelante esta idea con claridad: "Latin America is a global laboratory for political violence, with such a puzzling complexity of forms and types of action as to include [...] most of the patterns of political violence that have been used throughout the world in the past two and a half decades. Without an examination of Latin America patterns no adequate analysis of contemporary violence would be either feasible or meaningful".

buscando explicaciones estructurales y, por su frecuente orientación sociológica, reflexionando acerca de la composición social de los grupos y sus motivaciones (Halperin, 1969). Esta producción, ya superada, es testigo de una época y unas formulaciones académicas precisas propias del momento respecto a la comprensión de América Latina. Sus interpretaciones subyacentes las encontraremos con cierta frecuencia en trabajos posteriores, especialmente aquellos con planteamientos más ideologizados respecto de la temática que en no pocas ocasiones se relacionan con instituciones norteamericanas vinculadas a inteligencia (Radu y Tismaneanu, 1990).

Aquellas lógicas, basadas en un interés previo no por América Latina y sus luchas político-sociales, sino por el terrorismo en las sociedades urbanas industrializadas occidentales, explican en parte la atención a las formas de disputa urbana, con diferencias según las intenciones, propuestas, objetivos e ideología de cada autor. El marco fue urbano, blanco, de clase media y con acceso a la educación; algo no distante de aquellos grupos con propuestas similares en Europa occidental o Estados Unidos, y que de hecho fueron sus referentes, como está demostrando investigación reciente si bien con otras lógicas fundamentadas en la comprensión de los procesos de difusión en el marco de la oleada global (Martín y Rey, 2016). Los protagonistas de aquellas querellas se nutrieron de ejemplos previos (Irlanda, Chipre, Israel o Argelia), por lo que se insertaron en otra tradición de movilización mucho más próxima y desafiante para el mundo occidental.

En esta línea destaca Clutterbuck (1973), quien se interesó por las guerrillas urbanas en el marco de un eje de investigación relacionado con la violencia en el mundo occidental y en ámbitos urbanos; así como Moss (1973) o Kohl y Litt (1974), a quienes debemos reconocerles un interés por comprender su objeto de estudio en vez de encajonarlo en una comprensión de la violencia política prefigurada de antemano. Moss, a partir de los casos de Brasil y Uruguay, distinguió entre terrorismo y guerrilla urbana, si bien sólo en relación con el marco dentro del cual se desarrollaban –sociedades industriales occidentales o del tercer mundo–, y fue el primero en analizar el giro de las guerrillas de la década a partir de la muerte de Guevara planteando el cambio de escenario del campo a la ciudad como una fórmula con un nuevo empuje para una movilización que parecía condenada al fracaso en su versión foquista y rural. Su interés radicó en los repertorios de acción, las respuestas desde el poder a este desafío, el papel de Estados Unidos y el discurso justificativo construido por los grupos armados. Kohl y Litt incorporaron además el caso argentino, y compartieron la visión de Moss relativa a la lucha guerrillera urbana como último escalón en la búsqueda del cambio revolucionario en América Latina, posición divergente con la

línea interpretativa próxima al terrorismo habitual en buena parte de las ciencias sociales anglosajonas de la época.

Perspectiva comparada

En propiedad, y salvo excepciones, no podemos hablar de la existencia del enfoque comparado hasta la aparición del ensayo de Waldmann (1983), y que no se vio acompañado por ninguna obra similar hasta que casi una década más tarde se publicó el estudio de Wickham-Crowley (1992). Se trata de las investigaciones comparadas más interesantes hasta la actualidad, a pesar del tiempo transcurrido desde su edición. Sólo en los últimos años (aunque con algún antecedente en los 90) aparecieron artículos con perspectiva regional, aunque no con un perfil estrictamente comparado sino centrados en la comprensión de la oleada revolucionaria latinoamericana posterior a 1959.

Waldmann reflexionó sobre las movilizaciones revolucionarias en un trabajo que no ha perdido actualidad. Su propuesta va más allá de un estudio comparado entre OPM y aporta una reflexión a partir de cuatro casos (Argentina, Uruguay, Guatemala y Nicaragua) acerca del carácter de los movimientos revolucionarios y los que entendía deberían ser elementos centrales para su estudio tanto desde la perspectiva del caso como de la regional. Su investigación detecta las limitaciones de la bibliografía existente en su momento, problemas que todavía hoy no han sido superados, como el predominio de los estudios de caso centrados en la descripción exhaustiva de los detalles organizativos, ideológicos y de las acciones de los grupos, muchas veces a un nivel micro descontextualizados; las restricciones frente a los estudios genéricos sobre la violencia desde el ámbito académico anglosajón; con un hueco entre ambos tipos que, de satisfacerse, podría superar la descripción detallada, comprender los casos en sus contextos y sociedades nacionales y regionales, y ofrecer posibilidades de comparación con otros casos y países del área.

Waldmann propone tópicos centrales de estudio cuya importancia han confirmado las investigaciones en las siguientes décadas; aporta ideas que hoy en día se están redescubriendo y comenzando a pensar como elementos clave para la investigación sobre el tema: la cuestión generacional, la comprensión global de los casos en su época y sociedad, su interpretación como parte de un proceso nacional al tiempo que regional tanto en lo político-ideológico como en lo social, el rol desempeñado por los grupos sociales en los que potencialmente las OPM encuentran apoyos, los detonantes movilizados para ciertos sectores socio-políticos, la necesidad de considerar los regímenes que enfrentan los grupos revolucionarios, su respuesta a los desafíos, su relación con

Estados Unidos y el papel que los apoyos o su ausencia puede jugar en la resolución del conflicto o en su legitimidad política, y la importancia de los apoyos mayoritarios de cara al triunfo del proyecto revolucionario.

Esta propuesta de análisis tuvo continuidad –si bien de manera autónoma– en el trabajo de Wickham-Crowley una década después. Éste es el principal estudio comparado sobre los movimientos revolucionarios latinoamericanos, aunque no cubre todo el ciclo. Contempla únicamente dos fases: una primera entre 1959 y 1970, de carácter foquista y rural; y una segunda desde 1970 hasta 1992, también de carácter rural. Excluye a los grupos urbanos (y con ello todo el ciclo en el Cono Sur) a partir de criterios basados en clave militar y de capacidad (y forma) de enfrentamiento con fuerzas regulares.

Su análisis incide en los distintos grados de desarrollo y saldos positivos de cada una de las organizaciones y casos analizados, así como en sus variables explicativas; de ahí construye una interpretación acerca de las condiciones que debería cumplir un movimiento revolucionario para su victoria, y por tanto elabora una explicación razonada acerca de por qué fueron posibles los triunfos cubano y nicaragüense y no otros. Las variables clave que propone Wickham-Crowley giran en torno al rol del apoyo campesino y a la fortaleza militar de las organizaciones, ambas necesarias pero no suficientes para explicar la victoria o el fracaso de las OPM. A ello suma el tipo de régimen enfrentado, el carácter de la oposición que lo desafía, la capacidad revolucionaria para presentarse como un contra poder, y el rol jugado por los apoyos exteriores en favor o en contra de los diversos actores. Concluye que sólo cuando se dieron las circunstancias propicias, como en Cuba y Nicaragua, fue posible la caída de las dictaduras.

Sin duda a nivel comparado e interpretativo el trabajo de Wickham-Crowley es el más relevante. Sigue siendo revelador no sólo para la interpretación regional, sino para el análisis de los casos de muchos países. Pero tiene limitaciones al excluir las propuestas urbanas, y circunscribir su análisis a la insurgencia rural y no a la comprensión de la movilización revolucionaria en la región durante toda la oleada.

En los últimos años no contamos con nuevos trabajos comparados. Las líneas actuales que rebasan los estudios de caso son resultado de un avance maduro de los análisis tanto nacionales como regionales y, en consecuencia, realizan planteamientos interpretativos más profundos para superar las limitaciones señaladas. Un precedente es el breve ensayo de G. Gaspar (1997), con el interés de debatir acerca de la tipificación de los movimientos de la oleada revolucionaria. La cuestión ya había sido tratada por los principales autores de los 70 (Lamberg, 1979) o 90 (Pereyra, 1994). Gaspar la supera tanto al incluir la década de los 80 y las experiencias centroamericanas, como porque argumenta

su esquema y la inclusión de los casos, lo que va más allá de una mera relación y clasificación a partir de una noción interpretativa. Su análisis contiene ideas subyacentes que le permiten estar presente en debates más recientes sobre el tema. Éstos tendrán su punto de partida en la sugerente obra de Bartoletti (2011), quien parte del problema ya señalado: una abundante historiografía sobre los movimientos armados con predominio de los estudios de caso, que si bien son en muchas ocasiones de gran riqueza interpretativa y empírica, “suelen carecer de referencias comparativas que orienten al lector respecto a la especificidad del caso e identificar tendencias y problemáticas semejantes”. Bartoletti destaca que las escasas obras generales son interpretativas pero empíricamente débiles y en ocasiones poco sustentables. La autora compara trabajos generales y periodizaciones para poner de manifiesto la disparidad entre las propuestas existentes, la falta de criterios compartidos a la hora de definir fases y casos (de cara a la elaboración de una tipología general compartida y definitiva), y cómo –frente a lo que pretendían mostrar muchos estudios– las mismas diferencias entre éstos resaltan que no podemos entender la evolución de las luchas revolucionarias como la búsqueda y construcción de un modelo organizativo triunfante a partir de la experiencia acumulada.

En este último aspecto, Bartoletti critica la proposición de Wickham-Crowley, porque entre las variables que identifica para la toma del poder de los grupos revolucionarios, le resultan irrelevantes su ideología y su intencionalidad, centrándose en cambio en factores externos a ellos.¹⁰ Señala así lo problemático que resulta intentar construir interpretaciones generales a partir de la exclusión de los grupos urbanos. Y pone de manifiesto cómo algunos trabajos avanzaron desde fines de los 90 en una enunciación alternativa y más prometedora al destacar la relevancia de las organizaciones pero no en función de su adecuación a ningún modelo ideal, sino en su contexto específico.

Wickham-Crowley por su parte ha vuelto a abordar el tema (2014), reflexionando sobre la periodización y las características del movimiento revolucionario latinoamericano después de 1959 y sobre los ejes explicativos para su interpretación. No modificó su visión de dos ciclos de movilización revolucionaria ni su idea de exclusión de las experiencias urbanas. Pero enfatizó las claves comprensivas del auge, caracterización y final de cada etapa, poniendo el centro de su atención en el concepto

10. La crítica de Bartoletti pone de manifiesto que, a pesar del importante avance que supuso el trabajo de Wickham-Crowley, no se desembarazó de un elemento que desde los 80 criticaba Waldmann a los estudios anglosajones sobre la violencia: su poca atención a las concepciones de los combatientes y la tendencia a interpretaciones basadas en datos agregados en donde las voluntades personales rara vez están presentes.

“difusión cultural” para comprender los diferentes perfiles de cada uno de ellos. En el primero, desde 1959 y a lo largo de los 60, el meollo sería la difusión del modelo y ejemplo cubano y su repertorio táctico mediante la formación de nuevos aspirantes revolucionarios, y desde 1963, tras la publicación de la versión teorizada del modelo. El fin del ciclo se daría no tanto por la muerte de Guevara sino por la pérdida del apoyo cubano a los movimientos foquistas, con algunos factores menores.

El diseño analítico de difusión cultural de los 60 no es válido, a su parecer, para la siguiente etapa. Ya no es el repertorio de acción heredado de la revolución cubana el centro del análisis, sino la difusión de otros elementos culturales que, en conjunto con otras decisiones políticas y organizativas, daría lugar a una nueva estrategia de acumulación de fuerzas y patrón de acción muy diversa a la anterior. Cuba pasaba a ser irrelevante como elemento detonante de las nuevas insurgencias y serían otras las referencias estratégicas predominantes, especialmente Vietnam. Y ganaría peso el análisis de las circunstancias locales para la toma de decisiones sobre estrategia y modelo organizativo, punto de interés en las reflexiones más recientes de Wickham-Crowley.

Los escritos de Wickham-Crowley han sido discutidos por Martín y Rey (2012), quienes parten de las inquietudes ya señaladas en relación con el carácter de la producción y sus limitaciones. A partir de ahí reflexionan sobre las bases de una nueva línea para avanzar en las investigaciones, con tres elementos centrales: a) una más eficaz acotación del objeto de estudio tanto en lo temporal como en relación a la definición del tipo de experiencias a considerar; b) un debate en torno a la periodización de ese objeto de estudio, tanto en general como en cada una de las fases establecidas, partiendo de la idea de que si todas las experiencias son partes de un todo, es primordial “entender qué es ese todo, distinguir sus partes, el papel de éstas en el conjunto así como las relaciones entre ellas y entre cada una y el conjunto”, con lo que se fundamenta la presencia de los casos a analizar y se dota de unos marcos mínimos para la ubicación de éstos de cara a estudios comparados o regionales futuros; y c) una reflexión acerca de aportes especializados en violencia política, movilización social y revolucionaria, estimadas como de especial interés teórico para su incorporación a nuevos estudios de caso, como son el enfoque generacional y, de modo secundario, la política contenciosa. Ello redundaría en la superación de otra de las limitaciones respecto a la falta de diálogo porque los trabajos de caso no comparten referencias comparativas ni perspectivas para superar su especificidad, con el interés de avanzar en el análisis de problemáticas comunes a escala regional.

Consideraciones finales

Si bien en este trabajo hemos puesto el foco de atención en la dimensión regional y en su interés como línea de investigación más promisoría, ello no significa una desvalorización de los trabajos de caso, o que no se consideren oportunos a futuro. Sin duda, éstos seguirán siendo siempre centro y referencia para el avance de la perspectiva regional. Son los que nos proporcionan la información básica necesaria para avanzar en una escala más amplia, y ha sido la acumulación de conocimiento que aportaron durante años la clave para la comprensión y el debate regional sobre el tema, como ya se ha señalado. Además, todavía queda mucho por avanzar en la perspectiva micro, con diferencia según los países, organizaciones y el tratamiento o atención recibida hasta ahora. Por último, ese enfoque debemos relacionarlo necesariamente con una escala que podríamos denominar “meso”, absolutamente necesaria y muy escasa hasta la actualidad.

Nos referimos con ello a estudios que aborden la cuestión a escala nacional, que no sólo se centren en casos u organizaciones individuales, sino que den un salto más allá e intenten reflexionar sobre las tendencias, ideas y luchas revolucionarias para cada país en el período analizado; más allá de los diferentes perfiles y filiaciones de las organizaciones protagonistas. Partimos, por tanto, de la idea de que las OPM existentes en cada país –más allá incluso de su nivel de desarrollo, consolidación o de la importancia del desafío planteado– son reflejo de unas determinadas posiciones político-ideológicas, de unas propuestas organizativas y de actividad específicas, y están relacionadas con el ciclo global de la época, la oleada, así como con la difusión, recepción, elaboración y comprensión de unas ideas determinadas en el marco de ésta.

Es por tanto a partir de estas escalas micro y meso que comprendemos la escala macro, regional por una parte pero global por otra, por cuanto nos referimos al proceso como oleada, que afecta tanto a América Latina como a Estados Unidos y Europa, entre otros. Y esta comprensión del objeto de estudio está estrechamente relacionada en todos sus niveles, de ahí que no haya una disociación ni una negación de lo micro en la atención que este trabajo ha prestado a lo macro.

Se trata, en nuestra opinión, de comenzar a pensar los trabajos de caso con perspectivas que permitan su inserción en debates más amplios, tanto a escala nacional como regional o internacional. Estudios que no adopten perspectivas y modelos analíticos que se agoten en sí mismos y consideren sus objetos de estudio centro y fin de todo análisis sobre la cuestión. Ésta ha sido la posición adoptada en ocasiones, generando estudios de gran riqueza en cuanto a evidencia empírica acerca del caso, pero con poca capacidad de dialogar con otros casos o

de insertarse en debates más amplios ante la carencia de perspectivas o bien teóricas o bien metodológicas que facilitasen ese salto.

Retomamos entonces algunas de las ideas propuestas por Waldmann desde los 80 y ya citadas en las páginas previas, en cuanto a la necesidad de pensar los estudios de caso a partir de variables e ideas centrales que nos permitan a su vez avanzar en la perspectiva regional y comparada. En definitiva, hablamos de un proceso global, que afectó a todo el continente, con bases políticas e ideológicas comunes, con un notorio componente generacional, y en donde los diversos actores, más allá de sus diferencias se reconocían como parte de un todo. Corresponde por tanto estudiarlo como tal por una parte, y repensar los análisis micro y meso a partir de perspectivas que puedan retroalimentarse con y en los estudios globales por otra.

Bibliografía

- Aguilar Terrés, María de la Luz (comp.) (2014), *Guerrilleras*, México: Ed. 5 de Febrero.
- Bambirra, Vania *et al.* (1972), *Diez años de insurrección en América Latina*, Santiago de Chile: Ediciones Prensa Latinoamericana.
- Bartoletti, Julieta (2011), “Organizaciones armadas revolucionarias latinoamericanas: problemas y propuestas de análisis”, *Pilquen*, v. 14, año XIII.
- Calvo González, Patricia (2014), “La Sierra Maestra en las rotativas. El papel de la dimensión pública en la etapa insurreccional cubana (1953-1958)”, Tesis de doctorado en Historia, Universidad de Santiago de Compostela.
- Campodónico, Miguel Ángel (1999), *Mujica*, Montevideo: Fin de Siglo.
- Castañeda, Salvador (2006), *La negación del número (La guerrilla en México, 1965-1996. Una aproximación crítica)*, México: Conaculta-Ediciones Sin Nombre.
- Cedillo, Adela (2008), *El fuego y el silencio. Historia de las Fuerzas de Liberación Nacional*, México: Comité 68 Pro Libertades Democráticas.
- Child, M.D. (1995), “An historical critique of the emergence and evolution of Ernesto Che Guevara’s Foco Theory”, *Journal of Latin American Studies* 27: 3, octubre, pp. 593-624.
- Clutterbuck, Richard (1973), *Protest and the Urban Guerrilla*, Londres: Cassell & Co.
- Condés Lara, Enrique (2007-2009), *Represión y rebelión en México (1959-1985)*, México: Miguel Ángel Porrúa.
- Deas, Malcolm (1968), “Guerrillas in Latin America. A perspective”, *The World Today*, 24: 2, Royal Institute of International Affairs, febrero, pp. 72-78.
- Debray, Régis (1975), *La crítica de las armas*, México: Siglo XXI, 2 vols.
- Gaspar, Gabriel (1997), *Guerrillas en América Latina*, Santiago (Chile): Flacso.
- Gott, Richard (1971), *Las guerrillas en América Latina*, Santiago de Chile: Editorial Universitaria.

- Guevara, Ernesto (2007), *Notas para el estudio de la ideología de la Revolución cubana*, Bogotá: Ocean Sur.
- Halperin, Ernst (1969), *The National Liberation Movements in Latin America*, Cambridge: Center for International Studies, MIT.
- Juárez Ávila, Jorge (coord.) (2014), *Historia y debates sobre el conflicto armado salvadoreño y sus secuelas*, San Salvador: Universidad de El Salvador-Fundación F. Ebert.
- Kohl, James y John Litt (1974), *Urban Guerrilla Warfare in Latin America*, Cambridge: The MIT Press.
- Lamberg, Robert F. (1979), *La guerrilla en América Latina*, Madrid: Mediterráneo.
- Martín Álvarez, Alberto y Eduardo Rey Tristán (2012), “La oleada revolucionaria latinoamericana contemporánea, 1959-1996. Definición, caracterización y algunas claves para su análisis”, *Naveg@américa*, 9, Asociación Española de Americanistas.
- (2016), *Revolutionary Violence and the New Left. Transnational Perspectives*, Nueva York: Routledge (en prensa).
- Martín Álvarez, Alberto y Ralph Sprenkels (2014), “La izquierda revolucionaria salvadoreña. Balance historiográfico y perspectivas de investigación”, en Verónica Oikión Solano, Eduardo Rey Tristán y Martín López Ávalos, (eds.) (2014), ob. cit., pp. 211-239.
- Mercier Vega, Luis (1969), *Las guerrillas en América Latina. La técnica del contra estado*, Buenos Aires: Paidós.
- Moss, Robert (1973), *La guerrilla urbana*, Madrid: Editora Nacional.
- Oikión Solano, Verónica, Eduardo Rey Tristán y Martín López Ávalos (eds.) (2014), *El estudio de las luchas revolucionarias en América Latina (1959-1996). Estado de la cuestión*, Zamora-Santiago de Compostela: El Colegio de Michoacán-Universidad de Santiago de Compostela.
- Oikión Solano, Verónica (2014), “Conclusiones generales”, en Verónica Oikión Solano, Eduardo Rey Tristán y Martín López Ávalos (eds.), ob. cit., pp. 443-453.
- Pereyra, Daniel (1994), *Del Moncada a Chiapas. Historia de la lucha armada en América Latina*, Madrid: Los Libros de la Catarata.
- Petras, James (1968), “Revolution and Guerrilla Movements in L.A. Venezuela, Colombia, Guatemala and Peru”, en James Petras y Maurice Zeithin (eds.), *Latin America. Reform or Revolution? A reader*, Greenwich: Fawcett Publications, pp. 329-369.
- Radu, Michael y Vladimir Tismaneanu (1990), *Latin American Revolutionaries: Groups, Goals and Methods*, Washington: Pergamon-Brassey's International Defense.
- Rapoport, David C. (2004), “Modern Terror: The Four Waves”, en Audrey K. Cronin y J.M. Ludes (eds.), *Attacking Terrorism: Elements of a Grand Strategy*, Washington: Georgetown University Press, pp. 46-73.
- (2016), “Reflections on the Third or New Left Wave: 17 Years Later”, en Alberto Martín Álvarez y Eduardo Rey Tristán (eds.), ob. cit. (en prensa).

- Rey Tristán, Eduardo, Verónica Oikión Solano y Eudald Cortina Orero (2014), *El estudio de las luchas revolucionarias en América Latina (1959-1996). Repertorio bibliográfico*, Zamora-Santiago de Compostela: El Colegio de Michoacán-Universidad de Santiago, CD-Rom.
- Sánchez Cerén, Salvador (2008), *Con sueños se escribe la vida. Autobiografía de un revolucionario salvadoreño*. México: Ocean Sur.
- Schump, Walter (1971), *Las guerrillas en América Latina. El principio del fin*, Buenos Aires: Punto Crítico.
- Waldmann, Peter (1983), "Observaciones comparativas con respecto a los movimientos guerrilleros en la Argentina, Guatemala, Nicaragua y Uruguay", en P. Waldmann, *Ensayos sobre política y sociedad en América Latina*, Barcelona: Alfa, pp. 157-188.
- Wickham-Crowley, Timothy (1992), *Guerrillas and Revolution in Latin America. A comparative study of insurgents and regimes since 1956*, Princeton: Princeton University Press.
- (2014), "Two Waves of Guerrilla Movement Organizing in Latin America". *Comparative Studies in Society and History*, 56 (1), pp. 215–242.

* * *

Título: Latin American armed struggle in perspective

Resumen: Este artículo revisa el perfil de la historiografía de las luchas revolucionarias latinoamericanas contemporáneas con perspectiva regional. Su objetivo es explicar el perfil de esa producción, sus rasgos generales más sobresalientes, sus aportes y carencias. Se centra sobre todo en los itinerarios y las interpretaciones globales a través de las cuales construir marcos explicativos para esa producción, a fin de identificar momentos, tendencias y corrientes en el interés por la temática. Y concluye haciendo referencia a las líneas de investigación que se estiman más promisorias en la perspectiva regional abordada.

Palabras clave: luchas revolucionarias armadas – violencia política – América Latina – dimensión regional

Abstract: This article reviews the profile of the historiography of Latin American contemporary revolutionary struggles with regional perspective. It aims to explain the profile of this production, its most outstanding general features, their contributions and shortcomings. It focuses mainly on the itineraries and global interpretations through which to build explanatory frameworks for this production, in order to identify moments, trends and currents in the interest in the topic. It concludes by referring to the lines of research that are considered most promising in the regional perspective addressed.

Key words: revolutionary struggles – politic violence – Latin America – regional dimension

Recepción: 2 de mayo de 2016. **Aprobación:** 31 de julio de 2016.

Un balance de los estudios sobre las Organizaciones Político-Militares argentinas

Gabriel Rot

Centro de Documentación de las Organizaciones Político-Militares Argentinas El Topo Blindado
gabrielrot@gmail.com

I

Se ha escrito y mucho acerca de la producción sobre las décadas del 60 y del 70 en los últimos cuarenta años. En este recorrido puede reconocerse una primera etapa representada particularmente por las pioneras críticas al accionar armado aparecidas en el exilio, muy particularmente en la revista *Controversia*, y por trabajos como el de Carlos Alberto Brocato (1985). En los años 80 y 90 destacan las llamadas “historias militantes”, buena parte de ellas testimoniales, y aproximadamente desde el año 2000, finalmente, una nueva etapa caracterizada por el tratamiento investigativo riguroso, profesionalizado, sostenido por una amplia variedad de fuentes documentales.

Así las cosas, lo producido ha logrado satisfacer, aunque con límites precisos, la reconstrucción organizacional de las dos principales organizaciones político-militares –Montoneros y el Partido Revolucionario de los Trabajadores-Ejército Revolucionario del Pueblo (PRT-ERP)–,¹ como así también de unas pocas organizaciones más: los pioneros Ejército Guerrillero del Pueblo (Rot, 2000 y 2010; Ávalos, 2005) y Uturuncos (Salas, 2003), las Fuerzas Armadas de Liberación (Rot, 2003-2004; Hendler, 2010; Grenat, 2010), los grupos ligados a *Cristianismo y Revolución* (Morello, 2003; Campos, 2016; Lanusse, 2007), el Grupo Obrero Revolucionario (Cortina Orero, 2011), las fracciones del PRT: “22 de Agosto” (Weisz, 2005) y “Roja” (Cormick, 2012), las Fuerzas Armadas Peronistas (Duhalde y Pérez, 2002; Luvecce, 1993), la Organización

1. Son numerosas las obras dedicadas a Montoneros y al PRT-ERP. Dejamos constancia aquí de unas pocas, pero ineludibles lecturas. Para Montoneros: Richard Gillespie (1987), Juan Gasparini, Lucas Lanusse (2007), José Amorín, Ernesto Salas (2003) y los testimonios de Roberto Perdía, Rodolfo Walsh y Juan Gelman. Para el PRT: Pablo Pozzi y Alejandro Schneider (2000), Luis Mattini, Daniel De Santis y Rolo Diez (2010).

Comunista Poder Obrero (Castro e Iturbure, 2004; AA.VV., 2009; Cormick, 2015), la Guerrilla del Ejército Libertador (Rot y Campos, 2010), el Partido Comunista Marxista Leninista (Celentano, 2005), las Fuerzas Armadas Revolucionarias (Caviasca, 2006; González Canosa, 2012) y las Fuerzas Armadas de la Revolución Nacional de Bengochea (Nicanoff y Castellano, 2006).

A estas se le ha sumado auspiciosamente el trabajo sobre corrientes no armadas que han debatido el problema de la acción guerrillera, como el comunismo y el trotskismo –reflejado en los trabajos de Campione (1996, 2005, 2007), Rot (2006), Nadra (2012) y Casola (2015), para el primero y Mangiantini (2014), para el segundo– y los estudios de género que han tenido una importante expansión y atraviesan a diversas organizaciones (Martínez, 2009; Andújar, 2009; Noguera, 2013; Oberti, 2015, entre otras).

Parece mucho; no lo es si se tiene en cuenta el frondoso mapa de las Organizaciones Político-Militares (OPM), que suma unas 50 organizaciones que en los 60 y 70 asumieron como propia o bordearon la cuestión armada, las menos con alcance nacional, pero en algunos casos con una presencia provincial o regional que merece ser explorada, aunque hasta el momento esta cuestión no se ha establecido con firmeza en la historiografía especializada.

Pensemos, por ejemplo, en Córdoba, donde surgieron organizaciones locales como el Movimiento Revolucionario Argentino (MRA), el Comando Pampillón y la Columna Sabino Navarro, algunas con algún predicamento entre los trabajadores y el movimiento estudiantil. Lo mismo cuenta para Jujuy y Salta, donde operaron grupos anarquistas, como el Comando Bakunin, y el Ejército de Liberación del Norte, brazo armado del Frente Revolucionario Peronista (FRP), de los que se tienen escasas noticias, pero testimonios diversos le acreditan gran operatividad y cierto arraigo en sectores campesinos y barriales. La ausencia de estudios sobre estas organizaciones nos impide recuperar acciones y tradiciones de dos sectores de la militancia, como el anarquismo y un sector del peronismo revolucionario atravesado por la influencia marxista, que se mantuvo equidistante de las OPM peronistas y marxistas mayores. La carencia de estudios regionales tiene sus excepciones: el trabajo de Javier Salcedo (2011), sobre la zona de Moreno; los de Cristina Viano (2011) sobre la JP en Santa Fe y de Robles (2011) sobre la JP en La Plata; el de Laura Pascuali (2007) sobre el Comando Che Guevara en Santa Fe, y unos pocos artículos que publicó la revista *Lucha Armada* sobre la JP en Luján (2007) y el PRT en Mar del Plata (2008). Seguramente hay más, pero parece muy poco para una actuación guerrillera tan intensa como la desarrollada en nuestro país.

Paralelamente a este universo de producciones, ha surgido una

tendencia “demonizadora”, que constituye un fenómeno en alza. Las argumentaciones de la misma aparecen tempranamente en la revista *Informaciones*, que respondía a los servicios de inteligencia del Ejército en los años 70, y que Félix Luna, en prólogo a Gillespie (1987), va a recuperar una década más tarde, cuando defina la militancia setentista como “locura”, una manera nada sutil de reconvertir la racionalidad política revolucionaria en un compendio de desvarios adolescentes y sicopáticos, conceptualizaciones que Pablo Giussani supo hilvanar en *Montoneros, la soberbia armada* (1984).

Las mismas argumentaciones serán frecuentadas y reverdecidas por autores marcadamente anticomunistas como Juan Bautista Yofre (2006, 2007, 2009, 2010, 2014); Vicente Massot (2011, 2013); Carlos Manuel Acuña (2000); Guillermo Rojas (2001) y Ceferino Reato (2013), entre otros. Lo curioso es que el mismo eje referencial de irracionalidad política será utilizado por autores insospechados de esa tendencia, como Hugo Vezzetti (2009) y Laura Alcoba (2008), entendiendo y definiendo la militancia setentista en términos de “pulsión de muerte” y “seres arrebatados por la violencia”, respectivamente.

A éstos se le les ha sumado una acotada pero ruidosa pléyade de ex militantes, tales los casos de Héctor Leis (2013) y Sergio Bufano (2004, 2007): el primero, ya fallecido, convertido en un auténtico paradigma de fe reconciliatoria; el segundo –que hiciera sus primeras armas críticas en el exilio centrando sus dardos contra el vanguardismo armado–, machacando pertinazmente en las descomposiciones de la praxis armada, lumpenizando y patologizando todo lo concerniente al pensamiento y acción revolucionarias. Montado en todos ellos, Luis Alberto Romero resaltó los desmadres que los revolucionarios hubiesen sido capaces de hacer en una hipotética toma del poder y los emparentó con los dictadores genocidas; en sus propios términos: “No es claro que el terrorismo de Estado haya sido peor que lo que hicieron las organizaciones armadas”.² La importancia de la inclusión de Romero en la indagación del pasado reciente reviste especial relevancia por su ubicación en el universo académico, aportando, más allá de sus controversiales opiniones políticas, una legitimación de una mirada condenatoria signada más por las creencias y urgencias políticas propias que por el profesionalismo del que debería hacer gala.

A mitad de camino, José Pablo Feinmann (1999), con un libro escasamente citado pero de enorme importancia por sus esfuerzos conceptuales, ciertamente malogrados, no dejaba de alertar sobre la dicotomía violencia/política, entendiendo la primera como una clara expresión de la negación de la segunda. En esta línea, la violencia es

2. *La Nación*, 20 de agosto de 2015.

presentada como parte constitutiva del “mundo de la guerra”, mientras que la política lo es de la negociación e, incluso, de la construcción de la democracia misma.

II

Como es sabido, el estudio y la reflexión en torno a la lucha armada caló hondo en el campo historiográfico, muy especialmente desde la crisis político-institucional del año 2001, cuando la radicalización de amplios sectores de la sociedad, traccionados por la convulsiva coyuntura, constituyó un aliciente de importancia para el mundo académico, que reencaminó su mirada y sujeto de estudios hacia la profundización de experiencias de masas, populares y revolucionarias recientes.

En dicho marco –en el que también tuvieron generosa incidencia experiencias continentales como la emergencia zapatista en 1994– surgieron con renovados bríos los estudios sobre el movimiento obrero, los movimientos por los derechos humanos y, de manera particular, sobre las organizaciones político-militares. El fenómeno, traducido en un auténtico boom editorial y la multiplicación de ponencias, tesis, seminarios, etc., dio cabida a una variedad destacable de trabajos, en la que destacan tres tendencias argumentativas, algunas de las cuales comparten ciertas características:

Enfoque organizacional. La primera refiere al *predominio de una mirada organizacional*, donde *prevalece el sujeto organizacional* propiamente dicho, aunque no como expresión particular de una realidad política, social y cultural de la sociedad argentina en una determinada coyuntura que, de alguna manera, promovió y estimuló su emergencia.

Estos estudios tienen una principal virtud: nos devuelven mucho de la “vida interna” de las OPM, revelada por documentos y testimonios de inmenso valor, pero padecen el límite de desgajarse de lo que Marx llamaba la “historia viva”, es decir, tienen la propensión a historiar a las organizaciones de manera que la “situación política nacional” es un mero marco de actuación *reactivo* y no un complejo multifactorial que interpeló y contribuyó a condicionar tácticas y estrategias que, anidadas en tradiciones y hechos históricos, fueron cobrando cuerpo al calor de diversas coyunturas políticas. Otro tanto sucede con el marco regional e internacional, donde las apelaciones reiteradas a cierto “espíritu de época”, fundado en la influencia de las revoluciones cubana, argelina y vietnamita –tratadas como un todo homogéneo en sus características e incidencias en las autodenominadas vanguardias–, pareciera explicar y hasta prohijar las actuaciones de las OPM. Por lo general, responden a esta mirada las historias oficiales o paraoficiales.

En este tipo de producciones son casi nulas o muy superficiales las referencias a la elaboración e implementación de las políticas concretas de las diversas organizaciones en los frentes de masas y muy particularmente en el sindical. En el caso de las OPM más importantes, como el PRT, no se ha profundizado sobre el desarrollo de los Comités de Base, numerosos en el cordón industrial de Zárate-Campana, y que terminaron constituyendo uno de los centros de la fracción del ERP 22 de Agosto, interpelado fuertemente por el peronismo. Lo mismo puede afirmarse del Movimiento Sindical de Base. En la espera de abordajes también se encuentran las numerosas publicaciones partidarias específicas para el movimiento obrero –entre ellas, los boletines para la IKA-Renault y *El Zafretero* para los peones rurales–, determinantes para poder descifrar influencias, penetraciones y representaciones ciertas en fábricas y sindicatos.

En cuanto a las OPM peronistas sucede algo similar: las historias organizacionales dicen poco de la JTP en sus múltiples regionales y también sobre sus publicaciones, como *La Justa la tienen los laburantes*, su órgano oficial. Y casi nada sobre los movimientos villeros, barriales, de inquilinos, etc. Es decir, esta perspectiva de estudios no ha sumado investigaciones que contribuyan a visualizar las relaciones entre las OPM y el movimiento social en general (y el obrero en particular), los avances concretos y las dificultades surgidas, y de qué manera éstas fueron pensadas y resueltas.

En buena medida, una de las limitaciones de la *mirada organizacional* la constituye la empatía de los autores con determinadas OPM, que genera, por un lado, una identificación acrítica frente al sujeto de estudio, con el abandono de todo intento de complejización en la investigación. El problema, por supuesto, no es la adscripción política e ideológica de los investigadores, sino la perversión acrítica que opera en contra de una investigación.

En los estudios de este tipo es difícil hallar una confrontación con las afirmaciones de los documentos citados, existiendo una identificación acrítica cuando se habla de “las masas”, “la clase” y “la vanguardia”, dando por ciertas “situaciones pre y revolucionarias” sin más, y haciendo referencia a una conflictividad social creciente, pero sin ahondar en elementos que fundamenten cambios sustanciales en la conciencia política de los protagonistas. Acompañan a estas caracterizaciones, siguiendo a pie juntillas las declaraciones de las propias OPM, afirmaciones sobredimensionadas acerca de la inserción de las mismas en el movimiento obrero, contabilizando “inserciones” por lo general sin especificaciones cuantitativas (cantidad de militantes y/o células en un establecimiento fabril, zona o región, distribución y círculos de lectura de la prensa, incidencia en los conflictos, delegados propios electos, etc.). La falta de

cuestionamiento alcanza a considerar la mera inclusión de algún militante en una fábrica –por lo general solapado para evitar un prematuro despido– como “presencia” partidaria, lo que configura una apreciación impresionista que raya, en el mejor de los casos, con la ingenuidad.

Una de las más emblemáticas y reiteradas identificaciones acríicas refiere a la supuesta “ruptura” creciente de las masas con el gobierno peronista y con la burocracia sindical, que se corona en otra superficialidad altisonante referida al “agotamiento” de la experiencia peronista. Estas superficialidades eran moneda corriente en los años 70. Cuarenta años más tarde, no pocos investigadores las reiteran, optando por eludir cuestiones tan complejas como las expectativas de las masas en la coyuntura electoral, sus posicionamientos reformistas y aún conservadores, elementos que caracterizaron a amplios sectores de los trabajadores y son ignorados en estos trabajos.

Por supuesto, la postura acríica no logra avanzar más allá de la legitimación y la justificación, a manera de lo analizado por Georges Haupt (1986) respecto de la historiografía obrera estalinista.

Enfoque culturalista. Una segunda tendencia es aquella que destaca como elemento predominante en el análisis de una organización su cultura política y las construcciones identitarias, con sus particulares discursos, rituales, prácticas, imaginarios y representaciones simbólicas.

En términos generales, se trata de indagar acerca de imaginarios y sistemas de creencias y valores de determinada organización, para hallar en los mismos las claves de su interpretación. La tentativa, tras las huellas de lo soterrado y no explícito, en buena medida marca un intento de superar lo que no pocos consideran –y con cierta razón– las desventuras de una historia marxista basada en el puro determinismo socioeconómico, con sus incapacidades de comprensión y explicación de comportamientos individuales y grupales que claman una mayor profundización. Aquella operación aparecía vedada por este dogmatismo extremo que, en algunas investigaciones, se intenta resolver con pontificaciones del tipo “ausencia de un auténtico partido revolucionario” que, como es sabido, para algunos marxistas es la piedra angular de la malaventura de todo proceso revolucionario.

Paradójicamente, la mayor limitación que suele exhibir la mirada culturalista lo constituye un *deslizamiento ahistoricista*, sosteniendo que sistemas de creencias y proyecciones imaginarias “no sólo determinan las prácticas políticas sino también otorgan un sentido a los actos de la organización” (Carnovale, 2011: 12). Este determinismo de nuevo tipo no hace más que confirmar los peligros de aquello que sentenció Perry Anderson (1996), cuando advertía que “una historia sin ideas se da la mano con las ideas sin historia”.

En efecto, resulta por lo menos sesgado conceptuar una organización según lo que piensa y dice de sí y para sí misma, sin ahondar en las tensiones emergentes en la relación con el conjunto de los sectores sociales y en particular con aquellos en los que pretende incidir, tensiones que suelen interpelar e incluso contrariar en acto a los imaginarios “oficiales”. En palabras de Hobsbawm (1976), hay “divergencia entre la realidad de los caballeros medievales y el sueño de la caballería”. Ese sensible pliego situado entre el imaginario subjetivo y la realidad, siempre fundadora de nuevas subjetividades, suele ser reservorio de elementos esclarecedores del desarrollo y prácticas de toda organización, develando sus riquezas y matices inexplorados, aunque difícilmente se tenga algún éxito en esto último si la dialéctica entre la vida real de los sujetos y las representaciones que éstas hacen de ella no constituye el corazón del análisis.

Desde esta perspectiva, poco ha contribuido el amontonamiento de imaginarios y subjetividades junto a una variedad de autores que legitiman sus emergencias. Así, con un poco de Paul Ricoeur y Alain Badiou por aquí, y de Georges Bataille y hasta Carl Schmitt por allá, entre otros, se puede convalidar el origen de los vistosos imaginarios de las OPM, pero la fórmula no basta para avanzar en la explicación y comprensión, en la arena histórica, de las complejidades de la práctica armada vernácula.

Uno de los más preciados y reiterados objetos de estudio de esta mirada lo constituye el análisis del *imaginario sacrificial*, que implica una particular relación con la muerte que, entendida como consagración del sacrificio, es siempre heroica. En otras palabras, el sacrificio y la muerte constituidos en objetos de deseo, generadores de una suerte de “seducción” que no puede sino desembocar en el desprecio por la vida, propia y ajena. Sus argumentos tienen sostén: ¿cómo ignorar consignas como “Patria o Muerte”, “Perón o Muerte” y “A vencer o a morir por la Patria Socialista”? Ni hablar de aquella sentencia del Che, cuando dice: “En cualquier lugar que nos sorprenda la muerte, bienvenida sea...”. Por lo demás, la referencia al sacrificio y muerte de los combatientes ha sido muy extendida en las guerrillas latinoamericanas y ha sido bien documentada (Melgar Bao, 2005).

Nadie que analice estas consignas y representaciones puede dudar de la presencia de un imaginario sacrificial, pero asignarlo como determinante de las prácticas de la militancia revolucionaria armada constituye un salto que ignora tradiciones e ideologías radicales que exceden largamente la cuestión.

Desde Marx y Engels en adelante, queda claro que *toda política es violenta y toda violencia es política*. Se podrá estar de acuerdo o no con esta interpretación, pero la misma ha establecido un piso ideológico

fundante de una de las tradiciones políticas más sólidas de los revolucionarios. El PRT se enmarcó en este concepto. La revolución socialista, en el marco de la lucha de clases, implica una confrontación fatal entre las clases subalternas y las dirigentes, entre explotados y explotadores, como consagrara el *Manifiesto comunista*. La noción de revolución es, por sobre todas las cosas, una noción devastadora. La política revolucionaria socialista implica la destrucción del sistema capitalista y eso, en la fase crítica del enfrentamiento, morir y matar. No hay manera de analizar, comprender y explicar una organización revolucionaria –como el PRT–, sin entender dicha praxis.

Las OPM de origen peronista también, desde sus orígenes, han hecho de la relación política/violencia un punto central, asumiendo como propias las tradiciones de acción directa que atraviesan la historia en general y la nacional en particular. La propia relación simbólica de Montoneros con sus homónimos del siglo XIX hace referencia a los alzados en armas; también la elección nominal “Fuerza Armada” utilizada por otras OPM, como las FAP y las FAR, habla por sí sola. Por otra parte, no está de más recordar que la consigna “la violencia de abajo no es violencia, sino justicia”, lejos de ser una invención peronista, fue acuñada por el anarquismo y utilizada por el anarco-sindicalismo europeo de las décadas de 1920 y 1930, siendo oportunamente apropiada por la Resistencia Peronista y más tarde por el conjunto de las OPM.

La acción directa militar, “el matar y morir”, pues, tiene raíces sólidas en la ideología revolucionaria y en la conciencia, la experiencia y la memoria colectiva nacional, incluido el radicalismo yrigoyenista que ha sabido exhibir una violencia militar extraordinaria desde finales del siglo XIX hasta bien entrado el siguiente. No es menor que el radicalismo brindara numerosos cuadros a las OPM, especialmente al PRT.

Puede hablarse largamente de la relación violencia/sacrificio en la constitución de las OPM, pero la emergencia de las mismas es, desde su concepción, una propuesta de violencia política tributaria de las experiencias e ideologías del movimiento obrero internacional y nacional, violencia declarada y jamás oculta.

Por otra parte, parece necesario resaltar que la subjetividad sacrificial no es exclusiva de tal o cual grupo, sino una *construcción histórica que atraviesa a todas las épocas, movimientos sociales y clases*. La historiografía de “la muerte” ha contribuido en parte a develar algunas de estas cuestiones (Chaunu, 1979; Ariès, 1983, 2009; Vovelle, 1985), como así también la de los movimientos milenaristas (Cohn, 1981) y prerrevolucionarios (Hobsbawm, 1968).

Ahora bien, como es sabido, la mirada “culturalista” suele destacar que el sacrificio militante conducía al martirologio, cuya mayor expresión implicaba “dar la vida”, metáfora extrema tributaria de la

ejemplaridad del Che, para quien la revolución lo implicaba todo; en sus palabras: “No hay vida fuera de ella” (Guevara, 1977). Abordado desde su excluyente mirada literal, abjura de sus concretos sentidos políticos en un determinado contexto histórico. Así, para Carnovale, “Dar la vida significaba ofrendarla” (2011: 195), en una suerte de rendición glorificante. Ciertamente, la mayoría de las OPM de las décadas del 60 y 70 entendieron la muerte en combate de sus miembros como consagratorias de la virtud revolucionaria, pero es llamativa *la distancia entre sus discursos y representaciones y las actuaciones concretas de los militantes*. Y es en este pliego donde se verifica que “dar la vida” no significó abrazar la muerte, sino esforzarse sobradamente en pos de los objetivos de la organización. En este sentido, Pablo Pozzi acierta al señalar que los militantes no esperaban morir, sino triunfar. ¿Cómo se explica la vigencia de un mandato sacrificial con las operaciones que se suspenden por el grado de riesgo propio y de los transeúntes ocasionales? Sobran los testimonios certificando más operaciones suspendidas que realizadas por esta razón. Por otra parte, abundan los casos en los que en una operación de propaganda, que incluía la colocación de un artefacto explosivo en dependencias policiales, por ejemplo, iba acompañado por el aviso previo al destacamento y el alerta necesario en el barrio para evitar víctimas. Este extremo cuidado puesto en la planificación y ejecución de operaciones armadas fue una distinción superlativa de la mayor parte de las OPM. Las primeras FAL, por caso, serán conocidas como la “banda de los suizos”, por su precisión relojera a la hora de actuar, lo que implicaba una limpieza de sangre absoluta; lo mismo cuenta para la GEL, cuya cuidadosa operatividad fue destacada por la propia Policía de Buenos Aires.³ Casi todas las organizaciones contaron con sus “ingenieros” para estructurar logísticas tan eficaces como seguras y las operaciones más audaces solían planificarse hasta en los más mínimos detalles y probables imponderables; algunas OPM, incluso, incorporaron como modalidad la realización de un simulacro en tiempo, lugar y con equipo completo, antes de realizar la operación planeada. También algunas estadísticas resultan contundentes: de un total de 5.300 hechos armados realizados por las OPM en el período mayo 1973 - marzo 1976, el 81,8% no produjo ningún tipo de víctimas (Marín, 1984: 123). Ciertamente, conocemos irresponsabilidades graves por los costos humanos que significaron, pero muy lejos de constituir un rasgo hegemónico en la práctica armada; a propósito de esto, la historiografía especializada debería prestar atención a la cuestión y periodizarla, ya

3. Policía de la Provincia de Buenos Aires, “Comunicado de Prensa n° 2102”, Oficina de Prensa y Difusión, La Plata, 26 de noviembre de 1971.

que la descomposición de la operatoria armada *tiene un origen político* a clarificar, y no es obra de mandato sacrificial alguno.

Subalternizar la historicidad de una organización política a diversos imaginarios, tampoco ayuda a comprender las notables diferencias entre las organizaciones que no emprendieron las mismas prácticas, aunque sí compartían la misma “cultura política” y variados imaginarios acerca de la praxis revolucionaria. La cuestión cobra relevancia en tanto contribuye a entender las OPM *no como un todo monolítico ya determinado*, sino como la dinámica expresión de diversos sectores sociales organizados alrededor de identificaciones ideológicas, políticas, sociales y culturales, con sus diversas tácticas y estrategias de intervención en un determinado contexto histórico.

La propia praxis armada refleja este universo de diferencias y comportamientos que no desmiente la existencia de imaginarios particulares, pero sí su *preeminencia determinante* en las construcciones organizacionales.

Ya en 1968, durante el congreso del Peronismo Revolucionario, la acción armada se consolidó como táctica, mas los criterios políticos de cómo y cuándo ponerla en práctica chocaron ostentosamente. El sector liderado por Haroldo Logiurato apostaba a la ejemplaridad guerrillera como accionar previo a cualquier alzamiento generalizado, mientras que el representado por Gustavo Rearte rechazaba esto, entendiendo la acción armada como coronación de la madurez de un movimiento social. En 1970-1971, un sector de Montoneros conformado por los encarcelados de La Calera, producirá una sustancial crítica a la operatoria armada en el *Documento verde*, plataforma de lo que luego tomará cuerpo organizacional en la Columna Sabino Navarro. Montoneros mismo se estructurará como “partido armado” recién en 1975, con críticas internas de envergadura como la protagonizada por el propio Rodolfo Walsh (Salas, 2006). Por su parte, los guevarianos argentinos constituyeron organizaciones políticas, sociales y militares, con un despliegue de fuerzas sobre territorio sindical, barrial, cultural y estudiantil impensable para el foquismo, tales los casos del PRT, el GOR y la OCPO. Las organizaciones que sólo construyeron guerrillas foquistas urbanas desaparecieron tempranamente.

La operatoria armada, pues, tomó disímiles caminos: en su V Congreso (1970), el PRT dará vida al brazo armado partidario, el ERP, mientras que el GOR, organización naciente de la crisis de aquel congreso, mantendrá una línea de intervención en los movimientos sociales enfatizando su autodefensa, posición cercana a la de varias pequeñas organizaciones que en 1974 motorizarán los Piquetes Obreros Armados (POA) durante el conflicto de Villa Constitución; un año más tarde, la OCPO, principal animadora de los POA, conformarán las Brigadas

Rojas. La cuestión repercutió también en organizaciones menores que quedaron sumidas en debates internos con notables diferencias, como en el pequeño MR Che y en algunas columnas de las FAL. Sumemos, además, a organizaciones como el Partido Revolucionario de los Obreros Argentinos (PROA), que expresó su rechazo a la confrontación armada de grupos vanguardistas en tanto opuesta a las tradiciones colectivas del movimiento obrero; su crítica alcanzaba a la figura del combatiente en tanto héroe y ser excepcional, caracterización que levantaban varias organizaciones y ellos rechazaron enfáticamente.⁴

Estas notables diferencias en organizaciones que compartían la misma cultura política e hicieron propio el “dar la vida” por sus ideales, se ratifican a la hora de analizar otros imaginarios y mandatos que implicaron, supuestamente, el sentido mayor de la militancia setentista.

Es sabido que en algunas OPM circularon documentos del tipo normativo relacionados con la moral revolucionaria que debía reglar la vida de los militantes y combatientes, un conjunto de valores del revolucionario arquetípico con pretensiones de atentar contra el individualismo pequeñoburgués, pecado original que acunaba todos los males. Las normativas, no siempre escritas, debían guiar al militante hacia su conversión ejemplar, y su ejemplo, en una pura práctica pedagógica, convertirse en inspirador para el colectivo y, por supuesto, para “las masas”.

La cuestión tenía como tópico central la *voluntad*, entendida como una herramienta sin par para la concreción de los postulados revolucionarios. La voluntad debía ser férrea y, tal como lo señala de manera transparente un documento de la GEL, “debe ser educada”.⁵ No resulta extraño entonces que comenzaran a proliferar escritos “regulatorios” de la vida militante, con la intención de articular el funcionamiento colectivo de las organizaciones. Regulación que, en definitiva, reproducía lo que sucedía en el conjunto de la sociedad y el Estado en sus vastas mediaciones, en todas las épocas y latitudes.

La GEL y las FAL se adentraron tempranamente en estas elaboraciones, que estuvieron lejos de llevarse a cabo sin grandes tensiones internas, documentadas en sus informes y debates que llegaron a alcanzar ribetes cismáticos, cuestión nada menor que puede contribuir a poner en discusión la capacidad argumentativa de la mirada culturalista.

El paradigma de estas normas es el folleto “Moral y proletarización” del PRT (1972), cuya incidencia en la vida interna de la organización ha sido sobrevaluada por quienes le han dado mayor trascendencia

4. *Militancia para la construcción del Partido Revolucionario de los Obreros Argentinos*, n° 1, diciembre de 1975 - enero de 1976.

5. “Mensaje de la Dirección”, 11 de febrero de 1971.

y verosimilitud a lo escrito que a lo actuado o, por lo menos, no han analizado la contradictoria espesura existente entre uno y otro sentido.

En el PRT y en otras organizaciones se establecieron criterios morales acerca de la pareja, la infidelidad, las prácticas sexuales, etc., dirigidos, supuestamente, a prefigurar a los militantes como arquetipos del hombre nuevo. Ciertamente, en nombre de dichas normas, hubo expresiones de una moralina exacerbada en un intento de modelación autoritaria, incluidas imputaciones por violación de estas normas y hasta juicios con sentencia formalmente declarada. Pero concluir que estas normas, basadas en imaginarios de pureza revolucionaria, constituyeron un sustento determinante en la construcción de las organizaciones resulta exagerado en virtud de la multiplicación de casos que lo desmiente. Rolo Diez certifica esto último de manera palmaria destacando, incluso, que si el partido hubiese condenado cada caso de “moralidad pequeñoburguesa”, la dirección nacional perretiana corría el riesgo de “convertirse en un desierto” (Diez, 2010: 40). El imaginado manantial de integridad proletaria poco pudo contra las actuaciones concretas: como era de esperar, el propio partido desaconsejó la lectura del problemático folleto en 1974, y abjuró de procesos moralizantes. Esta “flexibilidad” intencional, forzada por la realidad, resulta un notable indicativo de las tensiones y contradicciones constitutivas de la organización, atentando contra cualquier definición estereotipada acerca de su construcción.

Otro ejemplo lo reporta la constitución de una familia en el universo combatiente. En algunas organizaciones se entendía la conformación de una familia con hijos como un impedimento a la “entrega total” de los militantes: la revolución implicaba el involucramiento y compromiso absoluto, lo que chocaba con cualquier tipo de atención a los tipos de construcción personal que atentara contra ello. No conozco documento alguno que lo señale, pero era un secreto a voces. Siendo tal el mandato: ¿cómo se entiende que estos preceptos fueran lisa y llanamente ignorados? Una muestra de ello son los cientos de niños apropiados, más de 500, además de los niños que lograron, con o sin sus padres militantes, evitar la represión.

Sostenida por unas cuantas entrevistas y algunos documentos, la presencia de una intervención de la organización en la modelación de la vida privada de los militantes no puede ignorar otros tantos testimonios que destacan cómo esa intervención era resistida y hasta soberanamente ignorada e, incluso, burlada, sin que la organización se viera mayormente afectada en su operatividad cotidiana. ¿Cómo debe entenderse la construcción de una organización con semejantes contradicciones internas? ¿Es verosímil acreditar a los imaginarios identitarios un rol determinante sin contemplar condicionamientos y variaciones?

Algo similar puede destacarse respecto de la política de “proletariza-

ción". Al analizarla en el PRT, Carnovale señala que la misma "constituía otra de las formas que asumió el mandato partidario del sacrificio." (Carnovale, 2011: 246). Sin duda que la proletarización contuvo un componente sacrificial referenciado, en parte, sobre un proletariado sacralizado e idealizado, mirada que diversos sectores de la izquierda y de las corrientes que se reclamaban del movimiento obrero y popular hicieron propia. Pero otorgarle a dicha práctica tal soporte vital no constituye más que un recorte que menoscaba principios ideológicos y estrategias y tácticas que, con sus claros y oscuros, intentaron, también por esta vía, una construcción clasista de horizontes revolucionarios.

¿Fue provechosa la experiencia de proletarización?, ¿contribuyó a extender las redes sociales y a la penetración de las organizaciones en el movimiento obrero?, ¿resultó una táctica exitosa para incidir en el desarrollo de las aspiraciones y objetivos revolucionarios?, ¿o acaso sumió a las organizaciones en un retroceso y en la frustración de sus militantes? Ciertamente, a Carnovale la cuestión no la inquieta: "no me he interesado tanto por los ajustes o desajustes entre su línea política y la realidad histórica" (2011: 21), señalando, en cambio, su intención de "reconstruir la trama de ideas, creencias, representaciones y valores que fueron determinando su accionar" (2011: 22). Esta curiosa tentativa de evaluar determinantes de un accionar por fuera de la realidad histórica no contribuye a explicar los sentidos de la proletarización como praxis política, cuyos resultados concretos sí pueden pensarse como determinantes para el accionar y la construcción de la organización.

En efecto, para el PRT la proletarización resultó de enorme importancia en la estructuración de núcleos combativos en numerosas empresas, fábricas, talleres y barriadas, muchos de los cuales aportaron delegados, referentes obreros y simpatizantes que constituyeron colaboradores esenciales para la difusión y desarrollo de la organización, incluso aún en situaciones de seguridad extremadamente frágil. De hecho, la proletarización fue esencial en la constitución de círculos obreros de lectura de las prensas partidarias, pieza de enorme importancia para el apoyo del trabajo en las fábricas que la mirada culturalista no ha incorporado a su análisis. A propósito de esto, un informe de Inteligencia del Ejército reproduce información de extraordinario valor,⁶ donde se puede leer el relevamiento que el PRT realizó de su red de círculos de lectura en varias fábricas del país, donde la actuación de los que "marcharon hacia el pueblo" fue central. Contar, por ejemplo, con 17 lectores en INDIEL, 12 en Kaiser, 20 en Tamet, 12 en Fabril Financiera, 6 en General Motors y varios más en Propulsora y Astilleros, no era tocar el cielo con las

6. *Informe Especial Mensual de Inteligencia n° 4/76. Estrictamente Secreto y Confidencial*, G.T. 1, Eq.1/2 "Detección de la reunión del Comité Central del PRT-ERP".

manos, pero en los inicios de la dictadura se le parecía bastante. En vista de estos logros obtenidos –testimonios diversos señalan que en el periodo inmediatamente anterior estos círculos de lectura eran mucho más vastos y nutridos–, el partido propuso acentuar la proletarización de sus militantes.

En definitiva, no se trata de negar la presencia e importancia que cobró en las OPM el discurso sacrificial como así también los diversos imaginarios propios, sino de evaluar su incidencia en un *corpus doctrinario y experimental propio de la lucha de clases*, analizando críticamente su desarrollo e influencia concreta en relación con los movimientos sociales, *que por lejos fue la prioridad militante* de la mayoría de las OPM de los más diversos orígenes ideológicos. Desde esta perspectiva, la identidad medular de estas organizaciones estuvo dada por *sus presupuestos ideológicos y programáticos partidarios*. La presencia de imaginarios y subjetividades aglutinadoras constituyeron un elemento cierto pero *complementario*, colectivamente enmarcado en la entrega mayor por los ideales fuerza de las organizaciones; en algunos casos, incluso, el rol aglutinador de los imaginarios “oficiales” fue por completo *secundario*, en tanto fueron soberanamente ignorados.

Sociología del conflicto social. Finalmente, la tercera mirada, representada por el grupo que anima Inés Izaguirre y que continúa lo trabajado por Marín, estudia las OPM *desde una perspectiva de lucha de clases en un pasaje crítico de lucha armada* (Izaguirre, 2009).

Generalizando, el grupo establece la existencia de una guerra civil que no respondió a la tipología de “clase contra clase”, pero sí en la que la violencia fue el instrumento de las distintas fracciones sociales en lucha. Particularmente en el período marzo 1973-marzo 1976 visualizan una paridad de conflictos obreros (8.400) y de hechos armados (8.509), de lo que se desprende como conclusión que “es difícil negar la existencia de una guerra civil con semejantes cifras” (Izaguirre, 2009: 261).

Todo esto en un marco general abierto en el Cordobazo donde se combina la lucha obrera y de masas en las calles con ánimo insurreccional (Izaguirre, 2009: 83) y el surgimiento de OPM en disputa por la hegemonía de las Fuerzas Armadas del Estado. Ese proceso inaugura un período de guerra civil que clausura la dictadura de 1976.

Se observa una *consideración sobredimensionada de lo que es un conflicto social, político y un hecho armado*. Por un lado, la masiva lucha sindical contra el Pacto Social, en un marco inflacionario desatado, ha demostrado con creces hasta dónde los trabajadores se han movilizadado en defensa de sus intereses, pero resulta poco convincente para considerar el desarrollo de su conciencia política. No hay suficientes indicios que indiquen que tras lograr las reivindicaciones económicas, por ejemplo,

los trabajadores anhelaran disputar la hegemonía al peronismo que ellos mismos habían aguardado durante 18 años y apoyado masivamente en las elecciones del 11 de marzo de 1973.

Por otro lado, tampoco queda clara cuál es la relación entre un hecho armado y el nivel de conciencia de los trabajadores. De los 8.509 hechos armados: ¿cuántos fueron desarmes u operaciones de aprovisionamiento logístico, de los que apenas se enteró el responsable político de una célula y a los sumo unas pocas personas más? Es sabido que las OPM han mantenido una visión sobredimensionada de sus operaciones armadas, considerando buena parte de las mismas sin mayor distinción que la de tratarse de una avanzada del pueblo. Es menester especificar esto ya que *relacionar toda operación armada con la conflictividad social y la conciencia política pareciera forzado y poco serio.*

Ciertamente, la mirada sobredimensionada alcanza a la caracterización del periodo, al que se le otorga espesura de “guerra revolucionaria” o “escalada revolucionaria”, además de destacar algunas operaciones armadas como “grandes batallas” en los ejemplos de Azul, Formosa y Monte Chingolo (Nievas, 2009: 119-121), operaciones de indudable importancia y complejidad, pero que en la observación de los historiadores deberían tener una evaluación independiente de la subjetividad de los propios actores que, efectivamente, las vivieron como tales.

De alguna manera, lo mismo cuenta al caracterizar el estado de guerra: que las Fuerzas Armadas y de Seguridad, como así varias OPM, lo creyeran, no suma argumentos que concluyan que las masas, en su conflictividad social, lo aceptara y compartiera en sus propios términos. Ciertamente, se apoyan en la premisa de que los trabajadores no desaprobaron el accionar de las organizaciones revolucionarias y, en cambio, dieron la espalda a los sectores contrarrevolucionarios, pero no queda claro cuál fue la influencia de los enfrentamientos armados en la conciencia de los trabajadores. En la fábrica de pinturas Miluz, por ejemplo, el ERP ejecutó a dos directivos de la fábrica luego de que fueran asesinados dos delegados de Política Obrera, tras lo cual, finalmente, la Triple A asesinó al delegado que los sucedió: ¿Cómo se leyó esta intervención en planta? ¿Cuál fue la conciencia que se viralizó en las fábricas de la zona? ¿La del apoyo a las OPM? ¿Cómo debe entenderse que en uno de los velatorios de los delegados asesinados varios obreros de la fábrica tiraron la bandera roja que se había depositado sobre el féretro?

Poco aporta alentar conclusiones que no están respaldadas por estudios acerca del enraizamiento de las OPM en fábricas y barriadas y la percepción de los trabajadores sobre las organizaciones revolucionarias. De hecho, contradiciendo buena parte de sus argumentos, señalan que las masas no quebraron, “en líneas generales, el espectro de su con-

ciencia burguesa” (Nievas, 2009: 120), y que ningún desplazamiento de gobernadores afines a Montoneros fue resistido por las masas: “la actitud generalizada frente a los golpes de Estado [provinciales] fue la indiferencia” (Bonavena, 2009: 235).

Por el contrario, muestran la intencionalidad saludable de demostrar la relación entre los conflictos sociales y las intervenciones de las OPM, pero ésta se lesiona cuando se fuerzan conclusiones que sólo llevan agua al molino de sus planteos.

Ciertamente hubo avances en el análisis sobre la articulación de las OPM y los movimientos sociales, pero por lo general provenientes de otras miradas: Federico Lorenz (2006) con su trabajo sobre los astilleros es un buen ejemplo; también los avances de Löbbe (2006), y de Pozzi y Schneider (2000) sobre las Coordinadoras fabriles.

III

A más de cinco décadas de la emergencia guerrillera y a más de cuatro de la última dictadura cívico-militar, aún carecemos de una historia global de la guerrilla argentina con una mirada integradora. Tampoco se cuenta con un mapa de las OPM nacional y regional y, de manera más o menos completa de su inmenso acervo documental.⁷ Aún no existen historias de los intentos organizacionales de dimensión continental, como la Junta Coordinadora Revolucionaria (JCR), y es prácticamente nulo el estudio de las relaciones internacionales que las OPM establecieron.

Evidentemente, un enorme problema a resolver es la reconstrucción de una historia que tiene de todo, menos homogeneidad. Definitivamente no se puede hablar seriamente de la guerrilla argentina como un todo monolítico. Hay diferencias sustantivas entre las organizaciones tanto de origen marxista como peronista. Hay organizaciones con frentes de masas y publicaciones regionales y nacionales (incluso diarios como *El Mundo* y *Noticias*) y hay OPM que carecen de unos y otros. También dentro de una misma organización hay etapas diferenciadas, en el marco de una situación política y social nacional absolutamente cambiante en un período no mayor de siete años.

Tal complejidad debe dar cuenta, además, de una indispensable búsqueda de nuevas fuentes documentales que, hasta el momento, no han sido utilizadas por los historiadores o lo han sido de manera insu-

7. No pretendo soslayar los ingentes esfuerzos de Roberto Bascheti y Daniel de Santis, quienes recuperaron y dieron a difusión centenares de documentos. Tampoco la tarea del Topo Blindado que ya lleva publicado en su sitio web más de 3.000 documentos. Aún así, es cuantiosa la cantidad de ejemplares de prensa, boletines internos, folletos, volantes, conferencias de prensa, afiches, grabaciones, etc., que faltan recuperarse y darse a conocer.

ficiente, como las fuentes judiciales y las militares, muy especialmente los partes de Inteligencia que suelen aportar elementos novedosos de análisis propios, que no deben ser subestimados, y documentos internos secuestrados a las OPM, como registros de operaciones no divulgadas, datos de las estructuras internas, alcance de penetración en diversos frentes, publicaciones especiales para diversos ámbitos de actuación, etc.

Las tentativas de historiar las actuaciones de las diversas OPM como reconstrucciones organizacionales, manipulando acontecimientos a conveniencia y reproduciendo las imágenes recreadas por ellas mismas han dado tan magros resultados como las búsquedas de identidades e imaginarios descontextualizados y carentes de confrontación con las contradictorias realidades de las propias OPM en particular y del movimiento social en general. Así las cosas, los avances de los que se puede hablar tienen más que ver con la definición de los problemas a dilucidar que con los resultados alcanzados. El camino comienza a desbrozarse, lo que no es poco.

Todo esto indica que la historia de la guerrilla argentina, en cualquiera de sus manifestaciones e independientemente de las dimensiones que haya cobrado tal o cual organización, no puede ser trabajada seriamente si es desligada del proceso histórico nacional, de las tradiciones y cultura del conjunto de la sociedad frente al conflicto social, sus diversas representaciones y, por supuesto, las luchas desarrolladas en los más diversos planos. La historia de la guerrilla, en suma, desgajada de la “historia viva” se convierte en un mero objeto curioso, casi en un anecdotario proveedor, según se interprete, de pesadillas o epopeyas, al alcance de la mano para elaborar artículos, libros, tesis e intervenciones más o menos prolijas que mayormente sólo cierran en sí mismas.

Pareciera oportuno volver a hacer hincapié en la ponderada (pero poco practicada) sentencia de Gramsci: “la historia de un partido no significa otra cosa que escribir la historia general de un país desde un punto de vista monográfico, para subrayar un aspecto característico”.

El gran desafío que sigue planteado es una historia que no escamotee ninguna crítica, ninguna perspectiva de análisis, ninguna apertura que complejice y expanda la historia social de un fenómeno que continúa interpelando a la historia y a la sociedad argentina.

Bibliografía

- AA.VV. (2009), *Organización Comunista Poder Obrero: una aproximación al socialismo revolucionario en los 70*, Buenos Aires: A Vencer.
- Acuña, Carlos Manuel (2000), *Por amor al odio. La tragedia de la subversión*, Buenos Aires: Del Pórtico.
- Alcoba, Laura (2008), *La casa de los conejos*, Buenos Aires: Edhasa.

- Anderson, Perry (1996), *Los fines de la historia*, Barcelona: Anagrama.
- Andújar, Andrea (2009), “El amor en tiempos de revolución: los vínculos de pareja de la militancia de los 70. Batallas, telenovelas y rock and roll”, en A. Andújar (comp.), *De minifaldas, militancias y revoluciones*, Buenos Aires: Luxemburg.
- Ariès, Philippe (1983), *El hombre ante la muerte*, Madrid: Taurus.
- (2009), *Historia de la muerte en Occidente. Desde la Edad Media hasta nuestros días*, Madrid: Acantilado.
- Ávalos, Daniel (2005), *La guerrilla del Che y Masetti en Salta, 1964. Ideología y Mito en el EGP*, Córdoba: La Intemperie.
- Bonavena, Pablo (2009), “Guerra contra el campo popular en los 70”, en Inés Izaguirre y colaboradores, ob. cit.
- Brocato, Carlos Alberto (1985), *La Argentina que quisieron*, Buenos Aires: Sudamericana.
- Bufano, Sergio (2004), “La vida plena”, en *Lucha Armada*, n° 1.
- (2007), “La guerrilla argentina. El final de una épica impura”, en *Lucha Armada*, n° 8.
- Campione, Daniel (1996), “Los comunistas argentinos. Bases para reconstruir su historia”, *Periferias*, n° 1, Buenos Aires.
- (2005), “Hacia la convergencia cívico-militar. El Partido Comunista 1955-1976”, *Herramienta*, n° 29, Buenos Aires.
- (2007), “El Partido Comunista: Apuntes sobre su trayectoria”, disponible en www.alainet.org.
- Campos, Esteban (2016), *Cristianismo y Revolución. El origen de Montoneros*, Buenos Aires: Edhasa.
- Carnovale, Vera (2011), *Los combatientes. Historia del PRT*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- Carra, Juan (2008), “El PRT-ERP en la ciudad de Mar del Plata”, en *Lucha Armada*, n° 11.
- Casola, Natalia (2015), *El PC argentino y la dictadura militar*, Buenos Aires: Imago Mundi.
- Castro, Dardo y Juan Iturbure (2004), “Organización Comunista Poder Obrero”, *Lucha Armada*, n° 1, Buenos Aires.
- Caviasca, Guillermo (2006), “Arturo Lewinger y los orígenes de las FAR”, *Lucha Armada*, n° 6, Buenos Aires.
- (2013), *PRT-ERP y Montoneros, la guerrilla argentina en una encrucijada*, La Plata: De la Campana.
- Celentano, Adrián (2005), “Maoísmo y lucha armada: el PCML”, *Lucha Armada*, n° 4, Buenos Aires.
- Chaunu, Pierre (1979), *Memoria de la eternidad*, Madrid: Rialp.
- Cohn, Norman (1981), *En pos del milenio*, Madrid: Alianza.
- Cormick, Federico (2012), *Fracción Roja. Debate y ruptura en el PRT-ERP*, Buenos Aires: El Topo Blindado.
- (2015), “Apuntes sobre la Organización Comunista Poder Obrero”, *Cuadernos de Marte*, año 6, n° 8, Buenos Aires.

- Cortina Orero, Eudald (2011), *Grupo Obrero Revolucionario. Autodefensa obrera y guerrilla*, Buenos Aires: El Topo Blindado.
- Diez, Rolo (2010), *El mejor y el peor de los tiempos. Cómo destruyeron al PRT-ERP*, Buenos Aires: Nuestra América.
- Duhalde, Eduardo Luis y Eduardo Pérez (2002), *De Taco Ralo a la Alternativa Independiente*, Tomo I: *Las FAP*, La Plata: De la Campana.
- Feinmann, José Pablo (1999), *La sangre derramada. Ensayo sobre la violencia política*, Buenos Aires: Ariel.
- Gillespie, Richard (1987), *Montoneros. Soldados de Perón*, Buenos Aires: Grijalbo.
- Giussani, Pablo (1984), *Montoneros, la soberbia armada*, Buenos Aires: Sudamericana.
- González Canosa, Mora (2012), “Las Fuerzas Armadas Revolucionarias. Orígenes y desarrollo de una particular conjunción entre marxismo, peronismo y lucha armada (1960-1973)”, tesis doctoral, Universidad Nacional de La Plata.
- Grenat, Stella (2010), *Una espada sin cabeza: las FAL y la construcción del partido revolucionario en los 70*, Buenos Aires: RyR.
- Guevara, Ernesto (1977), “El socialismo y el hombre en Cuba”, *Escritos y discursos*, tomo 9, La Habana: Ciencias Sociales.
- Haupt, Georges (1986), *El historiador y el movimiento social*, Madrid, Siglo XXI.
- Hendler, Ariel (2010), *La guerrilla invisible. Historia de las Fuerzas Argentinas de Liberación (FAL)*, Buenos Aires: Vergara.
- Hobsbawm, Eric (1968), *Rebeldes primitivos*, Barcelona: Ariel.
- (1976), *Bandidos*, Barcelona: Ariel.
- Izagirre, Inés y colaboradores (2009), *Lucha de clases, guerra civil y genocidio en la Argentina. 1973-1983*, Buenos Aires: Eudeba.
- Lanusse, Lucas (2007), *Cristo revolucionario. La Iglesia militante*, Buenos Aires: Vergara.
- Leis, Héctor Ricardo (2013), *Un testamento de los años 70. Terrorismo, política y verdad en Argentina*, Buenos Aires: Katz.
- Löbbe, Héctor (2006), *Clase obrera e izquierda en la Coordinadora Interfabril de Zona Norte del Gran Buenos Aires (1975-1976)*, Buenos Aires: RyR.
- Lorenz, Federico (2006), *Los zapatos de Carlito*, Buenos Aires: Norma.
- Luna, Gómez, Verdú y Berenzan (2007), “La Juventud Peronista en Luján”, *Lucha Armada*, n° 8.
- Luvecce, Cecilia (1993), *Las Fuerzas Armadas Peronistas y el Peronismo de Base*, Buenos Aires: CEAL.
- Mangiantini, Martín (2014), *El trotskismo y el debate en torno a la lucha armada. Moreno, Santucho y la ruptura del PRT*, Buenos Aires: El Topo Blindado.
- Marín, Juan Carlos (1984), *Los hechos amados: un ejercicio posible*, Buenos Aires: CICOSO.

- Martínez, Paola (2009), *Género, política y revolución en los años setenta. Las mujeres del PRT-ERP*, Buenos Aires: Imago Mundi.
- Massot, Vicente (2011), *Matar y morir*, Buenos Aires: El Ateneo.
- (2013), *El cielo por asalto: ERP, Montoneros y las razones de la lucha armada*, Buenos Aires: El Ateneo.
- Melgar Bao, Ricardo (2005), “La dialéctica cultural del combate: morir, matar y renacer en la cultura guerrillera latinoamericana”, *Lucha Armada*, n° 4, Buenos Aires.
- Morello, Gustavo (2003), *Cristianismo y Revolución: los orígenes intelectuales de la guerrilla argentina*, Córdoba: Universidad Católica de Córdoba.
- Nadra, Alberto (2012), *Secretos en rojo, un militante entre dos siglos*, Buenos Aires: Corregidor.
- Nicanoff, Sergio y Axel Castellano (2006), *Las primeras experiencias guerrilleras en la Argentina*, Buenos Aires: CCC.
- Nievas, Flabián (2009), “Del Devotazo a Ezeiza. Guerra de posiciones en junio de 1973”, en Inés Izaguirre y colaboradores, ob. cit.
- Noguera, Ana (2013), “La participación de las mujeres en la lucha armada. Córdoba, Argentina, 1970-1973”, en *Taller*, vol. 2, n° 2.
- Oberti, Alejandra (2015), *Las revolucionarias. Militancia, vida cotidiana y afectividad en los setenta*, Buenos Aires: Edhasa.
- Pascuali, Laura (2007), “Memorias y experiencias en las y los militantes de la guerrilla marxista. Un abordaje desde la historia social en el Gran Rosario, 1969-1976”, tesis doctoral.
- Pozzi, Pablo y Alejandro Schneider (2000), *Los setentistas. Izquierda y clase obrera, 1969-1976*, Buenos Aires: Eudeba.
- Reato, Ceferino (2013), *Viva la sangre*, Buenos Aires: Sudamericana.
- Robles, Horacio (2011), “Los barrios montoneros: una aproximación a las unidades básicas y la militancia de la JP articulada con Montoneros en la ciudad de La Plata (1972-1974)”, en *Los trabajos y los días*, n° 3.
- Rojas, Guillermo (2001), *Años de terror y pólvora*, Buenos Aires: Santiago Apóstol.
- Rot, Gabriel (2000), *Los orígenes perdidos de la guerrilla argentina. Jorge Ricardo Masetti y el EGP*, Buenos Aires: El Cielo por Asalto. Edición corregida y aumentada, Buenos Aires: Waldhuter, 2010.
- (2003-2004), “Notas para una historia de la lucha armada en la Argentina. Las FAL”, en *Políticas de la Memoria*, n° 4.
- (2006), “El Partido Comunista y la lucha armada”, *Lucha Armada*, n° 7, Buenos Aires.
- Rot, Gabriel y Esteban Campos (2010), *La Guerrilla del Ejército Libertador. Vicisitudes políticas de una guerrilla urbana*, Buenos Aires: El Topo Blindado.
- Salas, Ernesto (2003), *Uturuncos. El origen de la guerrilla peronista*, Buenos Aires, Biblos.
- (2006), “El debate entre Walsh y la conducción montonera”, *Lucha Armada*, n° 5, Buenos Aires.

- Salcedo, Javier (2011), *Los Montoneros del barrio*, Buenos Aires: Eduntref.
- Vezzetti, Hugo (2009), *Sobre la violencia revolucionaria: memorias y olvidos*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- Viano, Cristina (2011), "Pinceladas sobre las relaciones de género en la nueva izquierda peronista de los primeros años 70", en *Temas de Mujeres*, Tucumán, n° 7
- Vovelle, Michel (1985), *Ideologías y mentalidades*, Barcelona: Ariel.
- Weisz, Eduardo (2005), "El ERP 22 de Agosto: una fracción pro-Cámpora" en *Lucha Armada*, n° 2.
- Yofre, Juan Bautista (2006), *Fuimos todos*, Buenos Aires: Sudamericana.
- (2007), *Nadie fue*, Buenos Aires: Sudamericana.
- (2009), *Volver a matar*, Buenos Aires: Sudamericana.
- (2010), *El escarmiento*, Buenos Aires: Sudamericana.
- (2014), *Fue Cuba*, Buenos Aires: Sudamericana.

* * *

Título: An evaluation of the studies on Argentine Political-Military Organizations

Resumen: El presente ensayo analiza el amplio universo de las producciones historiográficas alrededor de la violencia política en los años 70, la lucha armada como estrategia revolucionaria y el derrotero de aquellas organizaciones simultáneamente políticas y militares (OPM). Se abordan las líneas de análisis más destacadas y, en razón de ello, los vacíos historiográficos existentes.

Palabras clave: organizaciones político-militares – lucha armada – historiografía

Abstract: This paper analyzes the historiographical production about political violence in the seventies, the strategy of armed struggle and the course of the same political and military organizations (OPM). The most important writings are analyzed as well as outstanding themes.

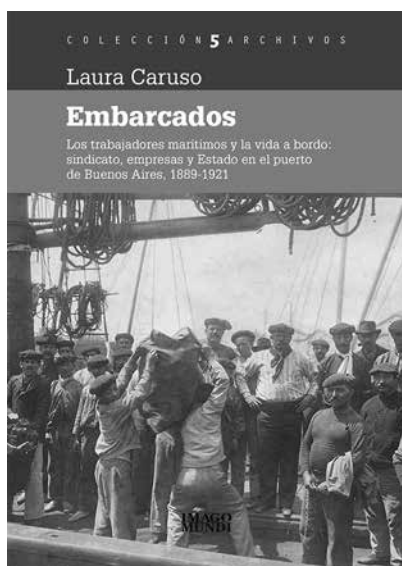
Keynotes: political-military organizations – armed struggle – historiography

Recepción: 6 de junio de 2016. **Aprobación:** 16 de agosto de 2016.

Laura Caruso

Embarcados

Los trabajadores marítimos y la vida a bordo: sindicatos, empresas y Estado en el puerto de Buenos Aires, 1889-1921



Este trabajo de Laura Caruso es el quinto volumen de la colección “Archivos”. La historia que *Embarcados* presenta es precisamente la de los trabajadores de a bordo del puerto de la ciudad, su trabajo, sus organizaciones, luchas e itinerarios políticos. En ella podrá verse que el puerto en los albores del siglo XX fue conocido como un espacio marcado por el trabajo y el conflicto. En esos años la ciudad latía al ritmo del puerto, y la sociedad crecía sobre la base del trabajo. Ambos, puerto y trabajadores, conformaron a principios de siglo un binomio vívido, social, dinámico. Aquí se narra el trabajo y la acción política de estos tripulantes. Las poderosas empresas navieras y los organismos del Estado, así como la dirección sindical que los obreros marítimos eligieron y forjaron a la vez –el sindicalismo revolucionario– son parte de una trama que condensa la historia obrera de la Buenos Aires finisecular.

Poder Obrero y el FAS: los orígenes frentistas de OCPO

Federico Cormick

UBA - UNM
federicocormick@gmail.com

Para el momento del golpe de Estado de 1976, la Organización Comunista Poder Obrero (OCPO) era, probablemente, la organización político-militar más importante de la Argentina, luego de Montoneros y el Partido Revolucionario de los Trabajadores - Ejército Revolucionario del Pueblo (PRT-ERP).

Al igual que aquéllos, también OCPO fue una organización político-militar que volcó sus mayores esfuerzos al desarrollo del movimiento de masas, en particular al movimiento obrero. Entre sus caracterizaciones, OCPO destacaba la lucha armada como un aspecto fundamental de una estrategia revolucionaria, razón por la cual impulsó grupos de autodefensa, los llamados Piquetes de Obreros Armados (POA), y un brazo militar de la organización, las Brigadas Rojas, entendiéndose que esa iniciativa militar debía desplegarse en el marco de una amplia lucha de masas a la que debía subordinarse (Cormick, 2015; Mohaded, 2009; Quiroga, 2013). Gran parte de su práctica militante y de su elaboración teórico-política, pues, estuvo orientada a desarrollar una fuerza de masas que pudiera disputar el poder político.

Para alcanzar esta propuesta fue necesario un proceso de maduración que se fue materializando en los diversos sectores que finalmente constituirán la organización, proceso que sabrá de balances autocríticos y modificaciones de interpretación e intervención, aunque manteniendo vigente el rol rector de la clase obrera en el proceso revolucionario (Castro e Iturburu, 2004; Cormick, 2015; Mohaded, 2009).

No es nuestra intención desarrollar una historia pormenorizada de OCPO ni de su estrategia político militar, cuyo estudio ya fue iniciado (A Vencer, 2009; Castro e Iturburu, 2004; Cormick, 2015; Iturburu, 2006; Mohaded, 2009), sino focalizar en un problema específico, para aportar al avance de la investigación: su concepción de un frente como cristalización de una fuerza social.

Este planteo supuso la articulación de una alianza de clases oprimidas con hegemonía obrera como condición necesaria para el desarrollo de la lucha revolucionaria por el socialismo, e implicó desarrollar y protagonizar frentes orgánicos, estables en el tiempo, junto a otras organizaciones políticas y sociales.

En este marco, la experiencia del Frente Antiimperialista y por el Socialismo (FAS) ocupó un lugar central en la conformación de Poder Obrero, y de su formación político teórica, dejando una notable huella que puede rastrearse en su perspectiva y acción política posterior. Así, el impulso de ese frente durante cerca de un año (incluyendo la realización de los tres principales congresos del FAS) fue un eje destacado de la intervención de los militantes que formarían OCPO. Paradójicamente, el lugar de esta experiencia no es considerado en la mayoría de los estudios sobre la organización; en este plano, la recuperación de fuentes escritas permite redimensionar el peso asignado a dicha propuesta y considerar su influencia

Momentos de una historia

La historia de OCPO se proyecta al período 1970-1973, con el desarrollo de sus primeros afluentes, bajo la impronta del Cordobazo y del clasismo del Sitrac-Sitram. Uno de los núcleos principales fue El Obrero de Córdoba, formado por militantes provenientes del Movimiento de Liberación Nacional (Malena) que en 1970 comenzaron a difundir en fábricas el boletín *El Obrero*. Contaban con militancia estudiantil y en gremios estatales, a los que se sumó un puñado de activistas industriales; hacia 1972 lograron extenderse a Mendoza y Buenos Aires y también cambiaron su denominación por *Organización Revolucionaria Comunista El Obrero*, reemplazando su boletín por un periódico.

Otro afluente fue la Organización Revolucionaria Poder Obrero (ORPO) de Santa Fe, cuyo principal antecedente fue la estructura local de las Fuerzas Armadas de Liberación (FAL) con presencia en la provincia desde 1970. En la provincia desarrollaron acciones armadas, como por ejemplo la ocupación de las oficinas de la Dirección de Rentas de la Municipalidad de Rosario, y un incipiente trabajo político orientado al movimiento obrero. Su redefinición como ORPO se dio en 1972, en un marco de crecimiento zonal, muy especialmente en Entre Ríos, y el fortalecimiento de la perspectiva de masas sin abandonar las acciones armadas (Grenat, 2010; Hendler, 2010).

Un tercer núcleo fue el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), formado principalmente por militantes estudiantiles de Buenos Aires que, en 1972, realizó su primera conferencia bajo la consigna "Por la democracia obrera y el socialismo". Valoraban las experiencias de au-

toorganización obrera a las que señalaban como “formas elementales de doble poder” y bregaban por la construcción de una organización revolucionaria de la clase obrera.

La perspectiva unitaria abierta entre los tres grupos tenía una sólida razón de ser: todos ellos tenían en común una misma definición estratégica por la revolución socialista, la valoración de la clase obrera como actor fundamental del proceso revolucionario, la recuperación de la tradición concejista del marxismo, la reivindicación del clasismo de Sitrac-Sitram, y una percepción similar sobre la necesidad de la lucha armada.

A partir de 1973, la integración de estos primeros afluentes dio lugar a un segundo momento de la historia de OCPO, en el marco de un intenso debate interno y una importante autocrítica de El Obrero ante su intervención política anterior, a la que señalaron como “ultraizquierdista”, lo que contribuyó a ampliar la agenda de coincidencias. Un año más tarde, las tres organizaciones ya firmaban declaraciones y comunicados de manera conjunta, y a mitad de 1974 el periódico *El Obrero* constituyó su vocero único. La dinámica unitaria, alentó a pequeños grupos a sumarse a las filas de la organización, como sucedió con Lucha Comunista, Filosofía/70, Acción Comunista y Ardes de Tucumán, entre otros.

En esta etapa constitutiva, en que el conjunto pasó a ser conocido como Poder Obrero, fue modificando su visión y forma de construcción en el movimiento obrero, lo que se puso en juego en su intervención en Villa Constitución (Cormick, 2014; Quiroga y Jacobo, 2014; Santella y Andújar, 2007). Allí, además, iniciaron su intervención militar ligada al movimiento obrero, por medio de los Piquetes Obreros Armados (POA). A ese período corresponde también la integración al FAS y la intervención en su IV, V y VI Congresos, realizados entre agosto de 1973 y junio de 1974.

El tercer momento de la organización se inició a comienzos de 1975, con la integración de Lucha Socialista, agrupamiento del socialismo revolucionario centrado en La Plata. La fusión, además, atrajo a militantes provenientes de FAL América en Armas, FAL 22 de Agosto, PRT Fracción Roja y MR17, entre otros. La organización devenida de la confluencia de tantos grupos y desprendimientos definía a la Argentina como un país “capitalista monopolista dependiente” que atravesaba una situación “prerrevolucionaria”, en donde debía impulsarse la “revolución socialista” para alcanzar un “gobierno revolucionario obrero y popular”.¹ A este período corresponde la ampliación de la lucha armada, bajo la intervención de las Brigadas Rojas (Cormick, 2015), la participación en

1. Poder Obrero, “Bases para un acuerdo de fusión”, junio 1975

las Coordinadoras Interfabriles de 1975 (Löbbe, 2009; Rodríguez Lupo, 2005; Werner y Aguirre, 2007), y el bautismo del grupo, en septiembre de 1975, como Organización Comunista Poder Obrero. En este marco, a mediados del año siguiente, OCPO fue parte del intento, finalmente fracasado, por forjar la Organización para la Liberación Argentina (OLA) junto a Montoneros y el PRT-ERP.

Tras el golpe cívico-militar de 1976, OCPO intentó aportar sus esfuerzos a la recomposición del movimiento obrero e incluso realizó algunas acciones armadas, pero sus menguadas fuerzas –habían sufrido las inclemencias de la represión y la muerte y desaparición de algunos de sus principales cuadros– fueron diezmadas al igual que las del resto de las organizaciones populares. Ya en el exilio, sus militantes se sumaron a la campaña internacional contra la dictadura, y realizaron reflexiones y aportes políticos y teóricos que plasmaron principalmente en la revista *Rearme*.

La experiencia del FAS

El FAS surgió a fines de 1972 impulsado especialmente por el PRT que, en el marco del Gran Acuerdo Nacional lanussista, inicialmente lo orientó a una militancia antidictatorial vinculada con los comités de base que venía animando. A partir de 1973 el FAS se desarrolló con más espesura social y ampliación de sus objetivos políticos, alcanzando a mediados de 1974 su repercusión mayor; desde entonces, su actividad fue mermando paulatinamente (Antognazzi, 1995; De Santis, 2010; Mattini, 1996; Payo Esper, 2011; Pozzi, 2001).

El FAS expresaba un intento práctico de llevar adelante una articulación estable de organizaciones políticas y sociales con acuerdos generales sobre la estrategia política (antiimperialista y por el socialismo) y acuerdos más definidos sobre las tareas de la etapa, con un programa y una estructuración común. Promovía la acción conjunta de los sectores explotados: la clase obrera, el movimiento campesino, representantes de pueblos originarios, sacerdotes del tercer mundo, agrupamientos de mujeres y de la cultura.

También fueron numerosos los dirigentes obreros y los intelectuales que lo nutrieron: el PRT destacó a Oscar Montenegro y Gregorio Flores, y el Frente Revolucionario Peronista (FRP) a Armando Jaime, presidente del FAS y líder de la CGT clasista de Salta, junto a Simón Arroyo y Manuel Gaggero. Además participaron Alicia Eguren de Cook, figura destacada del peronismo de izquierda; Silvio Frondizi, reconocido abogado e intelectual proveniente del Grupo Praxis; Rodolfo Ortega Peña, diputado referente del peronismo combativo; Agustín Tosco, Secretario General de Luz y Fuerza de Córdoba; y Miguel Ramondetti, sacerdote del tercer

mundo. Entre las fuerzas políticas que sumaron al FAS, además del PRT y el FRP, destacamos varios afluentes de OCPO (El Obrero, MIR, Poder Obrero de Santa Fe), expresiones del Peronismo de Base, y un nutrido grupo de pequeñas organizaciones, entre otras: Movimiento Popular de Liberación, Liga Espartaco, Socialismo Revolucionario y Partido Comunista Marxista Leninista.

El crecimiento del frente fue exponencial, lo que quedó evidenciado por la numerosa participación de activistas en sus congresos. Ya en el IV Congreso, en Tucumán, asistieron alrededor de 5.000. Allí se definió un programa que incluía demandas obreras, campesinas, democráticas, de acceso a la salud y la educación, junto a otros planteos como la estatización de los monopolios, la ruptura con organismos internacionales, la unidad de fuerzas contra el imperialismo, y la independencia política de la clase obrera.² El encuentro estuvo marcado por la expectativa en lograr una alternativa a la candidatura de Perón por medio de la fórmula Tosco-Jaime, finalmente frustrada.

El 24 de noviembre, en el Chaco, el V Congreso del FAS refrendó las expectativas que anidaban en su convocatoria, congregando a unos 12.000 activistas que, tras dos días de debate y agitación, aprobaron un nuevo programa de acción. Más nutrido que el anterior, el nuevo programa incorporó objetivos y consignas referidas a la cultura, las condiciones de vida de los aborígenes y el rechazo al pacto social; un último apartado, además, incluía la lucha “por el socialismo”.³ Se impulsó la constitución de un Frente Antifascista, para el que se hizo un proyecto de declaración.

El VI y último Congreso del FAS se realizó el 15 de junio de 1974, en Rosario, con más de 20.000 asistentes que suscribieron una declaración “contra la ofensiva popular” y alentaron la constitución de una “Coordinadora de lucha de organizaciones revolucionarias y populares”. También se promovió un estatuto para su funcionamiento y se replanteó el programa, con diez ejes considerados “los puntos principales y el objetivo del Gobierno obrero y popular socialista, por el que el FAS llama a unirse a todos los sectores y organizaciones del campo del pueblo”. Allí se incluían la expropiación y estatización de monopolios, la expropiación de grandes estancias para su estatización contemplando también el reparto de tierras; la estatización de la banca y el comercio exterior, así como de toda la enseñanza; la ruptura de lazos con el imperialismo; el control obrero y la planificación; la reforma urbana; la eliminación del

2. PRT, “Surge en Tucumán el Frente Antiimperialista”, *El Combatiente*, n° 88, agosto de 1973.

3. FAS, “Bases programáticas para el Frente Antiimperialista y por el Socialismo”, noviembre de 1973.

aparato represivo; la socialización de la medicina y la solidaridad con los pueblos en lucha.⁴

Ese fue el nivel de acuerdos políticos y la convocatoria más importante que logró el FAS; a partir de entonces y durante el siguiente año, continuará realizando declaraciones y aportes políticos, pero su presencia fue mermando hasta desaparecer.

Poder Obrero nace junto al FAS

El FAS nació en el marco del fin de la dictadura de Lanusse y el ascenso de Cámpora, el mismo momento en que diversos destacamentos del socialismo revolucionario buscaban salir de una importante crisis política y se integraban conformando Poder Obrero.

Hasta entonces los núcleos del socialismo revolucionario abordaban al movimiento obrero con pocas mediaciones entre la realidad cotidiana y el programa de la revolución socialista, considerando que su tarea principal era propagandizar el socialismo y radicalizar el movimiento. Consecuencia directa de ello fue el rechazo a las políticas unitarias en el plano sindical, denunciando a sectores de la dirigencia que, como Agustín Tosco y René Salamánca, no seguían el modelo de Sitrac-Sitram donde la vanguardia obrera reclamaba “ni golpe ni elección, revolución”. En un principio, el modelo del Sitrac-Sitram constituyó toda una confirmación de sus presupuestos, pero paulatinamente la orientación comenzó a ser discutida; hacia 1973 el debate implicará, también, un importante cambio de posición (Cormick, 2014; Quiroga y Jacobo, 2014).

Esta perspectiva tenía su correlato en el plano político (Castro e Iturburu, 2004; Cormick, 2015; Iturburu, 2006; Mohaded, 2009). El GAN y la salida electoral de la dictadura eran leídos como una pura maniobra de la burguesía para contener y desviar las luchas obreras, por lo que apoyar la salida electoral, tal como hacía la izquierda peronista, era una orientación reaccionaria. No es de extrañar que todos ellos apostaran al boicot electoral, a excepción de Lucha Socialista que se integraría más tarde al proceso de fusión.

El triunfo del Frejuli en las elecciones del 11 de marzo de 1973 y la amplia participación popular que concitó la apertura democrática los llevó a una crisis vinculada con su dificultad para percibir la perspectiva de las masas e intervenir en consecuencia. El Obrero pasó a funcionar en estado de asamblea, de la que emergió una contundente autocrítica: hasta entonces habían tenido una orientación “ultraizquierdista”, careciendo de programa y política de alianzas, sin comprender “la relación

4. FAS, “Documento político y programa del FAS”, junio de 1974.

entre vanguardia y masa”.⁵ También otros grupos se integraron al debate y el funcionamiento colectivo durante todo el año. Así comenzaron a unificarse.

Fruto de este balance crítico, el nacimiento de Poder Obrero estuvo marcado por una revalorización de la táctica, como elemento central de la política, pasando a apostar a un nuevo vínculo con el peronismo de izquierda. No es casual que el primer comunicado conjunto de El Obrero, Poder Obrero (Santa Fe) y MIR, consistiera en una convocatoria “Al peronismo revolucionario”.⁶ Tampoco que sus militantes participaran en actos y movilizaciones hegemónicas por el peronismo, acompañando su experiencia con la expectativa de ayudar a su ruptura con Perón (Cormick, 2015; Mohaded, 2009).

A su vez, en contraste con las posiciones que habían tenido ante las elecciones de marzo, los afluentes de OCPO comenzaron a defender la necesidad de una alternativa electoral de los sectores combativos y de izquierda, teniendo especial expectativa en la fórmula Tosco-Jaime. Y en lo que tiene que ver con una reformulación de la política de alianzas, la búsqueda de Poder Obrero empalmó con el impulso del FAS en su IV Congreso. Esta perspectiva puede verse tanto en la prensa del MIR (*Venceremos*),⁷ como en los planteos de El Obrero.⁸

La iniciativa del FAS era destacada por distintas razones, entre ellas por integrar a distintos sectores políticos, “peronistas y marxistas largamente probados en las luchas”; también por promover una alianza social de oprimidos encabezada por la clase obrera: “que, desde una perspectiva proletaria, unifique tras de sí a los sectores del campesinado pobre, los aborígenes, trabajadores del campo y la ciudad”. Finalmente, por ser una “alternativa”, un “organismo político” con “propuestas programáticas” vinculadas con los problemas populares, cuya orientación era “promover mayores niveles de organización y participación” en una “perspectiva antiimperialista y por el socialismo”.

La confluencia del V Congreso

Para el V Congreso del FAS en noviembre de 1973, El Obrero adelantó especialmente la edición de su periódico. El titular de tapa decía: “FAS: Por una opción revolucionaria. ¡Todos con el Frente y el Frente con la Revolución!”. La expectativa y el compromiso no tenían ambigüedades: “nuestra Organización ha llamado a otras fuerzas a integrarse al FAS

5. El Obrero, “Nuestros errores”, *El Obrero*, n° 4, noviembre de 1973.

6. Poder Obrero, “Al peronismo revolucionario”, *El Obrero*, n° 8, marzo de 1974.

7. MIR, “Constitución del FAS en Tucumán”, *Venceremos*, n° 2, agosto de 1973.

8. El Obrero, “Declaración: La actual situación política”, agosto de 1973.

y comprometió y unió sus esfuerzos a otras organizaciones para que el V Congreso [...] reúna una cantidad importante de activistas obreros, empleados, estudiantes y fuerzas militantes de la sociedad que hoy buscan una opción política unificadora". Era "una gran oportunidad y ningún obrero conciente debe dejarla pasar sin hacer todos los esfuerzos para sumar fuerzas al FAS".⁹

Efectivamente, como recuerda Juan Iturburu, dirigente de OCPO, si su participación en el congreso anterior había sido como "veedores", ya en el V Congreso "nos integramos como fuerza política". Para entonces, agrega, "el funcionamiento del FAS en Córdoba fue un ejemplo de democracia. Los representantes eran Gregorio Flores -PRT- por un lado y Zorrito Fabbri por el otro, que era compañero nuestro. Y mientras pudieron sostener esa dinámica, se funcionaba por plenario. Todos los domingos había una reunión de 300, 400 militantes, de todos los frentes" (A Vencer, 2009: 228-229).

Según *El Obrero*, el FAS debía entenderse como "un frente revolucionario que unifique fuerzas, tanto del peronismo revolucionario, como del marxismo". De allí su consigna: "contra el frente burgués, un frente de los revolucionarios".¹⁰ Su carácter "revolucionario" no lo eximía de plantearse como una propuesta frentista, que incluya a diversos partidos y sectores, con un programa para la etapa y la voluntad de movilizar masivamente.

En ese marco, la militancia de Poder Obrero se embarcó en discusiones sobre el programa. El Obrero había planteado su acuerdo general con el programa del IV Congreso del FAS y su voluntad de "profundizarlo",¹¹ pero de cara al V Congreso, las diversas posibilidades abiertas tensionaron las perspectivas del socialismo revolucionario.

El MIR, tomando como referencia una propuesta de la regional Tucumán del FAS, señaló "diferencias importantes": su preocupación central era garantizar la independencia política frente a la burguesía y en consecuencia, propusieron algunos cambios a esa propuesta de programa del FAS. Entre sus planteos, por ejemplo, destacaba la supresión de "ayuda y estímulo a la pequeña y mediana empresa con participación de los obreros y el Estado", y la modificación de otro punto en donde se impulsaba "ayuda técnico-financiera y estímulo a los pequeños y medianos campesinos que trabajan la tierra", promoviendo que en la formulación quedaran excluidos los campesinos medios "explotadores". Además, desde el MIR no compartían medidas intermedias o progresivas

9. El Obrero, "Por una opción revolucionaria", *El Obrero*, n° 5, noviembre de 1973.

10. El Obrero, "¡Todos con el frente y el frente con la revolución!", *El Obrero*, n° 5, noviembre de 1973.

11. El Obrero, "Declaración: La actual situación política", agosto de 1973.

como podrían ser la expropiación sin pago de los grandes latifundios, de la banca y del comercio exterior, por entender que eran meras reformas de las relaciones capitalistas de producción por parte de un Estado burgués. Además, cuestionaban el concepto de “liberación nacional”.¹² Estos cuestionamientos quedarán opacados ante el avance del frente, la modificación de su programa, y el desarrollo de las posiciones del propio socialismo revolucionario. No obstante, esta matriz crítica se reavivará poco tiempo después.

En el caso de El Obrero, que tenía presencia en la regional Córdoba del FAS, adhirió de lleno a una propuesta de programa de esa regional, alternativa a la de Tucumán. Consideraba que una de las virtudes de ese programa era el equilibrio entre la apertura del frente a sectores populares y la delimitación ideológica frente a la burguesía. Según *El Obrero*, era “un programa de unidad de fuerzas marxistas y del peronismo revolucionario”, “no sectario”, que a su vez levantaba “una salida efectivamente revolucionaria”, alejada de “propuestas reformistas o populistas” y del proyecto de los “frentes populares”. Su importancia residía en ser un programa efectivamente movilizador, partiendo de “la actual correlación de fuerzas”. En ese sentido, valoraban que se propusiera ser “un programa que a partir de los combates parciales que se producen en el país, vaya estructurando un conjunto de pasos sucesivos hacia el Poder Obrero, en donde las amplias masas, a través de la movilización vayan viviendo y estructurando formas más elevadas de lucha y organización”.¹³

El balance del Congreso se hizo a fin de año en el periódico *El Obrero* que ya para entonces reflejaba las posiciones de los distintos afluentes de Poder Obrero.¹⁴ Allí se resaltaba la masividad del encuentro, la presencia de figuras destacadas como Tosco, Jaime, Salomón y Ramondetti, y particularmente la asistencia de delegados obreros de las concentraciones fabriles más importantes. Un aspecto central del balance positivo fue la aprobación del programa de Córdoba, al que se caracterizó como “un programa movilizador, que parte de los problemas esenciales que afectan a la clase obrera, campesinos pobres, villas y barrios populares, etc. y les da una resolución revolucionaria”.¹⁵ Hay autores que vinculan el perfil de este programa con la militancia del socialismo revolucionario, considerando que “en Chaco, el esfuerzo de Poder Obrero por imponer

12. MIR, “Nuestra posición respecto al programa del FAS”, *Venceremos*, n° 4, octubre de 1973.

13. El Obrero, “Por una opción revolucionaria”, *El Obrero*, n° 5, noviembre de 1973.

14. Entrevista a Pancho, “Último recurso” (2005), Buenos Aires: Ediciones Estrategia. Disponible en: <http://www.cedema.org>.

15. El Obrero, “FAS: Balance del V Congreso”, *El Obrero*, n° 6, diciembre de 1973.

sus planteos rindió sus frutos y las definiciones se fueron más hacia la izquierda” (Caviasca, 2013: 108). En este marco el llamamiento a un Frente Antifascista fue también valorado positivamente por *El Obrero*, ya que implicaba que el FAS mantendría una perspectiva revolucionaria mientras la alianza con fuerzas reformistas y burguesas se daría por fuera.¹⁶

Estas valoraciones no eximían al FAS de consideraciones críticas por parte de *El Obrero*, como por ejemplo que hubiera dificultades organizativas tanto para la toma de resoluciones como para la intervención de algunas delegaciones obreras. También se cuestionaba que no se hubiera aprobado una declaración política presentada por la regional Córdoba en donde se planteaban definiciones de carácter estratégico.¹⁷

Pero esos cuestionamientos no eclipsaban la importancia del frente, al que desde el socialismo revolucionario llamaban a construir, de allí su apuesta a “ampliar la influencia del FAS sobre las masas” con “comités de base en los distintos frentes, centrando el trabajo en el proletariado industrial y poniéndose a la cabeza de toda reivindicación”.¹⁸

Todo indica que los militantes de Poder Obrero no solo apostaron, sino que también llegaron a tener cierta incidencia en el proceso del FAS. Las apreciaciones del grupo incitan a pensar que el programa de Córdoba, que luego se convirtió en el programa del V Congreso del FAS, contó con alguna influencia suya. Este programa, el más difundido del FAS, es relevante, entre otras cosas, porque es el único que incluye específicamente al socialismo entre sus puntos programáticos. Un dirigente del PRT y el FAS de esta provincia, recuerda que “en Córdoba, a nivel de lo que es el espectro político, participaban PRT, FRP y El Obrero”, y señala que la orientación “clasista” de ese programa expresaba una línea interna del PRT que fue desplazada en el VI por otra “demopopulista” (Pozzi, 2001: 319). La existencia de cierto peso de Poder Obrero en el FAS de Córdoba es coincidente con el hecho de que esta regional presentó al congreso nacional una extensa declaración política en donde era evidente la impronta del socialismo revolucionario.

Así, con sus dimensiones limitadas, Poder Obrero aportó militancia y concepciones políticas al FAS, y de allí también se llevó un bagaje para sus propuestas futuras.

16. Idem.

17. FAS Regional Córdoba, “Proyecto de declaración política del FAS para ser presentado al V Congreso”, noviembre de 1973.

18. El Obrero, “FAS: Balance del V Congreso”, *El Obrero*, n° 6, diciembre de 1973.

Tensiones en el VI Congreso

En marzo de 1974 una declaración política firmada conjuntamente por El Obrero, Poder Obrero de Santa Fe y MIR, mostraba que esos destacamentos ya intervenían de forma conjunta.¹⁹ En los meses posteriores las declaraciones pasaron a estar siempre firmadas por esos tres núcleos (y a veces alguno más) y el periódico *El Obrero* pasó a ser el vocero formal de todos ellos.

En esa declaración señalaban al FAS como una herramienta destacada, desde la cual se podía promover la unificación más amplia con sectores del peronismo revolucionario, cuya urgencia se hacía evidente ante la avanzada de la derecha. La apuesta de Poder Obrero seguía siendo el frentismo, en el sentido desarrollado por el FAS, precisando —como ya lo habían hecho antes— que se trataba de un “frente revolucionario”. Con esa “alternativa” de alcance nacional se podría canalizar la iniciativa de amplios sectores de masas. La existencia del frente daba por supuesto la presencia de distintos partidos y propuestas estratégicas, no suplantaba “las definiciones más precisas que sólo pueden resolverse en el Partido Revolucionario”, ni subestimaba “las diferencias ideológicas y políticas existentes” que pretendían saldar en el marco del debate y la lucha común.²⁰

Es difícil minimizar la importancia de esta declaración. Se trata de la primera intervención conjunta pública de una organización naciente, cuyo eje central es el frentismo, y su punto de partida el FAS. En consecuencia con esa perspectiva, desde *El Obrero* destacaban también la iniciativa del FAS en Córdoba para presentar una alternativa unitaria en el terreno electoral, recuperando el modelo de las candidaturas Tosco-Jaime, pero a nivel local,²¹ algo para lo que, nuevamente, no encontrarán condiciones.

Sin embargo, la expectativa en el FAS por parte de Poder Obrero fue devaluándose en los meses siguientes, en el marco de los preparativos para el VI y último Congreso. Para entonces las visiones sobre el perfil y las tareas políticas del FAS se diferenciaron aún más entre Poder Obrero y las fuerzas mayoritarias, en particular el PRT.

Poder Obrero se encontraba en plena afirmación de su naciente organización política, situación que probablemente haya contribuido a su afán por defender e incluso profundizar las posiciones sostenidas en el V Congreso del FAS.

El PRT, por su parte, reconocía el incremento exponencial del FAS y

19. Poder Obrero, “Al peronismo revolucionario”, *El Obrero*, n° 8, marzo de 1974.

20. Idem.

21. El Obrero, “Algunas enseñanzas de Córdoba”, *El Obrero*, n° 8, marzo de 1974.

aspiraba a ampliar su desarrollo, llegando a considerarlo como un punto de partida para la construcción de un frente más amplio: el “Frente de Liberación Nacional”. La diferencia no se limitaba al plano teórico, sino que se expresaba en un debate sobre el nivel de amplitud que debía tener el FAS, y en particular sobre si debía promover la incorporación de Montoneros y/o el Partido Comunista. La tensión estaba atravesada por la lectura de la situación política que mostraba sus complejidades: por una parte, la necesidad de aglutinar fuerzas populares contra la derecha y la represión; por otra, la desconfianza que generaba el PC, abonada por el balance crítico de Poder Obrero sobre el rol del PC chileno frente al gobierno de Allende. En efecto, la derrota popular trasandina había sido “obra de la política vacilante, claudicante y proburguesa de los reformistas”, y en Argentina –destacaban–, “vemos cómo figuras como Alende, Sueldo, Alfonsín, Sandler, etc. –por cierto del brazo del PC reformista–, se lanzan a concretar un proyecto como el que describimos”, añadiendo a esa orientación a la JP de Montoneros.²²

Algunas voces son elocuentes. Según Iturburu, “el FAS de Rosario vino de culo”; allí, “prácticamente nos echan cuando imponen una línea política que no era la nuestra, tipo Frente Patriótico” (A Vencer, 2009: 228-229). En el mismo sentido, aunque enfatizando la decisión del propio grupo, un militante de Poder Obrero de Santa Fe señala que en “el congreso de Rosario se discute la permanencia o no dentro del FAS, no había ni estratégicamente ni políticamente coincidencia con la gente del PRT... La tendencia general del FAS apuntaba para un lado y a nosotros nos parecía que nos quitaba identidad política estar ahí... así que a mediados de 1974 Poder Obrero se retira del FAS”.²³ El mismo giro fue leído críticamente por un dirigente del PRT del FAS, señalando que al interior del PRT se impuso el sector que creía que “para incorporar a bases peronistas al seno del FAS había que tener un programa democrático y antifascista y no antiimperialista y socialista. Y esto debilita enormemente al FAS” (Pozzi, 2001: 322).

Aún así, Poder Obrero participó activamente del último congreso, e incluso presentó un “Anteproyecto de declaración política” en donde dejaba plasmado lo que pensaban que debía ser el FAS, retomando ejes planteados en el V Congreso. Se definía al FAS como corporización de una fuerza social con hegemonía obrera, una “alternativa para los explotados y oprimidos”, con la clase obrera como “columna” y una serie de “sectores objetivamente aliados... campesinos pobres... Empleados Públicos y docentes; sectores de la intelectualidad revolucionaria; profe-

22. Poder Obrero, “Todos al VI Congreso del FAS”, junio de 1974.

23. Entrevista a Pancho, “Último recurso” (2005), Buenos Aires: Ediciones Estrategia. Disponible en: <http://www.cedema.org>.

sionales, estudiantes... pequeños comerciantes, artesanos, aborígenes". Y ese frente contenía a una multiplicidad de tendencias orientadas al socialismo y con una base de masas. Era un "punto de aglutinamiento de todas las fuerzas combativas y revolucionarias, sin que cada una de ellas pierda su independencia política, pero coincidiendo todas en desarrollar una corriente política de masas, capaz de dar respuesta en todos los niveles posibles de la lucha contra el Imperialismo y las clases dominantes y por una Argentina Socialista".²⁴

Finalmente la militancia de Poder Obrero se retiró formalmente con una carta "A los compañeros del FAS". Allí reivindicaban su participación desde los comienzos y la línea del V Congreso, contraponiéndola con la perspectiva "de un Frente de Liberación Nacional que en lo político se expresa en una posición conciliadora frente al reformismo y sectores progresistas de la burguesía".²⁵

¿Liberación nacional vs. socialismo?

En su retirada del FAS, los militantes de Poder Obrero reforzaron un planteo que habían sostenido anteriormente, pero que habían considerado secundario al momento de apostar al FAS: la crítica a la perspectiva del "Frente de Liberación Nacional".

La discusión original tenía como contraparte principal al nacionalismo y sus vertientes revolucionarias, afincadas en la consigna "patria si, colonia no". Para los grupos del socialismo revolucionario esa discusión implicaba la necesidad de tomar partido por la revolución socialista en contraposición al planteo de liberación nacional, asociado a la expectativa del peronismo de izquierda en Perón y su alianza con la burguesía nacional.²⁶

Este debate lo extendían al interior de la izquierda: al etapismo de los Partidos Comunistas que aspiraban a una primera fase democrático-burguesa de la revolución y relegaban la propuesta socialista; y a las corrientes de influencia trotskista, en particular el PRT. Partían de una lectura crítica de la teoría del imperialismo de Lenin, tomando en cuenta la realidad de los países dependientes como la Argentina: como ya había planteado El Obrero, la Argentina era un país "capitalista dependien-

24. Poder Obrero, "Anteproyecto de declaración política para el VI Congreso del FAS", junio de 1974.

25. "Carta de los compañeros que se retiran del FAS", *Nuevo Hombre*, n° 65, junio de 1974

26. MIR, "Polémica: ¿debemos luchar por la liberación nacional?", *Venceremos*, n° 2, agosto de 1973.

te”, no “colonial” o “semicolonial”,²⁷ distinguiéndose de las luchas por la liberación nacional de China, Vietnam y Argelia, en donde las clases explotadas podían confluír temporalmente con sectores burgueses y nacionalistas en el combate contra el imperialismo y el colonialismo.²⁸

Aunque contraponían el planteo de liberación nacional al de socialismo, no dejaban de señalar el rol dependiente de Argentina y el enfrentamiento con el imperialismo. Así lo formularán poco tiempo después: “La Argentina es un país capitalista monopolista dependiente... De estos tres aspectos surge el carácter socialista de la revolución, ya que la contradicción principal es entre trabajo asalariado y capital. Pero destacamos como elemento fundamental que, para romper la dependencia y atacar la presencia estructural del imperialismo, esta revolución socialista deberá encarar importantes tareas antiimperialistas”.²⁹

Poder Obrero no se equivocaba al señalar que el PRT aspiraba a formar un Frente de Liberación Nacional (FLN), algo que venía planteado de forma recurrente esa primera mitad de 1974, de cara al VI Congreso del FAS, sin embargo no es tan claro que las críticas de Poder Obrero se ajustara a lo que el PRT sostenía como FLN. De hecho, su explicación del FLN no difería demasiado de los planteos del socialismo revolucionario.

Para el PRT, el FLN era una alianza entre clases oprimidas: “El frente que propone la clase obrera... es el frente de los explotados. Frente que sólo puede realizarse contra los explotadores”. Si bien destacaba la centralidad de la lucha antiimperialista, no la ligaba a ninguna alianza con la burguesía, señalando que “los burgueses nativos, la mal llamada ‘burguesía nacional’, no son ni pueden ser enemigos del imperialismo, sino sus agentes abiertos o encubiertos”. Por eso añadía que “en las condiciones actuales del capitalismo mundial la liberación nacional de los países es absolutamente inseparable de la liberación social de los trabajadores de la explotación capitalista”, definiendo entonces al “frente de liberación nacional y social” como la expresión de “todas las clases oprimidas: proletariado, campesinos, villeros, capas medias”. Consecuencia directa de su caracterización, el PRT tilda de “frentes falsos” a los impulsados por Montoneros y el PC, ya que “tienden a desnaturalizar su contenido de clase”.

Como contraparte, el PRT consideraba al FAS único ejemplo de frente “verdadero” que no integraba a fracciones de la burguesía, y si no era aún un auténtico FLN es porque debían sumarse “los compañeros que actualmente militan en el Peronismo de Base, en Montoneros, JP, Par-

27. El Obrero, “Acerca del carácter de la revolución en nuestro país”, 1972.

28. MIR, “Polémica: ¿debemos luchar por la liberación nacional?”, *Venceremos*, n° 2, agosto de 1973.

29. Poder Obrero, “Bases para un acuerdo de fusión”, junio de 1975.

tido Comunista, Juventud Radical y otras corrientes populares; como así también los centenares de miles de personas del pueblo”. En ese marco destacaban “la responsabilidad de la clase obrera” para “guiar consecuentemente a los campesinos, a los villeros, a los estudiantes, empleados, maestros, a todas las capas del pueblo, por el camino de la independencia de clase frente a la burguesía”.³⁰

Como está a la vista, las definiciones estratégicas, aun partiendo de distintos bagajes teóricos e históricos, estaban muy lejos de ser incompatibles. Habrá que incorporar entonces otros elementos, para pensar las razones del alejamiento de Poder Obrero del FAS.

Poder Obrero y los frentes

Para Poder Obrero, retirarse del FAS no implicó el abandono de una concepción frentista, sino más bien una suerte de actualización de su postura que, desde entonces, se desdobló en dos esferas.

Por un lado, sostenía el planteo de Frente Revolucionario con el que había caracterizado al FAS; éste debía “nuclear las fuerzas obreras de avanzada en torno a un proyecto político global para la etapa, de Gobierno Obrero y Popular”.³¹

Por otro lado, promovía el Frente Único para la lucha cotidiana por reivindicaciones mínimas y democráticas, llamando a intervenir en “unidad de acción” con sectores reformistas y burgueses democráticos a través de “comités de resistencia”, considerados organismos de acción directa de la clase obrera y los sectores populares.³²

La centralidad del Frente Único se mantuvo, y de hecho fue uno de los ejes programáticos definidos en el marco de la fusión con Lucha Socialista, a mediados de 1975. Sin embargo, la propuesta se tornó más delimitada: debía incluir a “todos los partidos del campo popular, sean éstos centristas o reformistas (tales como PRT, Montoneros, PC)”, pero tenía que desarrollarse “con independencia de todos los sectores y partidos burgueses reformistas o democráticos”. Se volvió necesario, entonces, considerar separadamente a “la lucha democrática” como otro eje fundamental, en el que sí correspondía “buscar la más amplia unidad de acción con Radicales, Auténticos, Cristianos Revolucionarios y demás partidos democrático-burgueses, en torno a objetivos concretos”, aunque manteniendo “la más firme independencia política y organizativa”.³³

30. PRT, “Perspectivas del Frente de Liberación”, *El Combatiente*, n° 103, enero de 1974.

31. Poder Obrero, “Nuestra propuesta”, *El Obrero*, n° 8, noviembre de 1974.

32. *Idem*.

33. Poder Obrero, “Bases para un acuerdo de fusión”, junio de 1975.

Lo notable es que, con esta diferenciación, Poder Obrero restringía la política de “unidad de acción” a la lucha democrática, dándole al Frente Único una orgánica más estable y un sentido más profundo. Éste no debía “ser confundido con el Frente Popular” y no admitía relación con los partidos burgueses democráticos; por el contrario, debía plasmarse en el movimiento obrero en un “Frente de Unidad antiburocrática y antipatronal con los sectores combativos y reformistas, tales como la Intersindical, JTP, etc.”. Y en ciertas coyunturas podía tener una perspectiva revolucionaria y “definirse por programas de gobierno obrero y popular, revolucionarios o no, a condición de que levante al lado de las consignas democrático-burguesas, consignas transicionales y de democracia obrera, que ayuden al desarrollo del movimiento revolucionario de masas, en el camino de la dictadura proletaria y el socialismo”.³⁴ En definitiva, una propuesta muy próxima al planteo original del FAS.

Para Poder Obrero, en la coyuntura de mediados de 1975, estas definiciones se expresaban en una serie de tareas: las Coordinadoras, de las que habían participado junto a toda la vanguardia obrera, expresaban los organismos propios de Frente Único, y su modelo debía servir para replicarse en otros ámbitos. Sobre la base de su unificación, la militancia de Poder Obrero apostaba a impulsar un Congreso Obrero y Popular y un programa popular de alternativa a la crisis,³⁵ convocando al conjunto de los “partidos y organizaciones revolucionarias y combativas” y “en especial” al PRT y a Montoneros.³⁶

Y pasado el auge de junio y julio de 1975, OCPO siguió promoviendo una “instancia de unidad de masas, de acumulación política como respuesta al frente burgués, [que] debe promoverse desde el conjunto de los nucleamientos combativos del movimiento obrero –las Coordinadoras Sindicales, los Agrupamientos de base, los centros villeros y estudiantiles, etc.– y en una relación estrecha con los partidos obreros y combativos, en particular PRT y Montoneros” a quienes señaló como “piezas fundamentales de la política de Frente Único”.³⁷

De esta forma, la creciente delimitación de la política de Frente Único y la proyección revolucionaria de sus tareas (diferenciadas de las tareas y alianzas democráticas) llevaba a OCPO a promover un acercamiento orgánico con el PRT y Montoneros, reencauzando la idea del FAS de una articulación política del marxismo y el peronismo revolucionario.

La otra línea frentista, la del Frente Revolucionario, tendió también a la misma perspectiva. Tras la salida del FAS, Poder Obrero lo sostuvo

34. Ídem.

35. Poder Obrero, “El despertar del gigante”, *El Obrero*, n° 13, julio de 1975.

36. Poder Obrero, “Llamamiento”, *El Obrero*, n° 13, julio de 1975.

37. OCPO, “Informe Político del Comité Central”, octubre de 1975.

como planteo político sin derivar tareas reales. De hecho, en lo inmediato, su trabajo estuvo orientado a la integración de los diversos grupos del socialismo revolucionario y a disputar “la vacancia política de las masas a las expresiones centristas como el FAS y populistas como el partido Auténtico”, en referencia a las herramientas impulsadas por el PRT y Montoneros.³⁸

Sin embargo, la dinámica del proceso político volvió a poner al Frente Revolucionario como una tarea a desarrollar. Las fuerzas eran las mismas: Montoneros, a quienes, en el marco del VI Congreso del FAS, habían señalado como una organización reformista que no debía ser convocada, y el PRT, el partido con mayor hegemonía en el FAS con el que se habían enfrentado. Los ecos del FAS estaban presentes.

El Frente Revolucionario reapareció muy claramente en el contexto del golpe militar de 1976, buscando articular y profundizar con el PRT y Montoneros “las relaciones políticas y organizativas entre las tres fuerzas fundamentales del campo revolucionario”. En ese marco se hacían eco de la propuesta de un “frente de organizaciones” expresada por Montoneros y consideraban prematuro –aunque no errado– el planteo del PRT de avanzar hacia la conformación de un partido único.³⁹ Fue entonces cuando las tres fuerzas intentaron la conformación de la Organización de la Liberación Argentina (OLA), intento que naufragó en el marco de los golpes represivos que desgarraron a las tres organizaciones.

El debe y el haber

Poder Obrero realizó una búsqueda sostenida para aportar a la cristalización orgánica de una fuerza social con hegemonía obrera. En ese sentido, su incorporación inicial al FAS tuvo implicancias significativas, persistiendo desde entonces y en todo su trayecto en pos de una concepción frentista que intentó llevar a la práctica con distintos resultados.

Su lógica fue ponderar la acción y camino unitario por sobre las disputas de tendencias al interior de los sectores revolucionarios, aún reconociendo las diferencias estratégicas con otras organizaciones.

Como forma concreta para el desarrollo de esa perspectiva, Poder Obrero resaltó la necesidad de una alianza frentista estable, con un programa y formas de intervención comunes, que diera respuesta a las principales tareas de la etapa en curso. Un frente que aspire a desarrollarse en el conjunto de los sectores de lucha y que, en ese marco, se proponga el abordaje de diversas tareas políticas, incluyendo –como

38. Poder Obrero, “Bases para un acuerdo de fusión”, junio de 1975.

39. OCPO, “Balance del proceso político y propuestas”, junio de 1976.

se intentó en 1973 y 1974– la intervención electoral unitaria, aunque sin limitarse a ello.

El frentismo, como concepto y práctica en Poder Obrero, excedió en mucho a los acuerdos circunstanciales, estimulando la idea de que es posible y necesario estructurar un bloque obrero y popular que logre una acción común, y que dispute a otra escala con las estructuras del Estado y las clases dominantes.

Ese proyecto fue el que desarrolló como parte del FAS, primero, y estuvo presente más tarde mediante la propuesta de un Frente Revolucionario –que llegó a su punto más cercano de realización con la OLA–, y mediante la creciente delimitación y organicidad asignada al Frente Único, en un vínculo que privilegió la relación con PRT y Montoneros.

En ese marco, en lo que respecta al FAS podríamos preguntarnos, ¿cuáles son las razones por las que no prosperó la participación de Poder Obrero?

En su momento, destacaron las diferencias ideológicas, en particular su rechazo al concepto de “Frente de Liberación Nacional” levantado por el PRT y el FRP. Sin embargo, como hemos señalado, es difícil asignar a ese debate tanta importancia, cuando las perspectivas políticas entre PRT y OCPO tenían tantas similitudes.

En una primera mirada, el plano de la política pareciera un mejor camino para la respuesta. Hacia el VI Congreso del FAS, el PRT –influido tanto por las perspectivas de crecimiento, como por la necesidad de lograr una respuesta unitaria ante la derecha y la represión– apostó a ampliar el frente hasta un punto que Poder Obrero consideraba inapropiado, en particular por la posible incorporación del PC y Montoneros.

Sin embargo, debe señalarse que esa ampliación nunca se hizo. Es más, ni el PC ni Montoneros hicieron nunca algún gesto de acercamiento al FAS. Es decir que esta crítica de Poder Obrero a la dirección del FAS no es por lo que efectivamente hizo, sino por lo que se proponía hacer (y en lo que no tuvo éxito). Y de hecho el acercamiento de algunas figuras al FAS, como Ortega Peña, iba en sintonía con los anhelos de Poder Obrero.

Debemos señalar, además, que el propio Poder Obrero buscó intensamente acercarse a Montoneros –incluyendo la participación en el acto de Atlanta de la JP y en la Plaza de Mayo, a comienzos de 1974–, hasta el punto que terminó declarándolo aliado prioritario del Frente Único primero y del Frente Revolucionario después.

Tampoco las propuestas de programa, aun sin decir todo lo que Poder Obrero hubiera deseado, tuvieron planteos que fueran contradictorios con su perspectiva.

En este sentido, nos parece que hay otros aspectos que pueden aportar a una explicación del alejamiento.

En primer lugar podemos considerar un factor de orden interno:

Poder Obrero asumía, a comienzos de 1974, las dificultades y desafíos de consolidar una organización política nacional a partir de los diversos núcleos existentes. Esa tarea no tenía solo la complejidad de la estructuración orgánica, sino también la necesidad de consolidar un campo político propio, diferenciado tanto del PRT como de Montoneros y el resto del peronismo revolucionario. De allí la recurrencia en caracterizar a Montoneros y PRT como reformistas o, en el mejor de los casos, señalar al último como centrista. Resulta paradójico que en la autoafirmación que se dio con la fusión, los militantes de Poder Obrero hayan vuelto a retomar algunas formas de análisis propias del período “ultraizquierdista” de los núcleos iniciales. El alejamiento del FAS podría entenderse, entonces, como una forma de preservar y consolidar su propia identidad y campo político, ante la influencia del PRT y el peronismo de izquierda, algo que se hizo a costa de abandonar una herramienta que hasta el momento era considerada estratégica.

A esto podríamos añadir un segundo factor, externo a Poder Obrero, y que tiene que ver con la importancia decreciente que este grupo parece haber tenido para el PRT, fuerza mayoritaria del FAS. El crecimiento exponencial del FAS hacía de este pequeño núcleo un actor cada vez menos relevante, aunque se contrastaba con su relativa influencia en Córdoba, una de las regionales más dinámicas del frente. Y el interés creciente del PRT por vincularse con otros sectores políticos con gran influencia de masas parece haberlo llevado a subestimar a quienes, en definitiva, eran algunos de sus aliados más estables y orgánicos del FAS.

Estas coordenadas tal vez aporten a pensar, más globalmente, algunas de las tensiones y límites que atravesó la experiencia del FAS.

Al mismo tiempo nos parece importante hacernos otra pregunta: ¿tiene alguna relevancia constatar que, al igual que el PRT, también OCPO tuvo una política frentista? Pensamos que sí.

Se trata de las dos organizaciones político-militares marxistas con mayor desarrollo en el período, de formación y configuración ideológica distinta y, por lo tanto, con un punto de partida teórico y valoración de experiencias históricas también disimiles.

El PRT, de perfil guevarista, formado en el trotskismo, conocedor de aportes de Mao Tse Tung y de la revolución vietnamita, se apropió del concepto de “Frente de Liberación Nacional” presente en las luchas anticoloniales de Asia y África y en las batallas latinoamericanas hijas de la revolución cubana, para proponer una herramienta política de masas más amplia que el partido revolucionario. Poder Obrero, por su parte, con una formación aún más heterogénea que incluye al concejismo de Gramsci y Luxemburgo, y la lectura de los primeros congresos de la III Internacional, va a llegar por otro camino al mismo punto, destacando la importancia del Frente Único y el Frente Revolucionario.

Sus distintos recorridos tienen un punto común de llegada: junto al partido obrero revolucionario que agrupe a los sectores de vanguardia, en nuestro país –extensible a realidades similares– es preciso forjar experiencias frentistas que articulen a esa fuerza social, a esa alianza de clases oprimidas hegemónizada por la clase obrera, que será protagonista de la revolución. Y esa elaboración, sustentada en un análisis de la sociedad argentina y latinoamericana, tiene, a su vez, un correlato político: el impulso de un frente político, “revolucionario”, o “antiimperialista y socialista”, que debe dar carnadura política a esa fuerza social, y que debe estar abierto a la participación de diversas tendencias revolucionarias.

En este punto, es de destacar que la defensa de la práctica frentista por parte de Poder Obrero, y su convergencia con otras organizaciones, da cuenta de una concepción política sustancial que es también la de una tradición de buena parte de la izquierda argentina, cuya recuperación para la reflexión crítica no debe soslayarse.

Bibliografía

- Antognazzi, Irma (1995), “La lucha armada en la estrategia política del PRT-ERP (1965-1976)”, en Irma Antognazzi y Rosa Ferrer (comps.), *Del Rosaríazo a la democracia del 83*, Rosario: UNR.
- A Vencer (2009), *Organización Comunista Poder Obrero: Una aproximación al socialismo revolucionario en los 70*, Buenos Aires: A Vencer.
- Castro, Dardo y Juan Iturburu (2004), “Organización Comunista Poder Obrero”, *Lucha Armada*, n° 1, Buenos Aires, pp. 102-109.
- Caviasca, Guillermo (2013), *Dos caminos. PRT-ERP y Montoneros*, La Plata: De la Campana.
- Cormick, Federico (2014), “La Organización Comunista Poder Obrero y su perspectiva en el movimiento obrero. Una apuesta al clasismo: del Sitrac-Sitram a Villa Constitución”, VIII Jornadas de Sociología de la UNLP, La Plata.
- (2015). “Apuntes sobre la Organización Comunista Poder Obrero”, *Cuadernos de Marte*, año 6, n° 8, pp. 95-128.
- De Santis, Daniel (2010), *La historia del PRT-ERP por sus protagonistas*, Buenos Aires: A Formar Filas.
- Grenat, Stella (2010), *Una espada sin cabeza. Las FAL y la construcción del partido revolucionario en los 70*, Buenos Aires: Ediciones RyR.
- Hendler, Ariel (2010), *La guerrilla invisible. Historia de las Fuerzas Argentinas de Liberación*, Buenos Aires: Vergara.
- Iturburu, Juan (2006), “Por qué Poder Obrero”, *Qué Hacer*, n° 1, Buenos Aires, pp. 84-104.
- Löbbe, Héctor (2009), *La guerrilla fabril: clase obrera e izquierda en la Coordinadora de Zona Norte del Gran Buenos Aires*, Buenos Aires: RyR.

- Mattini, Luis (1996), *Hombres y mujeres del PRT-ERP. De Tucumán a la Tablada*, Buenos Aires: De la Campana.
- Mohaded, Ana (2009). *La propuesta teórica, política y organizativa de la Organización Comunista Poder Obrero*, tesis de maestría, Ciencias Sociales, UNCA.
- Payo Esper, Mariel (2011), “El Frente Antiimperialista y por el Socialismo, más que un ‘Ejército Político’ impulsado por el PRT-ERP”, *Questión*, vol. 1, n° 29, UNLP.
- Pozzi, Pablo (2001), *Por las sendas argentinas. El PRT-ERP. La guerrilla marxista*, Buenos Aires: Eudeba.
- Quiroga, Manuel (2013), “El lugar de la lucha armada en la organización política El Obrero (1970-1974)”, ponencia en las XIV Jornadas Interescuelas-Depto. de Historia, Mendoza.
- Quiroga, Manuel y Camila Jacobo (2014), “La política sindical de El Obrero-Organización Comunista Poder Obrero (1970-1975)”, IV Jornadas Nacionales de Historia Social, La Falda.
- Rodríguez Lupo, Leandro (2005), “La participación de OCPO en la Coordinadora Obrera de la Zona Norte del GBA, 1975”, X Jornadas Interescuelas-Depto. de Historia, Rosario.
- Santella, Agustín y Andrea Andújar (2007), *El Perón de la fábrica éramos nosotros: Las luchas de Villa Constitución 1970-1976*, Buenos Aires: Desde el Subte.
- Werner, Ruth y Facundo Aguirre (2007), *Insurgencia obrera en la Argentina. 1969-1976*, Buenos Aires: Ediciones IPS.

* * *

Título: Poder Obrero and the FAS: the origins of OCPO and the political fronts

Resumen: La Organización Comunista Poder Obrero (OCPO) fue una organización político militar con presencia en el movimiento obrero a mediados de los años 70 en Argentina. Tuvo una propuesta frentista, para la intervención estable entre diversos sectores del marxismo y el peronismo revolucionario, iniciada con la participación en el Frente Antiimperialista y por el Socialismo.

Palabras clave: Organización Comunista Poder Obrero – Frente Antiimperialista y por el Socialismo – Frente Único – Frente Revolucionario

Abstract: Workers Power Communist Organization (OCPO) was a military political organization with a presence in the labor movement in the mid- 70s in Argentina. They had a front proposal for stable intervention among various sectors of marxism and revolutionary peronism, started with the participation in the Anti-Imperialist and for Socialism Front.

Keywords: Organización Comunista Poder Obrero – Anti-Imperialist and for Socialism Front – United Front – Revolutionary Front

Recepción: 13 de julio de 2016. **Aprobación:** 28 de agosto de 2016.

Colección Archivos



Lucas Poy

Los orígenes de la clase obrera argentina

Huelgas, sociedades de resistencia y militancia política en Buenos Aires, 1888-1896



Natalia Casola

El PC argentino y la dictadura militar

Militancia, estrategia política y represión estatal



Paula Varela

La disputa por la dignidad obrera

Sindicalismo de base fabril en la zona norte del Conurbano bonaerense, 2003-2014



Diego Ceruso

La izquierda en la fábrica

La militancia obrera industrial en el lugar de trabajo, 1916-1943

Del “Che” a Perón: en torno a la “peronización” de las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR)

Carlos Ignacio Custer

UNSAM - Conicet
carlosignaciocuster@hotmail.com

El propósito de este trabajo es analizar algunos aspectos que consideramos claves en el proceso de “peronización” de las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR), o como definió en sus propios términos la organización: la asunción del peronismo como su identidad política. Consideramos que las FAR revisten una peculiar relevancia en el sentido de evidenciar en su trayectoria fenómenos de mayor alcance que fueron característicos de los convulsionados años en el tránsito de las décadas del 60 a los 70, como la radicalización política de amplios sectores juveniles (principalmente estudiantiles y pertenecientes a los estratos medios) y la concomitante “peronización” de gran parte de ellos que llevó a estructurar un polo de comunicación y atracción de militantes de diversos orígenes que buscaban algún tipo de síntesis entre marxismo, nacionalismo y peronismo. Las FAR constituyen un ejemplo de ambos fenómenos, si bien en este estudio focalizaremos el análisis en el segundo de ellos, buscando desentrañar los elementos que explican el rápido proceso de “peronización” de la organización al poco tiempo de darse a conocer públicamente en julio de 1970.

Sobre la temática abordada, en el conjunto de la vasta bibliografía dedicada a los procesos de radicalización política en Argentina durante los 70, hasta hace poco solo se contaban algunas referencias fragmentarias en testimonios de militantes y trabajos que mencionaban de modo no acabado la trayectoria política de las FAR. González Canosa (2012; 2013) es quien en un reciente estudio ha destacado algunos aspectos relevantes sobre los debates que llevaron a las FAR a emprender el camino de la “peronización”, enfatizando ideas que desarrollara previamente en su tesis doctoral dedicada al itinerario político-ideológico de la organización, desde sus antecedentes más remotos durante los 60 hasta la campaña electoral de 1972. La referencia a la autora teniendo en cuenta el valioso aporte realizado es ineludible a la hora de encarar

un estudio sobre las FAR, aunque en relación a la “peronización” de la organización nos parece pertinente extender el análisis abarcando la fusión con Montoneros (octubre de 1973) para así dar cuenta de un modo exhaustivo de dicho proceso y comprender el decurso que terminó por poner fin a su existencia, lo que constituye una línea de investigación en proceso.

Para abordar nuestro objeto nos parece pertinente organizar la exposición del análisis propuesto en tres partes. En la primera, teniendo en cuenta el intento frustrado de sumarse al proyecto de Guevara por parte de militantes argentinos, consideraremos la tentativa abortada de relanzar el Ejército de Liberación Nacional (ELN) bajo el liderazgo de Guido “Inti” Peredo, que provocó que algunos de aquellos militantes confluyeran para conformar una nueva organización que, después de realizar una serie de redefiniciones estratégicas, terminó emprendiendo la lucha armada urbana con un enfoque nacional. En la segunda, explicaremos cómo esa nueva estrategia llevó a un rápido proceso de “peronización” que culminó luego de que las FAR se dieran a conocer públicamente y que al calor de las influencias políticas del momento implicaron un creciente acercamiento con las demás organizaciones político-militares peronistas y el primer intento de unificación frustrado de las mismas bajo la sigla de Organizaciones Armadas Peronistas (OAP). En la tercera, analizaremos la nueva posición asumida por las FAR y la vertiginosa aceleración de los tiempos políticos que las condujeron a emprender la fusión con Montoneros.

Siguiendo las huellas del “Che”: la experiencia del ELN y redefiniciones políticas, 1966-1969

Los militantes que confluyeron y terminaron por formar las FAR convirtiéndose en sus principales líderes participaron con anterioridad en otras organizaciones políticas,¹ de las que se desprendieron para intentar sumarse al proyecto encabezado por Guevara en Bolivia. El contexto

1. Algunos militaron en el Movimiento de Izquierda Revolucionario-Praxis liderado por Silvio Frondizi y luego constituyeron el Tercer Movimiento Histórico. El líder de este primer grupo terminó siendo Arturo Lewinger y en su seno también militaba su hermano Jorge Omar. Un grupo mayor en número provenía de la Federación Juvenil Comunista y del Partido Comunista (PC) que antes de confluir en la formación de las FAR participaron en diferentes agrupamientos, como Vanguardia Revolucionaria y el Sindicato de Prensa de la Capital Federal, entre otros. En este grupo militaron Oscar Terán, Eduardo Jozami (quienes al regreso de la experiencia cubana se separarían y conformarían otra organización: los Comandos Populares de Liberación), Carlos Olmedo y Roberto Quieto (quienes serían sucesivamente los dos líderes máximos de las FAR).

imperante a partir del 29 de junio de 1966, con el gobierno militar que instaura la Revolución Argentina, operó como un factor decisivo para esos militantes a la hora de emprender el camino de la lucha armada, al barrer con toda posibilidad de actividad política legal y poniendo en el centro de la cuestión la necesidad de asumir una práctica armada frente a una dictadura que se presentaba destinada a gobernar sin plazos y por un largo lapso de tiempo.²

Es así que a mediados de 1966, los dos grupos de militantes argentinos referidos, de manera independiente y a través de contactos que tenían vinculación directa con funcionarios cubanos, emprenden el viaje a Cuba. Al momento de tomar dicha decisión, el conocimiento que poseían los militantes sobre el plan del que pasaban a formar parte era escaso, por no decir nulo. De las entrevistas efectuadas el hecho de participar de un movimiento liderado por el "Che" y el prestigio de contar con el apoyo del gobierno cubano eran los únicos aspectos conocidos del proyecto y los que facilitaron el compromiso de los militantes argentinos.³

La idea pergeñada por Guevara, luego del fracaso de la guerrilla en el Congo, era precisamente establecer en América Latina las bases del segundo y/o tercer Vietnam en el mundo. Bolivia era visto como el centro de operaciones de la futura guerrilla latinoamericana en el cual, luego de que se estableciera el primer foco revolucionario en dicho país, diversos contingentes de militantes de distintos países de América Latina se foguearían en combate para luego retornar a sus patrias de origen constituyendo los núcleos de las futuras columnas guerrilleras que pasarían a establecer nuevos frentes en los países vecinos extendiendo la revolución al resto del continente. En este planteo, la guerrilla que se proponía establecer Guevara en América Latina estaba pensada como de índole esencialmente rural y con un carácter marcadamente continentalista (Guevara, 1973a, 1973b).

Dentro de esta estrategia deben entenderse la formación militar de militantes de diversas nacionalidades entrenados durante los años 1966 y 1967 con el objetivo de sumarse al proyecto revolucionario liderado por Guevara. Con ese propósito varios grupos de un número muy reducido de militantes argentinos, entre los que se cuentan los dos grupos precursores de las FAR ya mencionados, emprendieron el viaje hacia la isla caribeña para recibir instrucción militar. Cano (2011) hace un recuento exhaustivo de los diversos grupos que recibieron instrucción en Cuba en esos dos años calculando que sobrepasaron numéricamente el centenar de militantes.

2. Entrevistas a Eduardo Jozami (Archivo Oral Memoria Abierta, en adelante AOMA, 2002), Oscar Terán (AOMA, 2005) y del autor a Jorge Omar Lewinger (2012).

3. Idem.

El influjo de la persona del “Che” sin dudas operó como un efecto amalgamador de los diversos grupos de militantes argentinos que fluían hacia la isla, cuyos orígenes y trayectorias eran disímiles. En parte ello explica que luego de la muerte del “Che”, acontecida en octubre de 1967, la mayoría de los grupos hayan proseguido su militancia por sendas diferentes. A partir de entonces, el gobierno cubano comienza a reconsiderar su propósito de exportar la revolución y la conveniencia de reorientar su política exterior de modo convergente con la política de coexistencia pacífica Este-Oeste pregonada por la Unión Soviética (Furtak, 1985: 351-353).

Es así que, a fines de 1967 y principios de 1968, los grupos de argentinos regresan a Argentina y comienzan a debatir sobre cómo continuar con sus planes de impulsar la lucha armada, al tiempo que la guerrilla en Bolivia se reorganizaba bajo el liderazgo de “Inti” Peredo, boliviano sobreviviente del ELN original, contando con limitado apoyo cubano y concitando la adhesión de algunos militantes argentinos –entre los que se cuentan varios de los que luego formaron las FAR– con el objetivo de conformar un núcleo de apoyo local al frente boliviano (Rodríguez Ostria, 2006: 24).

Analizando el único documento del ELN argentino de que se tiene conocimiento, son sorprendentes las continuidades existentes con el proyecto original ideado por Guevara, así como también ciertos deslizamientos que de algún modo avizoran futuros cambios. La necesidad de un foco guerrillero rural y la continentalización de la lucha armada son mantenidas, pero la importancia de la red urbana clandestina es realzada mientras se sostiene la posibilidad de que los enfrentamientos puedan iniciarse a nivel local y de forma independiente. Como dice expresamente el documento, el doble objetivo es “contribuir al desarrollo de la guerrilla en Bolivia y crear las condiciones para la instalación de un foco guerrillero en la Argentina”.⁴

Sin embargo, el intento de vincularse con el ELN boliviano dura poco, confirmándose la línea de constituir una organización revolucionaria que actuase de modo independiente en el país. Con posterioridad, la muerte de “Inti” en septiembre de 1969 y sucesivos descalabros abortan provisoriamente el intento de reconstituir el ELN, aunque éste es finalmente relanzado por su hermano Osvaldo “Chato” Peredo, operando en las montañas entre julio y noviembre de 1970 para ser definitivamente desarticulado, en momentos en que las FAR ya habían salido a la luz pública y no mantenían ninguna relación con el ELN (Rodríguez Ostria, 2006: 215-227, 540-546)

4. ELN, “Tareas para la implementación de un frente guerrillero en la Argentina”, Archivo ex DIPBA, Legajo n° 110.

Hay que destacar que mientras los militantes argentinos estuvieron ligados al proyecto del ELN, tanto bajo el liderazgo del "Che" como durante el intento de relanzarlo del "Inti", y pese a las diferencias que emergieron, la cuestión del peronismo no fue un tema de discusión y no merecía ninguna atención a la hora de delinear y llevar a cabo la estrategia tendiente a impulsar el proceso revolucionario. Esto es avalado por varios testimonios de militantes⁵ y también por la mirada retrospectiva de las FAR sobre aquellos momentos, que poco tiempo después no dudaron en autocalificarse como una "pequeña patrulla perdida en el espacio de la lucha de clases".⁶

Antes del desmembramiento definitivo del ELN, entre los argentinos se generan una serie de discusiones que llevaron a dichos militantes a repensar los postulados ideológicos y políticos de su estrategia de lucha armada. Retrospectivamente las FAR reconocieron ciertas divergencias que mantuvieron con la dirección boliviana del ELN en relación al liderazgo exclusivo que pretendía aquella sobre el movimiento, posiblemente acentuadas ante el evidente proceso de "nacionalización" de la guerrilla y la centralidad que adquirirían las acciones urbanas, transformaciones que fueron delineando una nueva estrategia. Ese doble proceso fue sin dudas alimentado por varios factores, entre los que hay que destacar el estallido de conflictividad social que se dio en el país a partir de 1969 luego del Cordobazo y que convenció a numerosas organizaciones armadas revolucionarias de la combatividad de la clase obrera argentina, la guerrilla urbana con resonante éxito que por ese entonces emprendió el Movimiento de Liberación Nacional – Tupamaros en Uruguay y los numerosos descalabros que sufrieron en varios puntos de América Latina los focos guerrilleros de carácter rural implantados durante los años 60.⁷

Estos fenómenos influyeron no solo en las FAR, sino también en el resto de las organizaciones armadas revolucionarias argentinas al momento de encarar el eje de discusión fundamental conformado por la definición de la vía efectiva a la revolución. Superada la etapa de ruptura con los planteos "reformistas" e "insurreccionalistas" considerados "oportunistas" y de mero "verbalismo revolucionario", la disyuntiva se planteaba para los grupos que pasaron a abrazar la lucha armada entre guardar una fidelidad absoluta con los lineamientos del foquismo cubano

5. Entrevistas a Jozami (2002), Lewinger (2012) y del autor a Juan Sasturain (2011).

6. FAR, "Reportaje a la guerrilla argentina. FAR: Los de Garín", *Cristianismo y Revolución*, n° 28, abril de 1971.

7. FAR, "Con el fusil del Che", en *América Latina en armas*, Ediciones M.A., Buenos Aires, 1971, y "Reportaje a la guerrilla argentina...". El impacto del Cordobazo y la influencia tupamara son reconocidas explícitamente por las propias FAR en dichos documentos. El primer texto fue editado en Argentina en enero de 1971, pero originalmente fue publicado en el periódico cubano *Granma* en diciembre de 1970.

y desplegar una guerrilla en el ámbito rural o buscar impulsar una línea tendiente a instalar sus comandos en las ciudades. Esta última opción fue la que finalmente adoptaron casi exclusivamente las organizaciones armadas revolucionarias argentinas constituyendo a la lucha armada surgida en el país en un fenómeno esencialmente urbano. Para 1969, el grupo proveniente del PC (liderado por Olmedo) ya se había unido con el grupo liderado por Lewinger, a los que se les sumaron otros militantes (Lewinger y Chaves, 1999: 105-106), provenientes en su mayoría de las filas comunistas, conformando el núcleo de la futura organización que bajo la sigla de FAR se dio a conocer por medio de una resonante acción militar.

De Garín al GAN: la asunción del peronismo y la polémica con el PRT-ERP, 1970-1971

El 30 de julio de 1970 con la toma de la localidad bonaerense de Garín las FAR se dan a conocer públicamente. A raíz de dicha acción y por medio de un comunicado se presentaron ante la opinión pública definiéndose “impulsados por la necesidad de coronar con la victoria total el camino que inició nuestro pueblo el 17 de octubre de 1945”. Al reconocimiento histórico otorgado a dicha fecha, se le sumaron la mención de otros fenómenos posteriores que evidencian tanto “la violencia oligárquica” como la “voluntad de rebeldía de nuestras masas” cuya expresión más radical se da en los sucesos acontecidos durante el Cordobazo y que constituyen un “mandato impostergable para los revolucionarios argentinos”. Definen su accionar como tendiente a forjar el futuro ejército del pueblo que, al desarrollarse, iniciará una guerra popular “por la patria justa” y servirá para emprender el camino de la liberación de la explotación del hombre por el hombre. La única mención explícita a un personaje político es referida a Guevara quien es considerado como el “San Martín del siglo XX” y el comunicado finaliza con las dos proclamas que a partir de entonces pasaron a acompañar a todas las comunicaciones de la organización, una de autoría sanmartiniana (“Libres o muertos, jamás esclavos”) y la otra popularizada por el “Che” (“Hasta la victoria siempre”).

Al momento de su irrupción pública las FAR no asumen explícitamente ninguna filiación ideológica o política, más allá de las referencias implícitas que dejan entrever. Esta indefinición sin duda tuvo que ver con el estado en que se encontraba la naciente organización respecto a la delicada cuestión de definirse políticamente. Establecido el escenario urbano como el propicio para desplegar la lucha armada, la adopción de una estrategia nacional ponía en cuestión el posicionamiento de la organización en relación al movimiento peronista. Las menciones

referidas al 17 de octubre, al derrocamiento del gobierno de Perón en 1955, los fusilamiento de 1956 y la anulación del resultado electoral de 1962 efectuadas en el comunicado denotan un claro acercamiento al peronismo.⁸ Esta actitud puede emparentarse también con la experiencia que tuvieron algunos de los fundadores de las FAR en las organizaciones donde militaron antes de intentar sumarse al proyecto del ELN. A la revalorización teórica del movimiento peronista efectuada por dichas organizaciones, se agregaron definiciones políticas afines a los sectores pertenecientes a la izquierda peronista y en algunos casos prácticas políticas en conjunto con militantes de sus filas (González Canosa, 2012: 53-59 y 125-129).

Hay que destacar que este proceso no estuvo exento de tensiones internas. González Canosa (2012: 99-101) entiende que el influjo personal y político de Guevara explica en gran medida que los grupos que constituyeron más tarde las FAR coincidieran en una experiencia tan disonante con la revalorización del peronismo que venían realizando. Sin embargo, dicha experiencia seguramente atrajo militantes con una formación de izquierda y seducidos por el foquismo, que no estuvieran dispuestos a transigir con posiciones contempladoras en relación al peronismo. Ya constituidas las FAR, la "voluntad peronizadora" de la dirección nacional de la organización fue progresivamente venciendo ciertas resistencias presentes entre algunos de sus militantes. González Canosa (2012: 136-138) alude a la resistencia de la regional de Córdoba a consumir la "peronización" motorizada por la regional Buenos Aires y aceptada por la de La Plata, que motivó que la conducción nacional de FAR buscara integrar un grupo tucumano identificado con el peronismo como la cuarta regional, tendiente a consolidar el predominio de la línea "peronizadora" por sobre la reticencia cordobesa. También del testimonio de Lewinger se destacan las discusiones que sostenían él y otro militante de las FAR con Olmedo, quien encabezaba personalmente los debates y la búsqueda de unificación de posiciones con los militantes reacios a asumir una identificación plena del peronismo (Lewinger y Chaves, 1999: 106). El proceso referido se extiende hasta por lo menos principios de 1971 y termina de consolidarse a lo largo del año, en el cual las FAR asumieron plenamente la identidad política peronista y formaron parte del primer intento fallido de confluencia con los otros grupos armados de dicha filiación (Descamisados, FAP y Montoneros) en el seno de las OAP.

Al momento de asumir el peronismo como su identidad política, las FAR elaboraron los principales documentos –de autoría del propio

8. FAR, "Comunicado n° 1", *Cristianismo y Revolución*, n° 25, septiembre de 1970 [30 de Julio de 1970].

Olmedo— en los cuales sentaban las bases y los términos de la adscripción. En uno de ellos, se hace mención de que la dirección nacional de la organización se encontraba discutiendo la incorporación o no al movimiento peronista.⁹ Durante ese mismo año y de modo coincidente, las FAR pasaron a firmar sus comunicados con la proclama de “Por el retorno del pueblo con Perón al poder” acompañando a las dos que ya eran habituales. En febrero de 1971, Juan Domingo Perón escribe una carta célebre dirigida a “Los compañeros de la Juventud” elogiando el accionar de las filas juveniles (reconocidas como “juventud maravillosa”), exhortándolas a proseguir con la guerra revolucionaria entablada y reconociéndolas como “formaciones especiales” del movimiento encargadas de cumplir dicha tarea, hecho que seguramente facilitó la incorporación de las FAR al peronismo en ese momento (Baschetti, 1995: 137-141).

Las consideraciones que hacen las FAR sobre el peronismo en los documentos referidos, la manera de compatibilizar dicha identidad política con el marxismo en el marco de una estrategia revolucionaria, la visión del rol asignado a Perón y a la propia vanguardia, son de vital importancia para delinear los contornos de la peculiar concepción que guió a la organización y que explican los términos en que decidieron incorporarse al movimiento peronista. La revalorización del peronismo fue efectuada en virtud de considerarlo en el doble aspecto de ser la “experiencia revolucionaria de mayor nivel que se ha registrado en la Argentina a nivel de masas” y la “expresión política de la gran mayoría de la clase obrera”.¹⁰ Esta evaluación apuntaba a realzar la importancia de la práctica de las masas peronistas en su lucha por medio de sus enfrentamientos, alianzas, victorias y derrotas, que al constituir la experiencia del pueblo, integraba a las FAR en ésta sin necesidad de efectuar ningún acto positivo, ya que ahora solo descubrían haber siempre formado parte de aquella.¹¹ Además, y siguiendo su proceso nacionalizador, sostenían que el replanteo estratégico realizado los había llevado a considerar cuál era la fuerza capaz de protagonizar el proceso revolucionario en el país —la clase obrera— cuya identificación peronista expresaba a nivel político (peronismo-antiperonismo) la contradicción social a nivel estructural.¹²

Como se desprende de este último argumento, las FAR pasaron a definir su estrategia dentro de los lineamientos del nacionalismo revolucionario, considerando que la acción a desplegar implicaba enfrentar

9. FAR, “Con el fusil del Che”.

10. Ídem.

11. FAR, “Reportaje a la guerrilla argentina...”.

12. FAR, “13 Preguntas de la Brigada ‘Jorge R. Masetti’ de las FAR”, Archivo ex DIPBA, Legajo n° 641 [octubre de 1971].

determinadas fuerzas sociales asentadas en un marco nacional, hecho que las llevó a revalorizar positivamente la experiencia peronista para identificarse y asumirla políticamente tanto en sus aciertos y logros como en sus limitaciones. Desarrollar los primeros y combatir para superarlas las segundas sería el único modo de fomentar la potencialidad revolucionaria que albergaba el peronismo.¹³ Esto, además de dotar de efectividad sus planteos revolucionarios, al servir de punto de acercamiento entre ciertos sectores políticos marxistas que en su proceso de radicalización abandonaban los planteos de la izquierda tradicional y las masas trabajadoras cuya identidad política mayoritaria seguía siendo invariablemente peronista, permitía según las propias FAR rehuir cualquier tipo de táctica "entrista" en la medida que se realizaba por medio de una crítica y práctica revolucionaria explícita. Sin dudas, la propuesta elaborada por las FAR fue tributaria de algunas concepciones acuñadas por ciertos intelectuales que formaron parte de lo que fue llamado la izquierda nacional o el peronismo revolucionario, como Juan José Hernández Arregui y John William Cooke.¹⁴ Dichos autores, junto a otros como Jorge Abelardo Ramos y Rodolfo Puiggrós, buscaron plasmar en sus obras una concepción que sirviera de guía al accionar de los sectores combativos del peronismo para encauzar al movimiento por una senda revolucionaria.

Este intento de combinación de marxismo y peronismo fue efectuado por las FAR al considerar al primero como una herramienta de análisis y al segundo como la identidad política de la organización. La organización argumentó a la luz de los autores clásicos del marxismo que éste debía ser utilizado como una herramienta teórica al servicio de la liberación y no ser convertido en una "bandera política universal" opuesta a la ideología concreta de la fuerza social capaz de protagonizar el cambio revolucionario como hacían algunos grupos de izquierda. Según esta visión, la ideología era la conciencia que los hombres adquieren de su propia situación y cuya modificación más lenta que la de las estructuras socioeconómicas estaba en el origen de que muchos grupos de izquierda

13. *Idem.*

14. La influencia de las ideas de Hernández Arregui y Cooke son notables en la opción por el peronismo realizada por las FAR. Respecto del primero se destaca fundamentalmente el análisis histórico que hace sobre la formación de la conciencia nacional y la crítica a los partidos de la izquierda tradicional como ajenos y opuestos a dicho proceso (Hernández Arregui, 1960: 9-11, 97-164). En cuanto a Cooke, sobresale su insistencia ante Perón para que definiese en el plano ideológico al peronismo como un movimiento de liberación nacional o partido de izquierda en sintonía con los procesos de liberación mundiales (Egipto, Argelia y fundamentalmente Cuba) y en el plano político estructurase una estrategia revolucionaria consecuente a tal fin (Perón y Cooke, 1972: 153-160, 173-175, 245-250).

cayeran en el ideologismo de interpretar la realidad a partir de las ideas de los propios actores, hecho que los llevaba a rechazar el contraste evidenciado entre éstas respecto de sus conceptualizaciones abstractas, sin considerar el papel jugado por las clases o fuerzas sociales en el marco de las contradicciones de una formación social específica.¹⁵

Estas consideraciones motivaron una respuesta de un grupo de militantes del Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) centrada principalmente en defender el rol de las direcciones revolucionarias como transmisoras de la ideología marxista, condenar el carácter espontaneísta y contrarrevolucionario del peronismo que lo constituía en una ideología burguesa deformada en oposición al carácter científico y revolucionario del marxismo y alertar sobre el posible retorno de Perón como factor de orden del sistema para calmar los ímpetus revolucionarios de las masas.¹⁶ En respuesta, en un documento firmado por el propio Olmedo, las FAR pretendieron plantear la apropiación del marxismo para demostrar la inconsistencia de los “marxistas a ultranza”, ya que éstos no comprendían el desarrollo material de la historia cuando ésta contradecía sus construcciones mentales. Asimismo, sostenían que su posición era coherente con los planteos de Marx y Lenin sobre la aplicación de la teoría revolucionaria. Citaban que el fundador del socialismo científico se negó a ser considerado marxista absteniéndose de anteponer su visión teórica a la realidad concreta, siendo esta última siempre el punto de partida de sus análisis. En cuanto a Lenin se basaban en sus ideas respecto de la formación de la ideología para afirmar que si el peronismo pudiera ser considerado una ideología burguesa tal como afirmaban los militantes del ERP, eso solamente se debía a que la clase obrera argentina adoptó dicha ideología en la medida que el movimiento peronista fue el que expresó sus intereses reales y concretos en un grado acorde con su desarrollo histórico.¹⁷

El debate entablado con el PRT-ERP no solo adquirió el valor de un manual fundamental e iniciático para su militancia, sino que además ejerció su influjo sobre sectores radicalizados proclives a aceptar un mayor acercamiento al peronismo, dado que brindaba una argumentación más sofisticada sobre el tópico sintetizando en forma más elaborada la

15. FAR, “Reportaje a la guerrilla argentina...”.

16. “Respuesta del ERP al reportaje de las FAR”, *Militancia Peronista para la Liberación*, n° 4, Buenos Aires, 5 de julio de 1973 [abril-mayo de 1971].

17. FAR, “Aporte al proceso de confrontación de posiciones y polémica pública que abordamos con el ERP. Respuesta elaborada por el compañero Olmedo”, *Militancia Peronista para la Liberación*, n° 4, Buenos Aires, 5 de julio de 1973 [escrito en 1971 con posterioridad a abril-mayo].

visión crítica que sostenían las organizaciones político-militares peronistas respecto de los planteos del PRT-ERP.

Para las FAR, el movimiento peronista expresaba la identidad y la acción de un conjunto de clases y sectores, de ahí el reconocimiento de su carácter policlasista, aunque su potencialidad revolucionaria residía en integrar a la mayoría de la clase obrera argentina y en el hecho de que de su seno surgían organizaciones conscientemente revolucionarias.¹⁸ Sin embargo, el peronismo tenía un líder indiscutido, hecho que no podía ser desconocido por las FAR. Por aquel entonces la organización reconocía en la figura de Perón un "líder popular" que por medio de su reelaboración doctrinaria iba ajustando sus concepciones a las alteraciones que acontecían en la realidad nacional e internacional.¹⁹ Precisamente, una de las tareas era forjar una alternativa que permitiera al líder optar por los sectores revolucionarios y desechar a los elementos "traidores" y reformistas, iniciando el proceso de liberación acorde con el auge de masas y los procesos que se desarrollaban al calor del surgimiento de movimientos de liberación nacional en los países del Tercer Mundo.²⁰

En relación a las diferentes posiciones de las organizaciones político-militares respecto del carácter atribuido al peronismo y a su líder, Lanusse (2005: 255-256) distingue tres y destaca al mismo tiempo que difícilmente se hayan podido dar en estado "puro" en algún momento preciso en el seno de alguna agrupación. En cuanto a la postura de las FAR de forjar una alternativa para que Perón pudiera optar por los sectores revolucionarios del movimiento, no estaríamos frente a una posición "alternativista", tal como si plantearon contemporáneamente las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP) al momento de impulsar la construcción de su "Alternativa Independiente", luego de desechar su "movimientismo" primigenio. El "movimientismo" se caracterizaba por reconocer en el peronismo un movimiento revolucionario en su conjunto y un liderazgo revolucionario en la figura de Perón, postulando la necesidad de impulsar métodos combativos como modo de radicalizarlo y erradicar a los "traidores", quienes ante la dinámica de la lucha se verían obligados a sumarse al proceso o quedar de lado. El "alternativismo", en cambio, sostenía la necesidad de desarrollar una herramienta y una práctica política propia e independiente de los "burócratas" y "traidores" dado que la propia experiencia del peronismo evidenciaba que la burocracia por medio de sus estructuras siempre había terminado por imponerse y aplastar el impulso de los sectores revolucionarios. Manteniendo la identidad peronista y con una postura clasista, no reconocían abierta-

18. FAR, "Con el fusil del Che".

19. Entrevista a Lewinger (2012).

20. FAR, "Reportaje a la guerrilla argentina...".

mente que dentro de su visión se desprendía la idea de Perón como un líder burgués. La posición de las FAR tal como analizamos anteriormente se situaba en una posición intermedia y asimilable al “tendencismo”, en la medida que al mismo tiempo que suponía el reconocimiento de diferencias irreconciliables en el seno del movimiento peronista, le reconocían a éste una potencialidad revolucionaria que podía ser impulsada desde adentro del mismo.

Teniendo esta concepción del peronismo, las FAR consideraban a principios de 1971 que no existía una vanguardia en cuanto tal y que ésta estaba en proceso de construcción en la medida en que combatientes por medio de diversas organizaciones asumían la responsabilidad teórica y práctica de emprender la lucha armada que permitiría al pueblo encaminarse hacia el enfrentamiento directo por su liberación. Una guerra verdaderamente popular solo se produciría cuando la población comenzase progresivamente a apropiarse del método de lucha y las herramientas de conocimiento necesarias. Algo que consideraban solo lo podía definir el curso del proceso revolucionario y la acción de la propia clase obrera en su desarrollo, ante lo cual definían como única posición posible para una organización revolucionaria el estar junto a las fuerzas populares en dicha experiencia por medio de la práctica.²¹

Como destaca González Canosa (2012: 155-180; 2013), los posicionamientos de las FAR implicaron que la organización se involucrara en una disputa en dos frentes sobre la versión legítima tanto del marxismo como del peronismo, cuyos destinatarios centrales eran respectivamente los sectores de izquierda, a los que intentaban convencer de emprender el camino de la “peronización”, y la militancia peronista, ante la cual buscaban presentarse como integrantes del movimiento. Esta doble dinámica los llevó a asumir una “posición bisagra” entre las organizaciones político-militares peronistas (FAP y Montoneros, principalmente) y el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT, partido político conductor del ERP) que, en virtud de sus planteos, ubicó a las FAR en una postura intermedia entre ambos polos (Caviasca, 2006: 11).

Por añadidura, la polémica entre las FAR y el PRT-ERP antes referida debe enmarcarse en los debates que comenzaron a surgir con fuerza entre las organizaciones armadas revolucionarias, en el seno de las mismas y también entre los sectores radicalizados respecto del peronismo a medida que la dictadura empezó a resquebrajarse luego del ascenso de la conflictividad social y política desatada a partir de 1969. Dicha necesidad de definición respecto del peronismo se relaciona con un segundo eje fundamental que atravesó a todas las organizaciones y que estaba constituido por su efectiva vinculación con las masas

21. *Idem.*

y más específicamente por la relación que debían establecer entre la acción militar y la acción propiamente política por ellas desplegadas. Organizativamente, la construcción y accionar del aparato armado fue acompañada por la búsqueda de vincular agrupaciones políticas, sindicales, estudiantiles y barriales con la organización, ya sea por medio de la acción directa de células partidarias (PRT-ERP)²² o estructurando formas organizativas que operaban como nexo entre las primeras y la organización revolucionaria para impulsar el trabajo político al mismo tiempo que se resguardaba la seguridad de esta última, como fue el caso de las Unidades Básicas Revolucionarias en Montoneros y los Comandos de Apoyo en las FAR.²³ Pero políticamente las organizaciones armadas revolucionarias enfrentaban una situación en la que la clase trabajadora y los sectores populares continuaban identificándose mayoritariamente con el peronismo y el influjo de Perón, aunque ausente, no podía soslayarse. Este fenómeno no puede circunscribirse solamente a las FAR, que por medio de la asunción del peronismo buscaron un “salto de claridad, alcance y eficacia” en su “relación política e ideológica con la clase obrera y las masas populares”,²⁴ ya que las (re)consideraciones acerca de dicho movimiento estuvieron presentes incluso en el seno de las organizaciones político-militares peronistas (como las FAP) y en otras tantas organizaciones condujeron a fuertes tensiones internas (columnas de las Fuerzas Argentinas de Liberación [FAL], Comandos Populares de Liberación [CPL] y la Guerrilla del Ejército Libertador [GEL]) y a una escisión incluso en el PRT-ERP, con el surgimiento del ERP-22 de Agosto en 1973.

Construyendo la alternativa revolucionaria: la consolidación de la “tendencia” y la fusión con Montoneros, 1972-1973

La coyuntura de 1972 implicó algunas modificaciones que llevaron

22. En el caso del PRT, los militantes del partido formaban parte del ERP, participando en las acciones armadas del ejército, pero además desarrollando la actividad propiamente política, ya sea individualmente o por medio de células partidarias en el ámbito de inserción de masas correspondiente.

23. La relación entre la acción propiamente política y la acción militar estaba primigeniamente pensada en las FAR por medio de la idea de “articulación”, que suponía cierto grado de flexibilidad que compatibilizara la seguridad requerida por la acción clandestina con la apertura necesaria para desplegar acciones de masas asegurando la integralidad del militante revolucionario. Esta concepción fue dejándose de lado cuando la organización adoptó la estructura organizativa referida. Entrevista del autor a Manuel Cannizo (2013).

24. FAR, “13 preguntas de la Brigada...”.

a las FAR a reforzar sus posiciones adoptando una postura claramente “tendencista”. La consolidación de la apertura política desplegada por la dictadura militar a partir de ese año por medio del Gran Acuerdo Nacional (GAN), diseñado por Lanusse para condicionar la integración del peronismo con miras a una eventual convocatoria electoral, y la voluntad de Perón de intentar neutralizar la maniobra con el fin de viabilizar la participación electoral irrestricta del peronismo hicieron acuciante la necesidad de definiciones respecto del nuevo escenario imperante. A medida que el proceso se acelere y la Revolución Argentina entre en su etapa terminal, las disyuntivas van a terminar cerrándose y las opciones para las organizaciones armadas y los militantes revolucionarios parecieron polarizarse entre sumarse a la guerrilla no peronista (PRT-ERP) o pasar a conformar el polo revolucionario dentro del peronismo (Montoneros).²⁵

Las FAR, por su parte, reorientaron su política con el objetivo de generar una “alternativa estratégica y organizativa revolucionaria peronista” para incorporar a la mayor cantidad de sectores combativos del movimiento²⁶ frente a una situación donde la dictadura militar y el exilio de Perón daban paso a un inminente proceso electoral y a la posibilidad del retorno efectivo del líder. Ante dicha coyuntura, las FAR rechazaron de plano el GAN como maniobra “gatopardista” y “continuista” de las clases dominantes a fin de romper su aislamiento por medio del “retorno a las instituciones democráticas”, pero aceptando (luego de que lo hiciera Montoneros) la participación en un eventual proceso electoral ante la convocatoria de Perón a constituir el Frente Cívico de Liberación Nacional (FRECILINA) como acción destinada a neutralizar los anhelos militares. Las FAR entendían que la salida electoral podía ser aceptada como una maniobra táctica a fin de mejorar las condiciones para el logro de sus objetivos estratégicos, y así podía aumentar las fuerzas propias y debilitar las fuerzas y planes de las clases dominantes, al mismo tiempo que intentaban convertirla en un elemento de concientización y al FRECILINA en un instrumento de lucha integral contra el sistema utilizándolo como medio de confluencia con todos los sectores peronistas empeñados en desarrollar una guerra de liberación.

25. Alrededor de 1973 las distintas columnas de las FAR se van disolviendo, integrándose según el caso al PRT-ERP, a Montoneros u a otras organizaciones menores. GEL se desintegra, incorporándose algunos de sus militantes al PRT-ERP y otros a FAR. Descamisados, FAR y CPL confluyen en Montoneros. De las FAR un sector importante se une a Montoneros, algunos militantes al PRT-ERP, mientras que el resto se mantiene en las FAR-Comando Nacional (siguiendo la línea referida de conformar la “Alternativa Independiente”) o se disgrega.

26. FAR, “Síntesis del informe sobre el movimiento y la izquierda”, Archivo ex DIPBA, Legajo n° 641 [enero de 1972].

En esta circunstancia, consideraban prioritario avanzar en la fusión de las organizaciones armadas, fortalecer las relaciones con las "agrupaciones de base" y "comandos de apoyo" como nexos imprescindibles para el crecimiento de la opción revolucionaria e ir estableciendo formas organizativas "de transición" hacia el ejército del pueblo, elementos imprescindibles para desarrollar la etapa de "extensión de la guerra" que consideraban estar atravesando.²⁷

Para fines de 1972 el acercamiento con Montoneros parece estar encaminado, si nos atenemos a lo expresado en un documento conjunto preparado por militantes de ambas organizaciones reclusos en la cárcel de Rawson y fechado en agosto del mismo año. Hay que tener en cuenta que en ese momento los dos principales líderes de las FAR (Quieto y Marcos Osatinsky) se encontraban presos en Rawson –Olmedo fue muerto en un operativo armado el 3 de noviembre de 1971 en la localidad cordobesa de Ferreyra– al igual que otro grupo de Montoneros de menor nivel jerárquico en su organización (liderado por Fernando Vaca Narvaja), junto con otros militantes sindicales y políticos revolucionarios. En dicho trabajo se hace un balance crítico de la experiencia política de las OAP como "primera etapa en el proceso de fusión de las organizaciones armadas" y se manifiesta haber "dado un pequeño paso, como grupo de prisioneros de guerra hacia la fusión" entre ambas agrupaciones. Definían el proceso revolucionario a desarrollarse como de carácter nacional y social dada la estructura económica del país caracterizada como "capitalista monopólica dependiente del imperialismo" para lo cual consideraban al peronismo como la fuerza política con mayor capacidad para llevar adelante el proceso y el cual solo podría llevarse a cabo por medio de una "guerra popular prolongada". En el mismo documento conciben al movimiento peronista, cuya organicidad es asegurada por el liderazgo de Perón (relación líder-masas), como el eje central de un "Movimiento de Liberación Nacional" en desarrollo que en dicho proceso ve el surgimiento de una mayor claridad en los contenidos ideológicos y de formas superiores de lucha como es la organización político-militar articulada en la relación vanguardia-masas y que constituye el germen del futuro "Ejército Peronista Montonero" (EPM). Dicha concepción suponía que el liderazgo de Perón solo era apto para conducir el movimiento expresando el estado de conciencia alcanzado por el pueblo en ese momento, pero era incapaz de generar instancias superadoras que asegurasen en un futuro la toma efectiva del poder. Ello solamente sería posible por el surgimiento de una vanguardia reconocida por las masas y que en un

27. FAR, "Documento de actualización política", Archivo ex DIPBA, Legajo n° 641 [septiembre de 1972] y "Opiniones sobre los problemas centrales de la guerra revolucionaria en esta etapa" (elaborado conjuntamente por prisioneros de FAR y Montoneros), *Boletín* n° 4 [10 de Agosto de 1972].

plano superior de conciencia las movilizara y organizara dirigiendo el movimiento y desarrollando la “guerra popular prolongada”.²⁸

El documento referido resulta llamativo en la medida que define de modo tajante el rol revolucionario de la vanguardia y el carácter de “líder popular” asignado a Perón, teniendo en cuenta el “movimientismo” originario que caracterizaba a la organización Montoneros. Asimismo, marca una clara apropiación de terminología y concepciones propias de otras experiencias de procesos de liberación nacional que se llevaron a cabo en el Tercer Mundo (Vietnam y Argelia, principalmente) y que tuvieron como primer modelo a la guerra de liberación china frente a la invasión japonesa (1937-1945). Las definiciones del país como capitalista dependiente del imperialismo, del peronismo como eje central de un futuro movimiento de liberación nacional y la necesidad de construir un ejército popular para liberar al país por medio de una guerra prolongada dan cuenta de dicha influencia y principalmente de la inspiración maoísta de dichas nociones (Mao, 1972). Esta apropiación suponía un esfuerzo por aplicar categorías elaboradas en base a realidades políticas y sociales muy diferentes al contexto en que buscaron aplicarse, hecho que era considerado posible al asimilar a las Fuerzas Armadas como un ejército de ocupación que usurpaba el gobierno para sostener un régimen económico capitalista sujeto a los intereses del imperialismo norteamericano.

Como se desprende de lo expuesto, ambas organizaciones venían unificando concepciones y delineando una posición que desplegaron con fuerza durante la campaña electoral de 1973, aglutinando a numerosos sectores radicalizados que se incorporaban a las agrupaciones políticas que lideraban al calor del auge de la movilización política que se desplegó durante el ocaso de la Revolución Argentina, dando forma a lo que pasó a denominarse como la tendencia revolucionaria del peronismo o, más sucintamente, la “tendencia”. Precisamente, Montoneros fue quien tuvo más éxito en este aspecto al organizar nuevas formas de encuadramiento centralizadas que concentraron ese influjo sometiéndolas a una firme dirección por parte de la organización. Primero fue la Juventud Peronista, para luego dar paso al establecimiento de los denominados “frentes de masas”, con ámbitos más específicos de acción a lo largo de 1973. En ese crucial año, las FAR y Montoneros apoyaron al gobierno peronista de Héctor Cámpora, ocupando un papel de movilización y visibilización central durante la campaña electoral, aunque seguían sosteniendo la necesidad de construir poder popular y continuar con la formación del EPM como única manera de lograr la toma del poder económico y militar

28. FAR, “Opiniones sobre los problemas centrales...”.

garantizando el proceso de liberación nacional y popular,²⁹ al mismo tiempo que aceleraban el proceso de fusión de ambas organizaciones, que se anunció oficialmente al momento de asumir Perón su tercer mandato como Presidente de la República, el 12 de octubre de 1973. A partir de allí se inició una nueva etapa signada por una creciente oposición entre el proyecto revolucionario de la organización Montoneros y el impulsado desde el gobierno por el viejo líder centrado en el pacto social y la búsqueda de pacificación del país, contradicción que terminó desembocando en el enfrentamiento directo y violento en el seno del propio peronismo.

Reflexiones finales

En este artículo hemos analizado los aspectos centrales de la "peronización" de las FAR. Dicho proceso, que consistió en un replanteo político para dotar de efectividad histórica a sus planteos revolucionarios al unir el único método científico de interpretación de la historia (el marxismo) con la única fuerza social capaz de asumirlo con verdadera eficacia subversiva (la clase obrera peronista), puede ser visto como un intento de reedición de anteriores experiencias o teorizaciones que intentaban vincular ambas tradiciones en el marco de una estrategia revolucionaria. La peculiar visión de las FAR, además se conjugó con la práctica concreta de la lucha armadas y la originaria concepción foquista que sin lugar a dudas incidieron en la forma en que la organización asumió sus nuevos planteamientos. Las FAR, más allá de sus propias especificidades, se enfrentaron a la misma disyuntiva que según Sigal (1991: 200-227) se les presentó a los intelectuales de izquierda a lo largo de la década del 60: el respeto a la ley marxista o la adopción de la identidad política obrera.

En este sentido, podría entenderse entonces la "peronización" de las FAR como una opción eminentemente política y signo de un momento en que la corriente revolucionaria del peronismo estaba precisamente aflorando como nunca antes en su historia. Teniendo como antecedente más remoto la fundación del Partido Socialista de la Revolución Nacional en 1953, la izquierda peronista empezó a superar su debilidad intrínseca recién a mediados del 60 por medio de un proceso de acumulación de fuerzas y del surgimiento de experiencias autónomas, que llevaron luego del Cordobazo a que las organizaciones político-militares desplegaran un protagonismo creciente en el seno de esa corriente. El posicionamiento de las FAR puede interpretarse entonces como reflejo y apuesta de una

29. FAR y Montoneros, "Apoyar, defender y controlar" [24 de mayo de 1973], Baschetti (1996: 49-51).

organización que en ese momento optó por el crecimiento y los objetivos decididamente revolucionarios de los sectores que en ese momento empezaron a dar forma a la “tendencia” (Gil, 1989: 48-82; Frascini, 2008: 153-168).

En base a esas consideraciones, la confluencia con Montoneros, que se expresó primero por medio de un acercamiento de posiciones en torno a una postura “tendencista” respecto del peronismo para derivar en la fusión con dicha organización en octubre de 1973, puede ser vista como el último peldaño del proceso de “peronización” de las FAR en la medida que culminó con la decisión de integrar la organización que a fines de 1972 pasó a hegemonizar de forma decisiva ese sector revolucionario del peronismo en expansión. La fusión de ambas organizaciones que supuso el fin de la existencia de las FAR en cuanto tales es un tema que aún no ha sido abordado por ningún trabajo específico y que merece un análisis que supere las mutuas recriminaciones exculpatorias cruzadas por parte de ex militantes de diverso origen para explicar el devenir político de Montoneros a partir de 1973. Al respecto, sería interesante contrastar por medio de alguna investigación concreta las referencias genéricas presentes en la bibliografía existente que tienden a destacar tanto la homogeneidad resultante (Lewinger y Chaves, 1999; Flaskamp, 2002) como la existencia de diferencias de origen que no llegaron a sintetizarse en la nueva organización (Mero, 1987; Amorín, 2005).

La “peronización” de las FAR es sin dudas una referencia insoslayable en la trayectoria política de la organización, dada la importancia que tuvo para el devenir de ésta y porque históricamente se convirtió en una de las marcas distintivas de la misma. En este trabajo, hemos efectuado una primera aproximación al fenómeno, partiendo principalmente del discurso que la propia organización elaboró, aspecto necesario y que además ha sido contrastado con la polémica respecto del peronismo que tuvieron las FAR con el PRT-ERP. Esto sin dudas enriquece y complejiza la aprehensión del fenómeno al confrontar la postura de la propia organización en el tiempo y respecto de otro actor situado en el mismo contexto. Sin embargo, como establecimos, la “peronización” de las FAR no fue exclusivamente una definición teórica, si bien su argumentación se sostuvo en conceptualizaciones teóricas e ideológicas. Como ha sido reconocido por González Canosa (2012), la decisión de “peronizarse” de las FAR remitió a una apuesta política, que debemos destacar se produjo en un determinado momento y fue afectada sin dudas por un contexto tan cambiante como el de los albores de los 70. Precisamente, la interrelación entre el contexto y la construcción política de la organización es algo que parece ser dejado en segundo plano en su tesis en desmedro de un análisis que tiende a centrarse más en las elaboraciones político-ideológicas que en su práctica política concreta (ya sea armada y no

armada). En un sentido global, la historización de la trayectoria política de las FAR para escapar a un excesivo "internismo" debería tratar de decirnos no solo lo que la organización sostenía que hacía, sino además también intentar dilucidar lo que efectivamente hizo, por medio de su relación con la visión que tenían otros actores y la situación contextual con la que interactuaba, siendo condicionada por ésta mientras tendía con su accionar a incidir en ella para su transformación.

Bibliografía

- Amorín, José (2005), *Montoneros: la buena historia*, Buenos Aires: Catálogos.
- Baschetti, Roberto (comp.) (1995), *Documentos 1970-1973. De la guerrilla peronista al gobierno popular*, La Plata: De la Campana.
- (comp.) (1996), *Documentos, 1973-1976. De Cámpora a la ruptura*, vol. I, La Plata: De la Campana.
- Cano, Diego (2011), "¿Estrategia foquista? La estructura política argentina en la estrategia de revolución de Ernesto Guevara. Notas preliminares", *Izquierdas*, n° 11, Santiago de Chile, pp. 70-87.
- Caviasca, Guillermo (2006), *Dos caminos. ERP-Montoneros en los setenta*, Buenos Aires: Centro Cultural de la Cooperación, 2006.
- Flaskamp, Carlos (2002), *Testimonio de la lucha armada en Argentina (1968-1976)*, Buenos Aires: Nuevos Tiempos.
- Fraschini, Mariano (2008), *El brazo izquierdo de Perón. Ideólogos y actores de la izquierda peronista (1955-1974)*, Buenos Aires: Álvarez Castillo.
- Furtak, Robert (1985), "Cuba: un cuarto de siglo de política exterior revolucionaria", *Foro Internacional*, vol. 5, n° 4, México, pp. 343-361.
- Gil, Germán Roberto (1989), *La izquierda peronista (1955-1974)*, Buenos Aires: CEAL.
- González Canosa, Mora (2012), *Las Fuerzas Armadas Revolucionarias. Orígenes y desarrollo de una particular conjunción entre marxismo, peronismo y lucha armada (1960-1973)*, tesis doctoral, Universidad Nacional de La Plata.
- (2013), "En las vísperas: debates y tensiones previas a la 'peronización' de las Fuerzas Armadas Revolucionarias (1970)", *Lucha Armada*, Anuario, Buenos Aires, pp. 40-57.
- Guevara, Ernesto (1973a), "La guerra de guerrillas" [1960], *Obras completas*, tomo 2, Buenos Aires: Cepe, pp. 23-109.
- (1973b), "Guerra de guerrillas: un método" [1963], *Obras completas*, Tomo 3, Buenos Aires: Cepe, pp. 19-31.
- Hernández Arregui, Juan José (1960), *La formación de la conciencia nacional*, Buenos Aires: Hachea.
- Lanusse, Lucas (2005), *Montoneros. El mito de sus doce fundadores*, Buenos Aires: Vergara.

- Lewinger, Jorge Omar y Gonzalo Leónidas Chaves (1999), *Los del 73*, La Plata: De la Campana.
- Mao Tse Tsung (1972), *Sobre la guerra prolongada* [1938], Buenos Aires: Cepe.
- Mero, Roberto (1987), *Conversaciones con Juan Gelman*, Buenos Aires: Contrapunto.
- Perón, Juan Domingo y John William Cooke (1972), *Correspondencia*, tomo II, Buenos Aires: Papiro.
- Rodríguez Ostría, Gustavo (2006), *Sin tiempo para las palabras. Teoponte: la otra guerrilla guevarista*, Cochabamba: Kipus.
- Sigal, Silvia (1991), *Intelectuales y poder en la década del sesenta*, Buenos Aires: Puntosur.

* * *

Título: From “Che” to Perón: about the “peronization” of the FAR

Resumen: Este artículo tiene como objeto analizar la “peronización” de las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR), organización de origen marxista y cuyos principales líderes intentaron participar del proyecto guerrillero continentalista y de corte rural impulsado por Ernesto Guevara en Bolivia. Ante el fracaso de éste, dichos militantes redefinieron su estrategia revolucionaria, hecho que los llevó a conformar las FAR que aparecen públicamente en 1970 como una organización armada urbana. Rápidamente asumieron el peronismo como su identidad política reconociéndola como la experiencia de la clase obrera argentina y como medio de dotar de efectividad a su estrategia revolucionaria, fenómeno que llevó a un acercamiento con los otros sectores revolucionarios peronistas y que culminó con la fusión dentro de la organización Montoneros en 1973.

Palabras clave: FAR – Montoneros – peronismo – lucha armada

Summary: This article aims to analyze the “peronization” of the Revolutionary Armed Forces (FAR), organization which origin was marxist and whose mains leaders tried to participate in the continentalist and rural project of guerrilla warfare led by Ernesto Guevara in Bolivia. Given the failure of Guevara’s project, these militants redefined their revolutionary strategy and formed FAR, which appeared publicly in 1970 as an urban armed organization. Then, FAR assumed quickly peronism as his political identity reconigzing as the main experiencie of the argentine working class and as a way of giving effectiveness to their revolutionary strategy. These vision of Peronism led FAR to a rapprochement with others peronist revolutionary sectors, a process that culminated in the merger within the organization Montoneros in 1973.

Keywords: FAR – Montoneros – peronism – armed struggle

Recepción: 24 de mayo de 2016. **Aprobación:** 28 de julio de 2016.

Conflicto obrero y acción guerrillera. La huelga en Mercedes Benz en 1975 y el secuestro de un nazi

Mariano Casco Peebles y María Agustina Leunda

Clasco, Conacyt, Universidad de Guadalajara – Universidad de Buenos Aires
marianocasco@hotmail.com – agustinaleunda@gmail.com

Introducción

La relación entre el movimiento obrero y la violencia política en la década del 70 en Argentina ha sido un tema ampliamente debatido en la historiografía y las ciencias sociales. Autores como James (1990), Torre (2004), Izaguirre (2009), Santella (2009), Werner y Aguirre (2009), Basualdo y Lorenz (2012), entre otros, trataron dicha temática en sus trabajos. El presente artículo busca aportar al debate, a partir del estudio del vínculo entre conflictos obreros y acciones guerrilleras. Para ello, analizaremos en sus pormenores la huelga sucedida en Mercedes Benz Argentina (MBA) en octubre de 1975.

La planta se encontraba en el partido de La Matanza a 43 kilómetros de la Capital Federal, hacia mediados de la década del 70 tenía aproximadamente 4.000 operarios y era la principal terminal automotriz productora de utilitarios del país. En ella, al igual que en la mayoría de las empresas automotrices de aquellos años, se vivió una dinámica disputa obrero-patronal con una fuerte inserción de diversas corrientes marxistas y del peronismo combativo.

La huelga de octubre de 1975 se desató con el propósito de exigir un llamado a elecciones a la comisión interna de reclamos (CIR), que se encontraba intervenida por la cúpula sindical hacia meses. Ella duró 22 días, tuvo una amplia participación de las bases y finalizó con un categórico triunfo. Durante la querrela, Montoneros –principal agrupamiento en la fábrica– secuestró al gerente de producción como forma de apoyo a los trabajadores y el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) atentó con explosivos la casa de otro alto ejecutivo de la transnacional.

Consideramos que el estudio de los pormenores de los conflictos, es decir el abordaje del ámbito de la táctica, aporta a la comprensión de

cuestiones de mayor alcance que se presentan en ellos. En este sentido, la hipótesis planteada es la siguiente: el secuestro de un alto ejecutivo de la empresa por parte de Montoneros en apoyo al conflicto obrero fortaleció la posición de los trabajadores durante la contienda.

La principal herramienta metodológica empleada fue el estudio de caso, se entiende a ésta como un vehículo para explicar, describir o pensar fenómenos mayores. Vale decir que la clave de la selección de Mercedes Benz reside en el potencial de aprendizaje que se pueda dar a partir de él, por lo tanto su utilidad en tanto caso no está en que es un ejemplo “normal” o “típico” o porque se pretende realizar una inferencia estadística de él (Kroll, 2008). Otra herramienta metodológica a la que se recurrió fue la triangulación de datos y fuentes, es decir, se cruzaron las distintas informaciones que había sobre un tópico específico y gracias a ello se pudo hacer una reconstrucción de los hechos lo más fidedigna posible.

Luego de detallar el caso, en las conclusiones del artículo se buscará reflexionar sobre algunas perspectivas desde las cuales es posible pensar la relación entre el movimiento obrero y la violencia política en general y entre conflictos obreros y acciones guerrilleras en particular.

Este artículo constituye un producto parcial de una investigación sobre la actividad sindical de los trabajadores de MBA. Para llegar a ella hemos recabado información de múltiples fuentes secundarias producidas por distintos actores sociales (prensas comerciales, sindicales y políticas, volantes, investigaciones periodísticas, entre otras) y de entrevistas a ex activistas y delegados de la fábrica.

Contexto de la huelga

Caracterizamos el período iniciado con los hechos sucedidos en la ciudad de Córdoba el 29 de mayo de 1969 y finalizado con la instauración de la última dictadura militar como uno signado por una alta conflictividad social en general y obrera en particular (Balvé *et al.*, 2007; Brennan, 1996; Izaguirre, 2009; James, 1990; Torre, 2004; Werner y Aguirre, 2009). Los diversos “azos”, las huelgas obreras y movilizaciones estudiantiles, la vuelta del peronismo al poder luego de casi dos décadas, el desarrollo de organizaciones político-militares, las jornadas de junio y julio de 1975, la lucha contra el plan Mondelli y la virulenta respuesta represiva tanto estatal como paraestatal son ejemplos de ello.

Durante ese período los trabajadores de IKA-Renault, Fiat, Citroën, Chrysler, Peugeot, Ford, General Motors y Mercedes Benz fueron punta de lanza de los distintos levantamientos de masas que existieron, tales como el Cordobazo, el Viborazo, y las luchas contra el Rodrigazo y el

Plan Mondelli. También sufrieron de manera privilegiada la represión desatada en ese entonces.

El año en que sucede el enfrentamiento, 1975, fue particularmente conflictivo. En junio, el flamante ministro de economía, Celestino Rodrigo, implementó una serie de medidas económicas que tuvieron como consecuencia directa un proceso inflacionario que pulverizó en pocos días el salario del conjunto de los trabajadores y las capas medias. Como respuesta a dicha situación los trabajadores llevaron a cabo numerosas huelgas y movilizaciones que culminaron en una huelga general (Cotarelo y Fernández, 1998).

Vale destacar que dicho movimiento tuvo como epicentro la Capital Federal y sus alrededores, en donde fueron protagonistas las coordinadoras interfabricales que nucleaban a los organismos de base de los trabajadores (principalmente comisiones internas y cuerpos de delegados) (Löbbe, 2006). Dichos organismos sindicales eran dirigidos por agrupamientos opuestos a las direcciones oficiales de los sindicatos (las que también tuvieron un papel inestimable en las movilizaciones) y, a diferencia de estos últimos, eran independientes del gobierno de turno.

Otro dato de relevancia que caracterizó dicho año fue el aumento de la represión a las bases sindicales por parte de la Alianza Anticomunista Argentina (Triple A), de agrupamientos paramilitares similares y de las fuerzas represivas del Estado. El operativo a inicios de 1975 contra los trabajadores de Villa Constitución sirve de ejemplo (Santella, 2009).

El enfrentamiento en Mercedes Benz

En enero de 1974 las altas temperaturas sufridas en la terminal automotriz de González Catán generó una ocupación parcial de la planta exigiendo la refrigeración de los pabellones. De esta lucha surgieron nuevos referentes sindicales independientes de la cúpula sindical, los cuales ganaron la elección a la comisión interna que se realizó unas semanas después. Dicho espacio gremial estuvo hegemonizado por la Juventud Trabajadora Peronista (JTP) vinculada a Montoneros.

Pero esa comisión no estuvo mucho tiempo al frente de la fábrica debido a que la patronal y la dirección sindical obligaron mediante “amenazas y aprietes”¹ a que renuncie la mayoría de los integrantes de la flamante organización gremial. Maniobra que fue completada por el dirigente del Sindicato de Mecánicos y Afines del Transporte Automotor (SMATA) José Rodríguez dos meses después cuando impugnó la CIR

1. “Mercedes Benz: Triunfo de los trabajadores contra el monopolio y la burocracia del SMATA”, *El Auténtico*, 12 de noviembre de 1975, p. 4.

(aduciendo falta de integrantes) y designó dos interventores, Rubén Darío Aguiar y Juan Carlos Selles.

La anómala situación gremial fue lo que provocó un estallido contra la intervención sucedido en octubre de 1975, con el que se inició el paro de 22 días en Mercedes Benz.

El 8 de octubre, en una asamblea realizada en la puerta de la salita de los interventores, se declaró una huelga donde se eligieron a mano alzada a los representantes de los trabajadores. Allí se conformó la comisión interna provisoria del “grupo de los 9”² y un cuerpo de delegados provisoria de 60 integrantes organizado por sección de trabajo. Las reivindicaciones principales de los trabajadores eran el fin de la intervención y el llamado a elecciones de la CIR, y la aplicación del reajuste cuatrimestral de salarios de acuerdo con el alza del costo de vida que fijó el convenio del SMATA.

Al día siguiente, los interventores se dirigieron a la empresa con un grupo de hombres con armas de fuego. Aguiar manifestó que el SMATA no reconocía a la comisión interna provisoria, que “levantaba” la intervención y que designaría un delegado normalizador. Los obreros respondieron repudiando a los interventores, atacando los dos autos en que habían llegado el grupo de civiles armados y declarando indeterminado al paro. Un trabajador entrevistado sostuvo que durante la huida de los matones lograron quedarse con buena parte del armamento que llevaban.³

El 11 de octubre el Ministerio de Trabajo declaró ilegal la huelga amparándose en la “tregua” entre patronal y trabajadores establecida unos días antes por el ministro Carlos Ruckauf. Esta “tregua” no permitía paros sin la aprobación de las dirigencias sindicales, ni despidos “injustificados” por parte de los empresarios. El lunes 13 fueron al sindicato unos 50 trabajadores de MBA para reclamar apoyo, encontrando una negativa como respuesta.

En la mañana del martes 14, la gerencia de MBA despidió 117 activistas incluyendo a la recientemente conformada comisión interna y envió intimaciones a otros 400 trabajadores más. La respuesta fue inmediata, coreando “los 4.000 adentro, los 4.000 afuera” resolvieron salir de la planta y tener una asamblea en la puerta de la fábrica para que todos pudieran participar. La decisión de la patronal radicalizó la disputa y le brindó mayor visibilidad. Como respuesta a los despidos comenzó una nueva ofensiva por parte de los obreros movilizados.

Con el endurecimiento de la contienda el apoyo hacia la movilización

2. De los nueve integrantes, dos eran de la JTP y uno era del Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT), los demás eran independientes.

3. Entrevista realizada a “Andrés” el 21 de septiembre de 2015.

en Mercedes Benz se fue extendiendo hacia otros sectores sociales. En Cañuelas (localidad cercana a la fábrica) los familiares de los obreros organizaron una asamblea de “autoconvocados” encabezada por María Luján,⁴ desde la cual llevaron adelante un multitudinario acto el miércoles 22 en el centro de la aludida ciudad. El evento, al que asistieron más de 2.000 personas, fue acompañado por un paro de comerciantes comenzado al mediodía.

El intendente de Cañuelas y el gobernador bonaerense Victorio Calabró –dirigente de la Unión Obrera Metalúrgica (UOM)– también ofrecieron su apoyo. El senador por el FREJULI (Frente Justicialista de Liberación) e integrante de la UOM, Afrio Pennisi, dio su solidaridad, como así también lo hicieron los referentes del radicalismo Ricardo Balbín y Oscar Alende.

Las comisiones internas de las empresas metalúrgicas Santa Rosa, FAPESA y MAN, de la jabonera Jabón Federal, y de Indiel apoyaron a los huelguistas, siendo las cuatro primeras integrantes de la Coordinadora Interfabril de La Matanza. También prestaron su apoyo representantes de las empresas Grafa, Monofor, Termoeléctrica y personal del Teatro Avenida, quienes dieron donaciones que fueron desde los 400 mil hasta los dos millones de pesos. Y “el jueves 16 se efectuaron paros de 15 minutos por turno en la planta Safrar-Peugeot, en adhesión a los obreros en conflicto de Mercedes Benz”.⁵

En la misma semana de los 117 despidos un comando del ERP, brazo armado del PRT, “atentó con explosivos contra la vivienda de un ejecutivo de Mercedes Benz”.⁶ Y el viernes 24 de octubre, “los Pelotones Montoneros de Combate Belaustegui y Juan ‘Pacho’ Sanandrea detuvieron al ingeniero alemán Franz Metz, gerente de producción y accionista de la empresa automotriz Mercedes Benz”,⁷ reclamando la reincorporación de los despedidos, el cumplimiento de la totalidad del pliego de reivindicaciones exigidas por los trabajadores y un rescate monetario destinado al beneficio del agrupamiento político-militar. También pidieron la publicación de solicitadas en ocho grandes periódicos: “En Francia (*Le Monde*), Italia (*Corriere della Sera*), Inglaterra (*The Guardian*), Estados Unidos (*Washington Post*), México (*Excelsior*), Venezuela (*Punto*), Perú (*Correo*) y Alemania (*Suddeutsche Zeitung*)” (Tomuschat, 2003).

Aunque la organización que ejecutó el secuestro lo desconocía, Metz

4. Militante de la Juventud Peronista (JP), esposa de Esteban Reimer, quien era parte de la JTP y referente sindical de MBA desaparecido en enero de 1977.

5. “Cumple 13 días la huelga en Mercedes Benz”, *El Cronista*, 22 de octubre de 1975, p. 8.

6. “Crónica de la guerra revolucionaria”, *Estrella Roja*, 17 de octubre de 1975, p. 17.

7. “Crónica de la resistencia”, *Evita Montonera*, noviembre de 1975, p. 27.

no sólo era un “experto en la represión de los conflictos laborales en la fábrica”,⁸ sino que también fue integrante del Partido Nacional Socialista Alemán bajo el mando de Hitler y con la *desnazificación* de Alemania se exilió clandestinamente en Argentina. No fue el único, la llegada de Mercedes Benz a Argentina en 1951 sirvió para que numerosos personajes con un pasado nazi pudieran ocultarse. Eichmann, conocido mundialmente por sus crímenes de guerra, trabajaba de electricista en la empresa al momento de su detención por un comando israelí en 1957 (Weber, 2005). De hecho, los trabajadores de la empresa se referían coloquialmente hacia los alemanes que laboraban ahí como “los nazis”.⁹ Y en particular a Metz “le decían Panzer. Viste, como los tanques alemanes, era grandote gordo, colorado”.¹⁰

El secuestro estuvo enmarcado en una situación de amenazas a los directivos de la empresa por parte de dos organizaciones político-militares (OPM), el ERP y Montoneros. En un informe elaborado por Tomuschat –académico que elaboró un informe para desligar a la empresa alemana de su responsabilidad en la desaparición de los operarios de la fábrica, que tuvo acceso a los protocolos del directorio de MBA– se afirma que “aparecían volantes en los que miembros de la dirección específicamente mencionados o la dirección en general era amenazados de muerte”, y luego agrega:

Por ejemplo, en un boletín sin fecha del grupo “Montoneros” aparecía la anotación manuscrita: “Próximo sos vos, Knuth. Ojo”. O la “Advertencia”, también sin fecha, del Ejército Revolucionario del Pueblo, en la que fueron amenazadas varias personas del plano gerencial medio de MBA. (Tomuschat, 2003)

El lunes 27, la empresa empezó a ceder, envió telegramas de reincorporación a algunos trabajadores, abrió las puertas de la fábrica para que la asamblea se realice adentro y el sindicato repartió un volante donde se comunicaba la obtención de un aumento de sueldo.

Al otro día, en la asamblea del martes 28, miles de trabajadores decidieron ir al Ministerio de Trabajo en Capital Federal para demandar una audiencia, pero no fueron atendidos. Después de dirigirse al mismo, los obreros fueron al Canal 11 de TV buscando que su reclamo tenga mayor visibilidad y designaron para hablar frente a las cámaras a Hugo Crosatto un integrante del “grupo de los 9” y militante del PRT.¹¹

8. “Crónica de la resistencia”, *Evita Montonera*, noviembre de 1975, p. 27.

9. Entrevista realizada a “Juan” el 20 de julio de 2015.

10. Ídem.

11. La militancia partidaria del mencionado referente del “grupo de los 9” era solamente

Producto de la falta de respuestas por parte del Ministerio de Trabajo, el miércoles 29 le apuntaron directamente a la empresa, la cual se encontraba en mayores aprietos (la planta sin producir hacía más de veinte días, un gerente secuestrado, trabajadores cada vez más radicalizados y sin perspectivas de que cedan en sus reivindicaciones). Más de 3.000 trabajadores de Mercedes Benz se movilizaron por sus propios medios hasta las oficinas centrales de la firma en Capital Federal y aguardaron allí los resultados de las tratativas obrero-patronales.

Concluidas las negociaciones, los 9 integrantes de la CIR anunciaron la amplia victoria obtenida, escuchándose de fondo “mamadera, mamadera, nadie quedó afuera”. La empresa había aceptado pagar los salarios caídos durante la disputa, reincorporar a la totalidad del personal despedido, reconocer al “grupo de los 9” como únicos representantes de los trabajadores mecánicos, el pago de una gratificación especial del 40% y la promesa de no efectuar represalias. Un trabajador recuerda que

una cosa que la patronal no la perdonó nunca, y los jefes y los gerentes tampoco, que fue algo sumamente emocionante, fue que cuando nosotros triunfamos y entramos a la fábrica dimos una “vuelta olímpica”, entramos todos en un turno, los 4.000 y se dio toda una vuelta olímpica a la fábrica y yo tengo así en la memoria la cara de los jefes y de los capataces con un odio de clase muy grande, yo creo que eso los tipos no nos lo perdonaron nunca.¹²

El día 31 de octubre MBA sacó una solicitada en el diario *Clarín* informando la finalización de la contienda, concluyendo, de esta manera, la huelga que se había iniciado semanas antes.

El 23 de diciembre Montoneros recibió el dinero y al día siguiente dejó en libertad al gerente de producción secuestrado. Luego de su liberación, Metz se volvió inmediatamente a Alemania. Mientras la central alemana declaró el envío de 7,5 millones de dólares y los gerentes de MBA, Pedro De Elías y Rubén Cueva, afirmaron que pagaron 4 millones, la organización dirigida por Firmenich sostuvo que solo recibieron dos millones de dólares (Weber, 2005). La solicitada en *The Guardian* aparecida el 24 de diciembre de 1975 versaba:

La razón de la detención de un empleado de la compañía Mercedes Benz está relacionado con un conflicto laboral que dio lugar al despido de más de 100 trabajadores, y por la ne-

conocida por los activistas cercanos a él.

12. Entrevista realizada a “Juan” el 20 de julio de 2015.

gativa de la empresa para aceptar justos reclamos de aumento salarial. (Tomuschat, 2003)

El triunfo obrero modificó la situación al interior de la firma. La dirigencia del SMATA sufrió una derrota y como respuesta sacó una solicitada en los periódicos *Clarín*, *La Nación* y *El Cronista Comercial* firmada el 4 de noviembre en la que acusó a la flamante comisión interna de ser “prohijada por la subversión”¹³ y en la cual exigían una sanción a la empresa por haber negociado a espaldas del sindicato y del gobierno.

Por su parte, “el grupo de los 9”, una vez reconocido por la empresa, logró significativas reivindicaciones de los trabajadores como la recategorización de tareas, lo que redundó en un aumento del salario para numerosos obreros. El comité de lucha¹⁴ creó una revista denominada *Engranaje* en la cual los trabajadores escribían sobre lo que sucedía en la empresa. Durante esos meses el desarrollo sindical de los mecánicos de MBA alcanzó tal nivel que una de las empresas más poderosas del mundo definió en su reunión de directorio del 8 de enero de 1976 que había que “empeñarse en primer lugar en no dejar que surjan los conflictos” (Tomuschat, 2003).

El nivel de organización y movilización de los trabajadores de MBA recién se redujo luego del aumento de la represión durante la dictadura militar (1976-1983). Entre los años 1976 y 1977 quince obreros de la empresa desaparecieron.

Las organizaciones marxistas y del peronismo combativo en Mercedes Benz

Un hecho inseparable de la organización alcanzada por los trabajadores de Mercedes Benz en el paro es el grado de inserción que obtuvieron las corrientes marxistas y del peronismo combativo dentro de la fábrica. La triangulación de las fuentes permite advertir que, en 1975, poseían militancia la JTP, el PRT, el Partido Comunista (PC), el Partido Socialista de los Trabajadores (PST), el Peronismo de Base (PB), el Partido Comunista Revolucionario (PCR) y el Grupo Obrero Revolucionario (GOR). Por ello, en este apartado mencionaremos brevemente tanto la inserción de cada agrupación política al momento de la disputa como el balance que hicieron de ella una vez finalizada. Para eso nos centramos en los

13. José Rodríguez, “SMATA: A la opinión pública del país”, *Clarín*, 6 de noviembre de 1975, p. 16.

14. El comité de lucha era un espacio de organización que reunía al activismo de Mercedes Benz. Durante la dictadura militar –dificultados los otros espacios sindicales más “públicos”– el comité se encargó de organizar distintos ataques contra la empresa.

artículos publicados en sus prensas partidarias, dado que expresan la posición pública de la organización.¹⁵

La organización inserta más importante fue la JTP. En esto concuerdan –sin excepción– todos los entrevistados. Ella encabezó el proceso electoral de 1974 que le ganó la comisión interna a José Rodríguez y tuvo más integrantes dentro del “grupo de los 9”. El triunfo que implicó el secuestro de Metz fortaleció aún más su posición predominante dentro de la planta de González Catán. Además, había trabajadores de la empresa que desarrollaban su política en otros espacios de base de Montoneros, como la Juventud Peronista de Cañuelas, lugar donde vivían buena parte de los operarios de Mercedes Benz.

Montoneros, una vez finalizado el conflicto, en el número 9 de *Evita Montonera* argumentó que la lucha “legal” (refiriéndose a la huelga y la movilización) por sí sola no hubiera podido romper la alianza entre patronos, burocracia y Estado, y que el enfrentamiento hubiera caído en un callejón sin salida como lo hizo el de Villa Constitución. En este sentido, el secuestro rompió la “santa alianza” y permitió el triunfo obrero.¹⁶

Por su parte, el PRT tuvo varias células que funcionaron al menos desde 1971 hasta 1977 con presencia en distintas secciones de la terminal y también un destacado integrante dentro de la comisión interna provisoria que encabezó la medida de fuerza.

En el número 190 de *El Combatiente* la organización destacó que “la capacidad de organización demostrada por los trabajadores a lo largo del conflicto se erigió en una herramienta decisiva para alcanzar la victoria”.¹⁷ A lo que le sumaron como variable de importancia la solidaridad de los obreros de la zona y la unidad de los trabajadores de MBA. Por otra parte, para el PRT, el secuestro de Metz “vino a robustecer y dar nuevas perspectivas al combate proletario”.¹⁸

Si bien el PC tuvo una importancia menor en el convulsionado 1975 frente al desarrollo de la JTP y del PRT, era la agrupación con más antigüedad dentro de la fábrica dado que detentaba cierta militancia, por lo menos, desde fines de la década del 60.

Su periódico *Nuestra Palabra* no dedicó una nota individual al triunfo

15. En aquel momento Montoneros editaba una revista producida por su conducción –*Evita Montonera*– y un periódico de tirada masiva –*El Auténtico*–. Como se encuentran algunas diferencias en el balance que ambas hacen de la huelga, nos decidimos por tomar *Evita Montonera* dado que expresa de manera más acabada la mirada oficial de la organización. Por otro lado, no se tuvo acceso a ningún material de PB ni del GOR que haga referencia a la contienda que estamos estudiando.

16. “Mercedes Benz: Derrota de patronos y burócratas”, *Evita Montonera*, noviembre de 1975, p. 32.

17. “Triunfo obrero en Mercedes Benz”, *El Combatiente*, 5 de noviembre de 1975, p.15.

18. Ídem.

de los trabajadores de Mercedes Benz. Dentro del artículo titulado “El SMATA de las bases” manifestaron su “alegría” por la victoria y destacaron tanto el “carácter abierto y prolongado” de la querrela, como la “unidad y combatividad del personal”.¹⁹

El Partido Socialista de los Trabajadores (PST), hasta 1972 Partido Revolucionario de los Trabajadores-La Verdad, intervenía en el SMATA a través de la Tendencia de Avanzada Mecánica (TAM). En MBA, en la figura de Charles Grossi, estuvo inserto desde 1968 hasta su despido en noviembre de 1973.²⁰ Aun así, posterior a la expulsión, el PST siguió actuando en la fábrica, pero con una influencia menor. Un delegado de ese entonces recuerda que Charles Grossi se acercó a la huelga de 1975 para solidarizarse con los trabajadores.²¹

En el artículo de balance de su periódico *Avanzada Socialista*, titulado “Mercedes marchó hasta el triunfo”, el PST sostuvo, sin mención alguna al secuestro llevado a cabo por Montoneros, que “una importante movilización de los trabajadores de Mercedes Benz a la casa central de la empresa en la Capital”²² fue lo que posibilitó el éxito, sumándole, posteriormente, como factores relevantes, la solidaridad obrera y la organización interna.

Otra organización que fue parte de la lucha sindical en MBA fue el PB, penetrando a finales de 1974 producto de la incorporación a la fábrica de un militante –proveniente del ámbito universitario– que llegó a ser delegado de su sección durante el enfrentamiento.

Por otro lado, el PCR y el GOR tuvieron cierta presencia en la empresa durante el conflicto, aunque definitivamente menor que la de la JTP, el PRT, el PC y el PST.

El PCR tuvo una mirada un tanto *ambigua* del paro de labores, lo que quizá se deba a su apoyo en aquel momento al gobierno nacional. En el artículo “Se acabó la paciencia” sostuvieron que cuando se acercaron a la fábrica a preguntar sobre la huelga, “un compañero” afirmó: “Acá

19. “El SMATA de las bases”, *Nuestra Palabra*, 5 de noviembre de 1975.

20. Grossi, según él relata en *Avanzada Socialista* del 29 de noviembre de 1973, ingresó en 1955 a la corriente que luego derivaría en el PST. Su militancia estuvo siempre centrada en la UOM y el SMATA. Dirigió la toma de AVAN en 1964 que terminó en un triunfo por lo que luego fue expulsado del sindicato por Rucci. También trabajó en General Motors y fue delegado en Mercedes Benz (Charles Grossi, “Relatos de un luchador: Charles Grossi”, *Avanzada Socialista*, 29 de noviembre de 1973). Un entrevistado recuerda que luego de ser despedido de MBA continuó trabajando en la metalúrgica Santa Rosa, también de La Matanza (entrevista realizada a “Federico” el 19 de septiembre de 2015). Fue desaparecido por la última dictadura militar en agosto de 1977.

21. Entrevista realizada a “Federico” el 19 de septiembre de 2015.

22. “Mercedes marchó hasta el triunfo”, *Avanzada Socialista*, 31 de octubre de 1975.

hay varias cosas que huelen feo –comentaba un compañero– porque este conflicto se podría solucionar rápida y fácilmente pero la empresa, Rodríguez y los del enjambre prorruso que actúa en planta no hacen otra cosa que echar leña al fuego”.²³ En este sentido, a lo largo de la mencionada nota del periódico *Nueva Hora*, afirmaron que la cúpula sindical, la empresa y “el enjambre prorruso” buscaban radicalizar el enfrentamiento. A lo que agregaron que estos últimos “pretenden utilizar los justos reclamos de los trabajadores para echarle fardo al Gobierno”. Vale decir que su intención, durante la huelga, fue intentar “arribar a una justa solución al problema”.²⁴

De la lectura de las publicaciones de las organizaciones que actuaron en la refriega se evidencia que uno de los principales debates que circuló entre ellas (exceptuando el PC) se dio en relación a la operación guerrillera llevada a cabo por Montoneros.

En el número 10 de *Evita Montonera*, bajo el título “El flanco débil del enemigo”, se conceptualizó el porqué de la eficacia de este tipo de operaciones. Allí se sostuvo que si bien los “monopolistas” –en tanto clase social– son el fundamento del poder, si se los ataca de esta manera se puede obtener su rendición individual. En este sentido, asaltos a la propiedad o sobre individuos representantes del capital –que pueden no llegar a ser un secuestro–, permiten romper la “santa alianza” entre empresarios, burocracia y gobierno, obteniendo así una negociación directa y la posibilidad del éxito. También agregan que este tipo de actividad “acompaña el desarrollo organizativo de las bases”.²⁵

Como se mencionó, para el PRT “el secuestro de un integrante del directorio de la empresa, llevado a cabo por la organización hermana Montoneros, vino a robustecer y dar nuevas perspectivas al combate proletario”.²⁶ De esta manera le asigna un lugar a la detención en la victoria obrera, pero sin reducir el triunfo al mismo.

El PST no mencionó al rapto en su artículo de balance, pero sí le dedicó en el número inmediatamente posterior (del 8 de noviembre de 1975) una nota de opinión firmada por Ernesto González titulada “La acción guerrillera en Mercedes Benz”. El dirigente afirmaba:

La semana pasada decíamos que la vanguardia obrera y sectores importantes del conjunto de la clase trabajadora comenzaban a expresarse públicamente contra los actos de terrorismo de la guerrilla. Ahora, no podemos dejar de señalar

23. “Se acabó la paciencia”, *Nueva Hora*, 29 de octubre al 4 de noviembre de 1975, p. 5.

24. Ídem.

25. “El flanco débil del enemigo”, *Evita Montonera*, noviembre de 1975, p. 23.

26. “Triunfo obrero en Mercedes Benz”, *El Combatiente*, 5 de noviembre de 1975, p. 15.

que también hay algunas acciones guerrilleras que son vistas con simpatía por la vanguardia. Este es el caso, por ejemplo, de los compañeros de Mercedes Benz, que acaban de triunfar en un conflicto memorable.²⁷

Para luego preguntarse si los guerrilleros

han abandonado por completo su política terrorista de matar policías, militares, empresarios, dirigentes sindicales y hasta conscriptos (como en el caso de Formosa). Esta es la verdadera discusión y la pregunta clave que deben contestar los partidarios del guerrillerismo. ¿Han abandonado totalmente esta política ajena a las masas para dedicarse solo a acciones ligadas a ellas y a sus luchas, o por el contrario, su acciones sigue siendo, esencialmente, del primer tipo?²⁸

De esta manera el artículo citado de *Avanzada Socialista* deja entrever que para ellos el movimiento obrero apoyó el secuestro y que este tipo de operaciones, a diferencia de otras actividades armadas, estarían vinculadas a las masas y a sus luchas, pero serían solamente una ínfima cantidad respecto de sus otros “actos de terrorismo”.

Por último, el PCR sostuvo en un artículo escrito posterior a la victoria obrera, que “algunos compañeros [...] nos manifestaron que repudiaban el secuestro del directivo de la Mercedes y el terrorismo que pretendía confundir la lucha”. Para luego agregar que el triunfo pretendió “ser instrumentado por el terrorismo golpista”.²⁹

Balance del conflicto y la acción guerrillera

Es necesario subrayar el momento en que se desenvuelve el enfrentamiento: octubre de 1975 es tres meses después de las huelgas generales con epicentro en Buenos Aires conocidas popularmente como las jornadas contra el “Rodrigazo”. Pero se sitúa en un momento en que la movilización disminuye, la represión hacia el activismo fabril aumenta y las disputas laborales se vuelven más prolongadas y agudas.

En relación a los pormenores del paro, el primer dato a mencionar son sus objetivos. Que el enfrentamiento haya sido para reclamar el fin de la intervención y exigir el llamado a elecciones para la comisión in-

27. Ernesto González, “La acción guerrillera en Mercedes Benz”, *Avanzada Socialista*, 8 de noviembre de 1975.

28. *Ibidem*.

29. “Gran triunfo”, *Nueva Hora*, del 5 al 11 de noviembre de 1975, p. 5.

terna expresa cierto grado de politización. Los trabajadores de Mercedes Benz lucharon para que en el *parlamento obrero* –según la expresión utilizada en *La anomalía argentina* (Gilly, 1990)– de González Catán puedan tener representantes elegidos por ellos y que éstos tengan más contacto con las bases. Si se le suma el hecho de que fue dirigida por organizaciones políticas del peronismo combativo y el marxismo y se le adiciona la importancia política y sindical que tuvieron ese tipo de organismos gremiales en dicho año (fundamentales en la movilización contra el Rodrigazo) nos demuestra cierta politización de los trabajadores de la terminal automotriz.

No es menor, tampoco, que quienes tuvieron la iniciativa e iniciaron el conflicto fueron los trabajadores y cuando la empresa intentó recobrarla con los 117 despidos lograron una nueva ofensiva que les brindó la victoria.

Otro dato de relevancia es la masividad que tuvo la medida de fuerza desde su inicio hasta su fin, así como la unidad de los obreros (como lo expresó la consigna “los 4.000 adentro, o los 4.000 afuera”) y la participación de los empleados administrativos de la planta en el enfrentamiento. También es sustancial que el triunfo fue vivido como propio por los operarios, lo que se evidencia en la vuelta olímpica que dieron luego de su finalización y en el cambio en la correlación de fuerzas entre obreros y gerencia luego de octubre de 1975.

En relación al rapto de Metz, la reconstrucción de los hechos evidencia que estuvo articulado al dinamismo propio del conflicto, dado que se enmarcó en la ofensiva obrera posterior a los despidos. De hecho, las principales movilizaciones acontecieron a los pocos días del secuestro. Tampoco se puede dejar de lado que quien la ejecutó fue la principal organización política inserta en la fábrica.

La mayoría de las fuentes, ya sean entrevistas o datos secundarios, coinciden en que la detención del ejecutivo fortaleció la posición de los trabajadores en la huelga o, al menos, no restó fuerza. Por ejemplo, “Juan” afirmó:

A ver, todos fuimos conscientes de que el conflicto se resolvió favorablemente porque el secuestro de Metz ayudó. Ahora, en realidad, no sabemos, por ahí el conflicto se podía llegar a prolongar porque, bueno, en realidad había mucha fuerza y había una inserción social muy grande con Cañuelas y con González Catán, y había apoyo de otras fábricas.³⁰

30. Entrevista realizada a “Juan” el 20 de julio de 2015.

Más categórico en la evaluación de la acción guerrillera es “Federico”, activista en la fábrica desde 1967 autodefinido como de izquierda,

Y en ese momento secuestran a Metz y las negociaciones cambiaron, nos favoreció el secuestro. Porque agilizó todo, el tiempo te va desgastando y eso permite que el sindicato haga su trabajo tratando de agarrar a quienes no estaban tan firmes en sus convicciones y que tuvieran familia.³¹

El informe Tomuschat también coincide en la caracterización:

A causa de ello [el secuestro], pero también a causa de varias grandes manifestaciones frente a la central de MBA en Buenos Aires y de una manifestación el 27 de octubre de 1975 frente al Ministerio de Trabajo, la dirección de la empresa se vio obligada a ceder. (Tomuschat, 2003)

Aunque la cúpula del SMATA estuvo terminantemente en contra del paro, llegó a la conclusión de que el secuestro sirvió como “carta de negociación”:

Desde el punto de vista gremial, fue una huelga sin objetivos, es decir, fue una acción provocativa arteralmente amañada por agitadores profesionales con el único fin de usar a los trabajadores como “cobayos” de una experiencia sediciosa. El apoyo prestado al conflicto por una organización extremista, el posterior “secuestro” de un directivo empresario como carta de negociación y la “solución” pactada como desenlace del diferendo, constituyen la mejor prueba de ello.³²

La gran mayoría de los datos recolectados se acercan a la idea de que el secuestro –en mayor o menor medida– favoreció a los huelguistas en el enfrentamiento. Lo que coincide con el derrotero de la disputa: el 24 se ejecuta la detención, el 27 la empresa empieza a ceder, el 28 se hace una gran marcha hacia el Ministerio de Trabajo y el 29 se realiza una masiva movilización a la casa central. Allí, en la negociación entre el “grupo de los 9” y la gerencia, los obreros obtienen todas sus reivindicaciones y la medida de fuerza termina en victoria.

La evidencia empírica presentada permitiría confirmar la hipótesis

31. Entrevista realizada a “Federico” el 19 de septiembre de 2015.

32. José Rodríguez, “SMATA: A la opinión pública del país”, *Clarín*, 6 de noviembre de 1975, p. 16.

planteada al inicio del artículo: la operación de Montoneros fortaleció la posición de los trabajadores en la contienda.

Resta ver cuál fue el apoyo que suscitó la acción por parte de los obreros. Si bien conseguir el dato con precisión escapa a las posibilidades de la investigación, con la triangulación de diversas fuentes se puede obtener una estimación.

La mayoría de los datos secundarios coinciden en el apoyo que recibió el rapto por parte de un sector movilizado de los trabajadores de la empresa. Que un dirigente del PST, una organización opuesta a este tipo de actividad, haya afirmado en un artículo exclusivamente abocado a la operación guerrillera que la vanguardia de MBA vio con simpatía el secuestro indicaría esta cuestión.³³

Una fuente secundaria que dio una versión distinta fue el periódico *Nueva Hora*, el cual sostuvo que “algunos compañeros” condenaban “el terrorismo”. Pero definitivamente no hay evidencia para creer que fue una visión mayoritaria en la fábrica, más cuando esos “algunos compañeros” utilizaban una terminología similar a la de la línea editorial del PCR, como el poco usual “enjambre prorruso”.³⁴

Por otro lado, las entrevistas a ex trabajadores realizadas en la actualidad permiten complejizar más la cuestión. Un dispositivo como una entrevista semiestructurada genera que en los distintos discursos de los obreros se entremezcle pasado y presente, las opiniones actuales con las de hace cuarenta años. Por ejemplo, “Juan”, militante de PB en ese momento, considera:

En realidad yo creo que la opinión estaba un poco dividida. Después cuando lo charlamos con muchos compañeros dijeron: “no, porque estuvo mal, qué se yo”. Sí, en realidad si uno se lo poner a ver es querer reemplazar una fuerza que no tiene. Ahora después si uno piensa que era un tipo que fue criminal de guerra, no sé si estuvo tan mal, porque era un nazi.³⁵

“Federico” sostuvo:

Nosotros formábamos parte de un comité de lucha y veíamos que estaba bien porque ayudaba a lograr nuestros objetivos.

33. No era frecuente que el partido de Nahuel Moreno afirme que los trabajadores apoyaban el accionar armado. Por ejemplo, Santella (2009) relata cómo en un conflicto en Villa Constitución sucedido meses antes, el PST, en sus publicaciones escritas, afirmó que los obreros metalúrgicos repudiaban la ejecución por parte de Montoneros de un subjefe de policía. Rechazo que, según relata el investigador, no fue tal.

34. “Se acabó la paciencia”, *Nueva Hora*, 29 de octubre al 4 de noviembre de 1975, p. 5.

35. Entrevista realizada a “Juan” el 20 de julio de 2015.

Ahora en el conjunto de la gente, no quiero decir que sí, pero yo creo que al ver los resultados, menos los que eran abiertamente partidarios del sindicato, estaban de acuerdo, o al menos lo vieron con simpatía. En ese momento eran muchos los secuestros que se daban a los empresarios.³⁶

Por su parte, “Pedro”, militante del PRT, opina que “el trabajador como yo lo aplaudimos. El hecho no está criticable. Lo que está criticado es el momento, esa oportunidad, el momento no era el propicio, tenían que haber elegido otro momento”.³⁷

El testimonio de “Juan” permite pensar que dentro de los 4.000 operarios existieron posiciones divergentes. Pero no da muchas pistas sobre cómo era cada grupo.

Quizá ayuda a precisar esta información el testimonio de “Federico”. El comité de lucha era un espacio organizativo que reunía al activismo más movilizadado de la fábrica, por lo que sus palabras incentivan a pensar que el sector que apoyó la detención no estuvo caracterizado por su falta de participación sindical. Pero, para “Federico”, la simpatía no se redujo a ese espacio específico, sino que tuvo un alcance mayor hacia “el conjunto de la gente”.

Un dato sugestivo de la opinión de “Federico” reside en que él se oponía al peronismo como movimiento (“Volvió Perón [...] y de ahí salió una lucha más profunda de lo que era la idea del peronismo y de lo que éramos nosotros”),³⁸ pero aun así consideró que la acción de Montoneros “servía para la causa”.³⁹

Por último, si bien “Pedro” se opuso al momento en que se llevó a cabo el secuestro (“El hecho no está criticable. Lo que está criticado es el momento”), sus palabras abonan la idea de que un sector vio con simpatía la maniobra guerrillera (“el trabajador como yo lo aplaudimos”).

En resumen, aunque no se puede obtener con exactitud el grado de apoyo que suscitó el secuestro de un alto ejecutivo, la triangulación de las múltiples fuentes nos acerca a pensar que dentro de los 4.000 operarios de la terminal alemana existieron visiones divergentes. Y posiblemente el sector que apoyó la operación guerrillera era uno de los más movilizadados de la fábrica. Incluso, habría indicios de que la aprobación no se redujo solamente a ese grupo específico.

36. Entrevista realizada a “Federico” el 19 de septiembre de 2015.

37. Entrevista realizada a “Pedro” el 15 de abril de 2013.

38. Entrevista realizada a “Federico” el 19 de septiembre de 2015.

39. Ídem.

Conclusiones

En la primera parte de la década del 70 en Argentina fueron numerosas, de diverso tipo y con resultados disímiles las intervenciones armadas de las OPM durante los enfrentamientos obrero-patronales. De esta manera, la relación entre acciones guerrilleras y conflictos obreros es un aspecto no menor del vínculo entre el movimiento obrero y la violencia política.

Un debate posible es la manera de interpretar este fenómeno social, es decir, ver desde qué postura partir para dar cuenta del problema de una forma que considere sus matices y tensiones.

El gigante invertebrado: los sindicatos en el gobierno, Argentina 1973-1976 (Torre, 2004), cuya primera aparición data de 1983, e *Insurgencia obrera en la Argentina 1969-1976* (Werner y Aguirre, 2009) son libros que trataron de manera aguda algunos elementos de la relación entre el movimiento obrero y la violencia política. Más allá de tratarse de tan solo dos ejemplos dentro de un cuerpo bibliográfico mucho más vasto, la riqueza de sus análisis, su mirada de largo alcance y la amplia difusión de sus planteamientos invitan a reflexionar sobre ellos. El interrogante que surge es: ¿desde qué perspectiva analizaron los diversos aspectos que hacen al vínculo mencionado? No se trata, aclaramos, de realizar un proceso inductivo a partir de un caso, sino, más bien, ver desde qué enfoque se investiga la temática.

Para el primer autor existen dos lógicas distintas, la de los conflictos sociales y la de la violencia, cancelando las posibles relaciones entre ambas. Por ejemplo, sostiene: “Creemos que durante ese período es posible hablar de conflictos sociales, en otras palabras, que quienes se propusieron llevar al país a una situación en la que la lógica de la violencia aboliera la lógica de los conflictos sociales no lo lograron” (Torre, 2004: 132).

Esta afirmación de Torre permite preguntarnos: partir de tan radical distinción entre ambas “lógicas”, en donde la violencia es externa al conflicto y es impuesta por sujetos ajenos a él, ¿es la mejor manera para comprender la dimensión violenta que tuvieron algunos conflictos sociales?

Un enfoque distinto para pensar la relación entre el movimiento obrero y la violencia política en la primera parte de la década del 70 en Argentina quizá es posible de ser construido desde la sugerencia de Adolfo Sánchez Vázquez, para quien “la lucha de clases se desarrolla históricamente con un coeficiente mayor o menor de violencia” (Sánchez Vázquez, 2003: 434). En este sentido, ¿no sería más provechoso considerar que la propia “lógica” del enfrentamiento puede llevar a que cuando éste se agudiza adquiera una forma violenta?

Por su parte, el libro *Insurgencia obrera en la Argentina, 1969-1976* considera que la lucha de clases en su propio desarrollo puede tornarse violenta:

Cuando se habla del período abierto por la eclosión cordobesa, todas las visiones tienden a coincidir en que en aquellos años el enfrentamiento entre civiles, la división en bandos de la sociedad y la dura lucha de clases constituían un cuadro general de violencia política. (Werner y Aguirre, 2009: 36).

Pero aíslan la actividad de los agrupamientos guerrilleros de la lucha de clases. De esta manera los autores consideran, por ejemplo, que “la acción de las organizaciones armadas, centralmente Montoneros y ERP, era también un elemento presente en la política nacional. Pero el proceso más dinámico se dará en el terreno de la lucha de clases” (Werner y Aguirre, 2009: 34).

Más que hablar de una absoluta ajenidad entre lucha armada y lucha de clases, ¿no ayudaría, para dar cuenta de los enfrentamientos sociales sucedidos en la primera parte de la década del 70 en Argentina, pensar el accionar militar de las OPM como *una* de las diversas formas que adquirió la lucha de clases cuando ésta tomó algún grado de violencia? Quizá ahondar en esta última cuestión evitaría tanto reducir la lucha de clases a la actividad guerrillera como excluir a las operaciones armadas de las OPM de ella.

Exponer una huelga como la de MBA induce a reflexionar sobre estos interrogantes planteados. Al señalar, a contracorriente de las visiones más difundidas, que la intervención armada durante conflictos obreros no necesariamente funcionó como un impedimento a la lucha de los trabajadores argentinos en la década del 70, se puede plantear el debate sobre las diferencias que existieron entre los casos en que operó como obstáculo y en los que no fue así. En este sentido finalizamos preguntándonos: ¿qué es lo que hizo que en Mercedes Benz la lucha guerrillera abone a la movilización obrera? ¿Por qué se dio de esa manera en este caso y en otros la actividad armada complicó la posición de los trabajadores en lucha?

Bibliografía

- Balvé, Beba C. *et al.* (2007), *Lucha de calles, lucha de clases*, Buenos Aires: RyR.
- Basualdo, Victoria, y Federico Lorenz (2012), “Los trabajadores industriales argentinos en la primera mitad de la década del 70: Propuestas para una agenda de investigación a partir del análisis comparativo de casos”,

- Páginas. *Revista Digital de la Escuela de Historia*, año IV, n° 6, Rosario, pp.123-157.
- Brennan, James (1996), *El Cordobazo: las guerras obreras en Córdoba, 1955-1976*, Buenos Aires: Sudamericana.
- Cotarelo, María Celia, y Fabián Fernández (1998), *Huelga general con movilización de masas. Argentina, junio y julio de 1975*, Buenos Aires: PIMSA.
- Gilly, Adolfo (1990), "La anomalía argentina (Estado, corporaciones y trabajadores)", en Pablo González Casanova (comp.), *El Estado en América Latina: teoría y práctica*, México: Siglo XXI, pp. 187-213.
- Izaguirre, Inés (2009), *Lucha de clases, guerra civil y genocidio en la Argentina, 1973-1983: Antecedentes, desarrollo, complicidades*, Buenos Aires: Eudeba.
- James, Daniel (1990), *Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora Argentina, 1946-1976*, Buenos Aires: Sudamericana.
- Kroll, Hans Gundermann (2008), "El método de los estudios de caso", en M.L. Tarrés (coord.), *Observar, escuchar y comprender*, México: El Colegio de México, pp. 278-317.
- Löbbe, Héctor (2006), *La guerrilla fabril. Clase obrera e izquierda en la coordinadora de zona norte del Gran Buenos Aires (1975-1976)*, Buenos Aires: RyR.
- Marín, Juan Carlos (2007), *Los hechos armados. La acumulación primitiva del genocidio. Argentina, 1973-1976*, Buenos Aires: La Rosa Blindada.
- Sánchez Vázquez, Adolfo (2003), *Filosofía de la praxis*, México: Siglo XXI.
- Santella, Agustín (2009), "Las guerras obreras en la Argentina. Villa Constitución, 1973-1975", en Inés Izaguirre (comp.), ob. cit., pp. 286-308.
- Tomuschat, Christian (2003), "Mercedes Benz Argentina durante la dictadura militar (1976-1983)", *Informe*, p. 36.
- Torre, Juan Carlos (2004), *El gigante invertebrado. Los sindicatos en el gobierno. Argentina, 1973-1976*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- Weber, Gabriela (2005), *La conexión alemana. El lavado de dinero nazi en Argentina*, Buenos Aires: Edhasa.
- Werner, Ruth, y Facundo Aguirre (2009), *Insurgencia obrera en Argentina, 1969-1976. Clasismo, coordinadoras interfabriles y estrategias de izquierda*, Buenos Aires: Ediciones IPS.

* * *

Título: Labor conflict and guerrilla action. The strike in Mercedes Benz Argentina in 1975 and the kidnapping of a nazi

Resumen: El presente artículo trata sobre la relación entre el movimiento obrero y la violencia política, específicamente la vinculación entre conflictos obreros y acciones guerrilleras. Para ello, se toma como caso la huelga sucedida en Mercedes Benz Argentina (MBA) en octubre de 1975 durante la cual Montoneros secuestró al gerente de producción como forma de apoyo a los trabajadores.

Palabras clave: conflicto obrero – violencia política – industria automotriz – acción sindical

Abstract: This article is about the relation between workers movement and political violence, specifically the bonding between labor conflict and guerrilla action. To discuss about that we take the case of the strike that hapened on october of 1975 in Mercedes Benz factory located in Argentina, during the strike Montoneros kidnapped the production manager.

Keywords: labor conflict – political violence – automotive industry – trade union action

Recepción: 12 de mayo de 2016. **Aprobación:** 28 de agosto de 2016.

ARTÍCULOS

El subdesarrollo en los marxistas clásicos

Claudio Katz

UBA - Conicet

www.lahaine.org/katz

Lenin, Luxemburg y Trotsky actuaron en un escenario de crisis, guerras y revoluciones. A principios del siglo XX las grandes potencias rivalizaban por conquistar territorios y asegurar la provisión de materias primas. Colocaban excedentes en mercados que operaban a escala mundial, mientras el comercio crecía más rápido que la producción y la modernización del transporte enlazaba todos los rincones del planeta.¹

Inglaterra podía neutralizar a su viejo rival francés, pero confrontaba con el nuevo competidor alemán y soportaba la creciente pérdida de posiciones frente a Estados Unidos. Los grandes litigios involucraban a la agresiva potencia nipona y a los declinantes imperios otomano, austro-húngaro y ruso. Aumentaban los conflictos en las regiones disputadas y los recursos comprometidos en las contiendas superaban todo lo conocido.

Los contrincantes propagaban la ideología imperial. Ponderaban las incursiones armadas, las masacres de nativos y la apropiación de tierras. Presentaban la instalación de colonos y la denigración racial como actos normales de civilización. Silenciaban, además, las tradiciones humanistas forjadas en el rechazo a la esclavitud.

En los años que precedieron al estallido de la Primera Guerra Mundial, las metrópolis sometieron a las economías subdesarrolladas a sus prioridades de acumulación. Impusieron el predominio de sus manufacturas, aprovechando el abaratamiento de los medios de comunicación y la elevada rentabilidad de la inversión foránea. En una economía internacional más entrelazada y polarizada, la brecha entre países avanzados y retrasados se ensanchó abruptamente.

Los tres líderes del marxismo revolucionario se desenvolvían en partidos socialistas de dos países involucrados en las confrontaciones

1. Hemos analizado la etapa precedente en Katz (2016).

imperiales. El capitalismo germano había llegado tarde al reparto colonial y necesitaba mercados para continuar su crecimiento industrial. La vieja nobleza gestionaba con la nueva burguesía un sistema autocrático erosionado por grandes conquistas sociales.

El imperio zarista afrontaba contradicciones equivalentes. Combinaba pujanza industrial con subdesarrollo agrario y expansión fronteriza con subordinación a las principales potencias. La monarquía tambaleaba frente a la efervescencia revolucionaria de los obreros, campesinos e intelectuales.

Justificaciones del colonialismo

Luxemburg lideraba la izquierda del socialismo alemán en disputa con la derecha (Bernstein) y el centro (Kautsky). El sector más conservador consideraba que el capitalismo era perfectible, a través de mejoras logradas con mayor representación parlamentaria. Enaltecía el libre comercio y avalaba la expansión externa (Bernstein, 1982: 95-127, 142-183).

Esta vertiente propiciaba la integración de los pueblos subdesarrollados a la civilización occidental y resaltaba las ventajas del colonialismo para “educar a las culturas inferiores”. Algunos dirigentes (Van Kol) justificaban la tutela de los nativos señalando que “los débiles e ignorantes no podían autogobernarse”. Otros (David) promovían una “política colonial socialista”.

Estas posturas tenían severas consecuencias políticas. Frente a las masacres imperiales en Turquía, Bernstein convalidó el “enjuiciamiento de los salvajes para hacer valer los derechos de la civilización”. También aprobó los crímenes de Inglaterra en la India y su colega Vandervelde exigió la anexión del Congo a Bélgica (Kohan, 2011: 303-309).

La derecha socialdemócrata estimaba que el progreso social se alcanzaba en cada país cuando los obreros conquistaban la ciudadanía. Para aplicar este principio reintrodujo el nacionalismo en contraposición a las tradiciones cosmopolitas de la I Internacional.

Bernstein postuló una distinción entre nacionalismo sociológico de las zonas civilizadas y nacionalismo étnico de las colonias. Ponderó la primera variante y rechazó las demandas de soberanía del segundo grupo, retomando las teorías de los “pueblos sin historia”.

Esta erosión del internacionalismo tuvo además un sustento social en los cambios registrados al interior de la II Internacional. Los nuevos trabajadores llegados de las provincias eran más permeables a la propaganda nacionalista que el viejo artesanado migrante.

Las corrientes socialistas del centro rechazaron inicialmente esos planteos. Objetaban las atrocidades del colonialismo, denunciaron el militarismo y refutaron las tesis aristocráticas de superioridad de un

pueblo sobre otro. Pero con el paso del tiempo morigeraron esos cuestionamientos y desarrollaron una concepción intermedia de crítica y aceptación del colonialismo (Kautsky, 2011a).

Kautsky subrayaba las ventajas de sustituir la política imperial por estrategias de convivencia. Instaba a las clases dominantes a observar los efectos económicos negativos del expansionismo y proponía otro rumbo de negocios para la acumulación de capital. Con este mensaje divorciaba la política colonial de su fundamento competitivo e imaginaba formas de capitalismo ajenas a la rivalidad por el lucro (Kautsky, 2011b).

El líder del centro postulaba la existencia de modalidades regresivas y benévolas de imperialismo y diferenciaba las formas coloniales negativas de sus vertientes aceptables. Denunciaba la ineficiencia y corrupción de Inglaterra y Alemania en sus posesiones africanas, pero ponderaba la colonización moderna en las áreas de clima templado (Estados Unidos, Australia). Olvidaba que esas vertientes se consumaron mediante el genocidio de la población local (Howard y King, 1989: 67-68, 92-103).

Kautsky auspiciaba formas de colaboración entre dominadores y dominados. Propiciaba la ayuda de los países centrales a las colonias. Por eso interpretó primero que la pertenencia de la India al universo británico favorecía a ambas naciones (1882). Luego aceptó la lucha del primer país por su soberanía, pero sin apoyar esa resistencia.

Al igual que el primer Marx suponía que la emancipación de las colonias sería un resultado de avances socialistas en el centro. Pero concebía esa meta como un devenir evolutivo y descartaba la participación de la periferia en ese proceso. Ese naturalismo objetivista tuvo dramáticas consecuencias en 1914-1917 (Kautsky, 1978).

La postura revolucionaria

Luxemburg coincidió inicialmente con Kautsky en las críticas al paternalismo colonial, pero reivindicó la resistencia popular en las colonias y convocó al apoyo activo de las rebeliones en Persia, India y África (Luxemburg, 2011).

Trotsky y Lenin compartieron esa actitud. Retomaron el legado del segundo Marx, retrataron el efecto devastador del colonialismo y recalcaron la doble función de la lucha antiimperial. Señalaron que esa resistencia confrontaba con el enemigo principal y fomentaba la conciencia socialista de los trabajadores metropolitanos.

La izquierda objetaba, además, la idealización del libre comercio frente al avance del proteccionismo y rechazaba la primacía otorgada a los parámetros del derecho para evaluar la política exterior. Subrayaba los intereses en juego de los capitalistas (Day y Gaido, 2011).

La ruptura se desencadenó con el estallido de la Primera Guerra Mun-

dial. La derecha se sumó a la contienda imperial y el centro convalidó esa capitulación. El viejo argumento de defender el proceso democrático germano frente al acoso exterior era insostenible. Alemania ya actuaba como potencia y exhibía abiertamente sus ambiciones coloniales.

Kautsky intentó evitar el conflicto con gestiones de desarme y prédicas a favor de las inversiones afectadas por la guerra. Cuando sus argumentos fueron desoídos se resignó a convalidar el conflicto.

La crítica de Luxemburg fue fulminante. Durante años había subrayado la ingenuidad de las tesis pacifistas frente a la evidencia de una próxima guerra (Luxemburg, 2008: 258-265). Lenin adoptó la misma actitud. Reconocía la asociación internacional entre burguesías y el carácter pernicioso del negocio bélico que describía Kautsky. Pero rechazaba las ilusiones en la distensión ante la inminente conflagración. También Trotsky coincidía con ese diagnóstico. Estimaba que la estrechez de las economías nacionales en un capitalismo mundializado conducía al desemboque bélico.

La guerra interimperialista precipitó una división entre revolucionarios y reformistas que se consolidó con la revolución rusa. Este acontecimiento trastocó el universo de los socialistas.

Durante años los marxistas habían discutido la forma que adoptaría la democratización pos-zarista. La corriente afin a Bernstein (Tugan, Bulgakov) promovía reformas liberales complementadas con demandas económico-sindicales de los trabajadores.

La vertiente próxima a Kautsky (Plejanov, mencheviques) proponía alianzas con la burguesía para desarrollar el capitalismo. Presentaba esa maduración de las fuerzas productivas como una condición para cualquier evolución ulterior. Suponía que los sujetos sociales se adaptarían pasivamente a esas exigencias de la economía.

Por el contrario, Lenin auspiciaba el jacobinismo agrario mediante la nacionalización de la propiedad de la tierra, para sumar a los campesinos a una revolución democrática encabezada por los obreros. Imaginaba un proceso político radical, mientras emergían las condiciones para un avance hacia el socialismo (Lenin, 1973: 20-99).

Trotsky compartía esta actitud, pero en la revolución de 1905 notó el gran protagonismo del proletariado y sus nuevos organismos (soviets). Estimó que esa preeminencia bloqueaba todos los espacios para la expansión del capitalismo (Trotsky, 1975).

Cuando el zarismo finalmente colapsó en plena guerra mundial y los soviets reaparecieron, Lenin radicalizó su enfoque, convergió con Trotsky y lideró la revolución bolchevique. Con algunas objeciones tácticas, Luxemburg se sumó a una gesta que derivó en la creación de los partidos comunistas y la III Internacional.

El debut del socialismo fuera de Europa Occidental alteró las teorías

de paternalismo colonial, protagonismo de los países desarrollados y subordinación de las regiones atrasadas a los ritmos de Occidente. El nuevo modelo revolucionario replanteó todos los supuestos de la relación centro-periferia.

Derechos de autodeterminación

En la época de Lenin la soberanía era la principal demanda política de las naciones periféricas. En Europa Oriental chocaba con el zarismo (que había forjado una cárcel de pueblos fronterizos) y con el imperio austrohúngaro, que albergaba una compleja variedad de naciones dominantes, intermedias y sojuzgadas (alemanes, húngaros, ucranianos). Frente a los Estados ya constituidos de Europa Occidental, crecía la exigencia de crear también en el oeste esos organismos.

Pero ese anhelo coexistía con otra variedad de nacionalismos chauvinistas, propiciados por las potencias para justificar sus conquistas. Esta ideología utilizaba argumentos extraídos de las mitologías nacionales, que se asemejaban a los expuestos por los pueblos sometidos. Con esas teorías los imperios enarbolaban derechos de dominación y los oprimidos exigían su liberación (Hobsbawm, 2000: cap. 4).

En este rompecabezas, Lenin postuló el derecho de cada nación a crear su propio Estado. Su objetivo era alentar las confluencias de los pueblos sojuzgados con la clase obrera. Buscaba reducir las tensiones nacionales, étnicas y religiosas que promovían los opresores externos y locales para consolidar su hegemonía (Lenin, 1974a: 7-14, 15-25).

El dirigente bolchevique auspiciaba el empalme de las resistencias a la opresión nacional y social. Promovió la autodeterminación al observar la forma positiva (y pacífica) en que se resolvió la separación de los noruegos de Suecia (Lenin, 1974b: 99-120).

El líder comunista también notó cómo la conciencia nacional y social se retroalimentaba a través de reclamos inmediatos y exigencias de soberanía. A diferencia de los nacionalistas, no le asignó a la autodeterminación una jerarquía superior a las demandas sociales. Acotó su alcance y subrayó la inconveniencia de organizar separadamente a los obreros socialistas de distintas nacionalidades en los países que contenían esa diversidad. Promovía agrupamientos unificados para alentar una cultura internacionalista entre el proletariado.

El derecho a la autodeterminación que Lenin auspiciaba no era idéntico a su aprobación. Señalaba que la conveniencia de una secesión debía dirimirse en cada caso, tomando en cuenta los riesgos de sintonizar con las estrategias imperiales. Por eso proponía evaluar cuidadosamente a las fuerzas actuantes en cada escenario.

Con este enfoque el dirigente comunista aportó una brújula para

dirimir el carácter progresivo o regresivo de cada movimiento nacionalista. Se debía responder qué movimiento (o acción) favorecía el objetivo socialista.

El líder soviético desarrolló su planteo en polémica con las corrientes socialdemócratas del imperio austrohúngaro opuestas a la autodeterminación. Estas vertientes proponían la autonomía cultural de cada conglomerado en un marco federativo, subrayando la perdurabilidad histórica de las naciones en un futuro socialista.

Los *austromarxistas* rechazaban la tradición cosmopolita del primer Marx y su expectativa de disolución poscapitalista de las naciones. Avalaban la asociación de los obreros en secciones separadas y resaltaban la dimensión subjetiva de la nación (Lowy, 1998: 49-50).

Lenin también polemizó con el internacionalismo puro de Luxemburg, que cuestionaba todas las formas de separatismo. Ella estimaba que los países sometidos (Polonia) estaban económicamente integrados a las potencias dominantes (Rusia) y carecían de margen para un desarrollo autónomo. Consideraba que en ese marco dependiente la soberanía era ilusoria (Luxemburg, 1977: 27-176).

Esa factibilidad o inviabilidad de trayectorias económicas autónomas era para Lenin un curso imprevisible. Objetaba las especulaciones sobre el tema y exigía dirimir si un pueblo tenía o no derecho a definir su porvenir nacional. Resaltaba la primacía de esta definición política (Lenin, 1974b: 99-120).

Luxemburg también señalaba que el derecho a la autodeterminación nacional afectaba la unidad de los trabajadores y a la prioridad de sus intereses de clase. Pero Lenin respondía resaltando la existencia de múltiples formas de opresión (nacional, racial) que debían confluir con la batalla social. Señalaba que esa convergencia requería explicitar que ninguna nación tiene derecho a sojuzgar a otra.

Pilares del antiimperialismo

La política de autodeterminación para Europa Oriental inspiró la estrategia antiimperialista cuando la problemática nacional se desplazó a Oriente. Este giro sucedió al frustrado intento inicial de repetir con ensayos revolucionarios (Alemania, Hungría) el modelo soviético en el Viejo Continente.

Los magros resultados de ese ensayo y la irrupción de grandes sublevaciones en Asia determinaron el viraje comunista hacia la revolución colonial. En el primero (1920) y cuarto congreso (1922) de la III Internacional se definieron políticas de liberación nacional, para confrontar con el imperialismo clásico (Inglaterra, Francia) y renovado (Japón, Estados Unidos) (AA.VV., 1973: 46-128; Munck, 2010).

La distinción entre nacionalismo regresivo y progresivo fue nuevamente expuesta en oposición a las teorías intervencionistas, que alegaban protección de las comunidades pertenecientes a un mismo tronco étnico, cultural o idiomático. Lenin resaltó el proceso opuesto de despojo implementado por los ocupantes externos y objetó todos los debates abstractos sobre legitimidades y derechos en disputa.

El revolucionario ruso propuso definir quiénes eran los dominadores y dominados en cada conflicto. En lugar de indagar la identidad francesa, china o malaya de cada individuo subrayó el papel objetivo de las potencias y las semicolonias. Precisó el rol de los distintos nacionalismos por su función estabilizadora o desafiante del orden imperial, retomando las ideas desarrolladas en los debates sobre Europa Oriental.

Lenin buscaba construir puentes entre el comunismo y el nacionalismo antiimperialista de China, India y el mundo árabe. Retomó las críticas al puritanismo proletario de los objetores de la lucha nacional (Piatakov), que resucitaban el cosmopolitismo ingenuo del siglo XIX (“abajo las fronteras”). Se distanció de todas las especulaciones sobre la autonomía económica de India o Egipto y puso el acento en las demandas populares de soberanía (Lenin, 1974b: 120-122).

La principal innovación de la estrategia comunista del periodo fue la distinción entre vertientes conservadoras (“democrático-burguesas”) y radicales (“nacionalistas revolucionarias”) de los movimientos anticoloniales. El primer grupo expresaba a las clases dominantes de la periferia y el segundo a los sectores empobrecidos. Las conductas conservadoras de las nacientes burguesías contrastaban con el empuje radical de los desposeídos. Ambos promovían la independencia nacional, pero con finalidades sociales diferentes (Claudín, 1970: cap. 4).

El curso contrapuesto de las “revoluciones por arriba y por abajo” confirmó esa distinción. En las primeras décadas del siglo XX, Turquía fue el principal escenario del primer sendero, a través de golpes militares reformistas e iniciativas modernizadoras de las elites. En México prevaleció el segundo rumbo con gran protagonismo de los campesinos.

Los movimientos democrático-burgueses pretendían reordenar el capitalismo, aumentando la influencia de los dominadores locales en la alianza con el capital extranjero. Los nacionalistas revolucionarios postulaban, en cambio, proyectos antiimperialistas en conflicto con esa reorganización. La III Internacional propició el acercamiento a esas corrientes para apuntalar el objetivo socialista.

Desarrollo desigual

Lenin atribuía la ampliación de la brecha entre economías avanzadas y retrasadas al desarrollo desigual. Desarrolló este concepto en

contraposición a la metodología evolucionista de Bernstein y Kautsky, que imaginaban una repetición en la periferia del sendero transitado por los países centrales.

El líder bolchevique consideraba que ese curso lineal había quedado sepultado por las turbulencias de la era imperial. Estimaba que la rivalidad entre potencias desestabilizaba la acumulación, exacerbaba las contradicciones del capitalismo y socavaba el escenario armónico concebido por el reformismo (Davidson, 2010).

Lenin explicaba las desventuras de la periferia por las asimetrías históricas del desarrollo desigual. Ilustraba cómo ese proceso determinó la sustracción de recursos financieros y la absorción de utilidades de las colonias. Describió múltiples mecanismos de despojo soportados por los proveedores de materias primas y señaló que eran duramente afectados por cualquier temblor de los mercados (Lenin, 2006).

Esta teoría del eslabón débil aportó argumentos para las interpretaciones exógenas de la polarización mundial. Demostró que el bloqueo al desenvolvimiento soportado por los países atrasados era consecuencia directa del reparto colonial.

Lenin transformó la hipótesis de obstrucción a la industrialización de la periferia sugerida por el segundo Marx en una tesis de plena sofocación. Su caracterización sintonizaba con el escenario bélico de principio del siglo XX, dominado por potencias que arrasaban territorios para garantizar su control de los mercados.

Pero en sus estudios del agro ruso el dirigente de los soviets también evaluó la dimensión endógena del atraso. Analizó cómo la renta apropiada por la nobleza estancaba la producción y empobrecía a los campesinos. Debatió dos remedios para ese ahogo antes de la revolución bolchevique: el modelo prusiano de inversión comandada por los terratenientes y el camino americano de distribución de la tierra, eliminación de la renta absoluta y desenvolvimiento con *farmers* (Lenin, 1973: 20-99).

En la primera etapa del revolucionario ruso (1890-1914), las explicaciones del atraso estaban focalizadas en procesos nacionales y agrarios. En el segundo período (1914-1922), predominaron las caracterizaciones de la descapitalización padecida por la periferia. En un contexto resaltó la primacía de causas endógenas del subdesarrollo y en el otro puso el acento en los determinantes exógenos. Pero siempre priorizó la dimensión política de los problemas en debate. Los diagnósticos centrados en el atraso agrario aportaban fundamentos a la revolución democrática contra el zarismo. Los estudios de la confiscación colonial apuntalaban propuestas antiimperialistas.

Lenin evaluó distintos grados de dependencia política para demostrar su incidencia en el atraso sufrido por cada país. Distinguió tres variedades de sujeción administrativa, sometimiento económico y subordinación

de las clases dominantes locales. Con estos parámetros diferenció el carácter colonial de África, semicolonial de China y capitalista dependiente de Argentina.

El dirigente de los soviets remarcaba el rol de los agentes, compradores o socios menores de la dominación imperial, para explicar distintos niveles de autonomía política local frente al opresor externo. También analizó la situación de potencias intermedias (Rusia, Turquía, Italia), que no cuadraban con la simple divisoria entre imperios y colonias.

Todas las precisiones analíticas del dirigente bolchevique apuntaban a definir estrategias revolucionarias. Exhibió una extraordinaria flexibilidad política en el uso de ese instrumental. En 1917 transformó su estrategia de revolución democrática en socialista y en los años 20 auspició el desplazamiento de las prioridades comunistas de Europa a Oriente. También revisó de hecho sus críticas a las tesis populistas de inviabilidad del capitalismo ruso.

Lenin demostró una gran capacidad para enmarcar las teorías sociales y los procesos económicos en estrategias políticas. Supo considerar varias alternativas revolucionarias y optar por la más adecuada para cada coyuntura.

Etapas e imperialismo

El dirigente comunista inscribió la relación centro-periferia en su teoría del imperialismo, como nueva etapa del capitalismo. Introdujo esa periodización, complementando la distinción estudiada por Marx entre el origen y la formación del capitalismo.

La existencia de etapas históricas comenzó a debatirse durante la recuperación que sucedió a la depresión de 1873-1896. Frente a Bernstein –que postulaba la paulatina desaparición de las crisis– y Kautsky –que resaltaba su continuidad– Lenin señaló la vigencia de un nuevo periodo. Este concepto fue ampliamente desarrollado por el pensamiento marxista posterior (Katz, 2009: 129).

El líder bolchevique remarcó varios rasgos de la etapa imperialista: preeminencia del proteccionismo, hegemonía financiera, gravitación de los monopolios y peso creciente de las inversiones externas. Retomó la importancia asignada por Hilferding al entrelazamiento de industriales y banqueros con la burocracia estatal. También recogió la supremacía señalada por Hobson de las altas finanzas (Lenin, 2006).

El revolucionario ruso dedujo su enfoque de teorías de la crisis basadas en desproporcionalidades y sobreproducción, que expusieron Hilferding y Kautsky. Posteriormente privilegió la tesis de Bujarin del parasitismo financiero y la competencia nacional con alta intervención del Estado.

Pero el centro de su mirada sobre el imperialismo no estaba localizado en caracterizaciones económicas, sino en diagnósticos de inminente confrontación bélica. El contexto omnipresente de la guerra determinó su concepción.

El impacto de sus ideas se explica por ese acierto político. No aportó sólo denuncias. Planteó una crítica demoledora a la expectativa pacifista de evitar la conflagración mediante ingenuas convocatorias al desarme. En ese cuestionamiento Lenin convergía con Luxemburg y chocaba con Kautsky e Hilferding. Las diferencias teóricas en torno al subconsumo (en el primer caso) y las afinidades sobre la dinámica de la crisis (en el segundo), constituían problemas menores en comparación al dilema de la guerra.

Muchas lecturas posteriores olvidaron esa primacía política del texto y sobrevaloraron las caracterizaciones económicas. Proyectaron además a todo el siglo XX una evaluación acotada al periodo de entreguerras.

Esa extrapolación condujo a décadas de dogmatismo y marxismo repetitivo. Se tornó habitual postular la invariable vigencia de lo dicho por Lenin y se intentó actualizar sus afirmaciones con datos de proteccionismo, primacía financiera o confrontación guerrera. Esa reiteración omitió que los dos rasgos centrales de esa tesis –estancamiento y guerra interimperial– no constituyen rasgos permanentes del capitalismo. En nuestro libro sobre el tema trazamos un balance de esas discusiones (Katz, 2011: cap. 1).

Nuestra evaluación ha sido impugnada por su “ruptura definitiva con la visión leninista”. Esta objeción reitera el supuesto de inmutable validez de lo postulado en 1916 para toda la centuria posterior (Duarte, 2013).

Para demostrar ese congelamiento del capitalismo nuestros críticos resaltan la continuada preeminencia de los bancos, como si un lapso tan prolongado de múltiples procesos industriales no hubiera alterado esa supremacía. Asignan la misma gravitación al proteccionismo, desconociendo la intensidad de la liberalización comercial y el entrelazamiento internacional de los capitalistas. También remarcan la centralidad de la guerra, olvidando que las confrontaciones entre las principales potencias fueron reemplazadas por agresiones imperiales de alcance hegemónico o global.

Con el mismo criterio de ciega fidelidad al texto original resaltan la sustitución de la competencia por los monopolios, desconociendo el carácter complementario de ambos rasgos y la vigencia de la concurrencia bajo el capitalismo. Olvidan que el comportamiento de los precios no está sujeto a simples concertaciones, sino a un ajuste objetivo guiado por la ley del valor.

Además, remarcan la sostenida primacía del rentismo omitiendo que los principales desequilibrios del sistema se generan en el área produc-

tiva. Esas tensiones no provienen del parasitismo, sino del dinamismo descontrolado del capital.

La lealtad formal a Lenin suele exigir un ritual recordatorio del imperialismo “como última etapa del capitalismo”. Se olvida que esa evaluación fue realizada en vísperas de la revolución rusa, apostando a mayores victorias en el resto del mundo. Lenin nunca pensó ese título como un estribillo válido para cualquier momento y lugar.

La tesis de la decadencia sistémica que postuló el líder bolchevique estaba también inspirada en la esperanza de próximos triunfos del socialismo. No formulaba diagnósticos de colapsos divorciados de la lucha de clases. A la luz del devenir posterior es evidente que la etapa entrevista como un momento final constituyó un periodo intermedio del desenvolvimiento imperial.

El capitalismo no se disolverá por un desplome terminal. Lenin subrayaba acertadamente que su erradicación depende de la construcción política de una alternativa socialista.

La función de la periferia

También Luxemburg analizó el mundo colonial a partir de una teoría del imperialismo. Pero razonó el problema de otra manera. Intentó una deducción directa a partir de los textos de Marx. Situó el tema en los esquemas de reproducción ampliada del tomo II de *El capital* y evaluó los obstáculos que enfrentaba el capitalismo a escala internacional.

La dirigente socialista entendió que el principal desequilibrio se localizaba en la realización de la plusvalía, que las economías centrales no lograban consumir por la estrechez de los mercados. Señaló que la única salida para desagotar esa acumulación era la colocación de sobrantes en las colonias. Recordó que Gran Bretaña se expandió vendiendo tejidos en el exterior y definió a partir de ese antecedente al imperialismo, como un sistema de movilización externa del capital inactivo.

Luxemburg observó que Marx había omitido esos desequilibrios y propuso enmendar el error, incorporando la digestión del excedente en los esquemas de reproducción. Criticó a los teóricos (Eckstein, Hilferding, Bauer) que desconocían esta contradicción del capitalismo (Luxemburg, 1968: 158-190).

Su abordaje suscitó distintas evaluaciones de los esquemas del tomo II, que frecuentemente olvidaron la finalidad de esos diagramas. Marx los introdujo para demostrar cómo puede funcionar el sistema a pesar de los enormes obstáculos que afectan su desenvolvimiento.

El autor de *El capital* concibió una situación ideal de ausencia de desequilibrios, para exponer como operaría todo el circuito de la produc-

ción y circulación. Luxemburg y sus críticos desconocieron esa función y se embarcaron en inapropiadas correcciones de los esquemas.

La revolucionaria de origen polaco cometió otro error al buscar en el exterior los límites que el capitalismo afronta en su dinámica interna. Por eso supuso que el agotamiento de los mercados coloniales determinaría una saturación absoluta de la acumulación. Olvidó que también en ese ámbito el sistema genera mecanismos para recrear su continuidad a través de la desvalorización (o destrucción) de los capitales sobrantes.

Pero ninguno de estos desaciertos ensombrece las significativas contribuciones de la pensadora polaca. Al igual que Lenin, captó cómo las contradicciones del capitalismo adoptan formas agravadas en los márgenes del sistema.

Luxemburg aportó el primer análisis de la forma en que la periferia queda integrada al centro como una necesidad del capitalismo mundial. Subrayó que ese segmento es indispensable para la reproducción de todo el sistema. No razonó con supuestos de capitalismo mundial pleno, ni observó a las economías subdesarrolladas como simples complementos de los países avanzados. Estudió ambos sectores como partes de una misma totalidad (Córdova, 1974: 19-44).

La estudiosa del capitalismo señaló que el centro necesita los beneficios sustraídos de la periferia para continuar operando. Retrató esa conexión de Occidente con África, Asia y América Latina. Maduró esa caracterización en sus estudios de Polonia, al indagar cómo una zona periférica queda asimilada a los mercados circundantes. De esa forma detectó las relaciones desiguales que vinculan a las economías dominantes y subordinadas (Krätke, 2007: 1-19).

Luxemburg percibió cómo el mundo subdesarrollado padece una acumulación primitiva permanente al servicio de las economías centrales. Observó que ese proceso no corresponde sólo a la génesis del capitalismo sino también a su continuidad. Puso de relieve la forma en que el capital metropolitano obstruye el crecimiento de la periferia e ilustró de qué forma impide a esas regiones repetir el desenvolvimiento de Europa Occidental, Estados Unidos o Japón.

Esta caracterización constituye un antecedente de las teorías del “desarrollo del subdesarrollo”. Aportó cimientos para las concepciones que conectan el atraso de la periferia con el desenvolvimiento del centro. Destacó dos caras de un mismo proceso del capitalismo mundial que no circunscribió a la coyuntura de su época.

Rosa retrató cómo el capitalismo destruye a las economías campesinas de la periferia sin facilitar su industrialización. Describió ese proceso revisando la conquista inglesa de la India, la ocupación francesa de Argelia y la violenta implantación de los boers en Sudáfrica. Observó que la desintegración de zonas precapitalistas potencia la pobreza,

impidiendo la expansión de la demanda y la consiguiente acumulación autosostenida.

Este diagnóstico fue bien recibido por los estudiosos de su época, pero algunos señalaron que el capitalismo integra a esas regiones sin demolerlas. Impone relaciones de subordinación sobre las formas precedentes, siguiendo el modelo de incorporación de la esclavitud al capitalismo naciente o el sendero de asimilación de las oligarquías a la producción agraria capitalizada (Howard y King, 1989: 106-123).

Luxemburg razonó con criterios subconsumistas. Señaló que las restricciones a la demanda inducen al centro a buscar mercados exteriores, que no prosperan por las obstrucciones impuestas al poder adquisitivo en la periferia.

Esa mirada era afín a la caracterización de Hobson y mantenía distancias con la visión de Lenin-Hilferding (sobreproducción-desproporcionalidad). Mientras que el líder bolchevique forjó su teoría en polémicas con el subconsumismo de los populistas rusos, la revolucionaria que actuó en Alemania maduró su tesis cuestionando el armonicismo de la socialdemocracia.

Muchos autores objetaron el subconsumismo de Luxemburg señalando la primacía de los desequilibrios en el plano de la ganancia. Subrayaron que el capitalismo gira en torno al beneficio. Pero esas críticas omitieron la compatibilidad de ambos enfoques y su integración en razonamientos multicausales de la crisis. No percibieron cómo Luxemburg anticipó diferencias claves entre el centro y la periferia en la solvencia de la demanda.

Rosa compartió el análisis leninista del imperialismo, pero no le asignó la misma relevancia al proteccionismo, la supremacía financiera o el monopolio. Tampoco asoció ese período con la exportación de capitales, sino que resaltó la preeminencia de las mercancías excedentes.

Pero Luxemburg coincidió con Lenin en destacar que la periferia era doblemente esquilma por succiones económicas y pillajes coloniales. En el escenario bélico de principios del siglo XX ambos procesos potenciaron la polarización global.

Acumulación por desposesión

La identificación de la acumulación primitiva con la depredación que expuso Luxemburg ha sido retomada actualmente por Harvey, en su análisis de los efectos predatorios del capitalismo. Utiliza el término desposesión para señalar el carácter contemporáneo de este proceso.

Harvey considera que la acumulación primitiva incluye procesos previos y concurrentes del desenvolvimiento capitalista. Al igual que

Luxemburg, considera que las economías metropolitanas imponen un intercambio pernicioso al vecindario subdesarrollado.

Pero el pensador inglés asigna al término desposesión una dimensión adicional, como mecanismo de expropiación en las economías avanzadas, a través de la especulación financiera, los fraudes, las patentes y las privatizaciones (Harvey, 2003: cap. 4).

Una caracterización semejante plantea Serfati. Subraya que la depredación padecida por la periferia (especialmente a través del tributo de la deuda pública) coexiste con las confiscaciones generales del sistema. Estima que el capitalismo desarrollado se reproduce esquilmando una esfera “exterior”, que no es sólo geográfica sino también social. Esta apropiación abarca todos los campos disponibles para la acumulación (Serfati, 2005).

Estas visiones son objetadas por varios marxistas. Cuestionan el énfasis en el robo extraeconómico en desmedro de la lógica del capital. Advierten contra la presentación del sistema como un simple régimen de dominación política. Recuerdan que Marx no estudió la acumulación primitiva como un hurto para enriquecer a la burguesía. Buscó ilustrar el proceso social expropiatorio de gestación del proletariado (Wood, 2007; Brenner, 2006).

Los críticos señalan que el capitalismo no debe ser analizado con criterios de pillaje. A diferencia de los regímenes tributarios o esclavistas, está regulado por normas objetivas de competencia, ganancias y explotación (Ashman y Callinicos, 2006).

Harvey estima que esas miradas subestiman el componente de depredación del capitalismo contemporáneo y reafirma su presentación de la acumulación como un proceso que combina confiscación económica y extraeconómica. Pero no aclara cuándo y cómo operan cada una de esas dimensiones (Harvey, 2006).

La sustracción de plusvalía y la expropiación por medio del pillaje eran evaluadas de otra forma a principio del siglo XX. Hilferding postulaba una cronología histórica de esos procesos. Consideraba que el saqueo fue característico del colonialismo tradicional y la hegemonía del capital comercial. Señalaba que esa modalidad decayó con la industrialización metropolitana y mantuvo poca relevancia en el período posterior de proteccionismo y exportación de capital (Hilferding, 2011).

Lenin y Luxemburg consideraban, en cambio, que la depredación había reaparecido en la nueva etapa imperialista. Estimaban que las guerras por el botín colonial recreaban los viejos escenarios de pillaje. Muchas teorías posleninistas y posluxemburguistas mantuvieron esa visión sin tomar en cuenta que fue formulada en un período bélico.

Una reconsideración del problema debería señalar la función secundaria del saqueo en las fases de acumulación corriente y su gravitación

central en las etapas bélicas. La misma distinción podría extenderse a las regiones de la periferia dominadas por escenarios de guerra (Medio Oriente) o por contextos de explotación usual (América Latina).

Es cierto que la acumulación primitiva y de capital son procesos concurrentes y no meras etapas del desarrollo histórico. Pero la relación entre ambos procesos es muy cambiante en cada periodo y región.

Desarrollo desigual y combinado

Trotsky coincidió con las caracterizaciones de Lenin y Luxemburg sobre la guerra, el periodo imperialista y la polarización mundial. Pero introdujo un concepto que permitió superar las contraposiciones simplificadas de la periferia con el centro. Su noción del desarrollo desigual y combinado situó el atraso de las regiones subdesarrolladas en el contexto del capitalismo internacionalizado. Registró no sólo las asimetrías, sino también las mixturas de formas avanzadas y retrasadas, en las formaciones que se incorporan al mercado mundial.

El revolucionario ruso utilizó inicialmente un concepto expuesto por varios autores (Herzen, Chernychevsky) para ilustrar la mixtura de modernidad y subdesarrollo vigente en Rusia. Luego combinó esa aplicación con otras tesis (Parvus), que retrataban a la economía mundial cómo una totalidad heterogénea e interconectada.

Con esa mirada ilustró la nueva amalgama del subdesarrollo. La periferia ya no reproducía el expansivo modelo europeo, pero tampoco mantenía las viejas modalidades feudales, serviles o campesinas.

Trotsky añadió al desarrollo desigual de Lenin un principio de cursos combinados. Ilustró cómo la diversidad de ritmos de desenvolvimiento es complementada por una mezcla de lo arcaico con lo moderno. Describió esta novedosa articulación en su balance de la primera revolución rusa y completó la teoría en su historia de la gesta bolchevique (Trotsky, 1975; Trotsky, 1972: 21-34).

El desarrollo desigual y combinado permite superar las interpretaciones difusionistas y estancacionistas de la relación centro-periferia. Refuta los mitos de la expansión gradual del modelo occidental y desmiente la impresión opuesta de congelamiento precapitalista. Subraya la preeminencia de mixturas al interior de una jerarquía imperial (Barker, 2006).

Esta amalgama fue posteriormente denominada “heterogeneidad estructural” y tuvo gran aplicación en el estudio de las economías latinoamericanas que combinaban industrialización dependiente con latifundio improductivo.

Trotsky brindó la explicación más completa de las percepciones del segundo Marx sobre la India. Los ferrocarriles ingleses no transferían al

subcontinente asiático el desenvolvimiento augurado por el *Manifiesto comunista*, sino que ensamblaban crecimiento con inserción mundial subordinada.

El marxismo endogenista utilizó el desarrollo desigual y combinado para describir cómo se articulaban distintos modos de producción (esclavismo, feudalismo y capitalismo) en formaciones económico-sociales singulares. Los teóricos del marxismo exogenista recurrieron a la misma noción para estudiar cómo los patrones internacionales de dependencia moldean a las economías semiindustrializadas.

Trotsky maduró su concepto en la lucha política contra las tesis comunistas oficiales de la revolución por etapas. Cuestionó el resurgimiento de la idea menchevique de un desarrollo burgués previo a cualquier transformación socialista. Resaltó la inviabilidad de esa estrategia en un mundo capitalista interconectado.

El desarrollo desigual y combinado constituyó el principal pilar de su estrategia de revolución permanente. Sostuvo esa tesis contraponiendo el éxito del bolchevismo con el fracaso de la revolución china (1925-1927) (Trotsky, 2000; Demier, 2013).

Trotsky concibió su enfoque para economías intermedias, viejas potencias o países con alta gravitación geopolítica. Propuso aplicarla en Rusia o Turquía y era cauteloso en su extensión. No incluía a regiones coloniales o de agudo subdesarrollo. Lo que valía para China o India no era aplicable en África ecuatorial o Afganistán (Davidson, 2010).

Con esta misma mirada anticipó las peculiaridades de las formaciones semiperiféricas, que en su época protagonizaban mutaciones sustanciales. Junto a las viejas potencias (Francia, Inglaterra) desafiadas por los nuevos países centrales (Estados Unidos, Japón, Alemania), otro segmento mantenía un lugar indefinido (Rusia, Italia) o profundizaba su regresión (Turquía, España). Esas potencias de segundo rango fueron estudiadas ulteriormente con los criterios del subimperialismo. El desarrollo desigual y combinado aportó cimientos para esa indagación.

Cuestionamientos y extensiones

Desde su formulación, el desarrollo desigual y combinado suscitó numerosos debates. Todos reconocieron que esclarecía la evolución de economías sometidas a la mixtura de modernización y atraso y ponderaron su percepción de esas articulaciones (Vitale, 2000).

Pero otras aplicaciones resaltaron su semejanza con teorías heterodoxas del *catch up*. Estos planteos subrayan las ventajas del país que llegó tarde para asimilar las tecnologías disponibles. Asemearon ese “privilegio del atraso” con las ideas de Trotsky.

Pero el líder revolucionario conceptualizó la industrialización frag-

mentaria de capitalismo tardío señalando ventajas y desventajas. Remarcó las contradicciones que entrañaba “llegar tarde”. Recordó que Rusia se industrializó con mercados estrechos, endeudamiento exterior y desastrosos compromisos militares.

El caso alemán aportaba otro ejemplo. Presionado por la competencia anglo-francesa, el capitalismo germano se desarrolló sin revolución burguesa triunfante, bajo la bota de un estado militarizado. Ese prusianismo desembocó en catastróficas presiones belicistas.

Trotsky no concibió el desarrollo desigual y combinado como una categoría de la sociología o la economía heterodoxa. Buscaba demostrar las posibilidades de protagonismo proletario en los capitalismos inmaduros. Por esa razón señalaba que Rusia había generado una clase obrera capacitada para consumir la revolución bolchevique. Ese dato era el principal corolario de su teoría. En lugar de apuntalar una industrialización burguesa más pujante, la amalgama rusa permitía concretar un ensayo anticipado de socialismo (Bianchi, 2013).

Trotsky integró economía, política y luchas de clases en un razonamiento anticapitalista. Elaboró su enfoque contra el positivismo socialdemócrata y la estrategia de la revolución por etapas. Cuestionó las propuestas de imitación del capitalismo central y las políticas de construcción del socialismo en un solo país. Sus tesis eran totalmente ajenas al *catch up*.

En otros debates se ha destacado que el desarrollo desigual y combinado es un mecanismo o una tendencia sin estatus de ley. Carece de lógica predictiva y estrictos resultados derivados de fuerzas actuantes.

Esta performance metodológica del concepto es un tema abierto, pero conviene recordar que nunca fue concebido para el universo de las ciencias naturales. Está referido a fenómenos sociales, confrontaciones políticas y resultados históricos dependientes de la acción humana. Clarifica contradicciones sujetas al imprevisible desenlace de la lucha de clases.

Otra discusión involucra el alcance histórico del principio. Ciertos autores estiman que desborda el marco capitalista y permite entender procesos precapitalistas. Lo utilizan para demostrar cómo la colonización combinó procesos mercantiles con trabajo esclavo y explotación de los indígenas (Novack, 1974). Otra ampliación hacia atrás lo aplica para retratar la expansión territorial de la nobleza en sociedades feudales (Rosenberg, 2009).

Pero esta extensión olvida que sólo bajo el capitalismo los actores económicos quedan envueltos en la red de interdependencia requerida para concretar el desarrollo combinado. Los sistemas precedentes podían compartir muchos rasgos, pero no las mixturas de desenvolvimiento industrial que describió Trotsky. Solamente el capitalismo introduce la

dimensión mundial exigida para romper el aislamiento de las sociedades anteriores (Callinicos, 2009).

Conceptos perdurables

Lenin, Luxemburg y Trotsky atribuyeron la polarización mundial a la nueva etapa imperialista. Presentaron esa brecha como un efecto de las disputas entre potencias por el botín colonial. Analizaron la confis-cación de la periferia en el contexto de las rivalidades mercantiles que condujeron a la Primera Guerra Mundial.

Los tres autores introdujeron nociones de gran relevancia para el estudio de la relación centro-periferia. Lenin esclareció el desarrollo económico desigual y la subordinación política que soportan los países retrasados. Luxemburg retrató las obstrucciones económicas estruc-turales que padecen esas naciones y anticipó tendencias de la acu-mulación por desposesión. Trotsky puso de relieve las contradicciones peculiares de los países intermedios afectados por el desenvolvimiento combinado. Estas teorías fueron expuestas en estrecha conexión con estrategias socialistas.

Las ideas de los tres revolucionarios tuvieron gran impacto en la segunda mitad del siglo XX. Pero las modificaciones que registró el capi-talismo durante ese periodo modificaron el pensamiento marxista. En otro texto estudiaremos cómo se abordó la problemática centro-periferia en la posguerra

Referencias

- AA.VV. (1973), *Los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- Ashman, Sam y Alex Callinicos (2006), "Capital Accumulation and the State System", *Historical Materialism*, vol. 14, 4.
- Barker, Colin (2006), "Beyond Trotsky: Extending Combined and Uneven Development", en Bill Dunn y Hugo Radice (eds.), *100 years of Permanent Revolution: Results and Prospects*, Londres: Pluto.
- Bernstein, Eduard (1982), *Las premisas del socialismo y las tareas de la socialdemocracia*, México: Siglo XXI.
- Bianchi, Álvaro (2013), "Determinação e tendências históricas no pensa-mento de Trotsky", febrero, www.blogconvergencia.org.
- Brenner, Robert (2006), "What Is, and What Is Not, Imperialism?", *Historical Materialism*, vol. 14, 4
- Callinicos, Alex (2009), "How to solve the many-state problema: a reply to the debate", *Cambridge Review of International Affairs*, vol. 22, n° 1, marzo.

- Claudín, Fernando (1970), *La crisis del movimiento comunista*, Madrid: Ruedo Ibérico.
- Córdova, Armando (1974), “Rosa Luxemburgo y el mundo subdesarrollado”, *Problemas del Desarrollo*, vol. 5, n° 18.
- Davidson, Neil (2010), “From deflected permanent revolution to the law of uneven and combined development”, *International Socialist*, n° 128, otoño.
- Day, Richard B. y Daniel Gaido (2011), *Discovering Imperialism: Social Democracy to World War I*, Leiden: Brill.
- Demier, Felipe (2013), “Ainda sobre a lei do desenvolvimento desigual e combinado: Trotsky e Novack”, marzo, www.blogconvergencia.org.
- Duarte, Daniel (2013), Reseña de “Bajo el Imperio del capital”, *Hic Rhodus*, n° 3 (2).
- Harvey, David (2003), *The New Imperialism*, Oxford University Press.
- (2006), “Comment on Commentaries”, *Historical Materialism*, vol. 14, 4.
- Hilferding, Rudolf (2011), “German Imperialism and Domestic Politics”, en R. Day y D. Gaido, ob cit.
- Hobsbawm, Eric (2000), *Naciones y nacionalismo desde 1780*, Barcelona: Crítica.
- Howard, M.C. y J.E. King (1989), *A History of Marxian Economics*, vol. 1, New Jersey: Princeton University Press.
- Katz, Claudio (2009), *La economía marxista hoy: seis debates teóricos*, Madrid: Maia.
- (2011), *Bajo el imperio del capital*, Buenos Aires: Luxemburg.
- (2016), “Marx y la periferia”, www.lahaine.org/katz.
- Kautsky, Karl (1978), *El camino al poder*, México: Siglo XXI.
- (2011a) “Germany, England and world-policy” [1900], “The war in South Africa” [1899], en R. Day y D. Gaido, ob cit.
- (2011b), “Imperialism” [1914], en R. Day y D. Gaido, ob cit.
- Kohan, Néstor (2011), *Nuestro Marx*, Caracas.
- Krätke, Michael R. (2007), “Rosa Luxemburg: Her analysis of Imperialism and her contribution to the critique of political economy”, marzo, http://www2.chuo-u.ac.jp/houbun/sympo/rosa_confe2007/pdf/papers/Kratke.pdf
- Lenin, Vladimir (1973), *Obras escogidas*, Moscú: Progreso.
- (1974a), *El derecho de las naciones a la autodeterminación* [1914], Buenos Aires: Anteo.
- (1974b), *Balance de una discusión sobre el derecho de las naciones a la autodeterminación* [1916], Buenos Aires: Anteo.
- (2006), *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, Buenos Aires: Quadrata.
- Lowy Michael (1998), *¿Patrias o planeta?*, Rosario: Homo Sapiens.
- Luxemburg, Rosa (1968), *La acumulación del capital*, Buenos Aires: s/ed.
- (1977), *Textos sobre la cuestión nacional*, Madrid: De la Torre.
- (2008), *Obras escogidas*, Ediciones Digitales Izquierda Revolucionaria.
- (2011), “Morocco” [1911], en R. Day y D. Gaido, ob. cit.

- Munck, Ronaldo (2010), "Marxism and nationalism in the era of globalization", *Capital and Class*, febrero, vol. 34, n° 1.
- Novack, George (1974), *La ley del desarrollo desigual y combinado de la sociedad*, Bogotá: Pluma.
- Rosenberg, Justin (2009), "Basic problems in the theory of uneven and combined development: a reply to the CRIA forum", *Cambridge Review of International Affairs*, marzo, vol. 22, n° 1.
- Serfati, Claude (2005), "La economía de la globalización y el ascenso del militarismo", Coloquio Internacional Imperio y Resistencias, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco, México, 6 de octubre.
- Trotsky, León (1972), *Historia de la Revolución Rusa*, tomo 1, México: Juan Pablo Editor.
- (1975), *Tres concepciones de la revolución rusa. Resultados y perspectivas*, Buenos Aires: El Yunque.
- (2000), *La teoría de la revolución permanente*, Buenos Aires: CEIP.
- Van der Linden, Marcel (2007), "The 'law' of uneven and combined development", *Historical Materialism*, 15.
- Vitale, Luis (2000) "Hacia el enriquecimiento de la teoría del desarrollo desigual", *Estrategia Internacional*, n° 16, invierno.
- Wood, Ellen Meiksins (2007), "A reply to critics", *Historical Materialism*, vol. 15, 3.

* * *

Título: Underdevelopment in classical Marxist

Resumen: En un escenario de guerras y polarización económica, Lenin, Luxemburg y Trotsky introdujeron nuevos conceptos para comprender la relación centro-periferia. Polemizaron con las justificaciones del colonialismo y discutieron derechos de autodeterminación nacional que anticiparon el antiimperialismo contemporáneo.

Palabras clave: marxismo – subdesarrollo – teoría política – imperialismo

Abstract: In a scenario of wars and economic polarization, Lenin, Luxemburg and Trotsky introduced new concepts to understand the center-periphery relationship. They polemicized with the justifications of colonialism and discussed national self-determination rights that anticipated the contemporary anti-imperialism.

Keynotes: marxism - underdevelopment – political theory – imperialism

Recepción: 20 de abril de 2016. **Aprobación:** 15 de mayo de 2016.

Resistencia obrera y violencia patronal en el “Uruguay feliz” de los años 50: la huelga en Ferrosmalt

Pablo Ferreira

UDELAR, Uruguay
pablo.ferreira2311@gmail.com

I. Introducción

El 24 de abril de 1955 fueron despedidos 158 trabajadores de la empresa Ferrosmalt, uno de las más importantes establecimientos metalúrgicas del Uruguay, que se dedicaba a la fabricación de electrodomésticos. La empresa era una sociedad anónima de origen local que en los años previos había vendido parte de su capital accionario a la holandesa Philips.¹ Los despidos desataron un enfrentamiento entre el sindicato y la patronal, que implicó una larga huelga en la empresa, extendida luego al conjunto de la industria metalúrgica. Durante el conflicto se exacerbaron los niveles de violencia, en especial a partir de que la patronal comenzó a contratar rompehuelgas y a organizar su traslado en camiones protegidos por personal armado y con custodia policial. En agosto la policía detuvo y llevó a prisión a varios obreros en huelga, luego de un enfrentamiento con quienes seguían trabajando y con el personal armado. El 17 de septiembre, en un nuevo episodio que involucró a los conductores de los camiones, a huelguistas y vecinos de la zona, fue asesinada María del Carmen Díaz y heridos varios vecinos.

El conflicto en Ferrosmalt y la violencia posterior admiten diversas miradas. Por un lado, permiten analizar las tensiones surgidas por el proceso de cambio iniciado en la empresa a partir de la aplicación de los llamados “métodos de productividad” y los intentos de reducir el poder del sindicato. En este aspecto es interesante cómo se articuló el discurso innovador de la productividad con el mantenimiento de prác-

1. Empresa fundada en 1891 por el ingeniero Gerard Philips para producir lámparas incandescentes. En la década de 1920 comenzó la producción de electrodomésticos y la instalación de filiales en otros países europeos y en los Estados Unidos. Durante la Segunda Guerra Mundial inició su expansión en América Latina.

ticas tradicionales de control sobre los trabajadores. Por otra parte, el episodio permite analizar las formas de violencia política imperantes en el tantas veces idealizado “Uruguay feliz” de los años 50. Deja entrever las tensiones al interior del batllismo, sector político por entonces en el gobierno, que apostó a un modelo de desarrollo basado en la expansión del mercado interno y la conciliación entre capital y trabajo, pero que debió enfrentar cambios económicos que hicieron difícil sostener tal propuesta. Finalmente, permite analizar los vínculos del sindicato con el territorio y con otras organizaciones sociales, las formas en que se tramitó el enfrentamiento con la patronal y el accionar de diversos mediadores políticos.

A nivel metodológico se optó por reducir el objeto, procurando una mirada a ras del suelo, sobre un sindicato y un conflicto acotado, a los efectos de apreciar dimensiones que escapan al análisis de larga duración.² La investigación se basó en diversas fuentes: libros que rescatan las memorias de dirigentes sindicales,³ prensa,⁴ entrevistas y trabajo de archivo.⁵ Se procuró en tal sentido cruzar el mayor número de fuentes a los efectos de ampliar la perspectiva de análisis, aunque priorizando la mirada sindical del conflicto.

II. Tormentas en el “Uruguay feliz”

En Uruguay, el período que transcurre entre la segunda posguerra y el final de la década de 1950 suele ser recordado como una etapa

2. Desde los años 60 varios trabajos han abordado la trayectoria de conjunto del movimiento sindical uruguayo en el periodo que aborda este artículo (véase Rodríguez, 1966; D’Elia, 1969; Errandonea y Costábile, 1969; Alfonso, 1970; Turianski, 1973; Sala y Landinelli, 1984; Cores, 1989). De forma reciente, los trabajos de Rodolfo Porrini (2005) avanzaron en una perspectiva de análisis que toma por objeto las transformaciones en la clase trabajadora y desde allí analiza su vínculo con el mundo del trabajo y las organizaciones sindicales. Han sido escasos, sin embargo, los trabajos que abordan conflictos específicos como el caso que aquí se presenta. En esa línea podemos destacar los trabajos de Graciela Saprizza (1993) sobre la huelga de trabajadoras en Juan Lacaze en 1913, de Rodolfo Porrini (2005: 251-327) sobre la huelga frigorífica de 1943, y de Isabel Wschebor y Ariel Soto (2004) sobre la huelga metalúrgica en 1950.

3. Masi (1989) y Mendingo (s/f).

4. Fueron revisados el diario *Justicia* (afin al Partido Comunista), *El Día* (del sector conservador del Partido Colorado batllista) y los semanarios *El Sol* (Partido Socialista) y *Marcha* (independiente). Para un período anterior fue revisado el mensual *Clase Obrera* (de la Agrupación Socialista Obrera).

5. Se revisó el archivo de la Unión de Trabajadores del Metal y Ramas Afines (UNT-MRA) y las cajas provenientes del archivo Luis Batlle, que integran el fondo Archivos Particulares del Archivo General de la Nación, Uruguay.

de prosperidad económica, estabilidad democrática y avance en las reformas sociales. Esta imagen, instituida por el elenco gobernante de entonces, se afirmó en el contraste con los países vecinos (en especial con Argentina) y con el ciclo autoritario que había vivido el país en los años 30. Posteriormente, el “Uruguay feliz” será evocado como antítesis de las convulsionadas décadas de los 60 y 70. La perdurabilidad de este relato se explica también en la escasa producción historiográfica que aborda el período, lo que hace difícil se critique, matice o complemente esta mirada.⁶

En esos años, Uruguay estuvo gobernado por el Partido Colorado, concretamente por el ala reformista que reivindicaba el legado de José Batlle y Ordoñez.⁷ Los “batllistas” retomaron el poder en 1946 y se mantuvieron en el gobierno hasta 1959. Su antagonista fue el Partido Nacional, liberal en lo económico y conservador en materia social, liderado por Luis Alberto de Herrera. Otros grupos políticos menores que integraban el sistema político uruguayo eran las vertientes no batllistas del Partido Colorado, el Partido Nacional Independiente, la Unión Cívica y los partidos de izquierda, comunistas y socialistas.

En el plano económico, el país vivió un ciclo expansivo en que se combinaron el incremento de la demanda externa de sus productos primarios con el crecimiento industrial. El historiador Germán D’Elía (1982: 27) refiere a un ciclo de “desarrollo acelerado” iniciado tras la segunda guerra y que empezó a dar señales de agotamiento a mediados de los 50. Para ese entonces las condiciones externas variaban rápidamente, Europa se había recuperado de los efectos de la guerra, disminuía la demanda y el precio de los principales productos de exportación del país, elevándose a su vez el precio de los insumos que requería el sector industrial. La baja rentabilidad del sector agropecuario y las dificultades de la industria aumentaron las disputas entre los sectores empresariales, se incrementó la presión sobre el Estado y también sobre los sectores populares.

El proceso de industrialización vino acompañado de cambios en la clase trabajadora uruguaya. Rodolfo Porrini (2005: 8-9) ha estudiado la manera en que ésta se transformó de “algo amorfo e indefinido –como pareció existir en los 30– en una fuerza social, visible, con acciones intensas, que conmovieron a la sociedad uruguaya”. Confluyeron en este proceso varios factores. Hubo un crecimiento cuantitativo de los trabajadores fabriles debido a la mayor ocupación de mano de obra por las industrias, continuó la inmigración proveniente del exterior y creció

6. Visiones de conjunto sobre el período en D’Elía (1982) y Ruiz (2007).

7. José Batlle y Ordoñez fue dos veces presidente del Uruguay (1903-1907 y 1911-1915) y máxima figura del Partido Colorado hasta su muerte en el año 1929.

la originada en las zonas rurales. A su vez se aceleró la incorporación de la mujer y los jóvenes al mercado laboral. Por otra parte, la ley de Consejos de Salarios aprobada en 1943, al hacer obligatoria la negociación por grupo de actividad, estimuló la coordinación entre sindicatos de un mismo sector y la formación de nuevas organizaciones.

A inicios de la década de 1950 el mundo sindical montevideano poseía una gran riqueza en sus vertientes ideológicas. La central sindical más importante era la Unión General de Trabajadores (UGT), creada en 1942 y liderada por dirigentes afines al Partido Comunista. Por otra parte, existía una segunda corriente de sindicatos que se denominaban “autónomos” en referencia a su no integración a las centrales existentes. Si bien eran una expresión inorgánica y diversa, tendieron a una progresiva articulación en el período.⁸ Una tercera vertiente era el “sindicalismo libre”, que contó con el apoyo del Departamento de Estado de los Estados Unidos y que en 1951 se organizó en la Confederación Sindical del Uruguay (CSU), integrando a un número importante de sindicatos.

Desde fines de los años 40 se dieron importantes luchas sindicales en el marco de las negociaciones salariales. Desde las patronales industriales existía la percepción de que la legislación social había avanzado muy rápido y que se imponía un freno y, en la medida que las alianzas políticas lo hicieran posible, un retroceso. Una primera ofensiva se gestó durante el efímero gobierno de Tomás Berreta en 1947. Un segundo momento de fuerte conflictividad se extendió entre 1951 y 1952 donde se dieron acciones sindicales de importancia que generaron como respuesta gubernamental la imposición de “medidas prontas de seguridad” en marzo y septiembre de 1952.⁹ Estas acciones mostraron la capacidad de acción de los sindicatos, pero también el poder de presión de los grupos empresariales, que obtuvieron la aplicación de medidas orientadas a limitar el accionar sindical, incluyendo la detención de dirigentes y su traslado a cuarteles militares en el interior del país (Cores, 1989: 214-215).

8. Los llamados “gremios solidarios” fueron expresión de esa convergencia y representaron la coordinación para la acción reivindicativa de diversos sindicatos “autónomos”. Sobre las vertientes del sindicalismo uruguayo en el período véase Cores (1989: 125 y ss.)

9. Las medidas prontas de seguridad son una prerrogativa constitucional que tiene el Poder Ejecutivo uruguayo desde la primera Constitución de 1830. Permiten disponer medidas excepcionales que pueden poner en suspenso el estado de derecho “en los casos graves e imprevistos de ataque exterior o conmoción interior”, debiendo dar cuenta inmediata a la Asamblea General. Sobre su aplicación véase Iglesias (2011).

III. La organización sindical de los trabajadores metalúrgicos

Desde mediados de la década del 30 la industria metalúrgica tuvo un importante crecimiento. En 1941 se constituyó el Sindicato Único de la Industria Metalúrgica (SUIM), que integró trabajadores que se dedicaban a actividades diversas, algunas todavía vinculadas al mundo tradicional de los oficios, y otros que ya tenían los perfiles del obrero industrial moderno. El nuevo sindicato fue fundador de la UGT y tuvo entre sus principales dirigentes a militantes del Partido Comunista.

La ley de Consejos de Salarios de 1943 influyó en la dinámica del joven sindicato. Imponía la negociación salarial tripartita, con participación de delegados de las patronales, los trabajadores y el Estado. Ello obligaba a trabajar para la elección de delegados sindicales, preparar la estrategia de negociación y finalmente generar medidas de presión para lograr los objetivos propuestos. Todo ello estimuló la vida sindical y la institucionalizó. Por otra parte, generó la oposición de militantes de orientación anarquista y trotskista que consideraban que la ley paralizaba la lucha de clases y conducía a la organización sindical hacia el reformismo. Algunos de ellos, junto a sindicatos de empresas que no se habían integrado al SUIM, conformaron en 1944 la Federación Obrera Metalúrgica del Uruguay (FOMU) que se mantuvo como “autónoma”. En el nuevo sindicato fue ganando protagonismo la Agrupación Socialista Obrera (ASO), grupo político escindido del Partido Socialista que tuvo como uno de sus referentes a Gerardo Cuesta, por entonces trabajador metalúrgico en la empresa Pesce & Simeone. La FOMU se caracterizó por una crítica sistemática a la estrategia sindical comunista a la que acusaba de subordinar los intereses proletarios a las necesidades del Estado soviético.

Si bien los Consejos de Salarios fueron el motivo de la escisión, generaron luego una dinámica de conflictos que operó como incentivo para la unidad. Las huelgas metalúrgicas de 1946 y 1950 fueron experiencias importantes en el acercamiento entre ambos sindicatos. En especial, la huelga de 1950 marcó un hito trascendente al ubicar a ambos sindicatos enfrentando a las patronales que no querían cumplir con el pago retroactivo de lo acordado en los Consejos de Salarios. Como señalan Isabel Wschebor y Ariel Soto (2004: 96), estas movilizaciones implicaron “el triunfo de una forma de concebir la negociación con las patronales en los marcos legales establecidos por el Estado”.

En 1952 se iniciaron contactos formales tendientes a lograr la unidad entre ambos sindicatos. En ellas participaron dirigentes de SUIM, de FOMU y también de la Asociación Personal de Talleres (APTA), un pequeño sindicato que agrupaba a trabajadores carroceros y mecánicos.

A lo largo de 1953 se dieron movilizaciones conjuntas y se avanzó en la elaboración de un plan de trabajo para la unificación, sobre la base de la discusión y resolución en un congreso, de los puntos que enfrentaban a los dirigentes de ambos sindicatos. El “Congreso de la Unidad”, tal como se lo llamó posteriormente, estuvo precedido por la realización de asambleas de base que discutieron el temario y eligieron sus delegados. En cada asamblea podían concurrir como veedores delegados de los otros dos sindicatos; tenían un quórum mínimo para sesionar y elegían delegados de acuerdo al número de obreros que tuviera cada empresa. Según recordaba el dirigente del SUIM Rosario Pietraroia, se realizaron más de trescientas asambleas de fábricas durante tres meses (Masi, 1989: 90). El principal punto de discordia era la integración del nuevo sindicato a la UGT, lo que era defendido por el SUIM y por APTA y rechazado por la dirigencia de FOMU.

El congreso, reunido en octubre de 1953, dio origen al Sindicato Único de Metalúrgicos, Mecánicos y Afines (SUMMA). Políticamente fue un triunfo de la línea comunista que logró imponerse en las votaciones y, por ende, que el nuevo sindicato aprobara la afiliación a la UGT e incorporara en su programa la “lucha por la paz” y la “defensa de la industria nacional”, puntos que eran rechazados por FOMU. Asimismo, se eligió una dirección colectiva integrada por los principales referentes de los sindicatos preexistentes: Rosario Pietraroia del SUIM, Gerardo Cuesta de FOMU y Pedro Toledo de APTA. El triunfo del Partido Comunista se completó un año después al lograr la afiliación de Gerardo Cuesta.¹⁰

IV. El conflicto en Ferrosmalt

La empresa Ferrosmalt estaba ubicada en La Teja, barrio obrero ubicado en el oeste de la ciudad de Montevideo. Jurídicamente era una sociedad anónima que había enajenado parte de su capital accionario a manos de la empresa holandesa Philips. Esta última actuaba a nivel internacional formando un cártel con la norteamericana General Electric y juntas habían avanzado sobre América Latina adquiriendo una parte de la empresa argentina SIAM.

Al mando de Ferrosmalt se mantuvo parte importante del directorio y el equipo gerencial anterior encabezado por el octogenario José Serrato.¹¹ Los nuevos accionistas buscaron innovar en el sistema de

10. Sobre la crisis de la Agrupación Socialista Obrera y la afiliación de Gerardo Cuesta al Partido Comunista véase Leibner, 2013.

11. El Ingeniero José Serrato además de ser accionista y gerente de Ferrosmalt tenía participación en el capital accionario de empresas arroceras, en Cristalerías del Uruguay, en la empresa Alpargatas y en el Banco Montevideo. Además había tenido

trabajo a partir de los llamados “métodos de productividad” que eran una expresión tardía de la matriz fordista. Una de las primeras acciones implementadas durante 1954 por los técnicos llegados del extranjero fue la elaboración de un sistema de puntajes orientado a incrementar el ritmo de producción y a incentivar la competencia entre los trabajadores. Cumplido el objetivo inicial, al año siguiente se decidió reducir el personal de planta.¹²

El domingo 24 de abril de 1955, 158 trabajadores fueron visitados en sus domicilios por personal administrativo de la empresa que los notificó de la resolución de prescindir de sus servicios. Se pretendía además entregarles un monto de dinero a modo de indemnización lo que fue rechazado de forma mayoritaria al considerar que los despidos eran injustificados.¹³ Al elegir los trabajadores despedidos, la empresa no tuvo en cuenta los puntajes obtenidos el año anterior y tomó un criterio que privilegió sus antecedentes sindicales. Entre los despedidos estaban casi todos los integrantes del comité de empresa, dirigentes de trayectoria, que habían participado de las huelgas de 1946 y 1950 y del reciente proceso hacia la unidad sindical de los metalúrgicos.

Comenzaba un largo conflicto. El 27 de abril, ante la agitación existente entre el personal, la empresa cerró sus puertas, realizando lo que los trabajadores denunciaron como un lockout patronal, que se extendió hasta el 2 de mayo.¹⁴ El retorno a las tareas estuvo marcado por una gran tensión. El sindicato logró organizar un nuevo comité de empresa e implementar un conjunto de paros parciales con el objetivo de reclamar el reintegro de los despedidos. Al mismo tiempo, se realizaron gestiones ante la Cámara Metalúrgica y el Parlamento que dieron resultados positivos. Cuando se había logrado la instalación de una comisión para mediar en el conflicto, la empresa despidió a 82 nuevos trabajadores. El 21 de junio la comisión de Legislación de Diputados censuró públi-

una dilatada carrera política vinculada al Partido Colorado. Fue diputado, ministro de Hacienda entre 1904 y 1906, ministro de Interior en 1911, presidente de la República entre 1923 y 1927, integrante del Consejo de Estado de 1942 y canciller de la República entre 1943 y 1945. Luego había ocupado la presidencia de la Cámara Metalúrgica a la que había renunciado durante la huelga de 1950. En 1955 ocupaba la presidencia de la Unión Industrial del Uruguay.

12. “Al desnudo los métodos yanquis de ‘productividad’ en Ferrosnalt: despidos en masa y represión”, en *Justicia*, 2 de septiembre de 1955, p. 3.

13. Documento del Consejo Directivo del SUMMA, agosto de 1957, “La Lucha del Gremio metalúrgico en defensa de la Unidad Sindical desde el 24 de abril de 1955 hasta el presente y la actitud asumida por la CSU en contra de los intereses de los trabajadores”, Archivo UNTMRA (en adelante, Documento...).

14. “El Comité de Huelga de Ferrosnalt a la opinión pública y al Gremio”, en *Justicia*, 12 de septiembre de 1955, p.3.

camente el accionar de la empresa al constatar “la persecución sindical en los despidos” y comenzó a trabajar en una fórmula, vía proyecto de ley, para la reposición de los despedidos.¹⁵

Ante la postura asumida por la empresa, el personal declaró la huelga por tiempo indeterminado el 7 de julio, amenazando con llevar la medida al conjunto de la industria metalúrgica. De 600 trabajadores que tenía en planilla la empresa, solo 41 habrían continuado trabajando según la versión del comité de huelga.¹⁶

V. La violencia se instala

La situación se hizo más tensa cuando la empresa contrató nuevo personal, “rompehuelgas” o “krumiros”, según expresión utilizada en la época. Juan Carlos Fontella recuerda que la huelga “conmocionó al barrio”, “porque los muchachos que trabajaban ahí, vivían en la zona”. En su familia, que opera como ejemplo de muchas otras, trabajaban su hermano y su cuñado en la planta.¹⁷ Los “krumiros” debían enfrentar, al entrar y salir de la fábrica, el repudio de los vecinos que se traducía en insultos, pedreas y otras agresiones. En ese marco, la empresa comenzó a organizar su traslado en camiones. Los recogían en diversos puntos de la ciudad, los ingresaban a la fábrica cubiertos con toldos y los sacaban de la misma forma.

El 20 de agosto se produjo un enfrentamiento de mayor entidad que terminó con varios obreros detenidos. El sindicato había resuelto realizar una concentración en las cercanías de la fábrica para intentar disuadir a los trabajadores no plegados a la huelga. El transporte en camiones se realizaba desde hacía varias semanas con custodia policial. Según los testimonios recogidos por el ministro del Interior Francisco Gamarra, al acercarse los camiones se generaron pedreas y hubo un enfrentamiento entre obreros “a trompadas”. Según Gamarra, desde la policía se realizaron disparos al aire con el objetivo de disuadir a los huelguistas (*Diario de Sesiones de la Cámara de Senadores* [en adelante, *DSCS*], 1956: 327). Éstos, por su parte, destacaron el accionar represivo de la policía tanto en el episodio como en otros hechos previos. Las denuncias recaían sobre el comisario Regueiro de la seccional 20^a de Montevideo. El 7 de septiembre una comisión de la Cámara de Diputados convocó al ministro del Interior y en esa instancia el diputado batllista Zelmario Michelini presentó diversas denuncias, señalando que Regueiro

15. Documento..., 1957.

16. “El Comité de Huelga de Ferrosnalt a la opinión pública y al Gremio”, en *Justicia*, 12 de septiembre de 1955, p.3.

17. Entrevista a Juan Carlos Fontella, noviembre de 2012.

“ha[bía] sido acusado de estar sembrando el terror en numerosas familias de obreros”. Lo acusaba de tolerar que “elementos vinculados a la patronal estén armados”. Por su parte, el diputado del Partido Nacional Antonio Suárez Ponte denunció que los huelguistas eran revisados y se les impedía andar en grupos. Al mismo tiempo señalaba haber recibido “denuncias de que algunos obreros que están trabajando usaron armas, y que en algunas circunstancias hasta en presencia de la policía”. Suárez Ponte hacía referencia a una conversación mantenida con Regueiro donde éste le señaló “que a los que trabajaban como a los que no trabajaban, a todos les daba la autoridad el porte de armas” (DSCS, 1956: 323).

El senador José Pedro Cardoso denunció en el Parlamento, en noviembre de 1955, que diversos testigos le habían señalado “que veían, cada día, cómo los rompehuelgas entregaban en la portería cuchillos, cachiporras y revólveres”. El senador se preguntaba cómo era posible que se proveyeran de “revólveres esos hombres que estaban trabajando como jornaleros”. La acusación recaía sobre la patronal y sobre la policía “que recogía todos los días a los que trabajaban en la empresa para acompañarlos al retirarse” (DSCS; 1956: 325).

A inicios de septiembre el conflicto ingresó en una etapa crítica. Dos meses de huelga, innumerables gestiones infructuosas y un clima de violencia en aumento marcaban la coyuntura. El sindicato tenía alrededor de diez obreros detenidos y se estaba preparando para el 6 de septiembre un paro general que incluía tanto a sindicatos “autónomos” como a la UGT. De no haber soluciones, estaba previsto el inicio de la huelga general en toda la industria metalúrgica. El punto que impedía alcanzar una salida era la negativa de la empresa a reincorporar a veintisiete dirigentes sindicales. El sindicato buscó desde el inicio quebrar el frente patronal, propiciando el conflicto de intereses entre el directorio de Ferrosnalt y el resto del empresariado metalúrgico. Se destacó en el discurso de sus voceros la gradualidad de las medidas adoptadas, procurando dejar en claro que el sindicato no quería ir a la huelga y entendía que la misma generaría dificultades a numerosos industriales que también padecían los efectos de la crisis económica.¹⁸

El 8 de septiembre dio inicio la huelga general metalúrgica. En esa jornada se hizo una importante asamblea en la sala del club Boston, una conocida institución deportiva que había sido anfitriona del congreso fundacional del SUMMA. Rosario Pietrarroia, secretario general del sindicato, intervino en la asamblea definiendo el conflicto como “la batalla por las libertades sindicales, por el derecho de organización [y] por la

18. “La Philips, Serrato y el gobierno serán los responsables”, en *Justicia*, 4 de septiembre de 1955, p.3.

defensa de la industria nacional contra la voracidad de los monopolios extranjeros”. Por otra parte, discutió el argumento patronal que sostenía haber cumplido la ley al ofrecer una “indemnización por despido”, señalando que la ley no se había hecho para que “los capitalistas la usaran de instrumento de represión contra dirigentes sindicales”.¹⁹

Las muestras de apoyo recibidas por el sindicato fueron importantes. Hubo aportes económicos de otros sindicatos, apoyo de la Federación de Estudiantes Universitarios y en algunos barrios, como La Teja y Paso de la Arena, se constituyeron “comités” de ayuda a las familias de los trabajadores.²⁰ *El Día*, vocero de la lista catorce, fracción conservadora del batllismo, explicaba la solidaridad barrial (que reconocía) como expresión de temor. Según un editorial, que dice tomar como base la carta de un lector, sería

el temor de exponer a los suyos a peligrosas venganzas, el retroceso ante la segura perspectiva de ver su casa marcada, el miedo de quedar una buena noche “tirado en medio de una calle”, víctima de delincuentes con causa abierta que actúan al servicio de las directivas sindicales soviéticas [...] son causa de que, comerciantes adversos al comunismo, alimenten las “ollas” que se organizan en locales de gremios en conflicto, y por su intermedio a verdaderas pandillas de elementos asociales que los dirigen.²¹

Finalmente, tras arduas negociaciones la Comisión de Legislación de Diputados alcanzó un proyecto de ley que reconocía que los despidos eran contrarios al derecho de sindicalización y obligaba a la empresa a reincorporar a los obreros. Se establecía que los trabajadores comprendidos en la ley gozarían de los salarios que les correspondían desde la promulgación de la misma y no podrían ser separados de sus cargos antes de seis meses, salvo por causa fundada, que debería probar el empleador en el Instituto Nacional del Trabajo.²²

El 13 de septiembre la Cámara de Diputados aprobó en general el proyecto, pero luego la discusión volvió a instalarse al votarse su arti-

19. “La lucha de los Metalúrgicos. Derrotará a Serrato y obligará al gobierno a actuar”, en *Justicia*, 9 de septiembre de 1955, p.1.

20. Véase “Paso de la Arena: nuevo baluarte solidario con la huelga de Ferrosmalt” en *Justicia*, 13 de septiembre de 1955, p. 3 y “¡Así se forja el triunfo en Ferrosmalt! Viveres, dinero en río continuo, hace llegar la solidaridad popular al local de la calle Laureles”, en *Justicia*, 25 de septiembre de 1955, p.2.

21. “Sobre libertades sindicales”, en *El Día*, 15 de septiembre de 1955, p.7.

22. “Puede ser planteado en la sesión de hoy como grave y urgente”, en *Justicia*, 12 de septiembre de 1955, p.4.

culado. Las dificultades estaban al interior del Partido Colorado y eso podía explicarse, tanto por su alto fraccionamiento (que enfrentaba a sectores conservadores y progresistas), como por el peso que tenían los industriales en su interna. En ese marco, cinco legisladores de la lista quince presentaron un nuevo proyecto que permitía al empresario optar entre el reintegro del dirigente sindical o el pago de una indemnización doce veces mayor a la estipulada por despidos comunes.²³ Finalmente la sesión quedó sin quórum y no se pudo aprobar ninguna de las propuestas.

VI. El “crimen de La Teja”²⁴

A las 15 horas del sábado 17 de septiembre salieron de Ferrosphalt seis camiones que conducían a dos centenares de obreros que trabajaban en la empresa, protegidos por efectivos policiales. Los camiones se dirigían por la calle Celestino Bauzá en dirección a Carlos María Ramírez, una de las principales vías de salida hacia el centro de la ciudad. Según diversos testimonios, ante los insultos de los vecinos a la altura de la calle Gregorio Camino, comenzaron a efectuarse disparos desde los camiones. Algunos testigos aseguran que “hubo premeditación” y que “los camiones que conducían a los elementos armados disminuyeron la marcha”.²⁵

Para Francisco Gamarra, ministro del Interior, no estaba claro quién comenzó a disparar. Según expresó en una comparecencia ante la Cámara de Senadores, “los que iban en los camiones manifestaron que tan pronto como se sintió una extraordinaria pedrea se tiraron al piso para salvarse. Sintieron también los disparos de revólver y alguno de ellos declara que vio a uno, de apellido Corujo, que hacía fuego desde los camiones” (DSCS, 1956: 328).

A la altura de la calle Molina, un disparo hirió gravemente a María del Carmen Díaz y de forma más leve a Piñeyrua de Falero y su hijo. María del Carmen Díaz tenía 42 años y era madre de ocho hijos. Era la suegra de Mario Pérez, presidente del comité de huelga de Ferrosphalt e

23. “El Senado debe sancionar. El Proyecto sobre el conflicto metalúrgico”, en *Justicia*, 23 de septiembre de 1955, p. 2. La lista quince era la vertiente reformista del batllismo, liderada por Luis Batlle. Sobre la trayectoria política y la ubicación ideológica de este sector véase Ferreira (2014: 105-124).

24. Esta expresión fue utilizada reiteradamente en el diario *Justicia* para referir a los sucesos del 17 de septiembre.

25. “Testigos presenciales denuncian el crimen de las bandas armadas de Serrato y la complicidad policial”, en *Justicia*, 19 de septiembre de 1955, p. 3.

integrante del consejo directivo del SUMMA.²⁶ Díaz se habría desangrado en la calle durante diez minutos sin que los vecinos lograran parar un patrullero para que la recogiera. Según testimonios de prensa, estos “pasaban a toda velocidad y hacían disparos”. Finalmente, uno se detuvo y “la herida fue introducida en el coche brutalmente. Arrancó con la puerta abierta y María del Carmen Díaz fue despedida violentamente a la calzada”, generándose dudas entre los testigos, respecto a si la causa final de la muerte fue por el disparo o por el golpe.²⁷

Blanca Falero, hija y hermana de dos de los heridos, narró que tras la caída de Díaz se acrecentó la indignación del vecindario. En ese momento “la policía golpea a machetazos, hiriendo a un vecino en un hombro y dispara contra los vecinos, hiriendo en el brazo a Ruben Villarreal”. A partir de ese momento se implantó una suerte de “estado de sitio” y “decenas de patrulleros recorr[ía]n las calles a toda velocidad”.²⁸

Particularmente interesante es la crónica que realiza el diario *El Día*. Este periódico respondía a la vertiente conservadora del batllismo y había tenido una línea editorial crítica respecto a la huelga, oficiando de vocero de la Cámara Metalúrgica y del directorio de Ferrosnalt. El episodio no ocupó los titulares y fue informado en la sección de “policiales”, sacándole su componente político e igualándolo con otros hechos de la llamada “crónica roja”. Pese a ello, el cuerpo de la nota, además de utilizar las clásicas fuentes policiales, reproduce entrevistas a testigos que contradicen la línea editorial del diario. Es más, varios de estos testimonios fueron utilizados por el senador socialista José Pedro Cardoso en la comparecencia del ministro del Interior ante el Senado. Uno de los entrevistados, Pedro Worwk señaló que el chofer de uno de los camiones conducía el volante con su mano izquierda, mientras con la derecha “esgrimía un revolver, con el que realizó abundantes disparos”. María de Castro, también vecina y testigo de los hechos señaló que los disparos provenían del tercer camión y que tras herir a Díaz su conductor “realizó una maniobra y se fue contra un árbol que estaba a dos o tres metros”. El cronista de *El Día* señaló luego que en la comisaría, donde estaban retenidos los seis camiones, pudo apreciar que uno de los coches tenía roto el farol delantero izquierdo.²⁹

26. “Policía. En un incidente entre obreros de Ferrosnalt y vecinos, fue muerta de un disparo una Sra. Además se registraron 3 heridos de bala”, en *El Día*, 18 de septiembre de 1955, p. 11.

27. *Ibid.*

28. “Vi caer a mi madre herida...”, dice Blanca Falero, que presencié los hechos del sábado, señala la alevosa premeditación de los asesinos”, en *Justicia*, 20 de septiembre de 1955, p. 3.

29. “Policía. En un incidente entre obreros de Ferrosnalt y vecinos, fue muerta de

El juez de instrucción realizó diversos interrogatorios y dispuso esa noche la libertad de todos los detenidos, con excepción de Ramón Corujo, identificado como autor de uno de los disparos, aunque las fuentes policiales del cronista puntualizaron “que fue tirando al aire”.³⁰ Pocos días después Corujo fue puesto en libertad por falta de pruebas.

Dos meses después de los hechos se hizo presente en el Parlamento el ministro del Interior Francisco Gamarra, para informar sobre lo acaecido en Ferrosphalt. Su presencia había sido solicitada por el senador José Pedro Cardoso pero se había suspendido en varias ocasiones por falta de quórum. En la sesión del senado del 22 de noviembre, y tras una nueva postergación, Cardoso presentó el tema en la “hora previa”, momento en que podían ser planteados asuntos fuera del orden del día. Enterado de que se discutían los hechos, el ministro se hizo presente y fue interrogado respecto a la pasividad policial. Señaló el ministro que producidos los disparos y el posterior enfrentamiento “si la policía hubiera descendido la batalla campal habría adquirido proporciones de desastre” (DSCS, 1956: 328). Las explicaciones no conformaron a Cardoso. No lograba entender cómo la policía que recogía todos los días a los que trabajaban en la empresa no sabía que iban armados. Se preguntaba: “¿Por qué la policía no detuvo enseguida a los camiones? ¿Cuál e[ra] el grado de complicidad de la autoridad policial?”. Según Cardoso, la protección policial a los trabajadores no plegados a la huelga “se transformó en la protección de un atentado criminal”, configurando “una línea política” del gobierno. Culminó su intervención señalando la proyección futura de estos hechos al mencionar enfáticamente que “de esta siembra no sal[dría], por cierto, una buena cosecha” (DSCS, 1956: 326).

Tras los episodios, la policía se desplegó en el barrio impidiendo el tránsito en grupos de más de dos personas. Según testimonios que recogió *El Sol*, en las horas posteriores funcionarios de la seccional policial 19 fueron “a presionar a algunos vecinos interrogándolos sobre qué declaraciones efectuarían en caso que se determinara una investigación”. Otros vecinos, que firmaron una declaración aparecida en la prensa, habrían recibido una citación de la policía de Investigaciones (Sección Inteligencia y Enlace) donde se les tomó declaraciones.³¹

un disparo una Sra. Además se registraron 3 heridos de bala”, en *El Día*, 18 de septiembre de 1955, p. 11.

30. *Ibid.*

31. “El conflicto de Ferrosphalt. Graves puntualizaciones sobre la arbitrariedad policial. Entrevista a Anselmo Dorta Rodríguez activista sindical y vecino de la zona”, en *El Sol*, 29 de septiembre de 1955, p. 3.

VII. Epílogos al conflicto

En los días siguientes se aceleraron las coordinaciones entre sindicatos y organizaciones estudiantiles para responder a los hechos con una medida unitaria de lucha. En este marco se aprobó un paro para el 27 de septiembre con una plataforma que incluía el “encarcelamiento de los criminales y sus instigadores”, la intervención judicial del local de Ferrosphalt y una solución inmediata al conflicto metalúrgico.³²

La dirección del SUMMA buscaba encauzar el conflicto, denunciando el “accionar criminal” de lo que llamaban la “banda de Serrato” y la complicidad policial, al mismo tiempo que se retomaban las negociaciones a nivel parlamentario. En el primer aspecto, el 19 de septiembre aparecía en la prensa un comunicado del SUMMA denunciando la complicidad de la empresa en los hechos. En él se señalaba que a poco de iniciada la huelga se habían organizado bandas armadas con el fin de “intimidar y agredir a los huelguistas”, asimismo se identificaba al representante de la Philips en Uruguay, al jefe de serenos y al jefe del personal, como los organizadores de las bandas. También se denunciaba que el frente del domicilio de Mario Pérez (donde vivía Carmen Díaz) había sido “alquitranado por elementos a sueldo de la patronal”.³³

Por otro lado, se buscaba sumar fuerzas al proyecto votado en Diputados. Desde la Unión Industrial, José Serrato convocaba a formar un movimiento de impugnación al proyecto, al que consideraba negativo por no reglamentar la actividad sindical.³⁴ La Cámara Metalúrgica expresaba una posición más ambigua, respaldando a la empresa pero buscando una rápida salida al conflicto.³⁵ Pocos días después, José Serrato presentó renuncia a la presidencia de la Unión Industrial, hecho que fue valorado como un triunfo por el sindicato.

Comenzó en esos días a actuar una comisión mediadora designada por el Consejo Nacional de Gobierno, el Poder Ejecutivo de la época. La primera fórmula propuesta establecía que Ferrosphalt retomaría, a su elección, nueve de los veintisiete obreros que se habían negado a cobrar la indemnización. El resto de los despedidos ingresarían en otras empresas, conservando categorías y antigüedad, y solo por causa grave podrían ser despedidos. Se gestionaría además un préstamo de 30 jornales para

32. “Los sindicatos y estudiantes exigen solución a la huelga y castigo a los criminales”, en *Justicia*, 19 de septiembre de 1955, p. 3.

33. “Crimen premeditado”, en *Justicia*, 19 de septiembre de 1955, p. 2.

34. “Remitido. El Movimiento del Trabajo Nacional impugnando el proyecto sobre despidos”, en *Marcha*, 23 de septiembre de 1955, p. 3.

35. Véase “Remitido. La Cámara Metalúrgica de la Unión Industrial Uruguaya a los patronos y obreros metalúrgicos”, en *El Día*, 17 de septiembre de 1955, p. 11.

los obreros de Ferrosphalt y de 15 para el resto de los metalúrgicos que participaron de la huelga. El 25 de septiembre esta fórmula fue discutida por los comités de base del SUMMA que consideraron inaceptable el número de reintegros y que los mismos sean decididos por la empresa. La propuesta sindical era que los reintegros se hicieran por antigüedad. Asimismo, se solicitaba que el Ejecutivo convocara a los Consejos de Salarios y se comprometiera a enviar un proyecto de ley para conceder una pensión a los hijos de María del Carmen Díaz.³⁶

La comisión mediadora siguió manteniendo reuniones con la Cámara Metalúrgica, el directorio de Ferrosphalt, la dirección del SUMMA y el Consejo Nacional de Gobierno. El 29 de septiembre la empresa aceptó reponer a 14 de los 26 despedidos, pero manteniendo el criterio de que sería ella la que decidiría a qué obreros reintegrar.³⁷ Finalmente, tras 83 días de huelga en la empresa y 23 en el conjunto de la industria, los trabajadores metalúrgicos aprobaron la propuesta y votaron el levantamiento de la huelga. La prensa comunista brindó un amplio espacio a esta última asamblea, valorando la fórmula aprobada como un “triumfo” del sindicato.³⁸

La violencia se reinstaló de forma casi inmediata. Los obreros que participaron de la huelga y los que habían trabajado fueron separados por turnos. El 5 de octubre, se produjo un enfrentamiento en el cambio de turno y fue detenido por realizar disparos Diego Ríos, un trabajador

36. “Los obreros Metalúrgicos tratarán hoy propuesta de la Comisión Mediadora. Se realiza la Asamblea General en el Boston”, en *Justicia*, 26 de septiembre de 1955, p. 1.

37. “Los Metalúrgicos firmes hasta el triunfo”, en *Justicia*, 29 de septiembre de 1955, p. 1.

38. La huelga en la empresa Ferrosphalt coincidió con un proceso partidario que adquiere para este relato particular trascendencia. El 14 de julio de 1955 se expusieron duras críticas en el Comité Ejecutivo del Partido Comunista del Uruguay (PCU) contra su secretario de Organización, Eugenio Gómez Chiribao, hijo del Secretario General, Eugenio Gómez. Se trataba, según el historiador Gerardo Leibner (2013: 190) de un orquestado “golpe de partido” que conduciría a un cambio trascendente en la dirección y orientación de la organización. Para septiembre estaba prevista la realización del XVI Congreso, donde se discutirían los hechos recientes, se definirían las nuevas orientaciones políticas esbozadas por las autoridades provisorias y se elegiría una nueva dirección. El congreso, que generaba una enorme expectativa entre los comunistas uruguayos, fue suspendido y se realizó una semana después de lo previsto a raíz del asesinato de María del Carmen Díaz. Es difícil evaluar cuánto impactaron las disputas internas del PCU sobre los principales dirigentes del SUMMA, que debieron liderar un difícil conflicto sindical y al mismo tiempo tomar posición y adaptarse al rápido viraje que gestaba su partido. Lo que parece claro, a partir de la compulsión de la prensa comunista, es que la “heroica” huelga de Ferrosphalt, conducida por algunos dirigentes de primera línea y afines a la posición renovadora, operó como un factor que permitía cerrar filas y contribuía a sobrellevar la crisis interna que el partido estaba viviendo.

que no había participado de la huelga.³⁹ Los turnos se habían reducido a cinco horas y el sindicato denunciaba que los capataces pretendían lograr en ese tiempo la productividad de un jornal de ocho.⁴⁰

A fines de 1956 se generó un nuevo conflicto que puso en discusión la manera en que se había laudado la huelga el año anterior. En octubre la empresa Kraft-Imesa despidió a Mario Pérez, ex dirigente de Ferrosmalt, que había ido a trabajar a esa empresa luego de la firma del convenio. La situación era particularmente compleja ya que la empresa había esperado un año para despedirlo. El convenio de 1955 establecía que ningún obrero reincorporado podía ser despedido antes del año. Sin embargo, según la lectura que hacían los dirigentes del SUMMA, no estaba en el espíritu de lo acordado que pasado un año las empresas tuvieran libertad para despedir a sus trabajadores. Kraft-Imesa era además una de las pocas empresas donde el SUMMA no tenía una presencia sindical mayoritaria. Desde los años 40 había sido bastión de FOMU y, tras la unificación, había quedado en esa fábrica parte del pequeño núcleo de militantes que mantenían activa a la muy disminuida federación, que además se había afiliado a la CSU en 1956.⁴¹

En Ferrosmalt, el sindicato sufría los efectos de la huelga del año anterior y la salida de muchos de sus dirigentes. En ese marco la amenaza de una nueva huelga generó resistencias en parte de los trabajadores que constituyeron una comisión directiva de emergencia. Ésta impulsó la realización de un plebiscito que proponía no acatar propuestas de huelga provenientes del SUMMA. Obteniendo el aval de la mayoría de los trabajadores, la nueva comisión directiva constituyó el Sindicato Autónomo de Trabajadores de Ferrosmalt que pocos meses después se afilió a la CSU. De este modo, uno de los bastiones del SUMMA se desprendía del sindicato y se mantendría autónomo hasta finales de los años 60.⁴²

39. Intervención del ministro del Interior Dr. Francisco Gamarra en la sesión de la Cámara de Senadores del 23 de noviembre de 1955, *DSCS*, tomo 211, p. 328.

40. “En Ferrosmalt resisten la llamada «productividad»”, en *Justicia*, 5 de enero de 1956, p. 3.

41. Documento..., 1957: 15.

42. *Ibid*, p. 18. Si bien escapa a los objetivos del artículo, resulta pertinente destacar el silencio que guardan los relatos más “oficiales” del sindicato sobre los episodios de 1956. En la entrevista a Rosario Pietrarroia realizada por Hugo Masi (1989), en el trabajo de Dari Mendiondo sobre Gerardo Cuesta y en los diversos textos de formación elaborados por el sindicato en los años 90, se destaca la huelga, se reivindica la figura de María del Carmen Díaz (existe un monolito en homenaje erigido por el sindicato y la Junta Departamental de Montevideo en un espacio libre cercano a donde se ubicaba la planta de Ferrosmalt) y se hace referencia al “triumfo” sindical en la huelga, cerrándose los relatos a fines de 1955. Dari Mendiondo, entrevistado para

VIII. Algunos apuntes finales

Los estudios en clave micro, que aborden episodios puntuales de acción sindical, son escasos dentro de la historiografía uruguaya, siendo predominantes los enfoques que se mueven en un tiempo más largo, rescatando la historia de un sindicato o del “movimiento sindical” en su conjunto. El análisis micro no genera solamente una variación en las dimensiones de lo observado, sino que hace visible aspectos nuevos (Revel, 2005: 46). Exime al investigador de cierta tendencia a la búsqueda de continuidades, permitiendo reconstruir de manera más adecuada contextos que son siempre plurales y múltiples, haciendo posible acercarse al conocimiento del horizonte de expectativas de los protagonistas.

¿Qué aporta el estudio del conflicto en Ferros malt? En primer lugar, permite indagar sobre las formas en que el capital extranjero ingresó al sector industrial uruguayo en los años 50. En Ferros malt es interesante cómo se articularon varias facetas de este proceso: la compra de parte del capital accionario por una empresa multinacional, el mantenimiento del equipo directivo local, la pretensión de incorporar nuevas pautas de trabajo y finalmente la continuidad de las prácticas antisindicales tradicionales. El problema de la productividad, que no es otra cosa que la búsqueda de caminos para producir más utilizando menos recursos, y por ende, incrementando la tasa de ganancia, fue uno de los dilemas de la industrialización en América Latina. El caso permite ver la tensión entre estas iniciativas, las vías en que se proyectaron y las resistencias que generaron entre los trabajadores.

Otro aspecto que se esboza es el vínculo entre figuras clave del empresariado industrial local y el gobernante Partido Colorado. Una de las grandes apuestas del segundo ciclo batllista fue la industrialización. En consecuencia, más allá del discurso obrerista que ponía la “justicia social” como objetivo último, los empresarios industriales se constituyeron en parte importante de la base social del sector. Las idas y venidas

la investigación destacó, utilizando una imagen propia del gremio al que perteneció, que “la unidad votada en 1953 se «soldó» con la huelga en solidaridad con Ferros malt”. Los hechos de 1956 los hemos reconstruido a partir de las escasas fuentes de época, en especial el documento ya referido elaborado por el Consejo Directivo del SUMMA en 1957. Esto permite reflexionar sobre la compleja relación entre las “memorias” sindicales y los procesos históricos concretos. En el caso del SUMMA (que a partir de 1961 pasó a llamarse Unión Nacional de Trabajadores del Metal y Ramas Afines) la concreción de la unidad de los trabajadores metalúrgicos es el gran eje articulador de la “memoria” sindical, un proceso al que se narra como progresivo, apoyado de forma unánime por los trabajadores y concretado a partir de la “visión estratégica” de los principales dirigentes de la época, todos ellos además militantes del Partido Comunista, grupo político que conserva hasta hoy el predominio en la dirección del sindicato.

en la búsqueda de una salida negociada al conflicto en el Parlamento pueden ser leídas como expresión de las tensiones en la interna del sector y la capacidad, tanto de industriales como de trabajadores, de incidir sobre los legisladores.

Un tercer aspecto está relacionado con la violencia política y sus formas. La represión estatal sobre las capas medias politizadas en los años 60 generó un fuerte impacto y una sensación de ruptura con las prácticas políticas tradicionales que subsiste hasta el día de hoy en el Uruguay. Sin embargo, las formas mucho más habituales de violencia sobre los sectores populares (en especial los obreros, pero también los trabajadores rurales) han tenido una visibilidad menor. El trabajo permite apreciar cómo el “Uruguay feliz” de los años 50 albergó prácticas cotidianas de violencia sobre estos sectores y sus organizaciones que estuvieron amparadas (y en ocasiones protagonizadas) por el Estado.⁴³ En tal sentido, la investigación permite seguir buscando líneas de continuidad entre estas formas de violencia y las que surgieron en los años posteriores. De esa manera, aporta en la línea de ampliar el campo cronológico de los estudios sobre la violencia política y continuar reflexionando sobre las tensiones entre libertad y orden en tanto constitutivas de la democracia liberal uruguaya de las décadas previas a la última dictadura.⁴⁴

Referencias bibliográficas

Alfonso, Pedro (1970), *Sindicalismo y revolución en el Uruguay*, Montevideo: Nuevo Mundo.

43. No existen trabajos académicos que aborden el accionar de los grupos armados por las patronales para enfrentar a los sindicatos, así como respecto de los llamados krumiros o rompehuelgas, cuya contratación es referida en las fuentes para diversos conflictos del período. El trabajo de Hugo Cores (1989: 198-199) refiere al reclutamiento de krumiros para sustituir obreros en la huelga de la empresa naval Regusci y Voulminot del año 1951, pero no avanza mucho más en su descripción.

Las fuentes consultadas para este trabajo registran la mirada de sus antagonistas, los trabajadores en huelga. Es claro que entre el personal que trabajó durante la huelga existieron, al menos, dos grupos: los trabajadores ya vinculados a la empresa y que no se plegaron a las medidas sindicales, y, por otro lado, los obreros contratados para sustituir huelguistas. Su ingreso y salida en camiones que los dejaban en un punto alejado de la fábrica [concretamente en el barrio de El Prado, que ya en la época era punto de intersección de múltiples líneas de transporte colectivo], denotaría que un número importante provenía de otras zonas de la ciudad lo que les evitaba sentir la presión social que se generaba en la zona de influencia de la fábrica.

44. Sobre la extensión del campo de la historia reciente véase Marchesi y Markarian (2012). Las tensiones entre libertad y orden como constitutivas de la democracia uruguaya en los años 60 en Rico (2005).

- Cores, Hugo (1989), *La lucha de los gremios solidarios (1947-1952)*, Montevideo: EBO.
- D'Elía, Germán (1969), *El movimiento sindical*, Montevideo: Nuestra Tierra.
- (1982), *El Uruguay neo-batllista, 1946-1958*, Montevideo: EBO.
- Errandonea, Alfredo y Luis Costáble (1969), *Sindicato y sociedad en el Uruguay*, Montevideo: FCU.
- Ferreira, Pablo (2014), “El otro viraje. Democracia y ciudadanía en el discurso de la lista quince ante los debates constitucionales de 1951 y 1966”, *Contemporánea. Historia y problemas del siglo XIX*, año 5, n° 5, Montevideo, pp. 105-124.
- Iglesias, Mariana (2011), “La excepción como práctica de gobierno en Uruguay, 1946-1963”, en *Contemporánea, Historia y problemas del siglo XX*, año 2, n° 2, Montevideo, pp. 137-155.
- Leibner, Gerardo (2013), “La experiencia política de ASO (1948-1953): fracaso político e impulso a la renovación clasista de la izquierda uruguaya”, en *Contemporánea. Historia y problemas del siglo XX*, año 4, n° 4, Montevideo, pp. 145-166.
- Marchesi, Aldo y Vania Markarian (2012), “Cinco décadas de estudios sobre la crisis, la democracia y el autoritarismo en Uruguay”, *Contemporánea. Historia y problemas del siglo XX*, año 3, n° 3, Montevideo, pp. 213-242.
- Masi, Hugo (1989), *Vida de un metalúrgico. Reportaje a Rosario Pietraroia*, Montevideo: Ediciones Pueblos Unidos.
- Mendiondo, Dari (s/f), *Gerardo Cuesta. Amigo - Compañero - Maestro*, Montevideo: Tiempo de Cambio.
- Porrini, Rodolfo (2005), *La nueva clase trabajadora uruguaya (1940-1950)*, Montevideo: Departamento de Publicaciones de la FHCE.
- Revel, Jacques (2005), “Micronálisis y construcción de lo social”, en Jacques Revel, *Un momento historiográfico: Trece ensayos de historia social*, Buenos Aires: Manantial.
- Rico, Álvaro (2005), *Cómo nos domina la clase gobernante. Orden político y obediencia social en la democracia posdictadura. Uruguay, 1985-2005*, Montevideo: Trilce.
- Rodríguez, Héctor (1966), *Nuestros sindicatos*, Montevideo: Centro Estudiantes de Derecho.
- Ruiz, Esther (2007), “El Uruguay próspero y su crisis. 1946-1964”, en VV.AA, *Historia del Uruguay en el siglo XX [1890-2005]*, Montevideo: EBO.
- Sala, Lucia y Jorge Landinelli (1984), “50 años del movimiento obrero uruguayo”, en Pablo Gonzalez Casanova (dir.), *Historia del movimiento obrero en América Latina*, tomo IV, México: Siglo XXI, pp. 251-329.
- Sapriza, Graciela (1993), *Los caminos de una ilusión. 1913, huelga de mujeres en Juan Lacaze*, Montevideo: Fin de Siglo.
- Turianski, Wladimir (1973), *El movimiento obrero uruguayo*, Montevideo: EPU.
- Wschebor, Isabel y Ariel Soto (2004), “El caleidoscopio de la huelga metalúr-

gica de 1950”, en Rodolfo Porrini (comp.), *Historia y memoria del mundo del trabajo*, Montevideo: CSIC-Udelar, pp. 89-104.

* * *

Título: Working resistance and employer violence in the “happy Uruguay” of the fifties. An approach from the strike in the metallurgical company Ferrosnalt.

Resumen: El artículo aborda el conflicto que enfrentó al sindicato con la patronal de la empresa metalúrgica Ferrosnalt en la ciudad de Montevideo durante el año 1955. La empresa, que había enajenado parte de sus acciones en manos de capitales extranjeros procuró incrementar los niveles de productividad y debilitar la organización sindical, enfrentando la resistencia de los trabajadores. En ese marco, se analizan un conjunto de episodios de violencia que se dieron durante el conflicto, especialmente a partir de que la empresa contrató nuevos trabajadores, formó un grupo armado para protegerlos y obtuvo apoyo de las fuerzas policiales. Estos episodios contribuyen a poner en discusión la imagen extendida y muchas veces idealizada del “Uruguay feliz” de los años 50.

Palabras clave: productividad – sindicato – empresarios – violencia – Uruguay

Abstract: The article discusses the conflict between the Union and employers of the metallurgical company Ferrosnalt in the city of Montevideo during the year 1955. The company, which had alienated part of its shares in the hands of foreign capital sought to increase levels of productivity and weaken the trade union organization, facing resistance from workers. In this context, discusses a set of episodes of violence that occurred during the conflict, especially from the company hired new workers, formed an armed group to protect them, and obtained support of police forces. These episodes will help put into discussion the extended image and often idealized the happy “Uruguay” of the 1950s

Keywords: productivity – unions – business – violence – Uruguay

Recepción: 26 de junio de 2015. **Aprobación:** 18 de mayo de 2016.

PERFILES

Juan Carlos Marín (1930-2014): La sociología de combate en la Argentina

Agustín Santella y Ana Villar

IIGG, Conicet – IEALC, Conicet
agustinsantella@gmail.com – anab_villar@yahoo.com.ar

Esta revista dedica un espacio para una historia de los historiadores, intelectuales y científicos sociales que han aportado al estudio de la izquierda y el movimiento obrero. En esta ocasión presentamos la trayectoria de un sociólogo de oficio que ha realizado aportes sustantivos en esta temática.¹ Si bien nos desplazamos de los límites del campo historiográfico, entendemos que los estudios de Juan Carlos Marín son parte fundamental del acervo de la historia de las luchas de clases en Argentina y América Latina. Como en la mayoría de los perfiles, estamos en presencia de un relato que combina distintos problemas en la historia intelectual. A partir de los aportes de los intelectuales a la comprensión estratégica de la historia y la sociedad, nos adentramos en sus biografías militante y profesional. Las ciencias sociales son parte también de los combates estratégicos en el proyecto de una transformación histórica. Desde este punto de vista, la figura de Lito Marín aparece como una de las más indicadas, en tanto concibe la práctica de la ciencia social como una parte privilegiada de las luchas sociales.

“El conocimiento es el arma de la revolución por excelencia”

Juan Carlos Marín, para todos “Lito”, nació el 8 de octubre de 1930 en la ciudad de Rosario, provincia de Santa Fe. A fines de los 40 inició en la Universidad de Buenos Aires sus estudios en la carrera de Ingeniería.

1. Agradecemos los trabajos de Agustín Nieto y del Proyecto Ardití-CICSO de recuperación digital de los cuadernos de CICSO que usamos en este artículo. Rodolfo Laufer ayudó con búsquedas bibliográficas. Inés Izaguirre y Pablo Bonavena fueron entrevistados y compartieron materiales. Los comentarios de los evaluadores anónimos fueron muy importantes en la fase final del manuscrito.

En sus años de estudiante participó activamente en el movimiento universitario, formando parte de la dirección de la Federación Universitaria de Buenos Aires y militando en la izquierda del Partido Socialista junto con Miguel Murmis, Torcuato Di Tella y Jorge Graciarena (Tortti, 2009; Blanco, 2006: 196). En 1957, fue parte destacada del grupo militante fundacional de la Carrera de Sociología en la Universidad de Buenos Aires. Desde su inicio, la misma estuvo dirigida por Gino Germani, exiliado del fascismo italiano, que se propuso transformar lo que consideraba una sociología ensayística basada en el profesor de cátedra en una de tipo científico representada en la figura del investigador (Izaguirre, 2010). El proyecto de la carrera fue parte de la política universitaria motorizada por el nuevo rector José Luis Romero, cuya base militante estaba compuesta por los jóvenes socialistas, incluyendo a Marín.

Durante los primeros años de construcción de la Escuela de Sociología, Marín trabajó al lado de Gino Germani hasta aproximadamente 1962. Por esos años había surgido al interior del Partido Socialista Argentino (PSA) una corriente heterogénea y renovadora impulsada por la necesidad de reconstruir el vínculo perdido con los trabajadores durante el peronismo, confrontando así al elenco dirigente del socialismo, en aquel momento encabezado por Américo Ghioldi. Dentro del nuevo partido, existía un sector más radicalizado que bregaba por la construcción de un Frente de Liberación Nacional, que posteriormente derivó en una nueva ruptura: el Partido Socialista Argentino de Vanguardia (PSAV), el primero de la “nueva izquierda” argentina (Tortti, 2009). Este cambio de línea dentro del socialismo tuvo repercusiones conflictivas dentro del grupo dirigente de Sociología. Para Germani era inadmisibles el acercamiento de los socialistas de izquierda al peronismo en las elecciones de 1962. Germani se sostenía en una alianza entre socialistas y demócratas liberales, caracterizando negativamente el peronismo como populismo. Pero además se combinaron varios temas conflictivos dentro de la carrera, en los que Marín simpatizaba con los reclamos estudiantiles. Los estudiantes rechazaban la implementación de las Metodologías, hacían presión por la incorporación de cátedras marxistas (el caso de Silvio Frondizi) y rechazaban la política de financiamiento externo internacional que llevaba adelante Germani (en particular con la Fundación Ford). Esto llevó a una separación política dentro del consejo académico de la carrera. Todo se entronca con un debate que recorría a la UBA en su conjunto sobre el “cientificismo”, que fue el programa de la Edad de Oro de la Universidad. Los militantes del PSAV criticaron también el elitismo y apoliticismo de este programa, como se lee en el documento partidario “Universidad: política de masas” (en Balvé y Balvé, 1989: 299-306).

Comenzó a investigar cuando era estudiante de grado, como puede

verse en una ponencia de 1961 en coautoría con Miguel Murmis y Hugo Calello. La misma se publicó en una versión más corta como capítulo de un libro compilado por Torcuato Di Tella en 1969 (Marín, Murmis y Calello, 1961). El estudio trata de una “sociología del sindicalismo” de la Federación Obrera de Constructores Navales (FOCN) con base en el barrio de La Boca, Buenos Aires. Su marco analítico es una síntesis de la sociología de la acción por entonces difundida, sin referencias claras con la teoría marxista. Un aspecto no menos importante es que la investigación se realiza con la colaboración de los obreros del sindicato. Estos gremios eran anarcosindicalistas, y resistieron al gobierno peronista que creó nuevos sindicatos para desplazarlos. La investigación se hizo con una beca financiada por el Conicet en los años 1959-1960.

Una vez licenciado en sociología en 1961 –fue el segundo graduado, luego de Elizabeth Jelin– comenzó inmediatamente su carrera académica docente: “Desde 1961 ha realizado –de manera continua– tareas docentes e investigativas en diversas universidades de América Latina, y muy especialmente en diferentes Facultades de la Universidad de Buenos Aires, durante los siguientes períodos 1961-1966, 1973-1975 y 1986-1997” (Marín, 1997). En su primer año adquirió el cargo de Profesor Adjunto en la Carrera de Sociología, manteniéndolo hasta 1967, año que ya lo encuentra en Chile. Mientras estuvo en Argentina fue Profesor Adjunto o Titular en las Facultades de Filosofía y Letras, Arquitectura y Urbanismo y Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires y de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Comunicación de la Universidad de La Plata.

Estudiar las clases sociales, estudiar la lucha de clases

Debe ponerse de relieve en el balance de la obra de Marín la permanente búsqueda de construcción colectiva. De manera destacada, en 1966 participó de la creación del Centro de Investigaciones en Ciencias Sociales (CICSO) junto con Miguel Murmis, Inés Izaguirre, Silvia Sigal, Eliseo Verón, Darío Cantón y, desde Córdoba, Francisco Delich. Se sumarían en pocos años Beba y Beatriz Balvé, Nicolás Iñigo Carrera y Roberto Jacoby. El objetivo que se trazaron estos jóvenes intelectuales fue complementar los aportes claves del método empírico para las ciencias sociales con la teoría marxista.²

2. La dirección formal del Centro en el primer período, hasta 1975, corre a cargo de Miguel Murmis, para luego pasar a Juan Carlos Marín hasta su salida hacia 1985. Marín vuelve a la UBA y se separa del CICSO, que queda bajo la orientación de Beba Balvé (Santella, 2000). A su vez, en 1991 se separa un grupo dirigido por Nicolás Iñigo Carrera creando el PIMSA (Programa de Investigación sobre el Movimiento de la Sociedad Argentina), con continuidad hasta hoy. Nicolás Iñigo Carrera había

Ese mismo año, mientras se desempeñaba como consultor experto de las Naciones Unidas y profesor investigador de la Universidad de Concepción y la Universidad de Chile, realizó sus estudios “Los asalariados rurales” y “Las tomas”. El primero de ellos fue parte del Programa de Investigación sobre la Marginalidad en América Latina,³ al cual se integró en 1967. Los trabajos del Proyecto Marginalidad cuestionaron fuertemente las tesis de la modernización de la CEPAL en boga, al introducir un análisis de las relaciones sociales de producción en un contexto de capitalismo dependiente (Petra, 2009: 257). “Los asalariados rurales”, publicado parcialmente en la *Revista Latinoamericana de Sociología*, realiza un análisis marxista del carácter social de la forma productiva más difundida del agro chileno: el fundo. El fundo estaba orientado al mercado y había creado una particular forma de relación salarial. Algunos sectores de la fuerza de trabajo asumían una forma salarial incompleta al “gozar” de “regalías”, lo que abarataba para los capitalistas el costo de su reproducción. Esto configuraba dos estratos de asalariados. Por un lado, un campesinado “cuasi parcelario” adscripto como trabajador permanente e inserto como productor de subsistencia. Por otro lado, un proletariado rural con una permanente inestabilidad en su inserción en el mercado de trabajo, cuya única alternativa era ser un trabajador “intermitente” o “estacional” (Marín, 2007: 47).

Los resultados de su investigación confrontaban con la tesis del atraso basada en la relación de servidumbre semifeudal en la que la burguesía desarrollista y algunos sectores de la izquierda sustentaban sus programas limitados de reformas. Para Marín, la hegemonía de las clases medias había impuesto como “enemigo principal” de la reforma

trabajado como asistente de Miguel Murmis en sus primeros años de formación, y luego se queda en el CICOSO junto con Balvé hasta su salida. Inés Izaguirre y Nicolás Iñigo ingresaron al Conicet con la apertura democrática de los 80.

3. El proyecto “Marginal Populations in Latin America”, o “Proyecto Marginalidad”, dirigido por José Nun, tuvo asiento en el Instituto Torcuato Di Tella y contó entre sus investigadores a Murmis, Laclau, Dalassio, Norwersztern y Balvé, además de Marín. En un inicio fue auspiciado por el Instituto Latinoamericano y del Caribe de Planificación Económica y Social (ILPES), el centro de investigación y acción social Desarrollo Social para América Latina (DESAL) y la Fundación Ford, pero, pasados los primeros meses, las dos primeras instituciones se retiraron. Por el origen de los fondos este proyecto, entre otros, fue cuestionado duramente por otros núcleos intelectuales y grupos políticos como funcional a la inserción imperialista. Sin embargo, el caso del Proyecto Marginalidad, como plantea Petra (2009), muestra los problemas de una interpretación unilateral de la dominación si no se contemplan “las lógicas de funcionamiento de una «comunidad científica» internacionalizada sobre la hegemonía intelectual de los Estados Unidos, pero actuante en una red de actores, intereses, estrategias e ideas difícilmente reductibles a las connotaciones de una maniobra de penetración” (p. 251).

agraria al “rentista ocioso” y no al capitalismo, “tal cual se registra en la agricultura chilena” (Marín, 2007: 51). De esta manera, exhibía cómo la “modernización” y la “democratización” experimentadas por la sociedad chilena a partir de las décadas del 50 y 60 habían quedado limitadas a un sector de la población tanto en el campo como en la ciudad. En el caso del agro, en un contexto de crisis y disputa al interior de la clase dominante, la reforma agraria y la sindicalización fueron formas de movilización en apoyo del programa reformista institucional. En este sentido, buscaban la integración corporativa de una parte de los asalariados rurales, mientras la mayoría de los trabajadores del agro proletarizado quedaba excluida.

Esto se profundiza en “Las tomas”, publicado en 1973 como parte de la sección “Las clases en el proceso chileno” en la primera y única edición de la revista *Marxismo y Revolución*, dirigida por Ruy Mauro Marini (sobre la teoría de la dependencia, ver Astarita, 2010). En el marco del gobierno de la Unidad Popular, el sector proletarizado del campo protagonizó una ola de tomas de tierra por fuera de los canales institucionales, desafiando al “gobierno popular”. Las tomas, a diferencia de las huelgas, estaban al alcance de la clase asalariada rural en su conjunto, inclusive de aquellos sectores vinculados de manera inestable al proceso productivo específico. La multiplicación de las tomas a partir de 1970 mostraba la posibilidad de otra estrategia en el seno de la clase trabajadora (la formación de una “nueva fuerza social”). En el contexto de la “vía chilena al socialismo”, que suponía una serie de reformas sobre la base de una alianza de clases con la burguesía, las conclusiones de estos trabajos intervenían en el centro del debate político del proceso chileno y anticipaban, en cierta medida, la catástrofe venidera. Las condiciones para la hegemonía obrera comenzaban a estar dadas. La clase dominante no demoraría en contraatacar. La izquierda que estaba en el gobierno no estaba preparada para luchar en ese escenario: “Las tomas fueron las maniobras que crearon las condiciones materiales y sociales para una futura guerra de posición entre dos grandes fuerzas sociales en zonas rurales” (Marín, 2007: 79). Con ello, Marín, por esos tiempos vinculado con sectores radicalizados de la izquierda chilena como el MIR, demostraba su compromiso con una investigación guiada por la necesidad histórica de explicar la realidad develando el verdadero carácter de las relaciones sociales y las confrontaciones y no sólo por las exigencias académicas y curriculares.

El 11 de septiembre de 1973, con la llegada del golpe, Marín sería apresado en el Estadio Nacional de Chile. Luego de tres meses recuperaba la libertad, gracias a la presión ejercidas por distintos organismos y, especialmente, por Jorge Graciarena, que en ese momento se des-

empeñaba como funcionario de las Naciones Unidas (sobre Graciarena, ver Ansaldo y Giordano, 2014).

Luego de la experiencia chilena, Marín vuelve a Buenos Aires participando directamente en las actividades de CICOSO, y emprende un nuevo proyecto de investigación que culmina en la publicación de *Los hechos armados*. Desde el punto de vista político compartía la problemática de las vías armadas al socialismo, fortalecida por la derrota chilena de la vía pacífica. Esto le permite plantear el problema de la investigación empírica de este proceso, que refiere a las formas de la lucha de clases, y la dinámica de la lucha armada que había comenzado en la Argentina. Aquí desarrolló la metodología del análisis cuantitativo de los eventos de conflictos sociales, que había comenzado en el estudio de Chile. Forma un equipo de codificadores, con base en CICOSO, para construir una base de datos que alcanza 8.509 eventos, sucedidos entre 1973 y 1976. Sus conclusiones apuntan a realizar una crítica en varios frentes. En primer lugar, desde ya, contra el discurso represivo genocida, entonces elaborado intelectualmente por Mariano Grondona. Este intelectual orgánico del Estado capitalista sostenía en sus columnas de opinión que el “terrorismo” buscaba la muerte como su finalidad propia, de modo irracional. En contra de la tesis de la irracionalidad, la investigación da cuenta de la racionalidad de las estrategias en pugna a través de la violencia política.

Por otro lado, el libro muestra que la lucha de clases adopta la forma de lucha armada, caracterizando que se atraviesa una etapa de guerra civil. Esta idea entre formas de lucha predominantes y etapas en la lucha de clases sigue a una lectura del pasaje sobre análisis de situación de Antonio Gramsci. El italiano distinguía momentos de la lucha de clases (económico y político, desdoblándose entre lo ético y político-militar). La tesis de Marín interpreta que la situación se caracteriza por el predominio del momento político-militar, lo cual se expresa en las formas de las luchas entre las clases (mediadas por las fuerzas sociales). Sin lugar a dudas, ésta será la tesis más polémica dentro del progresismo y la izquierda. El libro salió a la luz primero en forma de cuadernos de trabajo desde 1979 en el exilio mexicano. Apareció en un contexto muy distinto al previo de 1976, donde una parte importante de la intelectualidad simpatizaba con la lucha armada (mayormente con Montoneros). En el exilio el discurso de la izquierda se encontraba a la defensiva, denunciando la represión y el terrorismo de Estado. El estudio se publicó como libro en la Argentina en 1984, completamente a contracorriente del clima democrático constitucionalista del momento. Se produjo aquí un contraste enorme con el perfil que toman los anteriores compañeros de ruta como Juan Carlos Portantiero, por mencionar al sociólogo más referenciado con los años 70 pero también con la nueva

era alfonsinista. Asimismo *Los hechos armados* pone críticamente bajo observación la estrategia revolucionaria armada, no tanto por sus fundamentos generales (que comparte) sino por realizar un análisis según la metodología sociológica de la objetivación empírica, pero también por poner en juego el concepto de estrategias objetivas (desarrollamos más adelante este punto). Mediante el análisis de datos se cuestiona el exitismo de Montoneros y el PRT-ERP.

El retorno al país

La apertura democrática en Argentina expresó un cambio ideológico enorme, frente al cual CICSO y Marín se encontraron marginados. Ellos continuaron un discurso combativo revolucionario en una etapa de “reconciliación”, de teoría de los dos demonios. No obstante, el cambio intelectual político es internacional y más profundo, a juzgar por la crisis del marxismo decretada desde París nada menos que por Althusser a principios de la década. En esta doble coyuntura, la orientación de Marín parece caracterizarse por una línea intransigente pero buscando un nuevo discurso crítico sociológico que provenga de la tradición marxista revolucionaria. Esto presentó un conflicto de dirección con sus compañeros y compañeras de CICSO, quienes mantuvieron el programa marxista anterior (ver más abajo) pero también la autonomía institucional como centro de investigación. En cambio, Marín buscó incorporarse nuevamente a la UBA. En 1986 obtuvo el cargo de Profesor Titular con dedicación exclusiva en la Carrera de Sociología hasta su jubilación en 2013. La materia que comienza a impartir se dedica a la investigación, creando el Taller de Investigación sobre Cambio Social. Conjuntamente construía el Programa de Investigación sobre Cambio Social (PICASO) que comenzó formalmente en 1988, con asiento en el Instituto de Sociología, luego Instituto de Investigaciones “Gino Germani”. Desde este lugar crea una estructura de investigación nueva, obteniendo varios cargos de dedicación exclusiva y becas para su equipo, bajo una nueva orientación programática.⁴ Esto se realizó en estrecha relación con la política interna de la carrera y el Instituto, influenciando decisivamente en la formación de la agrupación Compañeros de Base de Sociología, quienes ganaron las elecciones del Centro de Estudiantes de Sociología en los 80. Esta agrupación será el antecedente de CdB de Filosofía y Letras, que alcanzó la hegemonía en esta facultad en los 90.

En 1987 publicó *La silla en la cabeza*, una transcripción de una dis-

4. La política de becas generó fuerte polémica en las asambleas estudiantiles de Sociología. El grupo de Marín obtuvo una mayoría de becas gracias a su hegemonía en la carrera.

cusión pública con Tomás Abraham sobre los usos de Michel Foucault, que terminó tan acaloradamente que Marín amenazó a su interlocutor con partirle una silla por la cabeza. En los años 90 circularon de manera restringida varios cuadernos (todavía inéditos) de teorización sobre teoría marxista y estrategia que suman cientos de páginas, producto de grabaciones de conversaciones con militantes revolucionarios chilenos. Parte de estos textos se compilaron en el libro *Conversaciones sobre el poder* (1995). Continuaba el compromiso directo entre conocimiento y entendimiento práctico, los ejes de una práctica que unió en todo su recorrido, al decir de Guillermo Almeyra, las personificaciones del sociólogo y el “militante crítico” (Almeyra, 2013). En esta dirección, Marín se sumó a la solidaridad con el levantamiento zapatista de 1994. Para ello comenzó una investigación, con un equipo de activistas mexicanos y argentinos, sobre las luchas sociales en México (en colaboración con activistas de SERPAJ de Cuernavaca-México, donde crearon el colectivo “Pensar en voz alta”). Realizaron un análisis cuantitativo de una base de datos sobre conflictos relevados a partir del diario *La Jornada* en el período 1994-2000. En estos cuadernos se continúa la línea de investigación de *Los hechos armados*, dando cuenta del desarrollo de la violencia y las formas de guerra civil, mostrando las bajas humanas producto de la represión y las luchas sociales. Del mismo modo, se realiza un análisis en términos de fuerzas sociales (ver abajo sobre este concepto) sintetizando la variedad de sujetos y acciones en dos grandes fuerzas en confrontación: el régimen y la oposición. El tipo de colaboración con los movimientos revolucionarios es similar al anterior. La investigación realiza un diagnóstico basado en datos fuertes (una muestra nacional de conflictos en un período de varios años) para la elaboración de la estrategia combatiente. La relación con México se mantuvo a pesar de la vuelta a la Argentina a mitad de los 80. Durante las décadas restantes Marín viajó regularmente a ese país, dando cursos de posgrado, participando de proyectos de investigación, realizando asesorías, además de la iniciativa militante. En particular mantuvo la influencia sobre distintas generaciones de graduados de FLACSO-México.

En la Argentina, sus últimos años se manifestó con entusiasmo en apoyo del gobierno kirchnerista, usando la idea de que las luchas de clases operan a través de la confrontación de dos grandes fuerzas sociales, una de carácter progresivo contra otra regresiva.

Programas y construcción de conceptos

En los trabajos mencionados Marín hizo una contribución hacia la investigación empírica y teórica de las luchas de clases en torno de varios conceptos (fuerzas sociales, estrategias, enfrentamientos, en la

primera etapa, luego sobre la producción y reproducción normativa social) que posibilitaron el desarrollo de programas de investigación colectivos. Aquí tomaremos algunos conceptos suyos para destacar sus aportes específicos a la sociología de tradición marxista.

La noción de fuerza social estaba difundida en el discurso sociológico, y los marxistas participaban de este universo. Por poner un ejemplo, podemos mencionar la prestigiosa revista *Social Forces*, publicada por la Universidad de Oxford desde hace 90 años, dedicada a ciencias sociales de modo interdisciplinar. Aquí el título de la revista refiere a procesos muy distintos, entre ellos el concepto funcionalista de hechos sociales (que determinan la acción individual en las relaciones sociales). Sin embargo, en la problemática marxista el concepto se determina en relaciones sociales constituidas por la totalidad compuesta por las fuerzas sociales de producción y las luchas de clases.⁵

Desde la tradición marxista, Marín fue construyendo un concepto de fuerza social con el objetivo de dar cuenta de la modalidad concreta de la lucha de clases. En el seminario interno de CICSO de 1973 sostenía: “La lucha de clases es algo que se desarrolla a través de un enfrentamiento de fuerzas sociales” (1973a: 3). En los conflictos reales las clases no se enfrentan directamente, sino a través de alianzas que cortan a las clases en distintas fracciones. Así en los años 1960-1970 se formó una “fuerza social revolucionaria” que se basaba en una alianza de fracciones de la clase obrera y la pequeña burguesía. Sin embargo, esta fuerza social se enfrentó –sostiene el autor en *Los hechos armados*– a otra fuerza social que accedió al gobierno con el peronismo, que estuvo compuesta por una alianza entre otras fracciones obreras con una parte del resto de las clases (burguesía y pequeño burguesía). En aquellos años Nicos Poulantzas preguntaba “¿Cómo definir un criterio que pueda conducirnos a descifrar la existencia de una clase, o de una fracción, como fuerza social en una formación determinada, criterio que no puede en ningún caso –está patente aquí– ser suministrado exclusivamente por el nivel económico” (Poulantzas, 1969: 90). La respuesta de Marín fue dar cuenta de las fuerzas sociales en el mapa de los enfrentamientos sociales, un tema que desarrolla conceptualmente en el *Cuaderno 8* (1981). En el terreno metodológico, un aporte central de Marín es la propuesta de desarrollar el estudio de la lucha de clases a través de mediciones cuantitativas, las cuales surgen de registros sistemáticos de información a partir de fuentes primarias (documentos policiales en el caso de Chile, diarios nacionales en *Los hechos armados*). El objetivo de

5. Podemos releer en Trotsky cómo define el concepto de revolución: “La revolución es una prueba de fuerza abierta entre las fuerzas sociales en lucha por el poder” (Trotsky, 1972: 39).

las investigaciones fue identificar las fuerzas en lucha a partir de este tipo de datos. En este sentido, se trataba de reconstruir las estrategias que objetivamente desarrollaban tales fuerzas. La idea de objetividad hace por un lado al proceso de investigación mismo: las hipótesis sobre cuáles fuerzas operan en la lucha de clases debe someterse a la investigación empírica metódica. Pero por otro lado, el concepto de objetividad sirve para definir el concepto de estrategia. Por estrategia se entiende, en estos trabajos, el ordenamiento de los enfrentamientos en el curso de la guerra, en relación al objetivo de la misma. Esta definición se sostiene en una lectura de Clausewitz. Este proceso estratégico designa un curso de acontecimientos que excede la conciencia de los “estados mayores” de la guerra. Se trata de un verdadero proceso objetivo, del cual usualmente los actores no tienen cabal conciencia.⁶

Posiblemente la incorporación de Michel Foucault en el arsenal conceptual en el *Cuaderno 8* sea la mayor apertura en sus textos hasta entonces. Casi diez años después de la hegemonía estructuralista a lo Althusser-Poulantzas en la intelectualidad, se impone una nueva con Foucault. En 1993, Oscar Terán (reproducido en Terán, 2006) llamará “la estación Foucault” a este momento de amplio impacto en numerosos intelectuales setentistas en su crisis marxista de los años 80. En *La silla en la cabeza* (1987) Marín se expresa sobre la recuperación de Foucault en clave marxista.⁷ Aquí se aclaran los temas del *Cuaderno 8* y *Los hechos armados*. Las relaciones de poder se evidencian sobre la acumulación de cuerpos y cosas, sobre el efecto en los cuerpos. Éstos son el territorio de observación de la lucha de clases. Así el análisis de las bajas militares (los cuerpos) en los años 1973-1976 adquiriría un sentido conceptual nuevo. Más en general, la lectura de Foucault incorpora la especificidad del estudio de las relaciones de poder. De esa forma, en los Programas de CICOSO se propuso la articulación entre los conceptos de “valor, poder y saber”. Es conocida la problemática foucaultiana en torno de la relación entre poder y saber. CICOSO añadió la dimensión valor en esta articulación. No obstante, un balance arrojaría que la investigación se dedica al valor y al poder, sin todavía dar cuenta de las formas del saber (CICOSO, 1982).

Pero en *La silla en la cabeza* se adelantaron partes de una nueva problemática expresada en el PICASO (Marín, 1997). El nuevo programa propuso investigar las formas de reproducción del orden social, mientras

6. Véase el diálogo crítico sobre el concepto de estrategia objetiva, entre Paula Varela y Nicolás Iñigo Carrera publicada en *Archivos de historia del movimiento y la izquierda*, n° 6, 2015.

7. Gastón Gutiérrez comenta esta discusión en *Ideas de Izquierda* n° 29 (mayo de 2016) a propósito del libro *Los usos de Foucault en la Argentina*, de Mariana Canavese, de 2015. El autor discrepa cordialmente con la argumentación de Marín.

que los programas de CICOSO centraron su objeto en el cambio como resultado de la lucha de clases. De la lectura anterior de Foucault se obtenía la pregunta por la construcción de las disciplinas corporales, como poderes positivos, no sólo como represión. Pero ahora se incorporaba una preocupación más amplia por la formas de la heteronomía social, de la obediencia. Desde esta perspectiva, se planteó la investigación de las formas de conciencia heterónomas de la clase obrera y los sectores populares. El uso de estos conceptos se movilizó por la hipótesis en torno de la participación pasiva o activa de sectores de la sociedad civil en la anterior dictadura militar, tanto como base social general pero más particularmente en la maquinaria de la desaparición de personas (esta línea la desarrolla Inés Izaguirre, 2009).

Al mismo tiempo, el concepto de reproducción social se ampliaba en un grado mayor de abstracción. Esto debido a que la idea de “orden social” es una unidad de análisis más abarcadora que el concepto de modo de producción. Pero además lo “normativo” se introduce como dimensión de este orden de relaciones sociales. “El cambio en el modo productivo de lo social constituye nuestra problemática investigativa central; dentro de ella, nos preocupa la relación que se establece –en ese proceso– entre lo que ha dado en llamarse la “heteronomía” y la “autonomía” normativa, como etapas y/o procesos constitutivos de la génesis normativa en el ámbito de lo político social” (Marín, 1997: 1). Dentro de este marco, las luchas populares son vistas como parte del proceso de construcción de autonomía social.

Este último período de Juan Carlos Marín, que se inicia con su salida de CICOSO y creación de PICASO en la UBA, no ha dado resultados de investigación de su autoría, sino textos de reflexiones teóricas como el ya mencionado *Conversaciones sobre el poder* (1995). Los resultados del nuevo programa estuvieron a cargo de los entonces nuevos discípulos, ahora investigadores formados. La investigación sobre las formas de conciencia heterónomas dio lugar a la tesis doctoral publicada como libro por Edna Muleras (2008), y la respectiva a las formas de la autonomía en la protesta social en la tesis doctoral luego libro de Julián Rebón (2007). Los trabajos de Inés Izaguirre (2009), socióloga de la generación CICOSO, buscaron incorporar las dos problemáticas (lucha de clases y reproducción normativa).

No encontramos una discusión comprensiva del cambio de programa de CICOSO a PICASO. En el texto de PICASO se menciona el impacto de la dictadura sobre la sociedad argentina, pero no se hace referencia a los cambios internacionales y su eco en el debate marxista. El arsenal conceptual del programa PICASO se sostiene en la epistemología genética de Jean Piaget, el estudio de la construcción de las etapas de las formas de conocimiento. Esto sirve para una relación entre psicogénesis

y sociogénesis histórica, esto es, el estudio de las etapas en el individuo como base para las etapas en la historia de la sociedad. Marín había adelantado sus estudios sobre Piaget desde sus primeros años de formación en sociología, con Gino Germani, pero pareciera que recién en los años 80 lo incorpora en el centro de su construcción. En PICASO hay además un diálogo mucho más notorio con la teoría sociológica que en CICOSO. Como hemos señalado, el objeto pasa a lo social (cuando antes estaba en el modo de producción), al orden normativo, a las formas de su producción y reproducción, a la autonomía y heteronomía. Este pasaje por tanto se convierte en una nueva forma de abstracción (“lo social”, o “la sociedad”) que subsume a los modos de producción y las luchas de clases, sin eliminarlos pero como momento secundario. Respecto de la formación de clases, subyace una hipótesis pesimista respecto de la capacidad de la clase obrera de formarse como clase en el período posterior a la dictadura. El estudio de los trabajadores ahora se centra en discernir su conciencia subordinada.

Hemos mencionado las pocas referencias de carácter político intelectual en el contexto de los debates marxistas. No obstante, el cambio programático de CICOSO a PICASO se puede interpretar como la reorientación programática del marxismo revolucionario a una teoría social emancipatoria, en el sentido que le da Cornelius Castoriadis, entre otros (Castoriadis, 1997). La estrategia revolucionaria marxista clásica se propone como meta la emancipación como resultado positivo en la negación de los modos de producción de clase (que incluye en su mejor versión a la forma de Estado). La crítica del capitalismo adquiere sentido aquí, en tanto modo de producción social global. El proyecto emancipatorio crítico localiza la meta en la construcción de relaciones sociales de autonomía. La referencia a la historia de los modos de producción materiales no se establece. Las contradicciones se basan en el orden social genérico. El proyecto democrático es la expresión institucional de la autonomía social. Aquí la democracia refiere a la capacidad de autodeterminación del sujeto social. Así como en los 80 PICASO nació con una hipótesis (no arbitrariamente) pesimista respecto de la clase obrera, su orientación conceptual se montaba sobre una reorientación hacia otras formas de sociología crítica, también visibles en el contexto intelectual internacional.

Voces para un balance crítico

Los trabajos de Marín y de CICOSO han sido discutidos porque han marcado una línea de interpretación colectiva, pero estos debates no se han expresado directamente en publicaciones. Algunas menciones menores se detectan en la bibliografía. Así por ejemplo Gilbert W. Merkk

escribe en *Latin American Research Review* que “todos los documentos comparten una perspectiva influenciada por la teoría de la dependencia, el estructuralismo francés de la escuela althusseriana, y los escritos de Gramsci. Las referencias a la ciencia social norteamericana están conspicuamente ausentes, aunque los autores están bien versados en esa tradición” (1979: 229). El autor reseña varios estudios del Centro incluyendo *Lucha de clases, lucha de calles*. Hemos mencionado que este libro retoma el lenguaje de las “contradicciones principales y secundarias” antes que el de las “estructuras sobre los agentes” de factura poulantziana. Sin embargo, ha sido un lugar común la interpretación de CICOSO como una variante del “estructuralismo”, nunca sometido a un escrutinio crítico. Así lo sugiere Hernán Camarero cuando en el contexto de una discusión sobre los enfoques estructuralistas y de la “experiencia” en los estudios sobre trabajadores, menciona en una nota a pie que el caso CICOSO merece un análisis particular por su complejidad (2000: 28, nota 2). Algunas menciones sin profundizar del CICOSO (en particular *Lucha de clases, lucha de calles*) como estructuralismo están presentes en Cangiano (1999). Este estructuralismo se hacía presente al mostrar la práctica de los trabajadores como resultado de fuerzas estructurales, no de su identidad y conciencia emanada de su experiencia.

Por otro lado, *Los hechos armados* ha generado polémicas más recientes. En primer lugar por sus implicaciones políticas, había quedado como un texto “setentista” o “guerrillero” en una década de los 80 donde predominaba la teoría de los dos demonios. Desde otra perspectiva muy distinta situada en la izquierda revolucionaria, también “setentista”, el libro de Ruth Werner y Facundo Aguirre muestra una influencia recuperando parte de sus datos, pero señalando sin profundizar su “militarismo” (2007: 527). Hay un diálogo aquí sobre la caracterización de la “guerra civil” en los años 70, aunque para estos autores la dinámica central de la lucha de clases se encuentra en las organizaciones de la clase obrera, entonces las comisiones internas y coordinadoras fabriles. Este punto lo explicitó mejor Christian Castillo (2004), cuando distinguió entre cuatro tipos de relatos sobre los años 70. Aquí el trabajo de CICOSO, en particular *Los hechos armados*, es parte de un tercer relato sobre los 70 que se centra en las organizaciones armadas antes que en la clase obrera, mientras que un cuarto relato alternativo, expresado en el trabajo de Pablo Pozzi y Alejandro Schneider, hacía énfasis en este sujeto obrero (los dos primeros relatos eran los expresados por la teoría de los dos demonios y en el discurso militar de la guerra contra el terrorismo). Una crítica similar pero desde otras hipótesis políticas se encuentra en Omar Acha (2012: 173).

Marín mantuvo la línea crítico revolucionaria de la sociología de los años 60-70, a diferencia de la mayoría de su generación. En la carrera

de Sociología ha tenido una influencia notable, lo que se expresa en la formación de varias generaciones de investigadores hasta la actualidad. Sin embargo, ha tenido menos influencia pública que sus pares. Entre muchas razones, una de ella posiblemente recaiga en limitaciones internas de su trabajo. Como hemos señalado, si bien hubo una pretensión de construcción de teoría, ésta se expresa confusamente, tocándole a los discípulos un desarrollo sistemático aunque posiblemente no pretendido (por ejemplo Jacoby 1978, 2015). Por otro lado, la teoría era concebida directamente para el uso en investigaciones empíricas específicas, lo cual puede señalarse como límite al desarrollo sistemático de la teoría. Aquí la diferencia reside en entender la teoría como proceso en construcción permanente, o concebirla como algo ya formado a defenderse, o corroborarse.

En *La silla en la cabeza*, Marín menciona que no seguía modas marxistas sino el “marxismo de Carlos Marx” (1987: 12-13). Se trataba de una consigna en CICOSO: leer a Marx directamente sin intermediarios. No obstante, la puesta en contexto histórico de las publicaciones, el análisis de los conceptos usados, pondría en cuestión este “marxismo sin intermediarios”. De la comparación de los distintos períodos se obtiene una imagen distinta de distintos marxismos en uso, que habilita una noción de historicidad de las teorías en construcción. Nos parece que en Marín la posición epistemológica respecto del “marxismo de Marx” obstaculiza la toma de conciencia de esta historicidad que constituye su práctica de la investigación. Más bien, habrá varios Marx según la perspectiva política e histórica desde la que se actúe.

Entre las razones externas del límite del impacto de la obra de Juan Carlos Marín se encuentra la misma coyuntura histórica, que ha dado protagonismo reciente a versiones progresistas, pero no revolucionarias, de la sociología y la teoría política. Aún con sus cambios programáticos, Marín mantuvo una postura crítica de las formas de dominación capitalista. Recuperar su biografía intelectual se puede hacer desde distintas preocupaciones. La pregunta que busca responder este artículo hace a la construcción de una sociología de combate para la situación presente. En esta perspectiva, retomar el trabajo de Lito Marín permite pensar sobre las tareas actuales de la crítica sociológica a la dominación y la explotación de clases, lo cual implica el horizonte de una visión de una sociedad alternativa emancipada.

Bibliografía

Acha, Omar (2012), *Un revisionismo histórico de izquierda. Y otros ensayos de política intelectual*, Buenos Aires, Herramienta.

- Almeyra, Guillermo (2013), *Militante crítico. Una vida de lucha sin concesiones*, Buenos Aires, Peña Lilo-Continente.
- Ansaldi, Waldo y Verónica Giordano (2014), “Jorge Graciarena, en perspectiva latinoamericana. Notas in memoriam”, *Entramados y perspectivas. Revista de la carrera de Sociología*, vol. 3, n° 3, pp. 215-224.
- Astarita, Rolando (2010), *Economía política de la dependencia y el subdesarrollo. Tipo de cambio y renta agraria*, Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.
- Balvé, Beba y Beatriz Balvé (1989), *El 69. Huelga política de masas. Rosarriazo, Cordobazo, Rosariazo*, Buenos Aires: Contrapunto.
- Balvé, Beba y equipo (1990), *La función de la huelga en el proceso de formación de fuerza social*, Cuadernos de CICOSO, Serie Estudios n° 65, Buenos Aires: CICOSO.
- Blanco, Alejandro (2006), *Razón y modernidad. Gino Germani y la sociología argentina*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- Camarero, Hernán (2000), “De la estructura a la experiencia. Las ciencias sociales y sus visiones sobre la clase obrera argentina (1955-1969)”, en Hernán Camarero, Pablo Pozzi y Alejandro Schneider (comps.), *De la revolución libertadora al menemismo. Historia social y política*, Buenos Aires: Imago Mundi.
- Cangiano, María Cecilia (1999), “Pensando a los trabajadores: la historiografía obrera contemporánea entre el dogmatismo y la innovación”, *Boletín del Instituto de Historia Argentina “Emilio Ravignani”*, n° 8, Universidad de Buenos Aires.
- Castillo, Christian (2004), “Elementos para un «cuarto relato» sobre el proceso revolucionario de los setenta y la dictadura militar”, *Lucha de clases*, n° 4, pp. 16-34.
- Castoriadis, Cornelius (1997), *The Castoriadis Reader*, Oxford: Blackwell.
- CICOSO (1982), *¿Qué es CICOSO?*, Cuaderno de CICOSO n° 63, Buenos Aires, CICOSO.
- Gutiérrez Yáñez, Nelson (2007), “Retomando la lucha democrática”, en Juan Carlos Marín, *El ocaso de una ilusión. Chile 1967/1973*, Buenos Aires: Colectivo Ediciones-PICASO-INEDH, pp. 13-17.
- Harnecker, Marta (1974), *Los conceptos elementales del materialismo histórico [1969]*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- Iñigo Carrera, Nicolás (2000), *La estrategia obrera. 1936*, Buenos Aires: La Rosa Blindada.
- Izagirre, Inés (dir.) (2009), *Lucha de clases, guerra civil y genocidio en la Argentina. 1973-1983*, Buenos Aires: EUDEBA.
- (2010), “El perfil de un maestro. Gino Germani, fundador de la sociología, 30 años después”, en Carolina Mera y Julián Rebón (coords.), *Gino Germani. La sociedad en cuestión*, Buenos Aires, IIGG-CLACSO, pp. 52-71.
- Jacoby, Roberto (1978), *Conciencia de clase y enfrentamientos sociales: Argentina 1969*, Cuadernos de CICOSO, Serie Estudios n° 32, Buenos Aires, CICOSO.

- (2015), *El asalto al cielo* [1986], Buenos Aires, Mansalva.
- Marín, Juan Carlos (1969), "Asalariados rurales en Chile", *Revista Latinoamericana de Sociología*, vol. V, n° 2, pp. 317-343.
- (1969), "Un sindicalismo de tradición artesanal", en Torcuato Di Tella (comp.), *Estructuras sindicales*, Buenos Aires: Nueva Visión, pp. 25-55.
- (1973a), *Seminario 1972/3*, inédito.
- (1973b), "Las tomas (1970-1972)", *Marxismo y Revolución*, n° 1, pp. 49-78.
- (1978), *Proceso de génesis, formación y desarrollo de un sistema productivo rural*, Cuadernos de CICOSO, Serie Estudios n° 33, Buenos Aires: CICOSO.
- (1981), *La noción de "polaridad" en los procesos de formación y realización de poder*, Cuadernos de CICOSO, Serie Teoría n° 8, Buenos Aires: CICOSO.
- (1996), *Los hechos armados. Argentina 1973-1976. La acumulación primitiva del genocidio* [1984], Buenos Aires: La Rosa Blindada-PICASO.
- (1987), *La silla en la cabeza. Michel Foucault. Un debate acerca del saber y el poder*, Buenos Aires: Nuestra América.
- (1995), *Conversaciones sobre el poder*, Buenos Aires: Ediciones del CBC-UBA.
- (1997), *Programa PICASO*, Buenos Aires, mimeo.
- (2007), *El ocaso de una ilusión. Chile 1967-1973*, Buenos Aires: Colectivo Ediciones.
- Marín, Juan Carlos, Miguel Murmis y Hugo Calello (1961), "Formas de lucha e ideología del sindicato y el medio social e industrial", ponencia presentada en el *Seminario Internacional sobre el Desarrollo Económico y Social de la Argentina*, Buenos Aires: IDES.
- Marín, Juan Carlos, José Nun y Miguel Murmis (1968), *La marginalidad en América Latina. Informe preliminar*, Documento de Trabajo, Buenos Aires: Instituto Torcuato Di Tella-Centro de Investigaciones Sociales.
- Marín, Juan Carlos, Beba Balvé, Miguel Murmis, Tomás Bar, Roberto Jacoby y Lidia Aufgang (2006), *Lucha de calles, lucha de clases. Elementos para su análisis (Córdoba 1971-1969)* [1973], Buenos Aires, Ediciones ryr.
- Merkx, Gilbert W. (1979), "Argentine Social Science: the contribution of CICOSO", *Latin American Research Review*, vol. 14, n° 1, pp. 228-233.
- Muleras, Edna (2008), *Sacralización y desencantamiento. Las formas primarias del conocimiento del orden social*, Buenos Aires: Miño y Dávila.
- Noé, Alberto, Entrevista a Juan Carlos Marín (sin fecha), disponible en www.antroposmoderno.com/word/entrevamarin.doc, consultado el 25 de julio de 2016.
- Petra, Adriana (2009), "El «Proyecto Marginalidad»: los intelectuales latinoamericanos y el imperialismo cultural", *Políticas de la Memoria*, n° 8/9, pp. 249-260.
- Poulantzas, Nicos (1969), *Clases sociales y poder político en el estado capitalista*, México: Siglo XXI.
- Rebón, Julián (2007), *La empresa de la autonomía. Trabajadores recuperando la producción*, Buenos Aires: Colectivo Ediciones PICASO.
- Santella, Agustín (2000), "Desarrollos en ciencias sociales: el CICOSO", *Dos-*

- sier: *CICSO: Marxismo, historia y ciencias sociales en la Argentina*, en *Razón y Revolución*, n° 6, pp. 5-20.
- Spaltenberg, Ricardo (1999), "La constitución de una cultura politizada en los orígenes de la carrera de Sociología", *Dialéctica. Revista de filosofía y teoría social*, n° 11, pp. 17-34.
- Terán, Oscar (2006), *De utopías, catástrofes y esperanzas. Un camino intelectual*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- Tortti, Cristina (2009), *El viejo Partido Socialista y los orígenes de la "nueva izquierda" argentina*, Buenos Aires: Prometeo.
- Trotsky, León (1972), *Resultados y perspectivas: las fuerzas motrices de la revolución* [1906], Buenos Aires: Cepe.
- Werner, Ruth y Facundo Aguirre (2007), *Insurgencia obrera en la Argentina 1969-1976*, Buenos Aires: IPS.

CEHTI

CENTRO DE ESTUDIOS HISTÓRICOS
DE LOS TRABAJADORES Y LAS IZQUIERDAS

Rodríguez Peña 336, 6º 65 - C.A. de Buenos Aires

Actividades realizadas:

- **9 de septiembre:** Mariano Millán y Juan Sebastián Califa, “Estudiantes y política en la Argentina entre los golpes de Estado de 1955 y 1976”.
- **2 de septiembre:** Alejandro Schneider, “El gobierno del MAS en Bolivia: debates y perspectivas”.
- **19 de agosto:** Omar Acha, “Intelectuales, izquierda y política: Oscar Terán y Beatriz Sarlo en sus años sesenta/setenta (1965-1983)”.
- **4 de agosto:** Bernhard Bayerlein, “Los partidos comunistas y la Comintern en los años 1930”.
- **2 de agosto:** Bernhard Bayerlein (en el Museo Roca), “Revoluciones fallidas como experiencias traumáticas. Del octubre alemán de 1923 hasta la catástrofe global de 1933”.
- **15 de julio:** Ricardo Martínez Mazzola, Hernán Camarero y Carlos Herrera, mesa redonda, junto a la Red de Estudios sobre el Socialismo Argentino (RESA).



Crítica de libros

Nerina Visacovsky, *Argentinos, judíos y camaradas tras la utopía socialista*, Buenos Aires: Biblos, 2015, 306 pp.

La tesis de doctorado de Nerina Visacovsky constituye la culminación de diez años de investigación acerca del movimiento de izquierda que más peso tuvo dentro de la colectividad judía en Argentina: el que organizó el Partido Comunista (PC) en torno al Idisher Cultur Farband (Federación de Entidades Culturales Judías, ICUF por sus siglas en idish), que se identificaba a sí mismo como “progresista”, denominación que recoge la autora. El eje del libro está puesto en la red de escuelas adheridas al ICUF y un lugar importante lo ocupa la descripción de sus propuestas pedagógicas, que combinaban en forma original y cambiante aportes de distintas teorías educativas (desde Makarenko hasta Pestalozzi, pasando por Sarmiento y Aníbal Ponce). La autora logra demostrar cabalmente su tesis: la declinación y la extinción de la educación escolar “progresista” idishista no se debieron a su fracaso como proyecto pedagógico sino a que, frente al cambio de condiciones, las nuevas generaciones fueron consecuentes con la orientación de sus antecesores de integrarse a la sociedad argentina y de defender la educación pública y laica. El icufismo estaba fuertemente identificado con el espíritu sarmientino de la ley 1.420. En este sentido, al extenderse la escolaridad de jornada completa en el ámbito público, mientras el sionismo adoptó como política la creación de instituciones privadas de doble turno, los icufistas rechazaron convertirse en escuelas que mantendrían aislados a los judíos del resto de la población y que serían inaccesibles para quienes tuvieran una modesta posición económica. Desde 1968 la propuesta cultural y pedagógica icufista será canalizada a través de la educación extraescolar en jardines de infantes, kinderclubs y colonias de vacaciones.

La primera parte del trabajo aborda la historia general del ICUF argentino. Luego de describir la experiencia de las *arbeter shuln* (escuelas obreras) y las *folk shuln* (escuelas populares), que constituyeron durante el período de entreguerras los antecedentes de lo que serían las escuelas

icufistas, los capítulos segundo y tercero concentran el estudio de la trayectoria de todo el movimiento, desde su fundación en Argentina en 1941 (en París en 1937). Nacido como producto de la política de frente popular decidida por la Komintern, el ICUF compartirá durante la década de 1940 el espacio político “antifascista” junto al resto de la izquierda liberal judía y el sionismo. Esta etapa de colaboración se extendió hasta inicios de la guerra fría, luego de la creación del Estado de Israel, e implicó el ingreso de la mayoría de las escuelas “progresistas” al comité de educación de la futura AMIA, que subsidiaba a las instituciones cuyos programas acordaran con la concepción sionista, que no dieran clases los sábados y que enseñaran el hebreo, nada de lo cual cumplía hasta entonces ninguna de las redes escolares laicas e idishistas, que reunían a la mayoría del alumnado judío. A principios de los 50 el sionismo utiliza su mayoría en la AMIA (en cuyas elecciones el ICUF acababa de obtener un 40% de los votos) para expulsar del comité educativo (y privar de subsidios) a toda la red de escuelas de los distintos movimientos que rechazaban el sionismo, desde el PC hasta los religiosos ortodoxos de Agudat Israel. Comienza entonces una etapa marcada por una polarización creciente entre sionismo e icufismo, en la cual este último recorre un ciclo de auge y declive, hasta el IX Congreso de 1968 que resuelve finalizar la experiencia de escuelas en idish para orientarse hacia la educación extraescolar. La primera parte termina con un capítulo dedicado a analizar las distintas instituciones que integraban el ICUF, como la agrupación juvenil, la organización femenina, la Comisión Pedagógica y la experiencia de vanguardia de mayor trascendencia y duración: la de los kinderclubs y la colonia de vacaciones Zumerland.

La segunda parte del libro es un estudio de caso de la escuela Isaac León Peretz de Villa Lynch, en el cual se reconstruye la historia de la radicación judía en torno a la industria textil en aquel barrio del partido bonaerense de San Martín. La autora examina la conformación del tejido social judío barrial a través de la influencia de las dimensiones étnicas, lingüísticas, laborales, de clase y políticas. Un valor particular adquiere su descripción del pasaje de gran parte del proletariado textil judío a la pequeñoburguesía, a través de la adquisición de la propiedad de telares o de pequeños talleres, y de cómo este desplazamiento social gravitó en la política del PC al interior de la colectividad. También tiene un lugar la reseña del desarrollo del crédito cooperativo, fuertemente vinculado al sostenimiento de las escuelas judías.

Una de las grandes virtudes de la exposición es la inscripción constante de la narración en la historia política nacional e internacional. Así, por ejemplo, la disputa entre las organizaciones sionistas y las comunistas son explicadas no sólo atendiendo a la relación con el Estado nacional sino también a la alianza del Estado de Israel y el sionismo mundial con el imperialismo contra la Unión Soviética en el marco de la guerra fría. Asimismo es un mérito la elaboración de semblanzas biográficas de muchos protagonistas del icufismo, como Rubén Sinay, Pepe Paín, Berta Perelstein, Tzalel Blitz y Leike Kogan.

Desde el punto de vista de la historiografía sobre la población judía en Argentina, el libro es un gran aporte a la reconstrucción de la historia, silenciada por las instituciones oficiales, de las corrientes de izquierda, dominantes durante toda la primera mitad del siglo XX dentro de la colectividad, y en particular de la izquierda internacionalista antisionista. La investigación le permitió a la autora iluminar el devenir de otras corrientes políticas judías de izquierda, como el linkepoaleisionismo (que abandona su adhesión a la III Internacional para convertirse en el ala socialdemócrata del sionismo) y el bundismo (que pierde su inicial internacionalismo antisionista y sigue un curso de aproximación al sionismo socialista, hasta la desaparición del Bund).

El trabajo contribuye enormemente a la reconstrucción de la trayectoria del Partido Comunista Argentino, enfocada desde la colectividad judía pero también desde la rama industrial textil, en la que el PC tenía un peso decisivo, y desde el campo educativo, en el cual el comunismo desplegó iniciativas innovadoras. El estudio permite apreciar nitidamente los vaivenes de la orientación frentepopulista del PC siguiendo la política exterior soviética: si con la adopción de la táctica “antifascista” se aproxima al liberalismo y al sionismo, lo que lo lleva a apoyar inicialmente la creación del Estado de Israel, con la guerra fría el partido comienza una lenta evolución hacia la colaboración de clases “antiimperialista”, que lo llevará a buscar frentes “patrióticos” con la burguesía nacionalista. Es así como la contraposición de la década del 20 entre una identidad internacionalista y otra nacionalista, se había transformado en la década del 60 en una confrontación entre dos nuevas identidades: una que se reconocía en la nacionalidad argentina y otra que se identificaba con la ciudadanía israelí.

Javier Díaz (UBA)

* * *

Marcus Rediker, *Outlaws of the Atlantic. Sailor, Pirates, and Motley Crews in the Age of Sail*, Londres: Verso, 2014, 241 pp.

Aunque los lectores de habla hispana posiblemente lo asocien de manera inmediata con *The Many-Headed Hydra* (2000), escrito junto a Peter Linebaugh –el único de sus libros que ha sido traducido al español–, el historiador norteamericano Marcus Rediker es autor de una obra profusa y ha dedicado su larga carrera al estudio de lo que considera los protagonistas olvidados de la historia atlántica de los siglos XVII al XIX: marineros, prisioneros, fugitivos, piratas y esclavos. Desde la publicación del notable *Between the Devil and the Deep Blue Sea*, en 1987, es una inquietud que ha tenido expresión en otras publicaciones, como *Villains of All Nations* (2004), *The Slave Ship* (2007) y el más reciente *The Amistad Rebellion* (2012), además

de numerosos artículos. Su último libro, *Outlaws of the Atlantic: Sailors, Pirates, and Motley Crews in the Age of Sail* (2014), constituye en gran medida una recopilación de trabajos ya publicados previamente, y sintetiza las conclusiones de una investigación de más de treinta años.

La modernidad capitalista fue marcada a fuego por la expansión interoceánica europea, y así es como la historia de la navegación y de los intercambios marítimos ocupa un lugar central tanto en las historias globales del capitalismo como en las distintas historias nacionales. Parfraseando a Bertolt Brecht en sus “Preguntas a un obrero que lee”, Rediker se interroga acerca de quiénes eran los hombres que poblaron esos barcos durante siglos. *Outlaws of the Atlantic* es, como buen resumen de la obra de Rediker en las últimas décadas, una exploración sobre las experiencias de estos desconocidos protagonistas de un periodo clave de la historia. El libro, según las palabras del propio autor en el prefacio, “explora el océano como un escenario de actividad humana y cambio histórico en el contexto del ascenso atlántico y global del capitalismo” (p. x).

El primero de los siete capítulos –preparado originalmente para una conferencia dictada en 2012– es el más original y al mismo tiempo el que tiene un carácter más analítico. Se llama “The Sailor’s Yarn” y es una larga reflexión acerca del papel jugado por los relatos o historias contados por los marineros y hombres de mar en la conformación de una “esfera pública proletaria”. Jugando con el doble sentido del término (en inglés, *yarn* quiere decir “cuento” pero también “cuerda”, un instrumento de uso habitual en los barcos), Rediker rastrea la vitalidad de este mundo cultural, argumentando que allí está una de las claves de la creación de sociabilidades y vínculos de clase. Según el autor, “desde las cubiertas de los barcos hasta los muelles y las calles, pasando por los talleres, las tabernas y los bares, toda el área portuaria era una ‘zona de contacto cultural’ de la más destacada importancia” (p. 10).

Los cinco capítulos restantes tienen un carácter algo más descriptivo: se trata de una compilación de ensayos y artículos elaborados por Rediker en las últimas décadas en los cuales analiza distintas experiencias históricas de marineros, soldados, fugitivos, piratas y esclavos. Todos ellos, según Rediker, comparten el rasgo común de ser “rebeldes marítimos de todas clases”. El capítulo 2 explora la vida de Edward Barlow, un marino de muy baja extracción social que recorrió los mares en la segunda mitad del siglo XVII y aprendió a leer y escribir a bordo, dejando un diario lleno de textos e imágenes que representan una preciosa fuente para la investigación. El capítulo 3 también reconstruye una biografía: en este caso la de un médico inglés llamado Henry Pitman, que venía de una próspera familia pero fue capturado y vendido como esclavo, dejando un relato escrito de las vicisitudes que lo llevaron a escapar de la servidumbre.

El capítulo 4 pasa de lo individual a lo colectivo, examinando “las dimensiones social y cultural de la piratería, concentrándose en la experiencia de los piratas, la organización de sus barcos, sus relaciones sociales y

su conciencia” (p. 64). Rediker sostiene que los piratas “construyeron un mundo en desafiante oposición a las costumbres del mundo que habían dejado atrás”, y especialmente en contra de todas sus formas de autoridad constituidas (p. 72): su objetivo es recrear su historia social, sus vínculos y sobre todo su relación con el más amplio universo de los expropiados y explotados de la época. Un aspecto que se profundiza en el capítulo 5, tomado de *The Many-Headed Hydra*, en el cual Rediker y Linebaugh exploran la fascinante historia de las tripulaciones revolucionarias en el contexto de la revolución de independencia norteamericana.

Los últimos dos capítulos, por su parte, examinan la historia de los otros grandes protagonistas de este mundo marítimo subalterno: los esclavos negros que eran transportados en masa desde África hasta las costas del nuevo mundo. En el capítulo 6, extraído de su libro *The Slave Ship*, Rediker propone su “historia humana” de los barcos esclavos, atendiendo a los vínculos construidos por los prisioneros y, particularmente, sus intentos –varias veces exitosos– de rebelarse y escapar. Este es asimismo el tema del capítulo 7, que se basa a su vez en su último libro, *The Amistad Rebellion*, y aborda el caso de la tripulación del navío de ese nombre, que logró escapar y tras un histórico juicio en los Estados Unidos pudo retornar a África, donde su historia forjó durante generaciones la memoria de la población local.

La obra de Rediker analiza el estrecho vínculo que existe entre, por un lado, la historia de la expropiación del campesinado europeo y, por el otro, aquella de la conquista y colonización del Nuevo Mundo: la suya es, en este sentido, fundamentalmente una historia de los orígenes del capitalismo. Demasiado a menudo se estudian estos episodios como historias separadas, perdiendo de vista la importancia central que la expansión colonial tuvo en la transición al capitalismo. Rediker explora las vicisitudes de la gente que vivía “fuera de la ley”: esto es, de aquellos sobre quienes caía el peso de un Estado que construía así su “legalidad” capitalista, cuya base es separar coactivamente a los productores de los medios de producción.

Rediker elabora este relato mirando “desde abajo” la experiencia de los protagonistas de ambas historias: se trata por lo tanto de una historia de los expropiados por el capital. La obra de Rediker pone así en cuestión la idea según la cual la historia del capitalismo debe ser una tarea asumida en forma exclusiva por historiadores económicos. Su trabajo es una reivindicación de la historia social y al mismo tiempo una llamada de atención para los historiadores de la clase obrera acerca de la necesidad de expandir hacia atrás los límites de nuestra investigación, trazando una continuidad con aquellos que investigan la historia de los explotados en períodos pre-capitalistas.

Por último, el escenario de estas historias no es ni el Viejo ni el Nuevo Mundo, sino el océano: por eso la suya es, por último, una historia del Atlántico y en gran medida una historia marítima. De ahí su argumentación en contra de lo que considera una historia “tierracéntrica”, para la cual lo ocurrido en el océano solo tendría un papel secundario.

Outlaws of the Atlantic, en suma, tiene el mérito de resumir la obra de un historiador social de lectura indispensable para todos los interesados en la mejor tradición de la “historia desde abajo” de los Estados Unidos, acaso poco preocupada por cuestiones teóricas pero fuertemente interesada por reconstruir las trayectorias de lucha y las experiencias de los sectores populares en un sentido amplio. El libro, por otra parte, tiene la capacidad de articular una serie de problemas y temáticas que suelen abordarse en forma diferenciada, además de ampliar saludablemente los horizontes de los historiadores comprometidos con la historia obrera.

Lucas Poy (UBA - Conicet)

* * *

Roberto Pittaluga, *Soviets en Buenos Aires. La izquierda de la Argentina ante la revolución en Rusia*, Buenos Aires: Prometeo Libros, 2015, 399 pp.

La triunfante Revolución Rusa de octubre de 1917 inició un ciclo de desafíos al poder de la burguesía que se irradió hacia la totalidad del planeta durante la mayor parte del siglo XX. Pero las derivas de su recepción y posterior derrotero fueron complejas. Por una parte, despertó en las filas de las dirigencias y bases de las diferentes expresiones de las organizaciones de izquierda tanto la certeza de la posibilidad del triunfo como el desconcierto por su notable originalidad, que cuestionaba sus certezas previas. Debieron confrontar las propias concepciones y prácticas con las novedades introducidas por un reducido agrupamiento de la socialdemocracia rusa. Nos referimos al partido bolchevique que simultáneamente dirigió la insurrección victoriosa de las masas obreras y campesinas a través de los soviets e instauró un nuevo lenguaje político: soviets, Estado obrero, dictadura del proletariado, partido de revolucionarios profesionales, etc.

Sobre el capítulo argentino de la izquierda ante la revolución rusa trata la investigación de Roberto Pittaluga, que defendió como tesis de doctorado en 2014 y publicó recientemente. La indagación está acotada temporalmente en el primer lustro de la revolución con esporádicas extensiones al resto de la década de 1920. Sobresale la amplia pesquisa realizada en archivos, explorados de manera exhaustiva, y cristalizada en un sólido conocimiento de las principales corrientes y fracturas internas de las izquierdas del período. Otro aspecto en el tratamiento de la masa documental es considerarla en sus aspectos nacional e internacional: los comentaristas “extranjeros” están en pie de igualdad con los “locales”. Afirma Pittaluga que el objetivo no es convertirse en una suerte de juez en las disputas entre las distintas interpretaciones sobre la revolución para descubrir las más acertadas o denostar supuestos yerros. Su esfuerzo se orienta a descubrir los puntos ciegos y analizar los conceptos puestos en juego por las izquierdas verná-

culas contemporáneas a la revolución, sin que necesariamente tuvieran conciencia de sus implicancias. En suma, aspira a una historia conceptual cuya principal referencia metodológica es Kosselleck, en fuerte tensión con una lectura de la recepción e historia intelectual que, a nuestro entender, no hace explícita.

El libro está estructurado en dos partes claramente diferenciadas. La primera, nos aproxima a las representaciones (imágenes y relatos) que se forma cada corriente de izquierda sobre el proceso revolucionario en curso.

Para el socialismo vernáculo la revolución desata un clima interno de deliberación que cuestiona sus cimientos y pone en crisis la idea de que su grupo dirigente detentaba la representación de los trabajadores. Entre los libertarios, la revolución rusa amenazó con corroer su identidad: en un primer momento intentaron capturar en sus marcos interpretativos una revolución que durante su transcurso se fue apartando de los esquemas aceptables para el anarquismo. En torno a *La Protesta* rápidamente surgieron voces críticas y, posteriormente, de abierto rechazo, pero de manera simétrica emergió un agrupamiento señalado como anarco-bolchevique que mantuvo una postura positiva sobre el proceso ruso. En su lucha simbólica, la pérdida del monopolio del nombre “comunista” en manos de los bolcheviques fue un factor de perturbación entre las filas libertarias. La creación de un Partido Comunista local suele interpretarse como la culminación de un proceso de formación de sectores opositores al interior del Partido Socialista liderado por Juan B. Justo bajo la inspiración de la socialdemocracia reformista. Pittaluga matiza esta lectura ya que postula que los grupos rebeldes estaban completamente desarticulados hacia fines de 1917. Así, la revolución rusa solamente ofrece un lugar para el malestar de un grupo variopinto, más unidos por la praxis tendiente a la autonomía y la descentralización que por un programa desarrollado gradualmente, que termina coincidiendo con el bolchevismo. La constitución del PCA erigida en torno al impredecible hecho revolucionario ruso habría de recorrer una década para alcanzar su estabilidad organizativa. Por último, para el *sindicalismo*, la revolución concretada estorbó una estrategia que redundó en notables avances organizativos en la Argentina, gracias a las relaciones informales de la FORA IX y sus más destacados dirigentes con el gobierno radical.

La segunda parte del libro, la más extensa y ambiciosa, nos sumerge en las propuestas de la historia conceptual. La exposición de sus resultados sigue formas menos tradicionales de escritura, si no abiertamente experimentales. Los distintos referentes de cada interpretación tienen prioridad frente a la posterior interpretación del historiador. Cada concepto es analizado como entradas de un posible diccionario de conceptos políticos sociales claves que a su vez se expanden siguiendo sus más variados sentidos. Pasamos a enumerarlos: tiempo, sujetos, régimen, sociedad y cultura, y espacio.

A modo de ejemplo tomamos la entrada “Sujetos”, que se desarrolla en los siguientes apartados: “La avanzada de las minorías revolucionarias”, “De la asignación de los saberes”, “La «confusión» maximalista”, “Suturas y

tensiones de las vanguardias a las masas” y finalmente “Soviets”. Tomemos la “confusión” maximalista: encontramos que la traducción de bolchevique por maximalista, en lugar de “mayoritario”, no estaba motivada por ninguna confusión sino que implicaba un rebasamiento de sentido para aprehender una revolución en curso liderada por un grupo radicalizado de la socialdemocracia rusa entendido como la aparición de una política que buscaba concretar su programa máximo. La utilización del vocablo maximalista permitía englobar a aquellos que simpatizaban activamente con la revolución y que pretendían alcanzar su legitimidad en la propia Moscú. Socialistas, anarquistas y *sindicalistas* podían reclamar su condición de maximalistas en competencia con aquellos que comenzaban a autodenominarse comunistas.

Un comentario aparte merece la última sección. Reservada para las conclusiones, hallamos apenas una “Coda” que no cumple la esperada función de síntesis, presentación de los resultados o cierre de esta ambiciosa investigación. El autor prefiere no tanto adelantar futuros interrogantes como señalar la imposibilidad de cierre de toda obra historiográfica, pero también renovar las esperanzas en la emancipación social. Dejamos al autor decirlo: “una revolución donde los medios no tienen fines preasignados, sino que los medios/fines se resuelven en la praxis (creadora) de los agentes”.

Consideramos que el libro está sólidamente sustentado en el relevamiento y eficaz lectura de un gran acervo documental que indaga desde la historia conceptual (con un profundo conocimiento de la historia social) y destaca por la originalidad de su estrategia de escritura. Estas apuestas historiográficas y discursivas nos permiten un conocimiento exhaustivo de cómo fue evolucionando el impacto de la revolución en Rusia, en las conciencias de la izquierda argentina, pero no a través de las “certezas finales” o de las conclusiones posteriores de cada agrupamiento, sino indagando en los tanteos, en las vacilaciones, en el lento desarrollo parcial de una comprensión que fue después dominio de toda una generación.

Cristian E. Aquino (UBA)

* * *

Mario Rapoport, *Bolchevique de salón. Vida de Félix J. Weil, el fundador argentino de la Escuela de Frankfurt, Buenos Aires: Debate, 2014, 569 pp.*

Detengámonos en esta imagen. Un hijo de judíos alemanes, nacido en Buenos Aires en 1898, se entrevista en octubre de 1920 con Grigori Zinoviev, referente de la Internacional Comunista (IC). Ocurre en la ciudad de Hasse, en el congreso fundador del PC Unificado de Alemania y mientras el joven preparaba un retorno a la Argentina. Lo hacía tras una estancia educativa de trece años en tierra germana, donde había obtenido en la Universidad de Frankfurt su título de Doctor en Ciencias Políticas, con una tesis dirigida por

Alfred Weber dedicada al estudio de los planes de “socialización”, pero donde también había protagonizado otra experiencia sustantiva: su adhesión al marxismo y a la revolución. El dirigente ruso le propone realizar actividades clandestinas al servicio de la IC, con el fin de recabar informaciones del flamante PC local. El joven se llama Félix J. Weil, y se convierte durante poco más de un año en el primer delegado de aquel organismo mundial en el Río de la Plata. El dato, aún muy escasamente conocido, no merecería mayor curiosidad si no atendiésemos al hecho de que no se trata de un cuadro comunista obrero o intelectual de rasgos tradicionales: es el rico heredero de una próspera compañía en el rubro de la comercialización agrícola en la Argentina (de hecho, la tercera en importancia), que se encuentra obligado a emprender su estadía en el país precisamente para ocuparse de asuntos de la empresa familiar. Más aún, el peso y la posición estratégica de ese capital lo habían conducido en 1917 a una entrevista, acompañando a su padre, con el káiser Guillermo II, un año antes de la conversión del estudiante a las ideas socialistas.

Analizar una vida con ribetes tan contrapuestos, que ni siquiera se limitaron a estos aspectos, es una apuesta difícil. Mario Rapoport se propuso encararla, con una voluminosa obra que ofrece los múltiples contornos de un ensayo biográfico, de una reconstrucción de los contextos económicos, sociales, políticos y culturales en los que Weil actuó, y de una historia de las ideas. Ello incluye el cotejo de todos los escritos del peculiar personaje examinado. *Bolchevique de salón*, en sus once capítulos, no siempre alcanza una total eficacia en la profundización, la combinación y el equilibrio entre y en cada una de estas esferas, pero sí logra brindar una descripción y una visión analítica global del tema, la más completa, documentada y minuciosa hasta el momento. Sin duda, amplía el conocimiento existente hasta hoy en las tesis doctorales de Helmut Eisenbach y de Martin Trainee, cuyo adelanto conocíamos en dos breves ensayos publicados en 1995 en la revista *Espacios* de la Facultad de Filosofía y Letras (UBA). La novedad esencial en cuanto al relevamiento empírico del libro remite a las incompletas memorias y a algunos artículos de Weil (y también de los que opinaron sobre éstos), materiales desconocidos o escasamente escrutados, la mayoría sin traducir del alemán o el inglés.

El biografiado siempre estuvo más identificado por el papel que ejerció y fue tantas veces señalado, aunque sin pormenorizar, por ejemplo, en las consagradas obras de Martin Jay y Rolf Wiggershaus: ser el mecenas de un sofisticado foco del pensamiento y la teoría social crítica del siglo XX. En efecto, tras su segunda vuelta a Alemania, Weil se había implicado en nuevos proyectos dirigidos al desarrollo de la cultura marxista. En mayo de 1923 fue uno de los promotores y financistas de la Primera Semana de Trabajo Marxista, reunida cerca de la pequeña ciudad de Ilmenau (Turingia), junto a los filósofos y dirigentes comunistas Karl Korsch y Georg Lukács, entre otros. El paso más audaz vino luego, cuando Weil juntó la fortuna heredada de su madre recién fallecida y los fondos financieros que le proveyó su pa-

dre, para inaugurar, en junio de 1924, el Institut für Sozialforschung (IFS, Instituto de Investigación Social), conocido con el paso del tiempo como Escuela de Frankfurt, formalmente vinculada a la universidad local, hasta su disolución con la llegada del nazismo al poder. Alrededor del Instituto paradójicamente creado con los recursos de la renta agraria pampeana, que inicialmente, durante la dirección del austromarxista Carl Grünberg, giró en torno a preocupaciones de la teoría socialista y referidas al análisis del movimiento obrero, se fueron reuniendo luego una serie de intelectuales de trascendencia en los años siguientes: Max Horkheimer, Theodor W. Adorno, Friedrich Pollock, Herbert Marcuse, Walter Benjamín, Leo Lowenthal y Erich Fromm, entre otros. Más aún, tras evaluar la reinstalación del IFS en algunas de las universidades argentinas y no poder concretar tal proyecto, en 1935 Weil volvió a colaborar en la financiación de la nueva sede de la entidad en la Universidad de Columbia, en Estados Unidos, país en el cual acabó radicándose hasta su muerte. Y desde 1949 volvió a dar el respaldo para el regreso del IFS a Frankfurt, ya cuando, bajo la nueva dirección de Horkheimer, el centro había virado hacia un abordaje multidisciplinario y más heterogéneo del capitalismo postliberal, propio de la filosofía social y la Teoría Crítica, en donde el eje estuvo en el examen de la razón instrumental, de la dominación de la naturaleza, de la cultura y de la ideología.

En los capítulos 5 a 7 el libro revisa en detalle los específicos roles que Weil desempeñó en todo este proceso de surgimiento y evolución del IFS, complementando o contextualizando algunos datos ya conocidos (extendiéndose en demasía en la presentación de las posiciones de la Escuela de Frankfurt), si bien es especialmente original el análisis que se aporta acerca de la interpretación que Weil hizo sobre la naturaleza del Estado nazi y el soviético y, en menor medida, respecto del capitalismo de Estado y la economía dirigida. En todo caso, Rapoport acierta en reclamar que Weil debe ser estudiado no sólo en sus facetas de patrocinador económico y promotor del campo intelectual, sino también por el valor de sus propias elaboraciones teóricas, aún a pesar de que ellas no hubieran dado vida a un conjunto vasto de publicaciones (la mayoría de las cuales, por otra parte, refirieron sobre Argentina).

Desde luego, Rapoport enfocó su análisis (capítulos 9 y 10) en el único libro de Weil (más allá de algunos otros escritores menores), que comulgaba poco con la Teoría Crítica frankfurtiana. Nos referimos a la extensa y empíricamente muy fundada obra que aquél editara en Nueva York en 1944 bajo el título de *Argentine Riddle* ("El enigma argentino"), redactada luego de su tercera y última estadía en Buenos Aires en 1939 (transcurrieron más de seis décadas hasta la traducción y publicación local del texto). Allí contemplaba la encrucijada en que se hallaba la Argentina tras la crisis económica mundial y la guerra. Intentaba captar las claves del dislocado capitalismo local, en donde se combinaba el latifundio rural y una modernización e industrialización fallida e incompleta, merced, todo ello, decía Weil, al carácter semicolonial del país, sometido al imperialismo británico y a la

cultura rentística de la burguesía nativa. Exploraba los propios intentos del equipo económico de Federico Pinedo y sus proyectos industrializadores en los años 30, en comparación con la experiencia del New Deal norteamericano. Señalaba la corrupción de los diferentes partidos dominantes, el sistema electoral fraudulento, la represión política y las pésimas condiciones de vida de la mayoría laboriosa. Fueron análisis que luego complementó con otros en los que identificó a la emergente figura de Perón, inicialmente no como nazifascista, sino como garante del poder de los estancieros, en vínculos con el imperialismo británico. En la década siguiente, los extendió con varios artículos en los que hizo gala de un antiperonismo cerril de juicios algo pedestres, en tensión con sus propias posiciones anteriores, incluso con demasiada afinidad con los planteos del imperialismo norteamericano, lo cual Rapoport registra convenientemente. A pesar de estas y otras confusiones y yerros, y de introducir algunos enfoques disímiles a una perspectiva teórica marxista, es recordado el interés que despertó *Argentine Riddle* en el intelectual trotskista Milcíades Peña. Fue uno de los pocos marxistas que exploró a este autor y publicó uno de sus textos en la revista *Fichas de Investigación Económica y Social* en 1965, con el fin de encontrar sustento para la interpretación que él y su corriente política habían hecho acerca del bonapartismo peronista y su defensa de los intereses ingleses.

Una y otra vez aparecen apuntados en la obra los pliegues de una vida de perfiles discordantes, mundos opuestos y geografías dispersas (Argentina, Alemania, Estados Unidos). La extravagante situación de un individuo que en su estancia porteña durante los años 1931-1935, sucesivamente, restablece sus contactos con el PC local y el Secretariado Sudamericano de la IC (a los cuales volvió a financiar), dicta cursos en el Colegio Libre de Estudios Superiores sobre cuestiones impositivas y economía dirigida (en donde aún avala la planificación soviética), escribe para *Argentinisches Tageblatt* (el tradicional diario germano liberal de Buenos Aires), pero concluye, increíblemente, y tal como se analiza en el capítulo 8, colaborando en la comisión del Ministerio de Hacienda, a cargo de Pinedo, que redacta la primera Ley de Impuesto a los Réditos del país.

En el desafío de procesar estas líneas divergentes, el relato biográfico y analítico de Rapoport también evidencia ciertos claroscuros o límites. Considerando su especialidad como historiador económico y social, del pensamiento económico y de las relaciones internacionales, cobran sentido los tan logrados dos capítulos iniciales de su libro, de carácter contextual, referidos al análisis del emporio agroexportador argentino y de la Compañía Weil Hermanos. Pero, precisamente, queda algo más desatendido el trayecto del Weil “bolchevique”, sus iniciales vínculos con el comunismo y sus relaciones cambiantes con el marxismo, temas más brevemente tramitados en parte de los capítulos 4 y 5 (en donde sí destaca la importancia del pionero ensayo de historia del movimiento obrero argentino que Weil publicó en Alemania en 1923). La permanente e implícita interrogación que en las más de 500 páginas de la obra se hace acerca de las misteriosas derivas

del “millonario marxista”, del ex comunista que operó como asesor de un régimen conservador que amparaba la estructura económica social a la cual él mismo impugnaba en su libro, no encuentran la sutura de una respuesta concluyente. El autor lo sabe: el propio “enigma Weil” queda erigido. Pero con el erudito texto de Rapoport tenemos mayores puntos de apoyo para seguir explorándolo y buscar, quizás vanamente, una resolución.

Hernán Camarero (UBA - Conicet)

Instrucciones para los autores

Los autores interesados en enviar colaboraciones deben hacerlo por correo electrónico a archivosrevistadehistoria@gmail.com. Las colaboraciones deben ser originales y no estar siendo sometidas simultáneamente a evaluación en ninguna otra publicación. **Archivos** se compromete a acusar recibo de la colaboración en la semana de recepción y a comunicar la respuesta de la evaluación en un lapso no mayor a cuatro meses.

1. Extensión.

Artículos: hasta 55.000 caracteres con espacios (incluyendo las notas al pie, las referencias bibliográficas al final del texto y el resumen).

Reseñas: hasta 8.000 caracteres con espacios.

2. Formato.

Los trabajos deberán ser enviados en formato .doc, .docx o .rtf, en tamaño de hoja A4, con fuente Times New Roman tamaño 12, interlineado a espacio y medio (1,5), sin justificar. Todas las páginas deberán ser numeradas. Las reseñas se recibirán exclusivamente en español. En el caso de propuestas de artículos en otro idioma consultar previamente al Consejo editorial antes de realizar el envío.

La primera página deberá contener la siguiente información:

- a) Título en castellano
- b) Nombre del autor o los autores y su pertenencia institucional.
- c) Resumen de no más de 130 palabras y cuatro palabras clave. Ambos en castellano y en inglés.

Cualquier referencia que permita inferir el nombre del autor deberá ser eliminada del texto, con excepción de la primera página, para permitir la evaluación anónima.

3. Citas

Las citas, o reproducción de palabras de otro texto, de fuentes, etcétera, deben ir entre comillas, sin bastardillas. Si la cita es de más de tres renglones, se recomienda dejarla como párrafo aparte, sin comillas, con un blanco arriba y otro abajo.

4. Bibliografía

Las referencias bibliográficas deben indicarse siempre en el propio texto con un paréntesis que mencione el autor, año de aparición de la obra y

número de la página. No se aceptarán textos con referencias bibliográficas a pie de página.

Ejemplo: (Hobsbawm, 1989: 25-65).

Al final del trabajo se incluirán las referencias bibliográficas, con el formato: Apellido, Nombre (año de edición), Título del texto (número de volumen o tomo, si lo tuviera), Lugar de edición: Editorial. En caso de textos relevantes, se puede agregar, después del título y entre paréntesis, el año de edición original, pero referenciar bibliográficamente por la edición de consulta.

Ejemplos:

Libros (con autor individual)

Falcón, Ricardo (1984), *Los orígenes del movimiento obrero, 1857-1899*, Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

Marx, Karl (1987), *Trabajo asalariado y capital* (1849), Buenos Aires: Cartago.

Libros (con varios autores)

Batalha, Claudio H. M., Fernando Teixeira da Silva y Alexandre Fortes, (comps.) (2004), *Culturas de classe: identidade e diversidade na formação do operariado*, Campinas, SP: Editora da Unicamp.

Capítulo de libro:

Anderson, Perry (1984), “La historia de los partidos comunistas”, en Raphael Samuel (ed.), *Historia popular y teoría socialista*, Barcelona: Crítica, pp. 150-165.

Artículo de Revista:

Aricó, José (1973), “Espontaneidad y dirección conciente en el pensamiento de Gramsci”, *Pasado y Presente*, año IV (nueva serie), n° 1, Buenos Aires, pp. 87-101.

5. Evaluación

Los artículos serán evaluados en primer lugar por el comité editorial y luego enviados a por lo menos dos árbitros externos anónimos. Las reseñas serán evaluadas por el comité editorial.

ARCHIVOS de historia del movimiento obrero y la izquierda

Nº 6

Dossier: “El camino reformista: el Partido Socialista desde sus orígenes hasta la Ley Sáenz Peña”: • Fisonomía de *La Vanguardia*, por *Juan Buonuome* • El PS y las huelgas, por *Lucas Poy* • El PS y la Ley Sáenz Peña, por *Ricardo Martínez Mazzola* • El socialismo frente a Enrico Ferri, por *Carlos M. Herrera* • El periódico *Palabra Socialista*, por *Hernán M. Díaz*

Artículos: • Los ferroviarios y el poder gremial, 1917-1918, por *Paulo Menotti y Antonio Oliva* • El sindicato del calzado en la Córdoba clasista, por *María Laura Ortiz*

Debate: • El concepto de “estrategia” de la clase obrera, por *Paula Varela y Nicolás Iñigo Carrera*

Nº 7

Dossier: “Estudios de género, trabajadores e izquierda”: • Anarquistas en la industria del dulce, por *Ludmila Scheinkman* • Ferroviarios a principios del siglo XX, por *Florencia D’Uva y Silvana Palermo* • Comodoro Rivadavia en los años 20, por *Andrea Andújar* • Sindicatos femeninos en Bolivia, por *Ivana Margarucci* • Feminismo en el PST, por *Catalina Trebisacce y Martín Mangiantini*

Artículos: • El sindicalismo revolucionario en *La Batalla Sindicalista*, por *Cristian Aquino* • Vieja y nueva clase obrera en la Patagonia, por *Gonzalo Pérez Álvarez*

Perfiles: • Alberto J. Pla (1926-2008), por *Hernán Camarero y Diego Ceruso*

Nº 8

Dossier: “Burocracia sindical: de la dictadura al kirchnerismo”:

• La burocracia sindical y la dictadura, por *Luciana Zorzoli* • El reposicionamiento de la burocracia en el ocaso del Proceso, por *Leandro Molinaro* • Estrategias democratizadoras de los 80, por *Mónica Gordillo* • El sindicalismo empresarial de los 90, por *Julieta Haidar* • La burocracia en el kirchnerismo, por *Paula Varela*.

Artículos: • El anarquismo en el movimiento obrero judío, por *Javier Díaz* • Obreros y estudiantes la Revolución Argentina, por *Juan Sebastián Califa*

Entrevista: • Marcel van der Linden, por *Lucas Poy*

